



Cristo en el Antiguo Testamento

Jorge E. Baena
Lascano

Cristo
EN EL
ANTIGUO
TESTAMENTO

Cristo en el Antiguo Testamento

Por

Jorge Baena Lascano

Índice

1ª PARTE

CAPÍTULO 1

RELACIÓN ENTRE EL ANTIGUO

Y EL NUEVO TESTAMENTO

PARALELO ENTRE EL ANTIGUO

Y EL NUEVO TESTAMENTO

CAPÍTULO 2

LA LEY Y LOS PROFETAS DEL ANTIGUO EN EL NUEVO TESTAMENTO

CAPÍTULO 3

LA IMPORTANCIA DE LA TIPOLOGÍA

CAPÍTULO 4

LOS TRES CARGOS DE CRISTO

EL OFICIO PROFÉTICO

EL OFICIO SACERDOTAL

EL OFICIO REAL O REGIO

2ª PARTE

CAPÍTULO 5

DIVERSAS FORMAS COMO APARECE CRISTO EN EL ANTIGUO TESTAMENTO

COMO CREADOR (ELOHIM)

COMO JEHOVÁ

COMO EL ÁNGEL DE JEHOVÁ

EL PROTOEVANGELIO

LA ANTORCHA DE FUEGO EN MEDIO DE LAS AVES

LA ESCALERA DE JACOB

COMO LA PALABRA, EL VERBO O EL LOGOS

COMO LA SABIDURÍA PERSONIFICADA

EN OTRAS FORMAS

CONTRASTES ENTRE GÉNESIS Y APOCALIPSIS

CAPÍTULO 6

LOS SACRIFICIOS DEL ANTIGUO TESTAMENTO

SE CUMPLEN EN CRISTO

LOS SACRIFICIOS PRESCRITOS EN LA LEY

DIVERSOS TIPOS DE LA MUERTE DE CRISTO

CAPÍTULO 7

PARALELO DE CRISTO CON PERSONAJES DEL

ANTIGUO TESTAMENTO

PARALELO ENTRE EL SEÑOR JESÚS
Y ADÁN

PARALELO ENTRE EL SEÑOR JESÚS
Y ABEL

PARALELO ENTRE EL SEÑOR JESÚS
Y SET

PARALELO ENTRE EL SEÑOR JESÚS
Y MELQUISEDEC

PARALELO ENTRE EL SEÑOR JESÚS E ISAAC

PARALELO ENTRE EL SEÑOR JESÚS
E ISRAEL (como pueblo)

PARALELO ENTRE EL SEÑOR JESÚS
Y JOSÉ

PARALELO ENTRE EL SEÑOR JESÚS
Y BENJAMÍN

PARALELO ENTRE EL SEÑOR JESÚS
Y MOISÉS

PARALELO ENTRE EL SEÑOR JESÚS
Y LA PASCUA

PARALELO ENTRE EL SEÑOR JESÚS
Y JOSUÉ

PARALELO ENTRE EL SEÑOR JESÚS
Y LOS JUECES

PARALELO ENTRE EL SEÑOR JESÚS
Y BOOZ

PARALELO ENTRE EL SEÑOR JESÚS
Y DAVID

PARALELO ENTRE EL SEÑOR JESÚS
Y SALOMÓN

PARALELO ENTRE EL SEÑOR JESÚS Y ELISEO

PARALELO ENTRE EL SEÑOR JESÚS
Y ELIÚ

PARALELO ENTRE EL SEÑOR JESÚS
Y ESTER

PARALELO ENTRE EL SEÑOR JESÚS
Y OSEAS

PARALELO ENTRE EL SEÑOR JESÚS Y JONÁS

BIBLIOGRAFÍA

1ª PARTE

CAPÍTULO 1

RELACIÓN ENTRE EL ANTIGUO Y EL NUEVO TESTAMENTO

De acuerdo a las muchas confesiones de fe que se han establecido durante la historia de la iglesia cristiana, basadas éstas para su estructura en la propia Palabra de Dios, se ha determinado que, la Sagrada Escritura es la única fuente suficiente, segura e infalible de todo conocimiento, fe y obediencia. Ahora bien, bajo el nombre de la Biblia, la Sagrada Escritura o la Palabra de Dios escrita, están contenidos los sesenta y seis libros del Antiguo y del Nuevo Testamento, todos ellos inspirados divinamente (2 Timoteo 3:16; 2 Pedro 1:20-21).

La Biblia conserva una unidad desde el principio hasta el fin a pesar de los muchos temas de interés que trata, siendo el principal de ellos la historia del plan de Dios para la salvación del hombre, a través de la persona de Jesucristo. No obstante, el propio Hijo de Dios testificó que Él era el tema central de toda la Escritura (Juan 5:39):

“Escudriñad las Escrituras; porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de mí” .

Desde el libro de Génesis hasta Apocalipsis se habla del Señor Jesús. El Antiguo Testamento es considerado teológicamente como la preparación (Isaías 40:3) y presenta a Cristo en figuras, tipos y símbolos. Los Evangelios narran la manifestación del Verbo hecho carne (Juan 1:14) así como Sus palabras, obras, milagros, pasión, muerte y resurrección. El libro de los Hechos de los Apóstoles manifiesta la propagación, por parte de los discípulos del Señor Jesús, del mensaje de la salvación (Hechos 1:8) y la historia de la formación de la iglesia primitiva. Las epístolas del Nuevo Testamento contienen la explicación del plan de salvación en la persona de Cristo (Colosenses 1:26-27) y el Apocalipsis habla

proféticamente de la consumación (Apocalipsis 1:7) mostrando al León de Judá como un gran Vencedor.

No existe ninguna porción de la Escritura que pueda ser considerada completamente aparte del resto de ella. La historia del Antiguo Testamento no puede estudiarse de manera aislada correctamente, puesto que sólo es comprensible a la luz del Nuevo, que lo cumple y complementa a la vez. Ambos Testamentos constituyen la revelación que Dios le dio al hombre, y se podría decir que, los dos son Uno, en cuanto conforman la Palabra escrita del Creador.

Hebreos 1:1-2

“Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo, a quien constituyó heredero de todo, y por quien así mismo hizo el universo” .

El profesor Griffith Thomas, en su libro EL PROGRESO DEL CRISTIANO (Editorial Clie, pp. 22) hizo el siguiente comentario en cuanto al anterior pasaje: “Esta sencilla afirmación muestra que el Antiguo Testamento es a la vez real e incompleto como revelación divina. Dios manifestó su voluntad por medio de los profetas «muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo», lo cual significa de modo fragmentario y diverso... En marcado contraste con el Antiguo Testamento, Cristo es descrito como Aquel en quien Dios ha hablado «en estos últimos tiempos». En vez de una revelación fragmentaria, la suya es completa; en vez de ser temporal, es permanente; en vez de ser preparatoria, es final; en vez de venir a través de subordinados, está personificada en Aquel que es supremo. De esta manera, la revelación en Cristo se ve como superior a la del Antiguo Testamento con relación a su carácter, tiempo, destino y agente. En tanto que, lo mismo el Antiguo Testamento que el Nuevo son revelaciones divinas, hay entre los dos, a la vez, continuidad y contraste”.

Los dos Testamentos siempre deben estar inseparablemente juntos. El Nuevo está oculto en el Antiguo, mientras el Antiguo está revelado en el Nuevo, o como lo afirmara alguna vez Agustín de Hipona: “El Antiguo Testamento está patente en el Nuevo; y el Nuevo Testamento está latente en el Antiguo”, o en otras palabras: el Nuevo Testamento en el Antiguo se encubre, y el Antiguo en el Nuevo se descubre. El Antiguo Testamento preparó al Nuevo, mientras éste le da cumplimiento a aquél, de manera que los dos se esclarecen mutuamente. El autor Benjamin W. Warfield dijo al respecto: “El Antiguo Testamento es como un cuarto ricamente amoblado, pero débilmente iluminado; y en el Nuevo

Testamento no se agrega nada, excepto la luz”. Hugh W. Scott añadió que “el Uno depende del Otro”. Henry Halley afirmó que “el Antiguo Testamento es el relato de una nación y que el Nuevo es el relato de un Hombre. La nación fue fundada por Dios, para traer al mundo a aquel Hombre”. En la carta escrita a los Hebreos se juntan los elementos de ambos para demostrar que el Señor Jesucristo es en verdad el cumplimiento de todas las promesas de Dios para Israel. El carácter profético del Antiguo Testamento demandaba un Nuevo, y éste proclama ser, él mismo, un fiel testimonio de ese cumplimiento que se requería. En el Nuevo Testamento se halla explicado y completado lo que en el Antiguo era figura, visión, sombra y profecía.

La relación entre los dos Testamentos presupone el concepto de autoridad e inspiración divina de sus escritores. El Nuevo Testamento mira hacia el Antiguo y particularmente encuentra el cumplimiento de las predicciones mesiánicas en la persona de Jesús de Nazaret. El enfoque del Antiguo Testamento conduce hacia una perspectiva esencial en la historia de la salvación, reveladas particularmente al pueblo de Israel, a través de tipologías y promesas que se proyectan hacia el Nuevo Testamento para alcanzar su plenitud y culminación en la persona de Cristo. En el Señor Jesús la historia de los dos Testamento llegó a ser la misma.

El Señor Jesucristo es el objeto de innumerables profecías y el cumplimiento de cada una de ellas lo confirman como el Único que vendría desde el cielo al mundo. De una manera extraordinaria se cumplieron en Él perfecta y absolutamente todas las profecías, tipos, sombras, prefiguraciones y símbolos del Antiguo Testamento, en Sus palabras, obras, y específicamente en todo cuanto sucedió durante Su ministerio, pasión, muerte, sepultura y resurrección, de manera que la expresión: “*El que había de venir*” (Lucas 7:20) nombre que le atribuye Juan el Bautista al Hijo de Dios, es la confirmación y certificación de todo hacia lo que apuntaba como tema principal el Antiguo Testamento, a saber, el Mesías que había de venir al mundo. William Dyrness, en su libro titulado APOLOGÉTICA CRISTANA (Casa Bautista de Publicaciones; pp. 27) declaró que “los judíos creían que si algo no se podía probar con el Antiguo Testamento, no se podía probar de ninguna otra forma”.

El Nuevo Testamento constantemente se refiere al Antiguo como la Palabra inspirada de Dios, y sus escritores asumieron la veracidad histórica de su contenido como una regla básica para fundamentar sus enseñanzas y predicaciones, mientras que el Antiguo Testamento predice muchos de los

eventos registrados en el Nuevo. En algunas ocasiones, la Biblia combina una afirmación del Nuevo Testamento con otra del Antiguo, y se refiere a ambas como “la Escritura”, por ejemplo, en 1 Timoteo 5:18 dice de la siguiente manera:

“Pues la Escritura dice: No pondrás bozal al buey que trilla; y: Digno es el obrero de su salario” .

Aquí se hace referencia a dos porciones de la Sagrada Escritura. La primera proviene de Deuteronomio 25:4, y la segunda es una afirmación del Señor Jesús que está registrada en Lucas 10:7. Sin embargo, el apóstol Pablo consideró, y así lo expresó, que tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento son escritos sagrados y se refirió a ellos con el término “*la Escritura*” .

Los cristianos de Berea fueron alabados por cuanto examinaban las palabras de Pablo sobre la base de las Escrituras (Hechos 17:11) sin embargo, ¿cómo hubieran podido comprobar el mensaje del apóstol si su predicación fuera algo que no se encontrara en el Antiguo Testamento? El tema de la alocución era el reino de Dios, y con respecto a éste, testificaba recurriendo a la ley de Moisés y a los profetas, y a través de ellos demostraba la veracidad de lo que les predicaba.

Durante gran parte de tiempo de la iglesia primitiva no existía todavía el Nuevo Testamento escrito, de manera que aquellos hombres predicaron basados en las palabras del Señor Jesucristo y en los escritos del Antiguo Testamento, del cual Juan el Bautista marcó el final y el Señor Jesús el cumplimiento.

El estudio del Antiguo Testamento en el Nuevo, requiere una teología bíblica integral en la que debe reconocerse la integridad y unidad teológica en medio de la diversidad de sus autores. Por ejemplo, Pablo en su epístola a los Gálatas califica a la ley como “un pedagogo” o “tutor” que conduce a Cristo. Ésta tuvo como propósito guiar al pueblo de Dios hasta la venida del Mesías prometido y, por medio de ceremonias y sacrificios, actuó como un maestro señalando el sacrificio perfecto de Cristo.

PARALELO ENTRE EL ANTIGUO Y EL NUEVO TESTAMENTO

En términos generales, el Antiguo Testamento contiene la historia del pueblo de Israel desde sus orígenes hasta la época del post-exilio babilónico, incluyendo las condiciones establecidas entre Dios y el pueblo bajo el antiguo pacto. Por su parte, el Nuevo Testamento contiene la historia y condiciones del nuevo y mejor pacto que Dios estableció con su linaje escogido a través de la obra redentora del Señor Jesucristo y abarca desde los comienzos, la formación y el establecimiento de la iglesia hasta cerca del año 96 de la era cristiana, cuando fue revelado y escrito el último libro que conforma la Escritura.

En el Nuevo Testamento se registran las enseñanzas, la vida, la pasión, la muerte y la resurrección del Señor Jesús, lo que en conjunto, ilumina en forma significativa todo el contenido del Antiguo. Estos dos Testamentos, aunque diferentes en contenido y forma, tienen muchas semejanzas por depender el Uno del Otro y existen varios paralelos, de los cuales, algunos serán señalados a continuación:

A. LA VISIÓN PANORÁMICA

El Antiguo Testamento muestra un proceso de formación y consolidación del pueblo de Israel con un gobierno teocrático, alcanza una edad de oro bajo la monarquía, pero a continuación de ésta y como consecuencia de su desobediencia al único, eterno y verdadero Rey, le sobrevino el tiempo de la desintegración de la nación israelita. El establecimiento de Israel en la Tierra Prometida es seguido por un período de decaimiento y decadencia religiosa que requirió de mensajes especiales a través de los profetas. El Nuevo Testamento revela un proceso de inicio y consolidación de la iglesia hasta alcanzar la cima con el ministerio apostólico, pero también muestra la decadencia del género humano.

B. LA REVELACIÓN DEL ORIGEN

Génesis 1:1

“En el principio creó Dios los cielos y la tierra” .

Juan 1:1

“En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios” .

Moisés y Juan, los autores de Génesis y del cuarto Evangelio,

respectivamente, llegaron muy atrás en el tiempo, hacia los insondables confines de la eternidad, en donde el lenguaje es insuficiente al tratar de sugerir el estado de las cosas antes que existiera el tiempo y de calcular fecha alguna para los eventos. La frase “*en el principio*” del Evangelio de Juan está entrelazada con el principio de la creación (Génesis 1:1) pero en ella se halla un sentido más profundo por cuanto se extiende aún más presentando al Logos en Su eterna existencia y divinidad “*antes que el mundo fuese*” (Juan 17:5) y sugiere para Él igualdad con Dios el Padre a la par que la asociación en la obra de la creación.

El libro de Génesis inicia con la declaración “*en el principio*” que fue definido por el filósofo griego Aristóteles (435 - 355 a. C.) como “la fuente original de donde una cosa puede ser, devenir o ser conocida”. Dios origina todas las cosas y es la Fuente de ellas, y el universo tuvo su comienzo por Él, Quien lo creó de la nada. La historia de la creación, sin embargo, no se refiere al proceso de ésta, sino a que Dios estaba detrás de ella dándole existencia a todo lo creado y existente. El énfasis de la frase “*en el principio*” se refiere a un momento en lugar de a un proceso, es decir, Dios actúa en la historia dándole significado y propósito a toda la creación material. El universo tuvo un comienzo y Dios estaba en él, creando de la nada, en lugar de darle forma a algo que preexistía. La Biblia no empieza argumentando acerca de la existencia de Dios, sino con una declaración, con una verdad absoluta que la presupone, la admitan o no los hombres.

C. LA TRANSMISIÓN ORAL

La transmisión oral o verbal es común tanto en el Antiguo Testamento como en el Nuevo. Sin restarle la importancia que merece la inspiración del Espíritu Santo, existe la teoría que asegura que, como Adán vivió novecientos treinta años, y por un poco más de doscientos años llegó a ser contemporáneo de Matusalén, le narraría a éste asuntos concernientes a la era de los primeros habitantes de la tierra. Matusalén a su vez se las contaría a Sem, el hijo de Noé, sobreviviente del diluvio universal. De manera que las cosas ocurridas en el principio llegaron a oídos de los postdiluvianos, por cuanto desde Sem hasta Moisés, el autor del libro de Génesis, formaron los interlocutores una cadena de transmisión oral hasta la conclusión del Pentateuco.

En el Nuevo Testamento también se empleó como fuente de investigación para escribir los textos la transmisión oral o verbal. El Señor Jesucristo ascendió

al cielo aproximadamente en el año 30 d. C. y tanto los Evangelios como el libro de los Hechos de los Apóstoles fueron escritos después del año 50 de la era cristiana. Estos fueron revelados divinamente a sus autores, pero las fuentes humanas de consulta eran las narraciones de los propios apóstoles.

Papías (60 - 130 d. C.) obispo de Hierápolis de Frigia, escribió en el año 110 una obra de cinco tomos denominada “Explicación Sobre Sentencias del Señor”, de la cual sobreviven sólo algunos fragmentos. Para componer esta obra reunió tradiciones no escritas que consiguió de los ancianos o presbíteros y de personas asociadas con los apóstoles. Estas tradiciones transmiten reminiscencias históricas y relatos acerca de los orígenes de los Evangelios. Según este autor de la era patrística, Marcos no fue testigo ocular de las obras del Señor Jesús, pero escribió su Evangelio siendo el intérprete del apóstol Pedro. Papías, oidor él mismo del apóstol Juan, dio testimonio de la manera en que la viva “voz de los ancianos” iba reemplazándose por la autoridad de la Palabra escrita.

Justino “mártir” (100 - 165 d. C.) uno de los principales defensores de la fe en el segundo siglo de la era cristiana, se refiere acerca de las “Memorias de los Apóstoles y sus Seguidores”, que eran leídas en las iglesias, costumbre bien establecida en el imperio romano y extendida en la siguiente generación de los primeros cristianos.

El evangelista Lucas tampoco estuvo presente con el Señor Jesucristo, ni con Sus discípulos, pero tuvo conocimiento de muchos acontecimientos por las predicaciones que le escuchó al apóstol Pablo al acompañarlo en sus viajes misioneros, y así escribió el Evangelio que lleva su nombre y que en los primeros versículos implícitamente habla de la transmisión oral.

Lucas 1:1-3

“Puesto que ya muchos han tratado de poner en orden la historia de las cosas que entre nosotros han sido ciertísimas, tal como nos lo enseñaron los que desde el principio lo vieron con sus ojos, y fueron ministros de la palabra, me ha parecido también a mí, después de haber investigado con diligencia todas las cosas desde su origen, escribírtelas por orden, oh excelentísimo Teófilo” .

Antes que los Evangelios fuesen escritos, la fuente de predicación, enseñanza y edificación en la iglesia primitiva era la tradición acerca del Señor Jesús, preservada ya oralmente y en pequeñas colecciones capaces de expandirse. Cuando los Evangelios fueron inspirados y se hicieron normativos, la iglesia

dejó la transmisión oral y se aferró a los escritos en forma de libro, en los que se había registrado el antiguo material.

El Evangelio es la “buena noticia” de lo que Dios ha dicho y hecho a favor del hombre, tal como fue interpretado finalmente por Cristo (Hebreos 1:1) y dado a conocer por Sus apóstoles, en conformidad con las Escrituras del Antiguo Testamento. Surgió en un ambiente judío en el que la tradición oral era sagrada y en el que había ciertos procedimientos establecidos mediante los cuales ésta era mantenida. Se trataba de un cuerpo de enseñanza apostólica que se transmitía oralmente bajo la supervisión de los apóstoles mismos, lo cual aseguraba su integridad y pureza (Lucas 1:1-4; Hechos 2:42).

Acerca de la transmisión oral en los Evangelios, el libro titulado **EXPLORANDO EL NUEVO TESTAMENTO** (Casa Nazarena de Publicaciones, pp. 86) que fue escrito conjuntamente por Ralph Earle, Harvey Blaney y Carl Hanson, dice lo siguiente: “Antes de estas fuentes escritas hubo la tradición oral que tuvo su origen en testigos oculares, cuya memoria oriental y por ende acostumbrada a retener, y su propósito de contar la verdad, sirvieron para mantener el historial con exactitud. Hasta los enemigos de la iglesia primitiva, quienes hubieran atacado intensamente cualquier declaración errónea de los hechos, ayudaron a conservar los anales libres de error”.

D. LA ANALOGÍA DE LOS PRIMEROS LIBROS

El Antiguo Testamento comienza con los cinco libros que conforman el Pentateuco (término que se deriva de las palabras griegas “*penta*” que quiere decir “cinco”, y “*teuxos*” que significa “libros”, de manera que el término “Pentateuco” tiene el significado de “el libro de cinco rollos”) y el libro de Josué no debe ser tomado separadamente, puesto que es la continuación de ellos, tanto que éste, unido a Génesis, Éxodo, Levítico, Números y Deuteronomio, reciben el nombre de “Hexateuco”, es decir, seis libros. De la misma forma, los Hechos de los Apóstoles resulta ser el complemento de los cuatro Evangelios. Por otra parte, los Padres de la iglesia opinaban que debido a la estrecha relación de los cinco libros de Moisés, unidos con Josué y Jueces, se deberían tomar en conjunto y recibir el nombre de “Heptateuco”.

El Pentateuco narra la historia de los acontecimientos del gran legislador Moisés y las leyes sobre las cuales se debería regir y establecer el pueblo judío al

ser liberados del yugo opresor de Egipto, para que por medio de las normas divinas existiera un gobierno teocrático en la Tierra Prometida, mientras el libro de Josué relata el establecimiento del pueblo de Dios en la tierra de Canaán. Los Evangelios cuentan las obras del Señor Jesucristo y revelan que la “ley de Cristo”, por llamarla de esa manera, debería gobernar el establecimiento de la iglesia naciente, mientras el libro de Hechos de los Apóstoles relata la formación de la iglesia del Señor que se debería regir por el Evangelio.

Con respecto a la ley y el Evangelio, se debe tener en cuenta que cualquier esfuerzo humano para obtener la justicia perfecta por medio de la obediencia a los preceptos divinos terminará en fracaso, sin embargo, la gracia de Dios provee que las normas celestiales han de ser realizadas por medio del Espíritu Santo.

En el Éxodo, segundo libro del Pentateuco, se cuenta como el diablo tentó a Aarón para que éste fabricara un becerro de oro y como cedió a los maléficos planes. El Nuevo Testamento narra acerca de la tentación del enemigo al Hijo de Dios, pero éste, al contrario de Aarón, le resistió.

En el libro de Josué, cuando el pueblo comenzaba a establecerse en la Tierra Prometida, apareció un caso de ambición, cuando Acán tomó un manto babilónico, doscientos ciclos de plata y un lingote de oro, acarreando sobre sí mismo y su familia la pena de muerte delante de todo el pueblo (Josué 7). En los Hechos de los Apóstoles igualmente existe un caso de ambición, cuando Ananías y Safira sustrajeron el precio de la heredad vendida, mintiéndole al Espíritu Santo y atrayendo sobre ellos mismos la muerte delante del pueblo.

El tema general del libro de Josué es la conquista de la Tierra Prometida luego de innumerables luchas y pruebas, pero finalmente y como lo asegura el mismo autor, se cumplieron cabalmente todas las promesas que le hiciera Dios al pueblo de Israel (Josué 21:43-45). En el libro de los Hechos, el Señor Jesucristo profetizó que el mensaje de la salvación se llevaría a Jerusalén, a toda Judea, a Samaria y hasta lo último de la tierra (Hechos 1:8) y así ocurrió exactamente a pesar de las persecuciones y angustias que vivieron los miembros de la iglesia primitiva.

El libro de Jueces trata acerca de la apostasía que se levantó después de la muerte de Josué y el trato de Dios con Su pueblo para que volvieran su rostro a Él. Las epístolas del Nuevo Testamento repetidamente están redarguyendo a las iglesias por sus errores, prácticas pecaminosas y por la tendencia de ciertos

miembros a apartarse de la sana doctrina y de su Salvador.

E. EL PRIMER MILAGRO

Vale la pena anotar que el principal propósito de los milagros en la Biblia es indicar que Dios ha puesto Su sello de aprobación a Sus mensajeros. El milagro certifica que la persona escogida para realizarlos en el nombre de Dios es un agente de la revelación genuina. El primer milagro que vio Adán en su vida fue cuando de una costilla suya salió Eva, su esposa, y seguidamente se consolidarían en un solemne matrimonio. El primer milagro que vieron los discípulos del Señor Jesús fue precisamente en un matrimonio, en Caná. Adán era próspero y podía proveer a su esposa de lo necesario sin que se fuera a acabar la provisión. En cuanto a la fiesta en Caná de Galilea, Robert C. Sproul, en su libro titulado LA GLORIA DE CRISTO (Editorial Unilit, pp. 81) escribió lo siguiente: “Una fiesta de bodas en la antigua Palestina era mucho más elaborada que las modernas recepciones de casamientos. Duraban varios días, siete habitualmente. El anfitrión era responsable de asegurar que hubiera suficientes provisiones para que no se agotaran durante el período del festejo. Era una enorme vergüenza que se acabara la comida o la bebida en medio de la fiesta”.

F. LA TEMÁTICA

En el antiguo pacto, bajo la ley, se tratan los siguientes temas:

1. La expiación de los pecados por medio del sacrificio pascual.
2. El sacerdocio aarónico, el cual es temporal e imperfecto.
3. La intercesión de un mediador que representa al pueblo ante Dios.
4. Las fiestas religiosas, especialmente el día de reposo.
5. La circuncisión como una señal o símbolo del pacto.

En el nuevo pacto, bajo la gracia, se tratan los siguientes temas:

1. La expiación de los pecados por medio del sacrificio vicario de Cristo en la cruz del Calvario.
2. El sacerdocio eterno, inmutable y perfecto del Señor Jesucristo.
3. La intercesión de Cristo como Mediador entre Dios y los hombres (1 Timoteo

2:5).

4. El día del Señor.

5. El bautismo como un sello y la confirmación del nuevo pacto.

Dios entró en un pacto con el pueblo de Israel (Éxodo 24:6-8) y Moisés lo selló con la sangre de un novillo. En el Nuevo Testamento, el Señor Jesús selló el nuevo pacto con Su propia sangre. Uno tiene por centro el monte Sinaí, y el otro el Calvario, pero la justificación de los creyentes, tanto del Antiguo Testamento como del Nuevo, es una y la misma, a saber, por gracia (Romanos 4:22-24; Gálatas 3:9).

Todo el sistema de adoración del Antiguo Testamento apuntaba hacia Cristo:

1. Cristo mismo es el sacrificio final y suficiente (Hebreos 10:1-18).

2. El Señor Jesús es el Sumo Sacerdote (Hebreos 6:13-8:13).

3. El Verbo hecho carne es el Tabernáculo (Juan 1:14).

4. El Hijo del Hombre es el Señor del día de reposo (Mateo 12:8).

Para el reformador Juan Calvino, el pacto concertado con los patriarcas es el mismo que se da en Cristo, aun cuando en una dispensación diferente. En ambos pactos la meta final es la vida eterna. La diferencia entre el Antiguo y el Nuevo Testamento radica en el grado de revelación, por cuanto los creyentes o santos del Antiguo Testamento tenían a Cristo como Mediador por medio de tipologías, símbolos, sombras o figuras, como una esperanza futura, no obstante, los del Nuevo y la iglesia del Señor, tenemos mayor revelación por cuanto la Escritura ya ha sido revelada en su totalidad.

En el Antiguo Testamento hay un método pedagógico por medio de tipologías y ceremonias que anunciaban proféticamente a Cristo, pero en el Nuevo son reemplazados por la sustancia. En la antigua dispensación, Dios se dirigía sólo a los judíos, pero en la nueva se comunica con todos los hombres.

G. EL CÁNTICO POR UN NACIMIENTO MILAGROSO

Existen varias semejanzas entre los cánticos de Ana y de la virgen María, la

madre de Jesús de Nazaret, el primero en el Antiguo Testamento y el segundo en el Nuevo, ambos por el nacimiento milagroso de un hijo. Ana, quien no podía tener hijos (1 Samuel 1:5-6) cantó adorando al Señor luego de dar a luz a su pequeño Samuel (1 Samuel 2:1-10) y María, en lo que comúnmente se ha denominado “el Magnificat”, lo hizo porque el Salvador que había de llegar al mundo se estaba formado en su vientre milagrosamente sin la intervención de hombre alguno (Lucas 1:46-55).

H. LA FINALIZACIÓN DEL LIBRO

Tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento concluyen con libros proféticos y éstos con la esperanza de la venida a la tierra del Hijo de Dios, en el Antiguo por primera y en el Nuevo por segunda vez. El advenimiento de Cristo como el Sol de Justicia (Malaquías 4:2) constituye la verdadera esperanza para el israelita, así como el regreso del Señor lo es del cristiano (Apocalipsis 22:20).

El primer anuncio del Mesías en la Escritura aparece inmediatamente luego de la caída del hombre (Génesis 3:15) al principio del Antiguo Testamento, y éste finaliza con el anuncio del advenimiento del Hijo de Dios, identificándole como el Sol de justicia (Malaquías 4:2) convirtiéndose la Simiente de la mujer en una esperanza para el pueblo de Dios. El Nuevo Testamento comienza con el nacimiento de Jesús (Mateo 1:18-25) cumpliéndose en este magno acontecimiento las profecías correspondientes, y termina con el anuncio de la segunda venida del Señor a la tierra, identificándole como la “Estrella resplandeciente de la mañana” (Apocalipsis 22:16) siendo, como el Sol de justicia para los judíos piadosos, la esperanza de todos los creyentes ese nuevo amanecer en que la “Estrella”, es decir, el Señor Jesús, brillará por la eternidad con todo el esplendor de Su gloria.

I. LA APOSTASÍA ANTERIOR A LA VENIDA DE CRISTO

La primera venida del Hijo de Dios a la tierra estuvo precedida por una gran apostasía, como el fiel cumplimiento a la profecía (Daniel 11:31) y a la que el Señor Jesús se refirió también como la “*abominación desoladora*” (Mateo 24:15) haciendo referencia a los días del reinado de Antíoco “el grande” o Antíoco Epífanes (174-164 a. C.) adversario acérrimo de los judíos, quien hizo un

esfuerzo salvaje y decidido para exterminarlos, así como a su religión. Devastó Jerusalén en el año 168 a. C., profanó el templo, sacrificó un cerdo sobre el altar, erigió una imagen a Júpiter, prohibió el culto del templo, y bajo pena de muerte la circuncisión, destruyó todos los ejemplares de la Escritura que pudieran hallarse y recurrió a toda forma de torturas para obligar a los judíos a que renunciaran a sus creencias en el verdadero Dios, lo que condujo, debido a lo terrible de sus ataques, a que los israelitas, encabezados por la familia de los macabeos, se resistiera y se sublevara. Fue tan perverso que el profeta Daniel lo comparó con el anticristo.

Aun cuando la apostasía siempre ha existido y en muchas épocas históricas se han levantado personajes y sistemas anticristianos, antes de la segunda venida del Hijo del Hombre a la tierra, habrá una final apostasía encabezada por “*el hombre de pecado, el hijo de perdición*” (2 Tesalonicenses 2:3-4). Una línea de anticristos han surgido a lo largo de los siglos como los precursores del gran Anticristo, todos ellos ejerciendo en uno u otro grado el “*ministerio de la iniquidad*” (2 Tesalonicenses 2:7).

A pesar de la unidad fundamental que hay entre el Antiguo y el Nuevo Testamento, también existen muchas diferencias entre las cuales se destaca que en el nuevo pacto la revelación de Dios es mucho más amplia que en el antiguo, lo que conduce a un mayor conocimiento de la verdad que Dios ha querido revelar a Su pueblo a lo largo de los siglos.

CAPÍTULO 2

LA LEY Y LOS PROFETAS DEL ANTIGUO EN EL NUEVO TESTAMENTO

La persona gloriosa y bendita del Mesías, profetizado en el Antiguo Testamento y revelado en el Nuevo, es el centro, la finalidad y el objetivo supremo de toda la Sagrada Escritura. El Señor Jesucristo se halla implícitamente en las páginas de la ley y los profetas, y se hace explícito en las del Nuevo Testamento.

Mateo 5:17

“No penséis que he venido para abrogar la ley o los profetas; no he venido para abrogar, sino para cumplir” .

Existen dos errores básicos con respecto a la interpretación de la ley. El primero de ellos consiste en el legalismo, es decir, la falsa creencia en cuanto a que la salvación se obtiene por medio de la obediencia a la ley y que la justificación se logra por las obras de los hombres. El segundo es el antinomianismo, completamente opuesto al anterior, que trata de implementar la idea en cuanto que la salvación por gracia anula la ley. Se debe tener en cuenta que la observancia de ella no es el pilar de la salvación, sino más bien el fruto que caracteriza a los salvos.

La ley de Dios dada a Moisés en el monte Sinaí, comparada con otras colecciones legales de otros pueblos como el código de Hammurabi, por ejemplo, las cuales son contemporáneas, son las promesas divinas añadidas a ciertas leyes particulares, las cuales motivaban al pueblo a guardarlas y obedecerlas.

La iglesia cristiana siempre ha hecho una distinción entre la ley dada a Moisés y el Evangelio, a la vez que ha comprendido la relación que hay entre los dos. La ley es considerada como nuestro “ayo” para llevarnos a Cristo, y además es la guía para una vida de obediencia y de fe. No obstante, la ley no fue dada para salvarnos, sino principalmente para convencernos de nuestros pecados y mostrarnos la absoluta necesidad de un Salvador. Carlos H. Spurgeon, en el capítulo titulado “El Propósito de la Ley” de su excelente libro NO HAY OTRO EVANGELIO (Estandarte de la Verdad; pp. 61) destaca cinco objetivos y propósitos de la ley, que son:

1. Revelar al hombre su culpa.
2. Acabar toda esperanza de salvación por medio de una vida reformada.
3. Mostrar al hombre la miseria que caerá sobre él a causa del pecado.
4. Mostrar al mundo el valor de un Salvador.
5. Guardar a los cristianos de confiar en su propia justicia.

El fin de la ley era señalar el pecado, despertar la conciencia, reavivar en los hombres el sentido de sus deberes morales y de sus necesidades espirituales, haciendo ver lo pecaminoso de la desobediencia y el alejamiento de Dios, así como mostrar los alcances del pecado. La ley tenía como designio llevar a los hombres al conocimiento del pecado y del desamparo como su consecuencia, producía un sentido de culpa y miseria al pecador, y un anhelo profundo de redención. De esta manera se convirtió en el ayo que lleva a los hombres a los pies de Cristo (Gálatas 3:24). No hay nada malo en la ley, sin embargo, el mal está en el corazón y en la propensión hacia el pecado.

La ley fue escrita como algo externo y ritual, cuyo objetivo era el ojo, el oído y el entendimiento. No se trataba de un principio interno o un poder especial. Se alzaba para enseñar las obligaciones a las que los hombres deberían conformarse. Era, por así decirlo, un simple escrito o libro. No obstante, contenía una revelación del Evangelio, puesto que su sacerdocio y sus sacrificios se presentaban como tipos del oficio y las obras de Cristo.

La ley, en su instauración de sacrificios y en las fiestas, era esencialmente tipológica, como una sombra de lo que se cumpliría en Cristo. Por lo tanto, todo lo que el Señor Jesús hizo y enseñó armoniza en absoluto con el Antiguo Testamento. En Cristo, la ley dada a Israel en el desierto, dejó de ser nacional para ser universal, ya no es temporal sino eterna, como tampoco es ceremonial,

para volverse más bien espiritual. Ahora, ¿Qué quería decir Mateo al afirmar que el Señor Jesús vino a cumplir “*la ley y los profetas*” ?

“La ley” contenía tres partes principales, que son:

1. La ley moral.
2. La ley judicial o civil.
3. La ley ceremonial o ritual.

La ley moral consiste básicamente en los Diez Mandamientos y en los grandes principios morales que se promulgaron una vez y para siempre. Esta es de un valor permanente y eterno porque es un reflejo de la santidad de Dios y la norma para definir el pecado tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento. Es un conjunto de reglas de conducta proclamadas por la autoridad divina, como la instrucción paternal de Dios que contiene verdades accesibles a la razón humana.

La ley judicial o civil se compone de las normas y estatutos establecidos para la nación israelita en las circunstancias peculiares de la antigua dispensación, las cuales indicaban cómo los hombres tenían que comportarse en relación con los demás y lo que se podía o no hacer. Estas leyes civiles que gobernaban al pueblo de Israel como una teocracia y como una sociedad religiosa fueron abolidas por el establecimiento del nuevo pacto.

La ley ceremonial o ritual comprendía todo lo referente a inmolaciones, sacrificios, ceremonias y ritos relacionados con el culto, tanto en el tabernáculo como en otros lugares. Por ejemplo, el mandato de circuncidar a todos los niños varones no fue dado sino hasta los días de Abraham y era aplicable sólo para sus descendientes, los judíos, y terminó con la venida del Señor Jesucristo (Gálatas 4:4). Esta ley apuntaba hacia la persona y la obra expiatoria de Cristo, y fue abolida cuando encontró su cumplimiento y consumación en Él. Ninguna de las ceremonias judías se realizó por simples ritos, sino como sombras para anunciar ciertos eventos proféticos.

La estructura misma del libro de Éxodo apoya esta triple clasificación. En el capítulo 20 se da la ley moral, en los capítulos 21-23 las leyes civiles y en el capítulo 25 y siguientes se dan las leyes ceremoniales en cuanto a la construcción del tabernáculo de reunión.

La ley, en sus partes judicial y ceremonial, no podía haber sido abolida hasta que se hubieran cumplido en Cristo todas las figuras y simbologías de la misma. El significado verdadero de la palabra “cumplir”, es llevar a cabo en el sentido de prestar obediencia completa. El Señor Jesús cumplió literalmente todo lo que está escrito en *“la ley y los profetas”*, a la vez que Él mismo es el cumplimiento de todo. Cuando en el Evangelio se narra que Jesucristo cumplió la ley, significa que le prestó obediencia completa y que llevó a cabo todo lo que se había dicho y establecido en ella. Aunque está eternamente por encima de la misma, como Hijo de Dios vino y fue puesto bajo la ley, como alguien que iba a cumplirla.

El Señor Jesús cumplió con la ley en su parte moral al sufrir el castigo que Dios había establecido para el pecado del hombre. En su parte ceremonial al morir en la cruz y cumplir con todos los símbolos y prototipos del Antiguo Testamento. Y finalmente, la cumplió en su parte judicial prometiendo y ofreciéndole el Espíritu Santo a Su iglesia, que también la cumple al tener en medio de ella al Consolador, Quien convence a los redimidos de amar la ley, los capacita para cumplirla (Ezequiel 36: 26-27) y les comunica una nueva naturaleza adecuada para obedecerla. Los sacrificios levíticos desaparecieron una vez fue consumado el de Cristo, ya que aquéllos eran símbolos de éste.

El teólogo Martyn Lloyd-Jones en su libro titulado DIOS EL PADRE; DIOS EL HIJO (Ediciones Peregrino; pp. 423-424) escribió al respecto: “En este nuevo pacto Dios hace algo con su Ley que antes no hacía. Antes la había escrito sobre tablas de piedra, estaba fuera de nosotros... Lo que hace el nuevo pacto es esto: en lugar de darme una Ley que es externa y pedirme que la guarde, Dios pone esa misma Ley en mi mente, la escribe en mi corazón; la pone en mí de manera que quiero obedecerla... En el nuevo pacto, Dios, en Cristo, a través del Espíritu Santo, no sólo ha puesto La Ley en nuestras mentes y corazones, sino que llega a obrar en nosotros una predisposición a favor de ella, un deseo de guardarla, y nos da el poder para hacerlo”.

Cristo observó no sólo una obediencia de la ley, sino que también ganó para Su pueblo la provisión de Su Espíritu, que es esencial para la santificación, al tiempo que es el único medio capaz de transformar a criaturas carnales y hacer posible que se sometan y rindan obediencia aceptable a Dios. La ley de Moisés muestra lo que es preciso hacer o abstenerse de hacer, a la vez que orienta hacia un nuevo pacto, en el que, el creyente, guiado por el Espíritu Santo, obedece por amor a Dios.

En todo aquel que ha sido regenerado ha habido una transformación. Su mente ha sido iluminada, su voluntad renovada y su corazón cambiado, siendo entonces una “*nueva criatura*” (2 Corintios 5:17) con un corazón inclinado hacia la ley de Dios, por cuanto Él ha dicho que: “*Pondré mis leyes en la mente de ellos, y sobre su corazón las escribiré*” (Hebreos 8:10) y el creyente puede decir con el salmista “*¡Oh, cuánto amo yo tu ley! Todo el día es ella mi meditación*” (Salmo 119:97) porque ella ya no es más su enemiga, aquella que le acusaba delante de Dios, sino que el Espíritu Santo la ha grabado internamente en su ser, cambiando su corazón de piedra por uno de carne (Ezequiel 36:26-27).

El sermón del Monte es presentado en el Evangelio de Mateo como una “nueva Torah”, cuyo primer sentido es la instrucción. En ella Cristo extrae el principio fundamental de las reglas del Antiguo Testamento y aplica éstas, no sólo a las acciones externas, sino a los pensamientos internos e intenciones del corazón. En el Decálogo se ataca directamente los frutos del pecado, mientras que el sermón del Monte, que es básicamente un comentario del Señor Jesús acerca de los Diez Mandamientos, lo hace más directamente hacia las raíces de la maldad. Para el reformador Martín Lutero, la palabra de Dios tiene el doble aspecto de la ley y el Evangelio, por lo que escribió al respecto lo siguiente: “La ley lleva al hombre a reconocer cuál es en realidad su situación, mientras que el Evangelio, en cambio, brinda consuelo y ayuda a quienes han llegado a este reconocimiento”. Un sucesor de Martín Lutero, Martín Brucer, afirmó que “Por la ley nos conocemos a nosotros mismos y por el Evangelio conocemos a Dios; que la ley contiene arrepentimiento y mortificación, en cambio el Evangelio contiene justicia y lleva al hombre a ser una nueva criatura; la ley con sus mandamientos, pero apartados de la obra salvadora de Cristo y del llamamiento eficaz del Espíritu Santo, conducen a la muerte, no obstante, el Evangelio revela misericordia y bondad”. En otras palabras, el sermón del Monte es la última y la más profunda exposición de la ley mosaica. Tanto el Antiguo Testamento como el Nuevo, sostienen en común la legislación que Dios le dio a Moisés en el monte Sinaí.

El Nuevo Testamento expresa que estamos bajo la ley de Cristo (1 Corintios 9:21) y que, todo aquel que está en Cristo, debe andar como Él anduvo (1 Juan 2:6). Es decir, en perfecta obediencia a Dios, en completa sujeción a la ley, honrándola y obedeciéndola. La ferviente oración del cristiano y la lectura de la Palabra de Dios producen amor por los mandamientos y un respeto profundo por ellos.

La ley también ha sido cumplida y aplicada para la iglesia, mediante el sacrificio de su Mediador. La parte moral a través de una nueva y mejor relación entre Dios y el hombre por la eternidad, la judicial haciendo de la iglesia la única nación de Dios, y la ceremonial al ser rasgado el velo y dar libre acceso a todo aquel que, limpio por la preciosa sangre del Cordero, desee acercarse a la presencia del Padre.

“Los Profetas”, por su parte, contenían dos aspectos principales:

1. Enseñaron, aplicaron e interpretaron la ley.
2. Predijeron la venida del Señor Jesús y los eventos que la acompañarían.

La norma suprema para interpretar correctamente las profecías del Antiguo Testamento es la interpretación autoritaria del Nuevo. El Señor Jesucristo es el objeto de más de trescientas profecías que revela el Antiguo Testamento y el cumplimiento de cada una de ellas lo confirman como el Único y verdadero Mesías que vendría al mundo. En el Señor Jesús, las profecías del Antiguo Testamento se volvieron una realidad. De las principales profecías concernientes al Hijo de Dios se destacan:

1. Las concernientes a Su nacimiento:

Nacería de la simiente de la mujer (Génesis 3:15) y específicamente de una virgen (Isaías 7:14); sería descendiente de los patriarcas Abraham (Génesis 12:2-3) Isaac (Génesis 21:12) y Jacob (Génesis 35:10-12; Números 24:17); asimismo pertenecería a la tribu de Judá (Génesis 49:10; Miqueas 5:2) de la línea familiar de Isaí (Isaías 11:1,10) para ser el descendiente eterno del trono del rey David (2 Samuel 7:12-16; Salmo 45:6-7; 132:11); nacería en la pequeña ciudad de Belén (Miqueas 5:2) ocurriría una matanza de niños inocentes en Su nacimiento (Jeremías 31:15) y sería homenajeado con regalos de la tierra de Oriente (Salmo 72:10,15; Isaías 60:6).

2. Las concernientes a Su nombre:

Se le llamaría Hijo de Dios (Salmo 2:7); Señor (Salmo 110:1); Emanuel (Isaías 7:14); Juez (Isaías 33:22); Profeta (Deuteronomio 18:18); Sacerdote (Salmo 110:4); y Rey (Salmo 2:6). Estos tres últimos representan Su oficio o cargo como el Redentor (Salmo 130:8).

3. Las concernientes a Su ministerio antes de la pasión, muerte y resurrección:

Estaría precedido por un mensajero (Isaías 40:3; Malaquías 3:1); gozaría de una unción especial del Espíritu Santo (Isaías 11:2); tendría celo por la casa de Dios (Salmo 69:9; Jeremías 7:4,11); iniciaría Su ministerio en Galilea de los gentiles (Isaías 9:1) para ser luz a ellos (Isaías 49:6; 60:3) y piedra de tropiezo a los judíos (Salmo 118:22; Isaías 8:14; 28:16); Su ministerio sería respaldado por milagros (Isaías 35:5-6) y tendría una forma especial de hablar por medio de parábolas (Salmo 78:2) sin embargo, sería rechazado por Su pueblo (Isaías 53:3). Finalmente, haría Su entrada a la ciudad de Jerusalén sentado sobre un asno (Zacarías 9:9) sería alabado por la muchedumbre (Salmo 118:25-26) y entraría súbitamente al templo (Malaquías 3:1).

4. Las concernientes a la pasión y muerte:

Sería traicionado por un amigo (Salmo 41:9) y vendido por treinta piezas de plata (Zacarías 11:12) dinero que sería luego arrojado en la casa de Dios (Zacarías 11:13) pero el traidor recibiría su merecido (Salmo 55:15; 69:25; 109:7-9,17); Sus amigos y compañeros le abandonarían (Zacarías 13:7; Salmo 38:11) y algunas personas le aborrecerían sin causa alguna (Salmo 69:4); los gobernantes políticos y religiosos conspirarían unidos contra Él (Salmo 2:2; 94:20-21); sería acusado por falsos testigos (Salmo 35:11) pero no se defendería y enmudecería ante Sus acusadores (Isaías 53:7); sufriría golpes físicos y sería herido (Isaías 53:5; Zacarías 13:6-7) le mesarían la barba, le golpearían en la mejilla y le escupirían (Isaías 50:6; Miqueas 5:1); se burlarían de Él (Salmo 22:7-8; 109:25) y sería odiado sin razón alguna (Salmo 35:19); caería por el peso de la cruz (Salmo 109:24); Sus manos y pies serían horadados (Salmo 22:16; Zacarías 13:6) y Su costado traspasado (Zacarías 12:10); le crucificarían en medio de pecadores, pero en la cruz intercedería por los transgresores (Isaías 53:12) mientras los curiosos le observarían (Salmo 22:17); repartirían Sus vestidos y echarían suertes sobre Su ropa (Salmo 22:18); en la cruz sufriría sed y para saciarla le ofrecerían hiel y vinagre (Salmo 69:21); sería abandonado por el Padre (Salmo 22:1) pero se encomendaría a Dios (Salmo 31:5); Sus huesos no serían quebrados (Salmo 34:20) sin embargo, herirían Su corazón (Salmo 22:14). También se profetizó acerca de la hora de Su muerte en la cruz (Éxodo 12:6) y la época histórica de ésta (Daniel 9:24-27). Finalmente sería sepultado en la tumba de un hombre rico (Isaías 53:9) mientras habría tinieblas sobre la tierra (Amós 5:20; 8:9; Zacarías 14:6).

5. Las concernientes a la resurrección y siguientes eventos:

Se levantaría de la tumba (Salmo 16:10; 30:3) resucitando al tercer día (Oseas 6:2) para ascender de nuevo al cielo (Salmo 68:18) y permanecer sentado a la diestra del Padre (Salmo 110:1).

En cuanto al Salmo 110:1, que expone la dignidad de Su persona y la naturaleza de su obra, y que dice “ *Jehová dijo a mi Señor: siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies*” , la autora Juana B. Bucana, en su libro titulado ESTUDIOS SOBRE LOS SALMOS (La Buena Semilla; pp. 126-127) escribió lo siguiente: “... Se cita diez veces en el Nuevo Testamento siempre aplicado a Cristo pero con enfoques diferentes... Jesús es el Señor de David y por esto mayor que él (Mateo 22:41-46; Marcos 12:36; Lucas 20:40-43) Cristo ascendió y fue exaltado por el Padre (Hechos 2:34-35) tendría una victoria final (1 Corintios 15:25; Efesios 1:20-22) se sienta a la diestra de Dios (Colosenses 3:1; Hebreos 8:1) es superior a los ángeles (Hebreos 1:13) y es el Sumo Sacerdote ofrecido por Su pueblo (Hebreos 10:12-13)”.

De una manera extraordinaria en la persona del Señor Jesucristo, Sus obras, Sus palabras y todo lo que sucedió en Su pasión, muerte, sepultura y resurrección, se cumplen absolutamente todas las profecías, tipos, sombras, prefiguraciones y símbolos del Antiguo Testamento.

A la pregunta ¿qué quiere decir “la ley y los profetas”?, una respuesta acertada sería que se trata de todo el Antiguo Testamento, puesto que en él se encuentra de manera ampliada el tema central de la ley y el objeto de la profecía.

En Cristo no solamente se cumplió la ley en sus partes moral, judicial y ceremonial, sino todo lo predicho por los profetas, confirmando que lo revelado divinamente desde Génesis hasta Malaquías tiene su complemento en el Evangelio y su explicación en las cartas del Nuevo Testamento, haciendo un enlace entre los dos pactos para conformar UN SOLO LIBRO. El Espíritu Santo fue Quien se encargó de guiar a la iglesia cristiana, que en gran parte era gentil, a que incorporara las Escrituras del Antiguo Testamento con las del Nuevo y fueran consideradas como una sola cosa.

CAPÍTULO 3

LA IMPORTANCIA DE LA TIPOLOGÍA

Un diccionario secular ofrece la definición de la palabra “tipo” como un modelo ejemplar o ideal que reúne en un alto grado los rasgos y caracteres peculiares de un género. La palabra griega “*tupos*” tiene un significado básico de modelo o patrón en relación con otras personas y acontecimientos que están por aparecer, a saber, el prototipo o aquello que tiene que ser desarrollado. Bíblicamente es un cuadro, una figura, o la sombra profética de algo que ha de venir (Mateo 12:40) y tiene que ver con Cristo. El teólogo Charles Hodge lo definió así: “Un tipo en el sentido religioso de la palabra, no es un mero paralelo histórico o una semejanza incidental entre personas o hechos, sino una semejanza proyectada o intencionada a prefigurar o conmemorar otra”. Un significado sumamente espiritual se puede expresar muchas veces por medio de un simbolismo terrenal.

Los tipos aparecen en el Antiguo Testamento con un carácter profético como la figura o sombra de algún acontecimiento espiritual futuro, y para ello Dios preparó a algunas personas, objetos o eventos reales para representar lo que más tarde sucedería, es decir, que los símbolos y signos son “formas gráficas de la profecía”, sin embargo, la tipología y la profecía, aunque están estrechamente vinculadas, son a la vez dos líneas diferenciadas dentro de la revelación divina, conectadas, pero a veces separadas. En ocasiones la palabra “tipología” es utilizada para describir la relación existente entre el Antiguo Testamento y el Señor Jesús.

Los numerosos y variados tipos, símbolos y ceremonias se constituyen en pruebas muy contundentes a favor de la inspiración bíblica. Las profecías relativas a Cristo son maravillosas, empero más extraordinaria es la historia del

Señor Jesús reflejada en la biografía de los patriarcas, en la construcción del tabernáculo y del templo, en los servicios religiosos, en los sacrificios y ceremonias, y en otros tipos, sombras, figuras y símbolos diversos.

No se espera encontrar el Evangelio de manera clara en el Antiguo Testamento como aparece directamente en el Nuevo, sino solamente en promesas y profecías, o en figuras, tipologías, símbolos, sombras e instituciones de la ley de Moisés. Prácticamente la tipología es una comparación que ilustra verdades futuras.

Los tipos tienen varias características bien delimitadas en la Biblia: Están enraizados en la historia, son proféticos por naturaleza, forman parte integral de la historia de la redención, y por sobre todo, son principalmente cristocéntricos, con excepción tal vez del paralelo entre Jonás y el apóstol Pablo, puesto que ambos sufrieron naufragio, se salvaron los navegantes que iban con ellos e inmediatamente se le predicó a los gentiles. Cada cumplimiento de las promesas de Dios, como por ejemplo, la libertad de la esclavitud en Egipto y la conquista de Canaán, que aun cuando son hechos reales, tipifican el cumplimiento de todas las promesas en Cristo. Dios colocó a Israel en la Tierra Prometida que desearon Abraham, Isaac y Jacob, como una figura del cielo para los creyentes.

Existen diversas clases de tipologías como personas, eventos, objetos, lugares e instituciones. Adán, como un personaje histórico, es en cierto modo un tipo de Cristo y se le identificó como *“figura del que había de venir”* (Romanos 5:14). La salida de Israel de la servidumbre en Egipto y su peregrinaje por el desierto durante cuarenta años, como un solo evento, es una sombra del paso que ha dado la iglesia de la esclavitud del pecado hacia la libertad espiritual al recibir la salvación por Jesucristo, seguida por un camino hacia la glorificación. Los objetos del tabernáculo como el pan de la proposición y el candelero de oro, tipifican que el Señor Jesús es el Pan de vida y la Luz del mundo. El país de Egipto, como un lugar geográfico, es un tipo del pecado y de la mundanidad. La pascua como una institución, es un cuadro profético del sacrificio de Cristo.

En el Antiguo Testamento, los tipos tienen una realización y un paralelo mucho más profundo en la persona y en la obra del Señor Jesús. Así, Jonás siendo un personaje histórico y real, se constituye en tipo del Mesías, tanto por su predicación profética llamando a todo el pueblo de Nínive al arrepentimiento, como por su experiencia en el vientre del pez durante tres días y su liberación divina, en paralelo con la crucifixión, muerte, sepultura y resurrección victoriosa

de Cristo. El Señor Jesucristo concluyó esta aplicación tipológica expresando que: *“Los hombres de Nínive se levantarán en el juicio con esta generación, y la condenarán; porque ellos se arrepintieron a la predicación de Jonás, y he aquí más que Jonás en este lugar”* (Mateo 12:41).

DIFERENCIA Y RELACIÓN ENTRE TIPO Y ANTITIPO

El TIPO es una prefiguración o diseño designado y trazado por Dios para ilustrar su respectivo ANTITIPO. Estos dos elementos de un tema en común están relacionados entre sí por el hilo de una misma verdad o principio que los enhebra a ambos. No es el propósito del tipo establecer la certeza de una doctrina, sino más bien el realzar la fuerza de la verdad declarada en el antitipo. El tipo, además de su propio valor significativo, tiene como objetivo guiar en la comprensión y recta estructuración del antitipo.

Un tipo o símbolo es una imagen, figura, patrón o modelo con que se representa, materialmente o por medio de palabras, un concepto moral o espiritual. El tabernáculo, por ejemplo, abunda en simbolismos y prefiguraciones. Todos los tipos son dados en el Antiguo Testamento y se cumplen en el Nuevo. El cumplimiento del tipo se denomina ANTITIPO y éste encaja en una estructura de comportamiento basado en experiencias previas, es decir, que ilustra alguna característica sobre cómo hace Dios las cosas. Por ejemplo, el Día de la Expiación (Levítico 16) contemplado en el Antiguo Testamento es un tipo y no cabe duda que el sacrificio del Señor Jesús en la cruz del Calvario se constituye en su respectivo antitipo. Ahora, la semejanza entre estos dos está en que no fueron designados por Dios para quitar automáticamente los pecados, sino que es necesaria la fe y el arrepentimiento personal para disfrutar del perdón. Mientras en Levítico 16:29 dice así: *“... afligiréis vuestras almas...”*, en Marcos 1:15 está escrito de la siguiente manera: *“... arrepentíos, y creed en el evangelio”*. El sacrificio de Jesucristo rebosa ampliamente, como perfecto antitipo, el significado y la eficacia de los sacrificios de la ley.

Entre el tipo y el antitipo debe haber algún punto importante de analogía y se hallan estrechamente relacionados el uno con el otro a través del hecho que la verdad o el principio que los une es evidente en los dos, aunque en la comparación de ambos aparezcan también notables disimilitudes. La figura de Jonás es una sombra de Cristo (Mateo 12:40) sin embargo, la relación tipológica

entre uno y otro se establece únicamente durante la permanencia del profeta en el vientre del pez por tres días y tres noches, seguida de su liberación. El simbolismo es perfectamente válido a pesar que en tantos otros aspectos el rebelde, racista e irascible Jonás nada tuviera en común con Aquel que fue manso y humilde de corazón y amigo de los pecadores. Jonás era sólo un modelo, en cambio el Señor Jesús es el Modelo perfecto. Esto simplemente comprueba que todos los tipos cumplieron su tarea de manera fiel, pero no perfecta.

Existen dos factores principales que sirven para mostrar la unidad entre el Antiguo y el Nuevo Testamento:

- a) El tipo y su antitipo.
- b) La profecía y su cumplimiento.

Un tipo verdadero es una profecía de su respectivo antitipo que, al haber sido designado directamente por Dios, no debería juzgarse como especulación humana, sino como parte vital de la misma inspiración. El tipo es una esperanza, pero al aparecer el antitipo, como realidad, inmediatamente aquél desaparece.

LA TIPOLOGÍA DEL ANTIGUO EN EL NUEVO TESTAMENTO

La tipología sirve para exhibir la unidad de los dos pactos como hilos entretejidos a través de un Testamento a Otro, unidos en una estructura única que sirve para trazar el diseño que por su carácter maravilloso glorifica a Dios. De esta manera la tipología como aparece en la Escritura, demuestra que la Biblia es la clase de Libro que el hombre no podría escribir si quisiera hacerlo.

Muchas tipologías de Cristo bien definidas pueden reconocerse en el Antiguo Testamento, de las que una parte considerable están relacionadas con Su sufrimiento, pasión, muerte y resurrección. Todo el conjunto del Antiguo Testamento es profético en esencia. Tiene un origen, crecimiento y desarrollo en unidad, continuidad y progreso anunciando, desde la promesa en el Edén hasta el último de los profetas, la esperanza mesiánica.

Nombres tales como Cristo, Jesucristo, Hijo de Dios y otros con los que la Escritura identifica a la Segunda Persona de la Trinidad no aparecen registrados

en el Antiguo Testamento, e incluso su nombre personal “Emanuel”, que significa “Dios con nosotros” y es aquel con el que se hace referencia a Él en Isaías 7:14, en cuanto a que así sería llamado cuando la virgen lo concibiera, es cambiado en Mateo 1:21 por el de “Jesús”, al anunciarle el ángel a José que nacería el Mesías. Es preciso anotar que el segundo nombre significa “Jehová es salvación”.

No obstante, si los nombres con que se identifica al Señor Jesús en el Nuevo Testamento no figuran ni se mencionan directamente en ninguno de los libros que comprende el Antiguo, con excepción de “Señor” (Salmo 110:1) y unas cuantas veces más, Cristo sí es representado proféticamente por medio de símbolos y tipos, los cuales dan testimonio de Él en el Antiguo Testamento. El término “Señor” le es aplicado a Cristo en el Antiguo Testamento en Génesis 18:3, cuando Abraham reconoce que se trata de uno de los tres ángeles; en Josué 5:14 por tratarse del Príncipe del ejército de Jehová y en Jueces 6:13 y 13:8 por ser el Ángel de Jehová, de acuerdo a los contextos; en Miqueas 5:2; y en Malaquías 3:1, entre otros.

El escritor y teólogo Francisco Lacueva, en su libro LA PERSONA Y LA OBRA DE JESUCRISTO (Editorial Clie; pp. 28) afirmó lo siguiente: “Puesto que la Biblia es una historia de la salvación que había de ser plenamente realizada en Jesucristo y por medio de Él, ya el Antiguo Testamento va anunciando poco a poco al Mesías”. Desde Génesis 3:15, la Sagrada Escritura comienza a anunciar la venida de Cristo, pasando por la ley, los escritos históricos, la poesía bíblica y los profetas, trazando un hilo de continuos símbolos y tipos que conducen hasta la venida del eterno Hijo de Dios.

En Génesis hay una variedad de ofrendas, altares y sacrificios que son sombra del futuro sufrimiento de Cristo en la cruz. La ley de Moisés consta de una larga y compleja sección litúrgica que, además de ofrecer una profecía de la redención en el Calvario, tipifica mediante símbolos como el maná, la serpiente de bronce, la roca herida, la pascua, el día de la expiación y las ciudades de refugio, las grandes realidades de la salvación que el Mesías llevaría a cabo en el futuro.

Si bien la mayor parte de los tipos aparecen en el Pentateuco, se presentan otros ejemplos de simbolismos en el resto del Antiguo Testamento. El paso del Jordán es una prefiguración de la vida victoriosa en Cristo. Los antiguos reyes de Judá como Joás, Uzías o Josías que iniciaron su reinado desde muy temprana edad, eran tipos del Señor Jesús, el rey joven y ungido de Jehová.

Clemente de Roma (?-35 d. C.) obispo de su ciudad natal, en el año 96 d. C. proporcionó un ejemplo muy temprano de la interpretación alegórica cristiana, abriendo una puerta a esta forma hermenéutica que continuaría con los padres apostólicos. Al comentar sobre Josué 2:18, observó que los espías israelitas dieron a Rahab una señal, en cuanto a “que colgara un cordón de grana a la ventana”, prefigurando que todos los que creyeran y esperaran en Dios, tendrían liberación por la sangre del Señor. Vale la pena anotar que cuando nació Zara, uno de los hijos de Judá y Tamar, un personaje perteneciente al árbol genealógico del Señor Jesús (Mateo 1:3) apareció un hilo de grana (Génesis 38:30).

El Nuevo Testamento constantemente hace referencia explícita de los Salmos mesiánicos. Del Salmo 22 al 29 hay una secuencia perfecta en un estupendo paralelo con los eventos más importantes del Señor Jesús, desde la pasión hasta Su regreso a la tierra a juzgar a los vivos y muertos, así: El Salmo 22, profetiza la pasión de Cristo y en éste pueden hallarse en un sentido muy modificado las aflicciones de David, pero así como la estrella desaparece ante la luz del sol, quien ve al Señor Jesús en el Salmo 22 ni siquiera pensará en David; el Salmo 23 lo identifica como el buen Pastor, Aquel que da Su vida por las ovejas (Juan 10:11) acontecimiento que se llevó a cabo en la cruz del Calvario; en el Salmo 24:7,9, al decir: “*Alzad, oh puertas, vuestras cabezas, y alzaos vosotras, puertas eternas, y entrará el Rey de gloria*”, era una prefiguración que, al repetirse en dos oportunidades las mismas palabras, indicaba que dos puertas se abrirían en el futuro, la primera es la de la tumba al resucitar el Rey de gloria y la segunda la del cielo para recibir al Cristo ascendido; el Salmo 25:14 es una referencia a los cuarenta días en que el Señor Jesús, después de haber resucitado aparecería en varias ocasiones exclusivamente a Sus discípulos, y no a las multitudes, como lo hacía antes de Su muerte, y en los que ellos entenderían el significado real de Su obra finalizada; el Salmo 26:8 y 27:4 son un cuadro profético del Señor Jesús sentado a la diestra del Padre, conforme a Su ruego (Juan 17:5; Salmo 28:6) y el Salmo 29, donde en siete ocasiones (el número 7 es símbolo de perfección y plenitud) aparece la expresión “*voz de Jehová*”, es un anuncio de aquella voz que se oirá con toda su potencia en el día del juicio.

Los profetas emplearon muchos mensajes simbólicos que apuntaban hacia la venida del Salvador y Su misión salvífica llamando a un pueblo rebelde mediante el sufrimiento, como el cinturón de Jeremías (Jeremías 13:1-11); la vasija del alfarero (Jeremías 18:2-10); las acciones simbólicas de Ezequiel

(Ezequiel 2:2-3:3; 4:1-17; 5:1-5) o el sumo sacerdote en vestiduras viles que simbolizan el pecado (Zacarías 3:1-3). Pero la predicción más relevante se encuentra en Isaías 52:13-53:12. Muchos profetas fueron maltratados en el pasado y rechazados sus testimonios en una serie de actos que prefiguraban el rechazo y maltrato que sufriría el mayor de los Profetas.

En el Antiguo Testamento existen algunos de los cuadros más sublimes del Cristo eterno, pero el Mesías se distingue de los anteriores maestros y mensajeros por Su poder eterno para perdonar y limpiar de los pecados. Ellos proclamaron reforma pero Él trajo regeneración, Sus antecesores reprendían el pecado, mas Cristo tiene el poder para quitarlo. Los profetas eran los precursores, pero el Señor Jesús es el eterno Salvador.

El pueblo de Dios del Antiguo Testamento contempló la gloria de su Creador como si miraran en el reflejo del agua al ser representado el Mesías por medio de tipos y sombras, pero cuando Cristo se encarnó, reveló el plan de salvación de Dios con mayor claridad. Con Su presencia desaparecieron todas las sombras, y con Su venida a la tierra se desvanecieron todas los tipos y sombras. Las provisiones de la dispensación del Antiguo Testamento, consideradas desde la posición ventajosa de la revelación final del Nuevo, son simplemente símbolos que prefiguraron lo que había de venir.

Todo esto ilustra de un modo hermoso la relación entre el Antiguo y el Nuevo Testamento, y el glorioso hecho que todas las escenas de las antiguas Escrituras son figuras, cuyo significado pleno se puede conocer sólo a la luz del Evangelio y de la vida y muerte de Jesucristo.

La tipología del Antiguo Testamento cobra importancia en el Nuevo porque ofrece el debido y necesario trasfondo para comprender el sentido soteriológico de los conceptos y términos que expresan la realidad salvífica del sacrificio en la cruz del Calvario. El Señor Jesús le dijo a la mujer samaritana que “... *la salvación viene de los judíos*” (Juan 4:22) no sólo porque Él lo era según su naturaleza humana, sino por cuanto el plan de salvación le había sido revelado al pueblo de Israel mediante los tipos, figuras y pasajes proféticos del Antiguo Testamento.

En el Antiguo Testamento se hallan más de cincuenta símbolos o figuras de Cristo y la mayoría de ellos representa, ya sea directa o indirectamente, entre otros rasgos, la humanidad de Jesús. Es obvio que dondequiera que se derrama

sangre, se sacrifica un cuerpo, o aparece una persona simbólica, se indica el elemento humano. Toda la serie de tipologías, aun cuando muy importantes y significativas, no pasaron de ser más que una sombra de la verdadera sustancia de la revelación bíblica, a saber, la trascendencia de todos los eventos en la vida del Salvador, pues estos tienen una connotación eterna. Las enseñanzas del Antiguo Testamento deben entenderse como parte de una revelación progresiva, sujeta a revelaciones posteriores. La misma Biblia da las pautas para las tipologías y no da lugar a invenciones humanas, por ejemplo, cuando Juan el Bautista dijo: “ *He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo*” (Juan 1:29).

La Biblia habla de principio a fin acerca del Señor Jesús, de acuerdo a Juan 5:39, que dice: “*Escudriñad las Escrituras; porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de mí*” . A través de todo el Antiguo Testamento existía la expectación de un Mesías que redimiría a la raza humana y esta perspectiva era básicamente de dos clases: la primera estaba representada en los símbolos, sombras, tipologías y prefiguraciones del Señor Jesús, y la segunda por los anuncios en las profecías. El gran objetivo de estos avisos mesiánicos era anunciar la misión y la venida del Hijo de Dios a la tierra en forma visible.

La abundancia de tipos, como su gran variedad ilustrativa, son una ayuda inestimable para entender mucho mejor la grandeza del Hijo de Dios y las múltiples facetas de Su ministerio redentor. En todos los casos mencionados anteriormente, el Señor Jesús vio como tipos de Sí mismo tres categorías de oficios o cargos que se combinan entre sí como un resumen de la obra salvífica de Cristo: Profeta, Sacerdote y Rey.

CAPÍTULO 4

LOS TRES CARGOS DE CRISTO

Todas las instituciones de Israel estaban en perfecto acuerdo con un destino ideal. Tanto las leyes como el culto tenían como objetivo expresar reconocimiento a Dios y absoluta dependencia de Él. Por todo el Antiguo Testamento circula el término “siervo de Jehová”, expresión o título que se asignaba a las personas que tenían el privilegio de una íntima comunión con el Señor para un cargo especial, e incluso, en ocasiones Dios llamó al pueblo de Israel “mi siervo”.

La triple institución sacerdotal, profética y real o regia expresaba la idea del “siervo de Jehová” (Nehemías 9:32). El sacerdote había de ser totalmente el siervo del Señor, de ahí que la más pequeña transgresión de las ordenanzas de su vocación implicaba su destrucción o pérdida del cargo. El profeta era simplemente el siervo del Señor, no diciendo nada absolutamente de su propio corazón o de su mente, sino sólo la Palabra de Dios. El rey no podía regir como lo hacían los príncipes paganos de los pueblos vecinos, sino que había de ser el siervo del Señor, en estricta subordinación a Jehová.

En el pueblo de Israel se ungía a una persona escogida por Dios para que representara la institución del sacerdocio (Éxodo 28:41; 40:13) a otra para que reinara y ejerciera el gobierno de parte de Dios sobre Su pueblo (1 Samuel 9:16; 10:1; 1 Reyes 19:16) y a otra, como en el caso de Eliseo, aun cuando no siempre, para que fuera profeta (1 Reyes 19:16). Esta unción tipificaba la santificación y el poder del Espíritu Santo sobre el siervo de Jehová. El rey Salomón, por ejemplo, fue ungido por el sacerdote Sadoc y por el profeta Natán (1 Reyes 1:34). El profeta la recibía directamente de Dios (Isaías 61:1) para revelar un mensaje, o era ungido por otro profeta, como Elías cuando ungió a Eliseo (1 Reyes 19:16).

En el Antiguo Testamento los reyes, los sacerdotes y los profetas eran ungidos como personas consagrados para Dios. La unción se usó desde tiempos muy antiguos y significaba básicamente:

- a) El nombramiento para un oficio sagrado.
- b) El establecimiento de una relación sagrada con Dios.
- c) La comunicación especial del Espíritu Santo.

Los sacerdotes no siempre fueron fieles a Dios, pues incluso los hijos de Aarón y de Elí deshonraron el cargo, de manera que el Señor suscitaría un sacerdote conforme a su propio corazón (1 Samuel 2:35). Con excepción de David en Israel antes de la división del reino, y luego de ésta Josafat, Ezequías y Josías, los reyes de Judá, regían al pueblo con maldad. Balaam fue un falso profeta que sucumbió ante la tentación de la avaricia y el amor al dinero, cuando Balac, el rey de Moab, le solicitó que maldijera a los israelitas antes que entraran a la Tierra Prometida.

Los sacerdotes, reyes y profetas fallaron constantemente en su servicio, no obstante, el Mesías, resumiendo en sí mismo el ideal de Israel, su historia, instituciones, misión y promesas, había de ser entonces el “Siervo de Jehová” (Isaías 42:1; 61:1) el Ungido por el Espíritu Santo que cumpliría todo lo que a los representantes del pueblo de Israel les correspondía y habían dejado de hacerlo. Era el que había de ser el Hijo del Hombre, el Segundo Adán, cuya victoria restauraría todo lo que el pecado había malogrado.

De Adán se podría decir que en su estado de inocencia antes de la caída, en cierto sentido era un profeta por su conocimiento de la voluntad de Dios, un sacerdote por haber sido creado en un estado de santidad a la imagen de su Creador, y un rey por el dominio que le había sido otorgado, privilegios que heredaría la humanidad, pero el pecado llevó a Adán y a sus descendientes a un estado de ignorancia, iniquidad y miseria, de ahí que fuese necesario un Postrer Adán.

Debido al pecado y sus funestas consecuencias se requiere un Mediador entre Dios y la humanidad. Este oficio es propio sólo de Cristo, quien es Profeta, Sacerdote y Rey del pueblo de Dios. Este número y orden de oficios son indispensables para el hombre que, por su ignorancia en cuanto a la voluntad divina, necesita del oficio profético. Por su separación de Dios y la imperfección de su servicio y adoración, necesita del oficio sacerdotal para una reconciliación

con su Creador y poder presentarse acepto ante Él. Por su incapacidad total e indisposición para volver sus ojos a Dios, además de un rescate y protección de sus adversarios, necesita del oficio real para ser convencido, subyugado, atraído, sostenido, liberado y preservado para el reino celestial.

RESUMEN DE LOS TRES CARGOS

1. **Profeta:** Es el Revelador de la perfecta voluntad de Dios.
2. **Sacerdote:** Es el Mediador perfecto.
 - a. Cristo es tanto el que ofrece, como Quien es ofrecido en sacrificio.
 - b. Él es al mismo tiempo la Ofrenda, como el Dador de la ofrenda.
3. **Rey:** Es la actividad del Señor ascendido, ejerciendo un gobierno sobre todas las cosas, tanto en el cielo como en la tierra.

EL OFICIO PROFÉTICO

Abraham y Moisés fueron profetas, cada uno en su época, antes incluso que hubiera reyes y sacerdotes en Israel, por lo que era entonces este el oficio más antiguo que había en la nación hebrea, ocupando un lugar fundamental en la sociedad. La profecía incluye la proclamación de las verdades divinas, y el profeta es la persona que recibe las revelaciones divinas, bien sea por medio de sueños (Génesis 41:1,25; Números 12:6) por visiones (Ezequiel 1:1) las dos anteriores al mismo tiempo (Daniel 7:1) o a través de mensajes verbales (Isaías 6:8; Jeremías 1:4; Ezequiel 6:1) y las transmite al pueblo con palabras (Jeremías 25:1-2; 31:1) o por medio de acciones proféticas (Isaías 20:2-3; Ezequiel 4:4-6). El profeta es uno que expresa lo que Dios quiere decir, y es importante aclarar que las palabras “expresar” o “decir”, son diferentes en significado a “predecir”, si se tiene en cuenta que en la lengua hebrea la palabra para “profeta” es usada en el sentido de “predicar” y la observación lingüística indica la naturaleza de la función primaria de la profecía, cuyo propósito principal, según el deseo de Dios, era el llamado a Israel al arrepentimiento y a la restauración de un espíritu de fe obediente a la voluntad del Señor. Era preciso que el profeta fuera solícito y obediente al recibir el mensaje, antes de comunicarlo a sus oyentes y que conociera que la palabra de Dios es definitiva para la vida del hombre. El profeta, como persona, es falible, sin embargo, el mensaje, cuando proviene de Dios, no lo es.

Al profeta se le define como alguien que declara fielmente la voluntad de

Dios, sin alteración alguna, y advirtiendo, exhortando, confortando, enseñando, aconsejando y presentando un testimonio moral del Creador, revelando Su existencia tal como es, y mostrando que Él obra “según el designio de su voluntad” (Efesios 1:11). El profeta anuncia la Palabra de Dios y persuade al pueblo a andar en el camino correcto que el Padre ha trazado. Esto, en resumen, revela a Dios ante el hombre. Juan Crisóstomo (347 - 407 d. C.) describió a los profetas como “la boca de Dios”.

Dios habló en el Antiguo Testamento por medio de ángeles, a través de teofanías, mediante tipos y símbolos, pero de una manera más directa lo hizo utilizando los labios de los profetas. En el Nuevo Testamento, Cristo como el Verbo encarnado, revela a los hombres la voluntad salvadora de Dios y ésta le es recordada a la iglesia por medio del Espíritu Santo (Juan 14:26). En el futuro, el Cordero (Apocalipsis 21:23) revelará de una manera especial, alumbrando en el entendimiento de los redimidos, la visión de Dios para la eternidad.

Una característica del verdadero profeta era que en sus labios constantemente aparecía la frase “*así dice Jehová*” y con ello certificaba que era un transmisor de los oráculos de Dios. Jesucristo habló de Sí mismo como un Profeta (Lucas 13:33) que traía un mensaje de parte del Padre (Juan 8:26-28; 12:49-50; 14:10) y la gente común le reconoció como tal (Juan 6:14). No obstante, nunca dijo como aquellos: “*Así dice el Señor...*”, sino más bien afirmaba: “*de cierto, de cierto os digo*”, lo que demuestra que Su oficio profético tiene connotaciones divinas y eternas.

La primera vez que la designación “profeta” le fue aplicada a alguien en la Escritura, ocurrió en Génesis 20:7, siendo usada sin explicación y con referencia a Abraham, cuya distinción peculiar consistía en haber sido elevado a un lugar tan alto de amistad con Dios en que gozaba del privilegio del contacto e intercambio con el cielo, sin embargo, el mayor de los profetas en el Antiguo Testamento fue Moisés, quien lo era, no sólo en el sentido estricto de la palabra, sino en el aspecto más elevado al recibir comunicaciones tan libres y amplias, así como el encargo de ordenar y establecer todo lo referente al reino de Dios en su forma primitiva y provisional entre los hombres.

Como el Intérprete del Padre, el Verbo hecho carne (Juan 1:14) es el único que puede expresar con toda exactitud lo que Dios es, sabe, quiere y hace. Es la Persona más adecuada para traducir al lenguaje humano lo que el Creador quiere revelar al mundo. Su mensaje es la revelación final de Dios a la humanidad, lo

que significa que cualquier otra voz que venga o pretenda venir debe ajustarse a la Palabra revelada. Cristo como Profeta que conoce el juicio de condenación eterna que el Padre ha dictaminado para el pecador, ofreció el GRAN MENSAJE de salvación, al llevar a cabo la obra de redención en la cruz del Calvario ofreciéndose Él mismo como Sacerdote en sacrificio por Su iglesia.

Aun cuando el Señor Jesús es profeta, ésta es, en algún sentido, una designación inadecuada por cuanto Él es mucho más que eso. En su oficio profético excedió todo lo que pudiera encontrarse en modelos como Elías, Jeremías o Juan el Bautista. El Señor Jesucristo es el Profeta por excelencia. Como tal, no solamente anunció la Palabra de Dios, sino que también Él mismo es la Palabra de Dios. Una preocupación importante de la profecía veterotestamentaria era el anuncio de la venida del Mesías de Israel. Si el Señor Jesús hubiera sido solamente otro profeta más de la línea de ellos a través del Antiguo Testamento, se esperaría que entre sus aseveraciones se apuntara a un futuro Mesías, pero al hacer proclamaciones proféticas sobre el Mesías, hablaba entonces de Él mismo.

EL OFICIO SACERDOTAL

De acuerdo a Hebreos 5:1-4, el sacerdote es una persona tomada por Dios de entre el pueblo que representa a éste ante Dios y su función específica es presentar ofrendas y sacrificios por sus propios pecados y los del pueblo. Dentro de esta función está incluida la oración intercesora y la bendición que de parte de Dios imparte al pueblo, no obstante, el objeto principal del ejercicio sacerdotal es el culto aceptable al Padre.

En resumen, el sacerdote tiene dos labores esenciales:

- a) Ofrecer sacrificios por los pecados (propios y ajenos).
- b) Interceder por el pueblo.

En el Antiguo Testamento Dios escogió dentro del pueblo de Israel a la tribu de Leví para que desempeñara tal función u oficio, pero la familia sacerdotal por excelencia sería descendiente de Aarón, de la que era tomado el sumo sacerdote, tipo de Aquel gran Sumo Sacerdote que habría de venir al mundo, el Señor Jesucristo, a pesar de las debilidades y flaquezas de aquéllos.

El Mesías-Sacerdote, descendiente de la tribu de Judá y no de la de Leví, vendría a inaugurar un nuevo pacto, y con Él, un nuevo sacerdocio. Básicamente el cambio consistía en que el pueblo se acercara a Dios en una forma adecuada. En la iglesia todo verdadero creyente es rey y sacerdote (Apocalipsis 1:6) capacitado por el Espíritu Santo para desempeñar tales funciones.

En el Nuevo Testamento solamente hay un libro, Hebreos, en el que Cristo es llamado Sacerdote, pero muchos otros hacen abundantes referencias a Su eterna obra sacerdotal (Marcos 10:45; Juan 1:29; 1 Corintios 5:7; 1 Pedro 2:24; 3:18; 1 Juan 2:2) en oposición a las limitaciones de los sacerdotes levíticos, quienes tenían la necesidad de ofrecer sacrificios por sus propios pecados y su servicio terminaba con la muerte. Pero Cristo ejerce un sacerdocio que es enteramente libre de pecado y cuya duración es eterna. El Señor Jesucristo es mostrado como Sacerdote en el libro de Hebreos y tiene las siguientes características: traspasó los cielos (4:14) fue tentado en todo (4:15) fue constituido a favor de los hombres para ser su Representante (5:1-4) Dios mismo lo designó y declaró Sacerdote (5:5,10) es eterno (5:6; 6:20; 7:15) traspasó el velo (6:19) es Fiador de un mejor pacto (7:21-22) es santo, inocente, sin mancha y apartado de los pecadores (7:26) necesitó un solo sacrificio y se ofreció a Sí mismo (7:27) es perfecto (7:28) todo el tiempo está en el verdadero tabernáculo (8:1-2) en cambio, en el Antiguo Testamento, una sola vez al año entraba el sumo sacerdote al Lugar Santísimo, y esto tenía que hacerlo el día de la Expiación.

De acuerdo a las funciones esenciales asignadas para el sacerdocio, el Señor Jesús como Sumo Sacerdote de la iglesia desempeña ambas labores, puesto que, a) se ofreció Él mismo en sacrificio de expiación por el pecado en la cruz del Calvario, y b) ascendió y está sentado a la diestra del Padre intercediendo permanentemente de una manera eficaz por el pueblo redimido por Su sangre. La primera de ellas la realizó una sola vez para siempre, pero en Su función intercesora se perpetúa su oficio sacerdotal.

En su eterna función intercesora, el Señor Jesucristo ofrece continua propiciación a favor de Su iglesia, la defiende refutando las acusaciones de Satanás, y garantiza que las oraciones en Su nombre son escuchadas y aceptadas por Dios el Padre. Como el sumo sacerdote del Antiguo Testamento llevaba en su pectoral los nombres de las doce tribus de Israel, Cristo como perfecto Antitipo de aquél, lleva constantemente a la presencia del Padre los nombres de aquellos que le pertenecen.

El contexto sacerdotal de Daniel 9:24 y Éxodo 29:36-37 son los únicos pasajes de la Escritura en donde aparecen juntas las tres ideas de la expiación (en hebreo “*kippur*”) la unción (en hebreo “*masach*”) y santísimo (en hebreo “*kodē kodashim*”). En Éxodo se trata de la consagración del nuevo sumo sacerdocio y en Daniel, no es necesario señalar Quién es el único y eterno Sumo Sacerdote del nuevo pacto.

Por supuesto, la obra sacerdotal de Cristo continúa aún hoy en su aspecto celestial, a la diestra de Dios el Padre, y el eterno Hijo de Dios se halla ocupado, constantemente intercediendo por los Suyos en relación con la obra expiatoria que cumplió en la tierra.

DISTINCIÓN ENTRE EL PROFETA Y EL SACERDOTE

Desde el principio, los profetas y sacerdotes como Moisés y Aarón existieron el uno junto al otro, distinguiéndose en sus funciones, pero unidos en la enseñanza. Era función del sacerdote enseñar en cuanto a la santidad de Dios por medio de lecciones de pureza ceremonial, haciendo resaltar el derecho que tiene como Creador sobre la vida de Sus criaturas. Los profetas declaraban igualmente la santidad de Dios proclamándole como Soberano y Juez, enseñando acerca de Su misericordia, justicia y verdad por medio de lecciones basadas en la historia y el presente en el que vivían, así como también con advertencias y promesas respecto a la vida futura.

Ambos son designados por Dios (Deuteronomio 18:18; Hebreos 5:4) y no escogidos por los hombres. La diferencia está en que el profeta es el representante de Dios ante el pueblo para interpretar Su voluntad, en cambio el sacerdote representa a los hombres ante Dios al presentar ofrendas por ellos. El profeta enseñaba en el Antiguo Testamento los deberes morales, espirituales, religiosos y las responsabilidades, mientras que el sacerdote enseñaba la forma ritual o ceremonial para que el pueblo se acercara a Dios de una manera reverente, es decir, que el profeta es considerado como un maestro, mientras el sacerdote es un servidor, sin embargo, ambos son mediadores.

En el pensamiento del pueblo de Dios, los oficios de profeta y sacerdote iban siempre íntimamente asociados y a menudo hasta combinados, como en el caso de Moisés y Aarón. El aspecto real o regio iluminaba ambos cargos.

EL OFICIO REAL O REGIO

De la palabra rey surgen tres términos: realeza, reinado y reino. La realeza indica la dignidad del rey, el reinado la duración de su autoridad y el modo de ejercerla, y el reino es el espacio territorial dentro del cual se ejerce la autoridad real. De acuerdo a lo establecido en la ley mosaica, los reyes de Israel deberían tener una copia de la ley (Deuteronomio 17:17-19) lo que indicaba que como el profeta, el cargo real también estaba relacionado con profético.

La dignidad que acredita al Señor Jesucristo como Rey es el hecho de ser la Segunda Persona de la Trinidad. En Su naturaleza divina, Cristo participa del dominio, gobierno y control de la creación, por cuanto todo lo que existe en el universo fue creado por Él y para Él (Colosenses 1:15-16). Como hombre, el Mesías-rey es Quien, en el nombre de Dios el Padre, ejerce los poderes reales.

En cuanto a la duración de Su majestad, es desde la eternidad hasta la eternidad. La predicación del reino tiene en el mensaje del Señor Jesús un aspecto escatológico, sin embargo, se inaugura con la primera venida del Mesías a la tierra y así lo enseñaron Él mismo (Mateo 4:17) Juan el Bautista (Mateo 3:1-2) y los apóstoles (Hechos 2:38) en una perfecta armonía y concordancia.

En cuanto al reinado eterno del Señor Jesús, Su majestad es de dos clases:

- a) Espiritual.
- b) Universal.

Su majestad espiritual como Cabeza de la iglesia (Efesios 5:23) se da al ejercer Su reinado en el corazón y en la vida de cada creyente a nivel personal, y en la iglesia a nivel general. En el campo individual (Colosenses 1:12-13) por cuanto todo cristiano ha sido trasladado del reino de las tinieblas al de la luz admirable. A nivel general, como Rey, ha rescatado a la iglesia con Su propia sangre (Hechos 20:28) y la ha unido a Sí mismo místicamente, siendo Él su cabeza y ella Su cuerpo, a quien gobierna, protege, cuida, sustenta (Efesios 5:29) edifica y perfecciona (Efesios 4:11-12).

Su majestad universal es ilimitada y eterna, y le ha sido dada en los cielos y en la tierra (Mateo 28:18). Esta autoridad continuará hasta que haya obtenido

una victoria completa sobre Sus enemigos (Salmo 110:1) y se la devolverá al Padre (1 Corintios 15:25-28). Lo que esto significa es que, considerando que la obra de Cristo está fundada sobre Su obra redentora, en cierto aspecto necesita llegar al término de una etapa cuando el Evangelio sea predicado en todas las naciones, no obstante, esto no significa el final del reino terrenal de Cristo, sino del mundo y la consumación de las cosas visibles de la tierra, por cuanto la autoridad celestial del Hijo del Hombre se establecerá en una nueva y más gloriosa forma, cuyo cumplimiento y objetivo tiene un gran propósito, a saber, la glorificación del Padre por parte del Hijo y de Sus fieles seguidores, pero el reino de Cristo continuará por la eternidad. Con respecto a lo anterior y al eterno señorío mediador de Cristo sobre el universo, el autor Charles Hodge, en su COMENTARIO A 1 DE CORINTIOS (Estandarte de la Verdad; pp. 309) escribió lo siguiente: “Dicho señorío le fue dado con un propósito específico; cuando tal propósito se haya cumplido, lo entregará, y Dios, en vez de reinar a través de Cristo, será reconocido como soberano del universo”. También al respecto, el autor Eric Sauer, en su libro THE TRIUMPH OF THE CRUCIFIED (B. Eerdmans Publishing Company; pp 24) escribió de manera resumida lo siguiente: “El reino de Dios proviene del cielo, por el camino de la redención, establecido sobre la antigua tierra, para continuar eternamente en la nueva tierra”.

El Señor Jesús manifestó Su oficio real, tanto al inicio de Su ministerio cuando dijo: “*el reino de los cielos se ha acercado*” (Mateo 4:17) como antes de ascender al cielo al decir: “*toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra*” (Mateo 28:18). Todos los reinos requieren una “constitución” o leyes fundamentales para su funcionamiento normal. Las normas del reino de Dios fueron establecidas por el Señor Jesús con un discurso inaugural en el sermón del Monte, y la única forma posible de cumplirlas es mediante una perfecta consagración a Dios, viviendo Cristo en el corazón del creyente, de lo contrario es absolutamente imposible. El señorío del Hijo de Dios es más que una declaración teológica, es una realidad práctica, es decir, que si Cristo no se encuentra reinando y controlando una vida, alguien más, o algo, lo hará.

El propósito principal de Dios al establecer Su reino en la tierra en la persona de Su Hijo, es irrumpir en la historia de la humanidad caída para levantar al hombre de su estado de esclavitud. Es evidente que un rey sólo gobierna a plenitud cuando su voluntad se cumple mediante la obediencia de sus súbditos. Para ello, Dios llama la atención al hombre por medio del Espíritu Santo, ilumina sus pensamientos y exige sometimiento voluntario a Su Palabra

haciéndole un súbdito del Rey de reyes. Con respecto a esto, el autor Watchman Nee, en su libro *AUTORIDAD ESPIRITUAL* (Editorial Vida; pp. 110) escribió lo siguiente: “Dondequiera que haya obediencia a la autoridad de Dios, allí estará también el testimonio del reino de Dios y asimismo será derrotado Satanás”.

RESUMEN DE LOS TRES CARGOS

El profeta revela la palabra de Dios, el sacerdote representa Sus requisitos y el rey gobierna como un representante Suyo. Los oficios o cargos básicos de Cristo están íntimamente relacionados con Su plan de salvación en tres áreas: La humanidad necesitaba un profeta que le sacara de la ignorancia del pecado, un sacerdote que le salvara de la culpabilidad de la iniquidad, y un rey que le rescatara del dominio del pecado y a cambio estableciera el reino de Dios.

La iglesia en general y cada creyente en particular necesita estos tres cargos. Un profeta porque en nuestra ignorancia o falta de conocimiento en cuanto al plan de Dios para la humanidad, sólo el verdadero Profeta la revelará correctamente. Debido a la imperfección de nuestros servicios, aun cuando intenten ser lo mejor, necesitamos la mediación de Cristo como Sacerdote para reconciliarnos con Dios y hacernos aceptables a Él. Sin embargo, los oficios profético y sacerdotal no son suficientes, de manera que es necesario que el Hijo de Dios, como Rey, gobierne y controle nuestra vida espiritual.

Sin Cristo como Profeta desconoceríamos el mensaje de salvación, sin Su oficio sacerdotal aún estaríamos alejados del Padre, muertos en nuestros delitos y pecados (Efesios 2:1) y en ausencia de Su cargo real, gobernaríamos nuestra propia vida y la naturaleza pecaminosa nos dominaría en cada pensamiento, sentimiento y acción.

Como sacerdote, Cristo es el Amigo en quien la iglesia puede confiar plenamente porque nunca le va a fallar. Como Profeta es el Maestro de quien ha aprendido con Sus palabras y ejemplo. Como Rey es el que guía a Su pueblo a obedecer a Dios. Jesucristo fue Profeta en la tierra, es actualmente Sacerdote en el cielo y será Rey cuando vuelva por segunda vez, sin embargo, su reinado ya ha iniciado, desde la eternidad, no obstante, está en un proceso de perfección hasta su nuevo advenimiento, cuando se manifestará en toda su plenitud.

El profesor Griffith Thomas en su libro titulado EL PROGRESO DEL CRISTIANO (Editorial Clie; pp. 112) escribió así en cuanto a los tres oficios de Cristo: “Como Profeta, revela la verdad de Dios; como Sacerdote, nos proporciona la redención de Dios; como Rey, nos concede el poder de Dios”.

Mateo 11:28-29

“Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas” .

La expresión “*venid a mí*” se refiere a Su oficio sacerdotal, la frase “*aprended de mí*” a Su cargo profético, y la orden “*llevad mi yugo*” se relaciona estrechamente con Su realeza. Estos tres aspectos involucran la mente, el afecto y la voluntad del hombre, a través de los cuales conoce, confía y se somete a Cristo como el Señor. En nuestra mente se encuentra lo que aprendemos de Él, por nuestro afecto y amor hacia el Hijo de Dios llevamos Su yugo, que es ligero, y con nuestra voluntad hemos decidido acercarnos al Señor Jesús, aceptando su invitación con las palabras: “*venid a mí*” .

Como se observó al principio del presente capítulo, Adán fue creado a la imagen de Dios y en cierto sentido tenía rasgos y características de los tres oficios de Cristo, puesto que le era propio el conocimiento del profeta al habersele revelado la voluntad de Dios, en su estado de inocencia antes de la caída era un sacerdote perfecto, y se le había dado dominio sobre todo lo creado como si fuera un rey. El pecado trajo ignorancia, iniquidad y cruel miseria que esclaviza, pero el Postrer Adán contrastó esto y recuperó para la humanidad el conocimiento, la santidad y dominio que el primer hombre había perdido en el paraíso. Su triple oficio libera al hombre en tres áreas: entendimiento, sentimiento y voluntad.

Como Profeta, el Hijo de Dios trae conocimiento y luz para establecer el reino de verdad; como Sacerdote establece un reinado de paz y gozo; y como Rey establece un reino de justicia, en el que gobernará Su voluntad, guiada en un ambiente de santidad y paz. El Señor Jesús es el Profeta y Sacerdote perfecto que ejerce estos dos cargos como el soberano Rey universal.

Dios reprendió a profetas, sacerdotes y reyes (Jeremías 13:13-14) por haber fallado en su ministerio, sin embargo, el Verbo eterno se encarnaría y vendría a la tierra como el único y perfecto Mediador entre Dios y los hombres (1 Timoteo

2:5). En Cristo como Profeta se pierden todos los demás profetas con sus lámparas, como Sacerdote desaparecen todos los demás sacerdotes con sus altares, y como Rey dejan de brillar los reyes con sus tronos y cetros.

No es casualidad que el adjetivo “gran”, como apócope de grande, se encuentre en la Escritura antecediendo los tres títulos de Mediador de Cristo que a la vez son cargos, así: gran Profeta (Lucas 7:16); gran Sacerdote (Hebreos 10:21); y gran Rey (Malaquías 1:14) denotando la superioridad del Hijo de Dios entre los personajes del Antiguo Testamento que ocuparon estos oficios.

El Nuevo Testamento comienza entrelazándose con el Antiguo precisamente con un simbolismo de los tres oficios de Cristo, los cuales eran constantemente prefigurados en la antigua dispensación, y volvieron a ser tipificados cuando al nacer Jesús en Belén, unos hombres sabios del Oriente le visitaron para honrarle con regalos, ya que era una costumbre oriental presentar obsequios al estar delante de un rey. Además del producto de los rebaños (2 Crónicas 26:10; 32:28-29) de las viñas y tierras (1 Reyes 21:9-16) de los tributos de los súbditos (1 Samuel 8:15; 17:25) del botín de las guerras (2 Crónicas 27:5) y de los pagos que hacían los mercaderes al transitar por sus territorios (1 Reyes 10:15) parece que los ingresos de los monarcas consistían también en los regalos que en ocasiones recibían (1 Samuel 10:27; 16:20; 2 Crónicas 17:5).

Mateo 2:11

“Y al entrar en la casa, vieron al niño con su madre María, y postrándose, lo adoraron; y abriendo sus tesoros, le ofrecieron presentes: oro, incienso y mirra”

“*Los tesoros*” , posiblemente eran recipientes que contenían las costosas ofrendas que le llevaban, de acuerdo a la costumbre oriental de rendirle homenaje a un príncipe (Génesis 43:11; 1 Reyes 10:1-2). El oro se empleaba para recubrir los accesorios del tabernáculo, así como para el mobiliario y la decoración del templo, y en la tipología bíblica simboliza la divinidad. El incienso y la mirra eran productos orientales, que se utilizaban en los sacrificios religiosos por su perfume y fragancia.

El oro simboliza reinado (Daniel 2:32, 37-38) el incienso constantemente tipifica en la Biblia la oración (Apocalipsis 5:8; 8:3-4) así como el culto y la adoración, mientras la mirra era el elemento principal que se utilizaba en la elaboración del aceite de la unción (Éxodo 30:23). De manera que los visitantes

de Oriente, más que una actitud de alabanza, estaban profetizando con la acción de obsequiarle oro, que había nacido un rey; con el incienso, que se había dado a luz a un sacerdote; y con la mirra, que había llegado al mundo un profeta, además de anunciar el sufrimiento que padecería y Su muerte como el Salvador de Su pueblo. Por otra parte, el incienso indica la divinidad del Hijo de Dios, mientras la mirra hace referencia a su naturaleza humana.

El Evangelio de Mateo, ubicado como el primer libro del Nuevo Testamento, podría ser el mejor “puente” o transición entre los dos Testamentos, por cuanto el mensaje que presenta el autor, por haber sido escrito en primera instancia para el pueblo judío, hace una clara referencia al Señor Jesús como Aquel que había sido prometido en el Antiguo Testamento, el Mesías esperado por los judíos. Al respecto, el autor Robert C. Sproul, en su libro titulado SIGUIENDO A CRISTO (Editorial Unilit; pp. 25-26) escribió lo siguiente: “En el Antiguo Testamento el concepto de Mesías fue creciendo a través de los años mientras Dios progresivamente desplegaba el carácter y función del Mesías. El término Mesías significaba inicialmente tan sólo «uno que estaba ungido por Dios para una tarea específica». Todo el que fuera ungido para desempeñar una obra para Dios, tal como un profeta, un sacerdote o un rey, podía ser llamado Mesías en sentido amplio. A través de las declaraciones proféticas del Antiguo Testamento se fue desarrollando el concepto del Mesías, Aquel que iba a ser el ungido de Dios en forma única para cumplir una tarea divina. Cuando los escritores del Nuevo Testamento adscribieron el cumplimiento de esas profecías a Jesús, hicieron una afirmación de tremenda importancia. Estaban diciendo que Jesús era Aquel «que iba a venir». Él cumplió todas las promesas de Dios que convergen en la persona del Mesías”.

En el Antiguo Testamento el concepto del Mesías no tan es sencillo, puesto que tiene muchos matices que lo hacen muy complejo. Hay diferentes ramales de expectativas mesiánicas entretejidas en el tapiz del Antiguo Testamento. A primera vista, algunos parecen contradictorios. Uno de los principales ramales es la idea de un rey como David, que restauraría la monarquía de Israel. Hay una nota triunfal en la expectativa de un Mesías que habría de reinar sobre Israel y pondría a todo enemigo bajo Sus pies. Esta era la variedad más popular de una expectativa mesiánica en el momento que el Señor Jesús apareció en la escena. Israel había sufrido bajo la conquista de los romanos y estaba bajo la opresión del yugo extranjero. Un gran número de personas anhelaba el cumplimiento del venidero Mesías que depondría al gobierno romano y restauraría la independencia a Israel.

Otro aspecto del concepto del Mesías era la noción del Siervo sufrido de Israel, Aquel que llevaría los pecados del pueblo. Este concepto se encuentra sumamente claro en los cánticos del Siervo en el capítulo 53 del libro del profeta Isaías, el principal texto usado por los escritores del Nuevo Testamento para entender la ignominia de la muerte del Señor Jesús. La figura de un Siervo despreciado, desechado y rechazado se yergue en agudo contraste con el concepto de un rey soberano.

Un tercer ramal de expectativa mesiánica se encuentra en la así llamada literatura apocalíptica del Antiguo Testamento, los escritos altamente simbólicos de los profetas Daniel y Ezequiel. En ellos se ve al Mesías como un ser celestial que desciende del cielo para juzgar al mundo. Difícil es concebir cómo un hombre podría ser tanto un ser celestial como un rey terrenal, juez cósmico y siervo humillado al mismo tiempo. Sin embargo, esas son las tres variedades más importantes de la expectativa mesiánica que estaban muy vivas cuando el Señor Jesús entró al mundo.

2ª PARTE

CAPÍTULO 5

DIVERSAS FORMAS COMO APARECE CRISTO EN EL ANTIGUO TESTAMENTO

El testimonio del Antiguo Testamento en cuanto a Cristo es bastante amplio y en él aparece el Hijo de Dios en diferentes formas, así:

1. Como Creador (Elohim).
2. Como Jehová.
3. Como el Ángel de Jehová.
4. En el protoevangelio.
5. En la antorcha de fuego.
6. En la escalera de Jacob.
7. Como la Palabra, el Verbo o el Logos.
8. Como la Sabiduría personificada.
9. En otras formas.

COMO CREADOR (ELOHIM)

Génesis 1:1

“En el principio creó Dios los cielos y la tierra” .

En el primer capítulo de la Biblia se encuentra la doctrina de la Trinidad, y por ende, a Cristo participando activamente en la creación de todo (Salmo 33:6; Juan 1:3; Efesios 3:8-9; Colosenses 1:16; Hebreos 1:2; 1 Juan 1:1-2). El versículo en referencia, al ser transliterado de la Septuaginta al castellano en su forma correcta, sería “En el principio creó *Elohim* los cielos y la tierra”.

El nombre genérico “*Elohim*” es un título común en el Antiguo Testamento que pertenece al mundo semítico, y el primero que se le aplica a la Deidad en la Escritura (Génesis 1:1) tiene como origen una palabra sencilla que significa “poder” o “facultad”, hablando de la fortaleza de Dios y, quiere decir por tanto, que Él posee toda forma de poder y autoridad. Gramaticalmente el término, como la mayoría de las terminaciones “*im*” en hebreo, implica un plural masculino, refiriéndose en forma velada a las Tres Personas divinas, unidas en esencia como Un sólo Dios trino y verdadero, a saber, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. “*Elohim*” designa a Dios como el Fuerte y Poderoso, o como el que debe ser temido, y siempre va acompañado de un adjetivo. En su forma singular “*Eloah*” casi nunca ocurre, salvo en la poesía. La forma plural (*Elohim* que es como usualmente Dios habla de Sí mismo, es considerada como intensiva y sirve para indicar plenitud de poder. El término *Elohim* indica una unidad compuesta de las Tres Personas divinas de la Trinidad, pero distintas la una de las otras (Génesis 1:26; 3:22, 11:7; Isaías 6:8).

COMO JEHOVÁ

La palabra “*Jehová*” es la transcripción castellana del nombre de Dios dado en la Biblia hebrea por el tetragramatón (YHVH). Los lingüistas le colocaron vocales en dos formas: 1) JeHoWaH, o 2) JaHWeH, es decir, Jehová o Yavé, cuyo significado “Yo soy el que soy” (Éxodo 3:14) hace referencia al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. Al igual que el término Elohim, casi siempre se utiliza en forma plural, pero ocasionalmente de manera singular, como en Zacarías 2:11: “*Y se unirán muchas naciones a Jehová en aquel día, y me serán por pueblo, y moraré en medio de ti; y entonces conocerás que Jehová de los ejércitos me ha enviado a ti*”, que hace referencia, primero, a la Segunda Persona de la Trinidad (Jehová) y luego, a la Primera, es decir, a Dios el Padre (Jehová de los ejércitos).

El Señor Jesús es llamado “Jehová” en el Antiguo Testamento, y el término le es aplicado directamente al Mesías en pasajes del Nuevo Testamento. Por ejemplo, Isaías 40:3 dice: “*Voz que clama en el desierto: Preparad camino a Jehová...*” refiriéndose a Juan el Bautista, la “voz del desierto”, quien anunciaría la llegada del reino de Dios en la Persona del Señor Jesús. En Joel 2:32 está escrito: “*Y todo aquel que invocará el nombre de Jehová será salvo...*”, y Pablo cita este pasaje en el contexto de invocar al Señor Jesucristo para salvación (Romanos 10:13). En Isaías 6:1-10 el profeta cuenta acerca de su visión de

Jehová, y luego el apóstol Juan, bajo la inspiración del Espíritu Santo, escribió que Isaías “vio la gloria del Señor Jesús” (Juan 12:37-41). Si la gloria de Jehová y la de Cristo son equivalentes, entonces también lo son los términos Jehová y Señor, cuando éste último se refiere a la Segunda Persona de la Trinidad.

En Zacarías 3:2 dice: “*Y dijo Jehová a Satanás: Jehová te reprenda, oh Satanás; Jehová que ha escogido a Jerusalén te reprenda. ¿No es éste un tizón arrebatado del incendio?*” Aquí hay dos Personas distintas llamadas Jehová, que tienen una misma naturaleza divina. La Primera se refiere al Señor Jesucristo, mientras que la Segunda y la Tercera al Padre. En muchos pasajes del Antiguo Testamento, el nombre “Jehová” es utilizado de forma intercambiable tanto para referirse a Dios como al Ángel de Jehová, que es claramente uno y el mismo Cristo antes de Su encarnación. Esta es una teofanía, es decir, un término teológico referente a las apariciones visibles de la Deidad o del Hijo de Dios específicamente antes de Su encarnación o nacimiento, en las que se dejaba ver y oír. Algunos lugares del Antiguo Testamento hablan de ocasiones en que la Segunda Persona de la Trinidad apareció y se le llamó Jehová o el Ángel de Jehová.

Igualmente en Isaías 55:5, que dice: “*He aquí, llamarás a gente que no conociste, y gentes que no te conocieron correrán a ti, por causa de Jehová tu Dios, y del Santo de Israel que te ha honrado*”, la expresión “Jehová tu Dios” se refiere a Dios el Padre, mientras la designación “Santo de Israel” muy probablemente le es aplicada a la Segunda Persona de la Trinidad.

COMO EL ÁNGEL DE JEHOVÁ

Una de las formas más comunes en las que Cristo apareció en el Antiguo Testamento, fue a través de las teofanías, y en la mayoría de las ocasiones era llamado “Ángel de Jehová”. En ellas apareció, en primer lugar, como un Mensajero (Génesis 18:1-15) en segunda instancia como Ángel (Jueces 13) y una tercera clase de teofanía, menos común, es en una forma no humana, por ejemplo, el horno ardiente (Génesis 15:17) sin embargo, la Teofanía por excelencia es el advenimiento glorioso del Señor Jesucristo (Juan 1:1-17) en el Nuevo Testamento, la cual se convierte en una “cristofanía” y fue reemplazada por la verdadera encarnación.

Algunos pasajes del Antiguo Testamento hacen referencia a ocasiones en las que la Segunda Persona de la Trinidad apareció y se le llamó “Jehová”, “el Ángel de Jehová”, u otros nombres. Es una persona como Dios el Padre, con Sus atributos y características divinas, pero distinta de Él. No era un ángel creado, sino una revelación personal, una aparición especial de Dios entre los hombres. Por una parte es diferente de Dios (Éxodo 23:20-23; Isaías 63:8-9) pero por otra se identifica con Dios mismo (Génesis 16:13; 31:11,13; 32:28).

La opinión dominante es que el Ángel de Jehová es la Segunda Persona de la Trinidad, opinión que encuentra apoyo en Malaquías 3:1, puesto que el Señor y el Ángel del pacto son la misma persona. En pasajes del Antiguo Testamento las palabras o los términos empleados para Dios y el Ángel de Jehová se usan intercambiamente. El Ángel de Jehová y el Señor son claramente uno y el mismo, por tanto, Éste demandaba adoración como Adonai y ejercía poderes divinos.

Juan Calvino, en su libro INSTITUCIÓN DE LA RELIGIÓN CRISTIANA, Libro I, Capítulo XI (Felire; pp. 51) escribió así al respecto: “En cuanto a que algunas veces apareció Dios en figura de hombre, esto fue como un principio o preparación de la revelación que en la persona de Jesucristo se había de hacer”. Y el autor James I. Packer, en su libro CONOCIENDO A DIOS (Editorial Clie; pp. 30-31) escribió que “el Antiguo Testamento refiere manifestaciones del Señor Jesús anteriores a la encarnación, confraternizando con los hombres, adoptando el carácter de Ángel del Señor, con el fin de que pudieran conocerlo”.

Las siguientes son algunas de las principales apariciones del Ángel de Jehová en el Antiguo Testamento:

1. Cuando Agar huyó de Sara (Génesis 16:7,10-13) el Ángel de Jehová la encontró y prometió multiplicar su descendencia, algo que sólo Dios puede hacer. Agar, reconociendo que era el Señor quien la había ayudado (v.13) le llamó “Dios que ve”, expresión que ocurre una sola vez en la Escritura.

2. Los tres ángeles que visitaron a Abraham (Génesis 18:1-3) de los cuales, uno de ellos parece ser el Señor Jesús (v.3) por el trato que le dio Abraham de “Señor” al identificársele como el jefe de ellos. Tal vez a ese glorioso encuentro que le llevó mucha alegría a Abraham era al que se refería el Señor Jesús cuando le dijo a los judíos que “*Abraham vuestro padre se gozó de que había de ver mi día; y lo vio, y se gozó*” (Juan 8:56). Al respecto, el historiador cristiano Eusebio de Cesarea, en su libro HISTORIA ECLESIASTICA, Tomo I (Libros Clie; pp. 30) escribió lo siguiente: “El Señor Dios fue visto semejante a un hombre común por Abraham, que estaba sentado junto a la encina de Mamré. Pero Abraham, a pesar de haberlo visto con sus ojos como un hombre, echándose inmediatamente a sus pies le adora como a Dios, le suplica como al Señor, y manifiesta que no desconoce su personalidad”. También al respecto, el teólogo alemán Karl August Keil (1.754-1.818) afirmó que se trataba de “Jehová y dos ángeles, los tres apareciendo en forma humana”.

3. Muchos eruditos creen que, la voz que se escuchó desde el cielo cuando Abraham se disponía a sacrificar a su hijo Isaac (Génesis 22:11,13) era la del Ángel de Jehová, tratándose de una teofanía más, puesto que un ángel común y corriente no se atrevería a contradecir la orden primaria de Dios, y el Ángel de Jehová detuvo la mano de Abraham, con Su voz, en el momento de la inmolación (Génesis 22:11-12). Como en la ocasión anterior, también se identificó como Jehová (v. 15-16) y prometió bendecir a Abraham con una descendencia numerosa, algo que sólo Dios puede hacer.

4. Cuando en sueños le apareció a Jacob y le dijo que conocía todo lo que su suegro Labán le había hecho (Génesis 31:11-13).

5. Cuando se le apareció a Moisés en la zarza que ardía sin consumirse (Éxodo 3:2-4).

6. Cuando fue enviado para guiar a Israel (Éxodo 23:20-23) les guió y protegió

(v.20) perdonó (v. 21) e iría delante de ellos como Pastor (v. 23) atributos que le pertenecen exclusivamente a Dios, además, Su Nombre está en Él (Éxodo 23:21; Jueces 2:1).

7. Cuando el asna de Balaam no pudo avanzar en el camino por cuanto no se lo permitió el Ángel de Jehová (Números 22:31-35) Quien tenía una espada desnuda y fue adorado (v. 31) demostró tener un conocimiento sobrenatural (v. 32) y poder para quitar la vida (v. 33).

8. Cuando el pueblo israelita se disponía a tomarse el pueblo de Jericó (Josué 5:13-15) “el varón con la espada desenvainada”, llamado “Príncipe del ejército de Jehová” (v.14) fue adorado por Josué y éste recibió la orden de quitarse el calzado de sus pies porque el lugar era santo, orden semejante a la que ochenta años atrás igualmente recibiera Moisés frente a la zarza que ardía sin consumirse (Éxodo 3:5). Estimulado por el Ángel de Jehová, Josué ordenó que la gente marchara alrededor de las fortificaciones de Jericó. El Ángel de Jehová estuvo con Josué desde antes de la conquista de la Tierra Prometida y hasta la muerte del caudillo. Eusebio de Cesarea, en su HISTORIA ECLESIASTICA, Tomo I (Libros Clie; pp. 31) escribió al respecto que “Josué, el sucesor de Moisés, lo llama Príncipe de las fuerzas del Señor, habiéndolo visto únicamente en forma y apariencia de hombre; y así lo considera Jefe de los ángeles y arcángeles de los cielos y de las potestades superiores... y Quien ha recibido soberanía y autoridad sobre todas las cosas”.

9. En el llamamiento de Gedeón (Jueces 6:20-24) éste hace un altar en honor del Ángel de Jehová, lo que hasta ese entonces representaba adoración y ningún ángel común y corriente había recibido tal honra.

10. En la época de Sansón, el Ángel de Jehová (Jueces 13:3) o Ángel de Dios (Jueces 13:9) se identificó como “Yo Soy” (Jueces 13:11) y “Admirable” (v.18) títulos que son exclusivos del Señor Jesucristo, además, hizo un milagro ante los ojos de Manoa (v. 19) lo que solamente puede hacer Dios. Que el Ángel de Jehová subiera al cielo al tiempo que la llama subía del altar, probablemente tipifica el ascenso del Señor Jesús después de Su sacrificio en la cruz del Calvario. El ascenso del Ángel de Jehová (Jueces 13:20) y posteriormente el descenso del Espíritu de Jehová sobre Sansón (Jueces 14:6,19) es una perfecta tipología de la ascensión de Cristo (Hechos 1:8-11) a la diestra del Padre y la subsiguiente venida del Espíritu Santo sobre la iglesia en el día de Pentecostés.

11. Cuando David quiso censar al pueblo (1 Crónicas 21:12-30) y Jehová lo envió para destruir a Jerusalén.

12. Cuando Elías había sido amenazado por la reina Jezabel (1 Reyes 19:5-13) el Ángel de Jehová le fortaleció, y posteriormente le habló para que el profeta fuera a encontrarse con los mensajeros del rey de Israel (2 Reyes 1:3,15).

13. Cuando mató en una sola noche a ciento ochenta y cinco mil soldados asirios para liberar al pueblo de Judá de la invasión del rey Senaquerib (2 Reyes 19:35) lo que indica que actuó como guerrero para defender a los Suyos.

14. Cuando los judíos regresaron de la cautividad en Babilonia, el Ángel de Jehová amonestó al sumo sacerdote Josué para que anduviere en Sus caminos y guardara Sus ordenanzas (Zacarías 3:6-7) e interviniendo como lo hace Cristo, nuestro Abogado (1 Juan 2:1) para defender a Josué, quien estaba siendo acusado por Satanás (Zacarías 3:1). Igualmente, aquel “Varón” que estaba entre los mirtos (Zacarías 1:11-15) se trataba del Ángel de Jehová.

El Ángel que apareció a personas como Agar, Abraham, Moisés, Balaam, Josué, Gedeón y Manoa, entre otros, que fue llamado “Jehová”, y adorado como Señor, no es otro sino Aquel que los salmistas y profetas presentaron como el Hijo de Dios. Las ocasiones en que aparecía, Su pueblo o algún personaje escogido Suyo, era protegido sobrenatural y milagrosamente, como tipología o simbolismo profético de la obra de salvación y redención. Dios estaba preparando al pueblo del que había de venir el Mesías según la carne.

EL PROTOEVANGELIO

Génesis 3:15

“Y pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya; ésta te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el calcañar” .

El “protoevangelio”, pasaje de Génesis que ha sido llamado así por ser el primer anuncio del Mesías redentor, y que a su vez anuncia un combate entre la serpiente y la mujer, sin embargo, anuncia la victoria final del Descendiente de ésta, es la base de toda la profecía bíblica y apunta a la salvación decisiva y final por medio de Cristo.

Génesis 3:15 es entendido como la venida de Uno que conquistaría el poder del diablo y liberaría a Su pueblo eternamente. Con la caída del hombre viene también la seguridad de la redención, y el instrumento por el cual Dios llevaría a cabo Su gran victoria es el “Niño” o “Simiente de una mujer”. Es muy significativa la forma en que la promesa es dada, no a través del linaje del hombre sino de la mujer, sin que haya intervención de varón alguno. Siglos más tarde la obra de Cristo fue descrita en términos completamente consistentes con la profecía de antaño y Su sacrificio significaría la destrucción de la obra del diablo (1 Juan 3:8). La Simiente de la mujer recuperó lo que Adán y Eva habían perdido.

LA ANTORCHA DE FUEGO EN MEDIO DE LAS AVES

(Génesis 15:7-18)

En la política y en las leyes del antiguo Medio Oriente, un emperador o rey hacía un tratado con un gobernante de un territorio más pequeño cortando por la mitad a varios animales, entonces ambos caminaban juntos entre las dos partes acordando cumplir con las condiciones del tratado con la siguiente sanción: “si no cumplo mi parte, que mi fin sea el mismo que el de estos animales”. En esta ocasión, Dios apareció en forma de antorcha de fuego, caminando sólo en medio de los animales, colocando a Su Hijo Jesucristo como Aquel que recibirá el castigo por todas las sanciones que Él mismo ha impuesto, y que Su pueblo no cumplió.

LA ESCALERA DE JACOB

Otra forma en que Cristo es anunciado proféticamente en el Antiguo Testamento es a través de la escalera de Jacob (Génesis 28:12). Esta era un símbolo del ministerio terrenal de Cristo Jesús al tiempo que también representaba una manifestación del Hijo de Dios. Las palabras del Señor Jesús a Natanael fueron radicales (Juan 1:45-51). En aquella conversación que sostuvo el Hijo de Dios con Su futuro discípulo, le declaró que Él es “la Escalera de Jacob”, es decir, el Puente entre el cielo y la tierra, Aquel que atraviesa el abismo entre el Trascendente y los hombres mortales. ¿Tal vez sería esto lo que Jacob vio de manera opaca y sombría (Génesis 28:10-12)? Una escalera fue puesta ante

su vista, y mientras el extremo superior de ella entraba en el cielo, el inferior descansaba exactamente sobre el punto donde él estaba acostado. Aquella escalera que Jacob pudo observar mientras estaba dormido, sugería que de alguna manera, todas las promesas culminarían en Alguien que sería el Mediador entre el cielo y la tierra.

COMO LA PALABRA, EL VERBO O EL LOGOS

Juan 1:14

“Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad” .

De acuerdo con los autores Orton Wiley y Paul T. Culbertson en su libro INTRODUCCIÓN A LA TEOLOGÍA CRISTIANA (Casa Nazarena de Publicaciones; pp. 130) “El Antiguo Testamento no anuncia anticipada ni inmediatamente acerca del Hijo porque la paternidad de Dios no se había revelado en su totalidad... Pero la idea de filiación puede verse a través del Antiguo Testamento y se encuentra especialmente en los términos -Palabra- y -Sabiduría- que expresan de una manera clara, el Logos divino, o el Verbo encarnado”.

Los sinónimos empleados en los Salmos 19 y 119 para referirse a la Palabra de Dios, como la ley de Jehová, el testimonio de Jehová, los mandamientos de Jehová, el precepto de Jehová, los juicios de Jehová y otros más, se encuentran acompañados generalmente de algún atributo del Hijo de Dios, y bien pudieran intercambiarse por la palabra “Verbo”, uno de tantos nombres del Señor Jesús.

Salmo 19:7-10

“La ley de Jehová es perfecta, que convierte el alma; El testimonio de Jehová es fiel, que hace sabio al sencillo. Los mandamientos de Jehová son rectos, que alegran el corazón; El precepto de Jehová es puro, que alumbra los ojos. El temor de Jehová es limpio, que permanece para siempre; Los juicios de Jehová son verdad, todos justos. Deseables son más que el oro, y más que mucho oro afinado; Y dulces más que miel, y que la que destila del panal” .

La perfección, fidelidad, rectitud, pureza, limpieza, eternidad, verdad, justicia y dulzura, son atributos con los que se puede calificar no solamente a la Palabra de Dios, sino también al Señor Jesús, ya que Él es la Palabra encarnada, la Biblia

es la Palabra escrita, y a su vez, ambos son la revelación especial de Dios al hombre.

COMO LA SABIDURÍA PERSONIFICADA

Los primeros capítulos del libro de Proverbios, especialmente el octavo, hacen una referencia especial a la sabiduría, la cual podría ser identificada con el Señor Jesús, por cuanto son intercambiables sus atributos. El reino del Señor y la sabiduría son mejores y más valiosos que las piedras preciosas (Mateo 13:45-46; Proverbios 8:11). La sabiduría es eterna (Proverbios 8:22-23) y estuvo presente en la creación (Proverbios 8:27-30, cfr. Colosenses 1:15-19). Son bienaventurados los que guardan la sabiduría (Proverbios 8:32) y los que meditan en la Palabra (Apocalipsis 1:3). Quien aborrece la sabiduría ama la muerte (Proverbios 8:36) y el que rechaza al Hijo morirá (Juan 3:36).

EN OTRAS FORMAS

- A. La imagen profética de 1 Samuel 2:6-10.
- B. El profeta Ezequiel como Hijo del Hombre.
- C. Los nacimientos milagrosos.
- D. La hendidura de la peña en la que estuvo Moisés.
- E. La vara de Aarón que reverdeció.

En 1 Samuel 2:6-10 hay varias imágenes proféticas del Señor Jesús como Hacedor, Dador de vida, Juez, Mesías y Ungido, además de revelar Su gloriosa resurrección y poder:

1. Mata y da vida.
2. Resurge de la tumba.
3. Prospera a Su pueblo.
4. Coloca entre príncipes.
5. Hace heredar el trono de Su gloria.
6. Guarda los pies de Sus santos.
7. Destruye a sus enemigos o adversarios.
8. Dios le dará el poder para juzgar los confines de la tierra.
9. Dios le da poder como Rey.
10. Dios exalta el poderío del Ungido.

El profeta Ezequiel es uno de los tantos tipos del Señor Jesús, a Quien se le representa en Su naturaleza humana en una visión (Ezequiel 8:2-3) con características semejantes a las de Apocalipsis 1:9-16, y cuando en su libro aparece el término “hijo de hombre” noventa y dos (92) veces, sugiere humildad delante de la gloria de Dios, y bien puede ser un término representativo de él como individuo llamado para ser un mensajero celestial. A Ezequiel se le aplicó este título identificándole con aquellos a quienes fue enviado, y si bien el apelativo sirve para subrayar la distancia entre Dios y el profeta, su propósito principal era resaltar su humanidad y la importancia de la misión que se le encomendó para anunciar un mensaje de juicio y salvación que sería rechazado. Así, cuando Cristo se autodenominaba con este título, se hacía uno con la raza pecadora que había venido a redimir, y al usarlo con relación a Su segunda venida, se identificaba con “el Hijo del Hombre” de la visión de Daniel (Daniel 7:13; 8:17, véase Mateo 16:13; 26:64). En el Nuevo Testamento Jesús es el Hijo del Hombre por excelencia, título que declara que Él responde al ideal y realización perfecta de la humanidad, de todo lo que un hombre puede ser, y no simplemente un “hijo del hombre” como Ezequiel.

Sara no podía darle hijos a Abraham (Génesis 16:1) pero en forma milagrosa tuvo a Isaac (Génesis 18:14). Rebeca era estéril, sin embargo, por la oración de Isaac le nacieron Esaú y Jacob (Génesis 25:21). Raquel tampoco podía concebir (Génesis 29:31) no obstante, Dios se acordó de ella y dio a luz a José (Génesis 30:22-24). La mujer de Manoa también era estéril (Jueces 13:2-3) pero el Ángel de Jehová le apareció para anunciarle que tendría un hijo (Jueces 13:7) y nació Sansón (Jueces 13:24). Ana, esposa de Elcana, tampoco podía concebir (1 Samuel 1:2,5) pero oró a Dios en el templo (1 Samuel 1:9-11) y finalmente quedó embarazada (1 Samuel 1:19-20). Todos estos nacimientos milagrosos son tipos del mayor de todos ellos, a saber, el del Mesías que nacería de una virgen (Isaías 7:14). Por otra parte, además del nacimiento sobrenatural de Samuel, en su infancia tuvo una experiencia en el templo que sorprendió a Elí, así como la tendría el Hijo de Dios en la etapa de la adolescencia, a los doce años de edad, sorprendiendo a los intérpretes de la ley.

Éxodo 33:20-23

“Dijo más: No podrás ver mi rostro; porque no me verá hombre, y vivirá. Y dijo aún Jehová: He aquí un lugar junto a mí, y tú estarás sobre la peña; y cuando pase mi gloria, yo te pondré en una hendidura de la peña, y te cubriré con mi mano hasta que haya pasado. Después apartaré mi mano, y verás mis espaldas; mas no se verá mi rostro” .

La gloria de Dios no era visible ni siquiera para el sumo sacerdote, por cuanto el verla significaría la muerte, no obstante, la expresión bíblica “ver el rostro” del Señor era semejante a sentir Su presencia, aun cuando esto es un lenguaje antropomórfico, por cuanto Dios es Espíritu (Juan 4:24) en Su Ser esencial, sin embargo, Dios le estaba anunciando a Moisés una pincelada de lo que aún le quedaba por vivir. Se le concedería la petición y recibiría una revelación especial de la hermosura de Dios, Su misma presencia pasaría cerca de él y podría entreverla al ver las “*espaldas*” del Señor, lo que significaba, en primer lugar, a pesar que Dios es Espíritu y que no tiene un cuerpo físico, que cuando así lo elige soberanamente, puede mostrarse en apariciones, y, en segundo lugar, que Dios habla de Sí mismo en un lenguaje semejante al de los hombres para que los seres humanos podemos entenderle mejor. Moisés tuvo el grandioso privilegio de experimentar una mayor intimidad en su relación personal con Dios y bien, esto podría haber sido un ejemplo o ilustración óptica de la manifestación de algo maravilloso que Dios estaba permitiendo para que su siervo vislumbrara una parte de Su gloria trascendente. Con respecto a este hermoso privilegio que tuvo Moisés, el reformador Juan Calvino, en su libro titulado INSTITUCIÓN DE LA RELIGIÓN CRISTIANA (Felire; pp. 51) escribió lo siguiente: “Por lo cual ni aún Moisés, con el cual Dios se comunicó mucho más familiarmente que con otro ninguno, pudo lograr, por más que se lo suplicó, ver su rostro; antes bien, le respondió que el hombre mortal no era capaz de resistir tanta claridad”. La “*hendidura de la peña*” en la que estaría ubicado Moisés mientras Dios pasaba cerca de allí, aun cuando bien pudo ser un lugar literal, era un sitio de protección para él, y a la vez una tipología de la cobertura que Cristo, como Roca (1 Corintios 10:4; 1 Pedro 2:8) le ofrece a todos los redimidos, en el sentido que los sostiene por toda la eternidad en virtud del sacrificio que hizo en la cruz, y por ser Él mismo la base de la unidad y estabilidad de Su iglesia. Estar en la hendidura es una representación del resguardo de Cristo para poder estar en la presencia de Dios, ya que por la condición de pecadores, todo hombre está apartado de Él. Al respecto, el autor chino Watchman Nee, en su comentario sobre EL CANTAR DE LOS CANTARES (Centros de Literatura Cristiana; pp. 55) escribió lo siguiente: “Los agujeros de la peña o la peña partida es una referencia manifiesta a la cruz de nuestro Señor Jesucristo y a los sufrimientos que Él experimentó allí”, además, esto es una identificación del creyente con su Salvador.

Existe una preciosa tipología en la vara de Aarón que reverdeció (Números 17:8) puesto que este milagro prefigura la resurrección de Cristo, el echar raíces

puede simbolizar la importancia eterna de Su sacrificio, los renuevos representan la iglesia de Cristo y el haber producido almendros o frutos es una sombra de la obra del Espíritu Santo en el pueblo de Dios.

LA PRESENTACIÓN QUE HACE DE CRISTO CADA LIBRO DEL ANTIGUO TESTAMENTO

Se puede encontrar al Señor Jesús en muchos lugares significativos de la Escritura por ser Él, el centro del plan de Dios (Juan 5:39) y cada libro del Antiguo Testamento presenta a Cristo con algún carácter especial, así:

Génesis como el Creador y la Simiente de la mujer (Génesis 1:1; 3:15); Éxodo como el Cordero Pascual (Éxodo 12:1-7); Levítico como el Sacrificio propiciatorio u Ofrenda por los pecados de los Suyos (Levítico 2:2); Números como Aquel que fue levantado por los redimidos y la Peña herida (Números 21:4-9); Deuteronomio como Profeta (Deuteronomio 18:18); Josué como el Capitán de la salvación (Josué 1:1-3); Jueces como Juez y Libertador (Jueces 1:1-3); Rut como el Pariente Redentor (Rut 4:4-5); 1 y 2 Samuel como el Rey prometido, e igualmente 1 y 2 Reyes, y asimismo 1 y 2 Crónicas (2 Samuel 7:12 y ss.); Esdras y Nehemías como Restaurador (Esdras 3:8); Ester como Intercesor (Ester 4:11); Job como Redentor (Job 19:25); Salmos como Rey, Pastor, Roca y otros aspectos más (Salmo 18:2, 23:1); Proverbios como la Sabiduría encarnada (Proverbios 8); Eclesiastés como el Único que le da sentido a la vida (Eclesiastés 12:13); Cantar de los Cantares como el Amado (Cantares 8:6); Isaías como el Mesías y el Siervo de Jehová (Isaías 9:1,6); Jeremías y Lamentaciones como el Renuevo justo (Jeremías 23:5); Ezequiel como el Hijo del Hombre (Ezequiel 2:1); Daniel como la Piedra que hiera al maligno y la Roca de los siglos (Daniel 2:45); Oseas como Sanador y Esposo (Oseas 3:1-5); Joel como Restaurador (Joel 2:26-27); Amós como el Agricultor celestial (implícitamente); Abdías como el Salvador (de manera implícita); Jonás como la Resurrección y la Vida (implícitamente); Miqueas como Testigo contra las naciones rebeldes (implícitamente); Nahum como Fortaleza en el día de la angustia (implícitamente); Habacuc como Dios de salvación (Habacuc 3:18); Sofonías como Señor celoso (implícitamente); Hageo como el Deseado de todas las naciones (Hageo 2:7); Zacarías como Renuevo justo y Rey (Zacarías 9:9); y Malaquías como el Sol de justicia (Malaquías 4:2).

Además, cada uno de los libros del Antiguo Testamento presenta por lo menos una de las doctrinas básicas del cristianismo, así: Génesis, la creación; Éxodo, la liberación; Levítico, el sacerdocio; Números, la organización del pueblo de Dios; Deuteronomio, el recordatorio de las promesas de Dios; Josué, la conquista; Jueces, el fracaso humano; Rut, la redención; 1 y 2 Samuel, el reinado eterno; 1 y 2 Reyes, la edificación del templo y el cautiverio; 1 y 2 Crónicas, la herencia espiritual; Esdras, la restauración espiritual; Nehemías, la restauración física; Ester, la intercesión y la victoria sobre el enemigo; Job, el significado del sufrimiento; Salmos, el culto de adoración y alabanza; Proverbios, una vida de sabiduría; Eclesiastés, la vanidad humana; Cantar de los Cantares, el amor perfecto hacia el objeto de ese sentimiento; Isaías, el advenimiento mesiánico; Jeremías, el arrepentimiento; Lamentaciones, el castigo y el dolor por la desobediencia; Ezequiel, la gloria futura; Daniel, el reinado eterno; Oseas, el amor a una mujer infiel, que en el caso de Cristo, se trata del amor a Su iglesia; Joel, el derramamiento del Espíritu Santo; Amós y Abdías, el juicio divino; Jonás, la resurrección y la compasión de Dios a los gentiles; Miqueas, el reinado universal; Nahum, la destrucción de los enemigos; Habacuc, el destino de los injustos; Sofonías, el juicio contra las naciones; Hageo, la edificación del templo; Zacarías, el arrepentimiento; y Malaquías, la repreensión contra la infidelidad.

Cada libro del Pentateuco termina con una palabra específica, así: Génesis, con “Egipto” ; Éxodo, con “jornadas” ; Levítico, con “Sinaí” ; Números, con “Jericó” ; y Deuteronomio, con “Israel” . Con estas cinco palabras se puede apreciar los viajes progresivos de Israel en cada libro. Comenzaron en Egipto, pero fueron liberados por Moisés y emprendieron un viaje de varias jornadas por el desierto hacia el Monte Sinaí. Luego de cuarenta años, cruzaron el río Jordán y llegaron a Jericó para entrar a la Tierra Prometida, en donde se establecería el pueblo de Israel. Toda esta trayectoria es un paralelo con la vida del creyente, quien comienza su senda terrenal en el mundo, representada en forma figurada por Egipto, hasta llegar al cielo, que ha sido tipificado por la Tierra Prometida.

CONTRASTES ENTRE GÉNESIS Y APOCALIPSIS

Si en Génesis se relata la caída del hombre y sus trágicas consecuencias como el dolor, el juicio y la muerte entre otras cosas, en Apocalipsis se registra el triunfo final y definitivo del Señor Jesucristo como el León de la tribu de Judá, de Su esposa que es la iglesia, y la recuperación y restauración de todas las cosas

que se perdieron con el pecado de la primera pareja. La Biblia empieza con un paraíso y acaba con otro (Génesis 2:8 y Apocalipsis 21:1-22:6). Ambos son lugares de felicidad. El primero fue preparado para el hombre natural, y el segundo para el hombre redimido por la sangre del Cordero de Dios. El paraíso perdido de Génesis se convierte en el paraíso recuperado de Apocalipsis. El principio y el final de la Sagrada Escritura se pertenecen mutuamente y al hojear las páginas de la Biblia se puede observar que existe una concordancia en todos sus temas.

Desde el principio de la Escritura, en el libro de Génesis, se narra acerca de la fuente de aguas vivientes que traen salvación y la Palabra de Dios finaliza con la promesa de la redención eterna para los creyentes. Los capítulos 1 y 2 de Génesis muestran al Señor como Creador y el capítulo 3 como Redentor. Este mismo orden se puede apreciar en Apocalipsis, puesto que el capítulo 4 es una visión de Dios en Su carácter de Creador y en el capítulo 5 es representado como Redentor.

PARALELO ENTRE GÉNESIS Y APOCALIPSIS

Génesis	Apocalipsis
Creación de los cielos y la tierra (1:1).	Un nuevo cielo y una nueva tierra (21:1).
Creación del mar (1:10).	Desaparición del mar (21:1).
Creación de las lumbreras (1:14-18).	El Cordero es la lumbrera (21:23).
El paraíso terrenal (2:8).	El paraíso de Dios (22:10).
El primer Adán y su esposa son puestos sobre toda la creación de Dios para señorear (1:28).	El Segundo Adán y Su esposa, la iglesia, gobiernan el mundo redimido.
Un río riega el Edén (2:10)	El río de agua de vida (22:1).
La esposa idónea (2:18).	La esposa del Cordero (21:9).
El gozo de Adán con su esposa (2:23).	La Fiesta de las bodas del Cordero (19:7).
Satanás entra al mundo a través de la serpiente (3:1).	Satanás es arrojado al abismo (20:2-3).
Se esconden del rostro de Dios	El rostro de Dios (22:4).

(3:8).	
Aparición del dolor (3:16).	Desaparición del dolor (21:4).
La muerte entra al mundo por causa del pecado (2:17; 3:19,24).	El pecado y la muerte son quitados del mundo (20:13-14; 21:4).
La maldición se pronuncia sobre la tierra (3:17).	La maldición es quitada y develado un nuevo paraíso (2:7; 22:1-3).
Las aflicciones y el trabajo son parte de la maldición traídos por el pecado (3:19).	Se acabarán las aflicciones y las duras tareas (14:13; 21:4).
La humanidad es apartada de la presencia de Dios (3:24-24).	La humanidad es redimida y bienvenida a la presencia de Dios (21:3; 2:4).
La humanidad es removida del árbol de la vida (3:24).	Acceso al árbol de vida (22:2,14).
Primer sacrificio típico (3:21).	En medio del trono está el Cordero que fue inmolado (5:12).
La erección de Babel o Babilonia (11:1-9).	La destrucción de Babilonia (18:2,16-17).
La ciudad del hombre, Babel (11:1-9).	La Ciudad de Dios, la nueva Jerusalén (21:2).

CAPÍTULO 6

LOS SACRIFICIOS DEL ANTIGUO TESTAMENTO SE CUMPLEN EN CRISTO

Todo el Antiguo Testamento gira alrededor de la idea del Mesías, es una

profecía del sacrificio de Cristo en la cruz del Calvario y aun cuando este acontecimiento no es muy claro en algunos pasajes de la Sagrada Escritura, sin embargo están relacionados implícitamente. Desde el momento que Adán pecó y fue expulsado del Edén, la muerte del Mesías-Redentor se hizo inevitable.

La progresión de los sacrificios a través del Antiguo Testamento apuntaban hacia el sacrificio del Hijo de Dios en la cruz, comenzando con la ofrenda de un animal por un hombre (Génesis 4:3-4) luego el de un cordero por cada familia (Éxodo 12:2-3) después, en el día de la expiación, un animal por la nación de Israel (Levítico 16:34) hasta culminar con el del Cordero de Dios por Su iglesia (Juan 1:29).

- a. Comienza con Abel (Génesis 4:3-4) y un animal fue sacrificado por un hombre.
- b. Un cordero era sacrificado por una familia hebrea (Éxodo 12:2-3).
- c. En el día de la expiación, un animal era sacrificado por la nación (Levítico 16).
- d. El Cordero de Dios fue sacrificado por la iglesia (Juan 1:29).

Los sacrificios establecidos en la ley tenían el propósito de demostrar cuál era la forma correcta de acercarse a Dios, careciendo todos ellos de un valor intrínseco, pero constituyéndose en tipos, sombras o figuras de Cristo, que como Antitipo, cumplió perfectamente cada uno de ellos. En todo el Antiguo Testamento se habla de la sangre de los sacrificios, los cuales son símbolos de la sangre del Cordero de Dios (Hebreos 9).

Las ofrendas del Antiguo Testamento eran tipos de la futura provisión para la purificación del que presentaba la ofrenda, tanto por él mismo como por el pueblo a quien representaba, pero el autor de la carta a los Hebreos, escribe que nunca podían las ofrendas hacer perfectos a los que las presentaban, pero que Cristo ha venido para hacer con Su propia sangre, una provisión plena y final para nuestra completa purificación.

El animal del sacrificio se daba a cambio de, o en redención por la vida del pecador, y en consecuencia, éste quedaba libre porque un sustituto le expiaba. Por eso el Nuevo Testamento se refiere a la sangre de Cristo como el “*lytrón*” (término griego que se refiere al valor con el que se rescataba a los esclavos del yugo del imperio romano) o el precio redentor por aquellos que están en Él y le pertenecen.

En la Biblia se observa que es siempre Dios quien toma la iniciativa en la redención del hombre, y aunque los sacrificios que se relatan en Génesis (antes que fuera revelada la ley) no indican una explícita ordenación divina, son muchos los autores que, incluso en Génesis 3:21, ven el origen divino de la idea correcta del sacrificio.

Génesis 4:4-5

“Y Abel trajo también de los primogénitos de sus ovejas, de lo más gordo de ellas. Y miró Jehová con agrado a Abel y a su ofrenda; pero no miró con agrado a Caín y a la ofrenda suya. Y se ensañó Caín en gran manera, y decayó su semblante” .

En la ofrenda de Abel se observa que no sólo merece la aceptación y la aprobación de Jehová, sino que parece indicar que al ser expulsada del Edén la primera pareja, ya habían recibido de Dios ciertas instrucciones sobre la importancia y el valor de los sacrificios cruentos. Desde que apareció el pecado Dios ha ofrecido al hombre un plan de salvación a través de sacrificios, pero éstos pueden llegar a desagradarle si no se observaban y cumplen en la forma adecuada como Él los ha ordenado.

Abel obtuvo testimonio que era un hombre justo al haber presentado un sacrificio más excelente que el de su hermano (Hebreos 11:4) lo que hace suponer que observó las normas de acuerdo a todo lo que la Escritura sugiere sobre la importancia de la sangre sacrificial. En cambio, el sacrificio presentado por Caín no lo miró Dios con agrado, igual el que ofrecieron Nadab y Abiú (Levítico 10:1-4) o muchos otros que no fueron presentados de una manera correcta sino como fuego extraño y desagradable a Dios.

LOS ALTARES EN EL ANTIGUO TESTAMENTO

Génesis 8:20-21

“Y edificó Noé un altar a Jehová, y tomó de todo animal limpio y de toda ave limpia, y ofreció holocausto en el altar. Y percibió Jehová olor grato; y dijo Jehová en su corazón: No volveré más a maldecir la tierra por causa del hombre; porque el intento del corazón del hombre es malo desde su juventud; ni volveré más a destruir todo ser viviente, como lo he hecho” .

En el altar que edificó Noé se observa la necesidad de sacrificios cruentos como en la historia de Abel, pero la erección de un altar representa una nueva responsabilidad. El hombre fue instruido más adelante por Dios (Éxodo 20:24) con la enseñanza que el altar representa algo que no es obra de las manos humanas, sino que es el sacrificio ofrecido sobre el altar lo que es bendecido por Dios para el provecho de las personas.

Después de declarar que el pueblo de Israel había visto que Dios había hablado desde el cielo con ellos, la única nación con la que lo hacía, el Señor insistió en la prohibición de hacer ídolos (Éxodo 20:22-26). En el libro de Génesis y antes de la promulgación de la ley se puede observar la edificación de varios altares que fueron contruidos por hombres justos que deseaban ofrecer sacrificios a Dios, como los que hicieron Abraham (Génesis 12:7-8; 13:4,18; 22:9) Isaac (Génesis 26:25) Jacob (Génesis 33:20; 35:1,3,7) e incluso Moisés (Éxodo 17:15). A los antiguos les estaba permitido hacer altares para que sacrificaran animales en ellos, sin embargo, el hombre fue instruido más adelante en cuanto a que éstos sólo simbolizaban algo que no es obra de las manos humanas, sino que el sacrificio ofrecido es lo que viene a ser bendecido por Dios para el provecho de las personas, por eso, los altares deberían ser de tierra o de piedras sin ser labradas, ni que sobre ellos se empleara herramienta alguna, lo que constituiría que la mano del hombre habría intervenido en la elaboración de los mismos. Dios reiteró que si se hacían deberían ser en honor a Su nombre, para que en ellos fuese celebrado su recuerdo, e insistió en la bendición de Él sobre el pueblo descendiente de los patriarcas, conforme le anunció a Abraham, Isaac y Jacob, lo que resultó ser una constante en el Antiguo Testamento. Si el altar se hacía de roca, no debían ser de piedra labrada, y si se usaba alguna herramienta para su elaboración, quedaba contaminado, de manera que esto indicaba que el hombre no debía hacer ninguna obra para intentar acercarse a Dios.

LA MUERTE DE LOS HIJOS DE RAQUEL

Génesis 35:16-19

“Después partieron de Bet-el; y había aún como media legua de tierra para llegar a Efrata, cuando dio a luz Raquel, y hubo trabajo en su parto. Y aconteció, como había trabajado en su parto, que le dijo la partera: No temas, que también tendrás este hijo. Y aconteció que al salirse el alma (pues murió), llamó su nombre Benoni; mas su padre lo llamó Benjamín. Así murió Raquel, y

fue sepultada en el camino de Efrata, la cual es Belén” .

La familia de Jacob levantó el campamento y partió de Bet-el hacia Efrata, antiguo nombre de la pequeña ciudad de Belén, aun cuando destacada por cuanto en ella vivirían Booz y Rut, bisabuelos de David (Rut 4:8-11) asimismo allí nacería David, pero principalmente el Señor Jesús (Miqueas 5:2, Mateo 2:5). En un lugar en la ruta hacia Efrata, Raquel dio a luz a su segundo hijo, Benjamín, sin embargo, ella murió después del momento del parto por la dificultad que se presentó en éste, pero antes de su deceso la partera le dijo que no temiera, que el niño viviría y con el tiempo ocuparía un lugar muy importante en la familia.

Raquel llegó a ser un símbolo de todas las madres israelitas que temían por sus hijos (Jeremías 31:15; Mateo 2:18) desde que por la desobediencia de Adán y Eva, Dios puso “*enemistad*” entre la serpiente y la mujer, con sus respectivas simientes (Génesis 3:15) pues de no haberlo hecho ese habría sido el final de la historia de la humanidad. Esta fue la primera profecía mesiánica, llamada “la madre de todas las profecías” de la Biblia, y el protoevangelio o primer anuncio de redención, anunciando la venida de Uno que conquistaría el poder del diablo y liberaría a Su pueblo eternamente. La primera profecía concerniente a la venida de Cristo anuncia que el Libertador vendría como Simiente de una mujer, no del hombre, como es aceptada biológicamente, y Él es el cumplimiento de todo lo que se promete y se va desarrollando de ahí en adelante a lo largo de todo el Antiguo Testamento, no obstante, la serpiente, que era literalmente una bestia del campo que simbolizaba a Satanás y que sería destruida mediante el sacrificio de Cristo en la cruz del Calvario, haría todos los esfuerzos posibles para invalidar la promesa que Dios le había hecho a Eva en relación con su Simiente y por evitar el nacimiento del Hijo de Dios.

Debido a las dificultades que se presentaron tanto en el embarazo de Raquel como en el nacimiento del niño, bien podría Benjamín, el hijo de la mujer amada de Jacob y a la vez descendiente de Abraham, representar la intensa lucha entre la Simiente de la mujer por alcanzar los propósitos de Dios y el reino de las tinieblas que acomete con toda clase de acechanzas por impedirlo, pero sin lograr su objetivo.

El sufrimiento de Raquel en el nacimiento de su hijo Benjamín está relacionado con todo el pasaje bíblico desde Jeremías 30:20 hasta Jeremías 33:26 que es absolutamente mesiánico, teniendo como eje central Jeremías 31:17, en donde aparece el término “*Rama*” , que más que una región, el vocablo

hebreo significa “altura”, entendiéndose por “*Raquel*”, todo el pueblo de Israel que quería ser consolado por la muerte de sus hijos que había perdido, aun cuando sólo por una muerte temporal, simbolizado en la dispersión y el exterminio de Israel. Por otra parte, el pasaje en mención también está relacionado estrechamente con la orden de Herodes el Grande de matar a todos los niños menores de dos años en Belén después del nacimiento de Cristo.

Al respecto el escritor Josh McDowell, citando el Commentary Bible: Jeremiah, de Theodore Laetsch en su libro titulado EVIDENCIA QUE EXIGE UN VEREDICTO (Editorial Vida; pp. 154) escribió lo siguiente: “Todo el contexto del capítulo 31 (de Jeremías) comenzando en 30:20 y continuando hasta 33:26, es mesiánico. Los cuatro capítulos hablan de la aproximación del Señor, de la venida del Mesías a restaurar el reinado de David en la forma de un nuevo pacto, del cual el perdón de pecados ha de ser el fundamento, un reinado en el cual toda alma agobiada y triste será plenamente consolada. Como un ejemplo de este consuelo, el Señor introduce la consolación siendo extendida a las madres que habían sufrido una gran pérdida por causa de Cristo, el cruel asesinato de sus infantes varones”.

LOS SACRIFICIOS PRESCRITOS EN LA LEY

- A. El cordero pascual.
- B. Las cinco ofrendas levíticas.
- C. Las dos aves.
- D. El día de la Expiación.
- E. La vara de Aarón que reverdeció.
- F. La vaca alazana.

EL CORDERO PASCUAL (ÉXODO 12)

La redención nacional y duradera de Israel, así como la seguridad del primogénito de cada hogar hebreo, fue garantizada por el cordero pascual. Esta redención es de tan largo alcance, que al pueblo de Israel se le ordenó, en reconocimiento de tal hecho, repetir la celebración de la Pascua a lo largo de todas sus generaciones, era el centro alrededor del cual se reunía la asamblea judía, no como una renovación, sino como un memorial de la redención.

El cordero pascual era uno de los principales tipos de Cristo que se presentaron en el Antiguo Testamento lo cual se puede comprobar, de acuerdo al capítulo 12 de Éxodo, por las seis condiciones básicas que se requerían para su sacrificio, las cuales eran las siguientes:

- 1) Había de ser un cordero sin mancha ni defecto.
- 2) Tenía que ser examinado cuidadosamente.
- 3) Había de ser inmolado.
- 4) Su sangre debía ser aplicada.
- 5) Su sangre debía realizar una perfecta propiciación contra los juicios divinos.
- 6) Se había de participar del cordero como alimento con hierbas amargas.

No cabe duda que Cristo es el Antitipo de todos los detalles anteriores. Del cordero pascual se debe observar que no tenía ningún defecto (Éxodo 12:5) y del mismo modo Cristo era perfectamente inocente, puro y separado de los pecadores. Nadie pudo hallar falta alguna en Él durante Su ministerio público y terrenal. Con respecto a la relación existente entre el cordero pascual y el Cordero de Dios, el autor Francis L. Patton, en su SUMARIO DE DOCTRINA CRISTIANA (Libros Clie; pp. 55) escribió lo siguiente: “Los judíos estaban acostumbrados a un sistema de sacrificio, y cuando se habló de Jesús como del Cordero de Dios que quita los pecados del mundo, inmediatamente vieron la referencia al cordero sin mancha prescrito por la ley de Moisés”.

La perfección del cordero pascual tenía que ser comprobada durante un período de tiempo, para ello era separado durante tres días bajo la observación del pueblo (Éxodo 12:3-6). De la misma manera, durante treinta años Cristo habitó entre el pueblo de Israel, siendo observado por Sus familiares y amigos, y luego ejerció Su ministerio bajo la mirada de multitudes por tres años y medio. Hasta Sus propios enemigos tuvieron que admitir que Él era sin mancha.

El cordero era luego inmolado por toda la congregación de Israel (Éxodo 12:2,6) y su sangre rociada sobre los postes y dinteles de todas las casas (Éxodo 12:7). El Hijo de Dios fue sacrificado por la decisión del sanedrín judío. Ahora, no basta con que haya tenido lugar el sacrificio de Cristo, puesto que es necesario que cada creyente se apropie de éste para sí mismo.

Todo primogénito, tanto de los hombres como de los animales que habitaban en Egipto, serían víctimas de la muerte como juicio de Dios (Éxodo 12:12) pero

en las casas en donde hubiera la señal de la sangre no habría mortandad (Éxodo 12:13). De igual manera, la sangre de Cristo limpia de pecado (1 Juan 1:7,9) y no hay condenación para los que están en Él (Romanos 8:1). Si la sangre del cordero pascual sobre los postes y dinteles de las casas preservaba de la acción exterminadora, cuánto más la sangre de Cristo ejercerá su eficacia eternamente delante del Padre.

Cada israelita tenía que comer la carne del cordero luego que éste fuera asado al fuego (Éxodo 12:8) lo que representa que la propia vida de Cristo fue entregada como alimento y nutrición de toda persona que acuda a Aquel que dijo: “*Yo soy el pan de vida; el que a mí viene, nunca tendrá hambre*” (Juan 6:35).

En cuanto a la semejanza entre Cristo y el cordero sacrificado en la Pascua, el autor Erwin Lutzer escribió en su libro titulado *ACERCÁNDOSE CADA VEZ MÁS A DIOS* (Centros de Literatura Cristiana; pp. 79) lo siguiente: “Tanto el cordero pascual como Cristo, fueron llevados a la muerte aunque eran perfectos. Ambos murieron el mismo día del año y a la misma hora”. Y asimismo, con respecto a los tres lugares en que se colocaba la sangre del cordero, escribió (Idem; pp. 80) que quizá “el dintel representaba la extremidad vertical de la cruz y los postes la extremidad horizontal”.

En cuanto a la hora en que murió el Señor Jesucristo, los Evangelios Sinópticos registran este importante acontecimiento de la siguiente manera:

Mateo 27:46 “*Cerca de la hora novena...*” .

Marcos 15:34 “*Y a la hora novena...*” .

Lucas 23:44 “*... hasta la hora novena*” .

De manera que, el Señor Jesús murió a las tres de la tarde (3:00 p. m.) o según el horario judío, “a la mitad de la tarde”, es decir, a la hora novena, según como se contaba el día desde la salida del sol hasta que se ponía, dándole cumplimiento exacto y preciso a la ley mosaica, cuando las víctimas del sacrificio eran inmoladas entre las dos tardes (Éxodo 12:6; Números 9:5). El Cordero de Dios fue crucificado al mismo tiempo que el cordero pascual era inmolado en la “*pesach*” (término hebreo que significa “pasar de”, y que ha sido transliterado al idioma castellano como “pascua”). El Hijo de Dios expiró en la cruz a la misma hora que se le daba muerte a un corderito en el templo.

La primera Pascua que celebró el pueblo de Israel se llevó a cabo un día antes del paso del mar Rojo y la primera santa Cena, en la cual participó personalmente el Señor Jesús con Sus discípulos, se efectuó un día antes del sacrificio de Cristo en el monte Calvario.

La expresión bíblica “*principio de los meses*” (Éxodo 12:3) que se dio con la libertad de la esclavitud del pueblo de Israel en Egipto, indicaba un año nuevo y marcaba para ellos una vida nueva. Asimismo la frase “*toda la congregación*” (Éxodo 12:3) se refería específicamente al pueblo de Dios, y que comieran la Pascua con panes sin levadura y que la bebieran con hierbas amargas (Éxodo 12:8) indicaba en primer lugar, participar de la comida divina, y en segunda instancia, apuntaba hacia el sacrificio expiatorio del Mesías.

LAS CINCO OFRENDAS LEVÍTICAS (LEVÍTICO 1:1-7:38)

El propósito del libro denominado Levítico era proporcionarles a los israelitas una guía de cómo acercarse a Dios en adoración por medio de los sacrificios y las ofrendas. Se podría decir que, como el plano es un diseño indispensable para un arquitecto en la construcción de un edificio, el libro de Levítico es la base fundamental del sacrificio de Cristo en la cruz del Calvario.

Las principales clases de sacrificios tenían un carácter expiatorio, puesto que todas tendían a satisfacer las demandas de la ley y de la santidad de Dios mediante el carácter sustitutorio de la víctima o de la ofrenda. Ello es obvio, sobre todo, en el derramamiento de la sangre de las víctimas del sacrificio. Dios proveía animales limpios, sobre cuya cabeza era pronunciada la confesión de los pecados del pueblo, antes de ser degollados, y derramada su sangre en sustitución de la sangre manchada del hombre pecador. Sin embargo, aquella sangre de los animales solamente era una representación típica de lo que significa quitar el pecado, puesto que un animal no puede sustituir a una persona en la expiación de sus pecados, como se advierte en Hebreos 9:13-14; 10:4.

Las cinco ofrendas levíticas eran:

- 1) El holocausto.
- 2) La oblación.
- 3) La ofrenda de paz.
- 4) La ofrenda por el pecado.
- 5) La ofrenda por la culpa o por yerro.

Estas, por su aspecto, se clasifican en dos grupos así: a) Las tres primeras en ofrendas de olor grato, y b) las dos últimas en ofrendas de olor no grato. El primer grupo representa al Señor Jesús ofreciéndose a Sí mismo sin mancha delante de Dios (Hebreos 9:14). El segundo representa a Cristo como sacrificio por el pecado y, en virtud de ello, el rostro del Padre se vuelve hacia otro lado y el Salvador entonces clama: “...Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?” (Mateo 27:46).

Las ofrendas de olor grato (holocausto, oblación y ofrenda de paz) son presentadas por los adoradores, mientras las de olor no grato (por el pecado y por culpa o yerro) por aquellos que habiendo pecado, desean ser restaurados y para ello tienen que demostrar su arrepentimiento antes de estar en la posición de adoradores.

LAS DOS AVES (Levítico 14:1-7)

Así como en el día de la expiación se requerían dos machos cabríos para prefigurar el cuadro completo de la muerte de Cristo, en la purificación de la lepra, que es un tipo del pecado, se requerían dos avecillas. La inmolación de la primera representaba a Cristo siendo entregado por nuestras transgresiones, mientras la segunda, que era sumergida en la sangre de la primera y después dejada en libertad, tipificaba al Señor Jesucristo resucitado para nuestra justificación (Romanos 4:25).

En el pasaje bíblico de Levítico 13-14 hay una completa exposición en cuanto a las leyes de la lepra, y en resumen, se trata básicamente que el sacerdote declaraba limpio o inmundo a la persona que estaba leprosa, o cuando había sospechas que lo estuviera, aun cuando es evidente que no podía limpiarle, ni hacerle libre de la contaminación legal que la enfermedad implicaba, sino que el sacerdote era solamente el perito, o el facultativo designado para declarar la limpieza. Todo aquello era una declaración legal en cuanto a que alguien que hubiera sido calificado con el apelativo de inmundo, algo aberrante para los israelitas, por la intervención del sacerdote y su posterior aprobación, luego podía ser considerado como una persona limpia, lo que se constituye en un paralelo del traslado que el Señor Jesús ha hecho de los redimidos, de las tinieblas al reino de Su luz admirable (1 Pedro 2:9).

EL DÍA DE LA EXPIACIÓN (Levítico 16)

Una vez más, la muerte de Cristo es manifestada típicamente con magníficos detalles por las ceremonias y ritos requeridos en el día de la expiación. Los aspectos específicos solicitados eran: el becerro para el sumo sacerdote, la sustitución por el animal pecador, el mantenimiento de la ley, el carácter perfecto del sacrificio y los dos machos cabríos.

Levítico 16:8-10

“Y echará suertes Aarón sobre los dos machos cabríos; una suerte por Jehová, y otra suerte por Azazel. Y hará traer Aarón el macho cabrío sobre el cual cayere la suerte por Jehová, y lo ofrecerá en expiación. Mas el macho cabrío sobre el cual cayere la suerte por Azazel, lo presentará vivo delante de Jehová para hacer la reconciliación sobre él, para enviarlo a Azazel al desierto” .

Los dos machos cabríos, al igual que las dos avecillas, representaban el sacrificio de Cristo en la cruz del Calvario. El pecado es simbólicamente cubierto por la sangre del primer macho cabrío, y la culpa es quitada en forma figurada por la libertad del segundo. Con respecto al macho cabrío, al autor Robert C. Sproul, en su libro LA GLORIA DE CRISTO (Editorial Unilit; pp. 141-142) escribió: “El rito de la expiación del Antiguo Testamento consistía en cargar al chivo expiatorio con los pecados del pueblo que eran traspasados a la espalda del animal, el cual, luego, era conducido fuera del campamento, fuera del alcance de la presencia de Dios para ser abandonado en el desierto. Ser sacado de la presencia divina es el destino del chivo expiatorio y de todos los que son maldecidos por Dios”.

Hebreos 2:16-18

“*Porque ciertamente no socorrió a los ángeles, sino que socorrió a la descendencia de Abraham. Por lo cual debía ser en todo semejante a sus hermanos, para venir a ser misericordioso y fiel sumo sacerdote en lo que a Dios se refiere, para expiar los pecados del pueblo. Pues en cuanto él mismo padeció siendo tentado, es poderoso para socorrer a los que son tentados”* .

La ley mosaica enseña que para el pueblo judío existía el día de la Expiación, en el que el sumo sacerdote llevaba los nombres de cada una de las doce tribus de Israel en su pectoral y en sus hombros para hacer reconciliación por los pecados del pueblo. Esto ocurría únicamente una vez al año. Aquel rito apuntaba hacia la expiación que Cristo haría en la cruz por los pecados de Su pueblo, la

cual se haría solamente una vez y sería efectiva para siempre.

LA VARA DE AARÓN QUE REVERDECIÓ (Números 17:8)

Números 17:8

“Y aconteció que el día siguiente vino Moisés al tabernáculo del testimonio; y he aquí que la vara de Aarón de la casa de Leví había reverdecido, y echado flores, y arrojado renuevos y producido almendras” .

La vara de Aarón que estaba muerta y reverdeció, probablemente tipifica la resurrección del Señor Jesús, echar raíces simbolizaba entonces la firmeza de la fe que produjo este acontecimiento (1 Corintios 15:12-19) y tanto los renuevos como los almendros hacen referencia al desarrollo de la iglesia de Cristo y los frutos de ésta. Una vara es un trozo de rama de un árbol cortado en ambos extremos, por uno desgajado y por el otro sin raíz, que en un tiempo estaba vivo, recibía la savia y podía florecer, pero que después murió y se secó.

LA VACA ALAZANA (Números 19:1-22)

Esta también era una ofrenda por el pecado. La vaca alazana o de color rojizo era degollada fuera del campamento, y su sangre rociada por el sacerdote siete veces ante el tabernáculo. Luego se quemaba el animal entero y el sacerdote echaba madera de cedro, hisopo y escarlata en la pira donde había sido quemada la vaca. Se recogían las cenizas, y eran puestas en un lugar limpio fuera del campamento. El Señor Jesús fue sacado de la ciudad de Jerusalén y conducido hasta el monte Calvario en donde fue crucificado y al morir, pusieron su cuerpo en un sepulcro nuevo (Mateo 27:59-60).

La doctrina del Nuevo Testamento acerca de la purificación del creyente está afirmada en (1 Juan 1:7, 9). La sangre de Cristo limpia de la mancha del pecado, previa confesión del pecador. El tipo de la purificación, que también cumplía un importante objetivo en la economía del sistema mosaico, se expone en la ordenanza de la vaca alazana cuyo cuerpo era quemado completamente fuera del campamento. Los elementos esenciales de esta ordenanza eran: un animal sin mancha, la inmolación del animal, su combustión, la conservación de las cenizas para la purificación, la mezcla de las cenizas con agua, y finalmente la aplicación del agua y las cenizas para la purificación de la mancha.

Lo que acontecía con los animales sacrificados, como el macho cabrío y la

vaca alazana, eran simbolismos de lo que ocurre espiritualmente con la persona cuando Dios la acerca a Sí mismo para que le adore, es decir, que asciende en adoración, inmolado, ante el Padre.

DIVERSOS TIPOS DE LA MUERTE DE CRISTO

LAS TÚNICAS DE PIELES

Génesis 3:21

“Y Jehová Dios hizo al hombre y a su mujer túnicas de pieles, y los vistió” .

Dios confeccionó túnicas de pieles para Adán y Eva que sustituyeran la indumentaria de las hojas de higuera con que ellos intentaron cubrir su desnudez. El animal del cual se obtuvo la piel pudo haber sido sacrificado de tal forma que su piel fuera, de algún modo, una anticipación del *“kapporeth”* o la cubierta propiciatoria que ocultaba a los ojos de Dios la ley quebrantada por el pueblo de Israel.

Jehová tomó a su cargo la situación de los primeros pecadores de la raza humana, vistiéndolos Él mismo con pieles de animales, lo cual implica que necesariamente hubo derramamiento de sangre, de lo que se puede deducir, más por la razón humana que de la revelación divina, que fue introducido el sacrificio de animales por parte de Dios, y que de esta acción Abel aprendió la verdad que le indujo a presentar un sacrificio aceptable a Dios.

Pocos tipos de Cristo hay tan completos como este. Dios tomó la iniciativa en favor del hombre que, como en el caso de la desnudez de Adán, que se encontraba descubierto por su pecado y tuvo que recurrir a su inventiva para cubrirse (Génesis 3:7) los seres humanos han pretendido esconder su pecado con ritos religiosos, que de nada le sirven, como a Adán no le sirvieron las hojas de higuera porque al final tuvo que esconderse de la presencia de Dios en el paraíso (Génesis 3:8). La primera pareja fue expulsada del huerto del Edén, como lo ha sido toda la humanidad de la presencia de Dios, no sin antes recibir la promesa de la redención por medio de un Salvador (Génesis 3:15) que daría Su propia vida en rescate por los hombres, con lo que queda implicada la imputación del pecado a un Sustituto que, con su sacrificio cubre al pecador. Por esa razón

Aarón y sus descendientes deberían presentarse delante del Señor cubiertos adecuadamente con las vestiduras sacerdotales especiales (Éxodo 28) para poder ministrar en el tabernáculo.

LA ESPADA ENCENDIDA

Génesis 3:24

“Echó, pues, fuera al hombre, y puso al oriente del huerto de Edén querubines, y una espada encendida que se revolvía por todos lados, para guardar el camino del árbol de la vida” .

Al final de la tentación del Señor Jesús, aparecieron ángeles para atenderlo, precisamente como el Padre había prometido. Adán vio un ángel también, pero éste portaba una espada encendida mientras guardaba la puerta del paraíso. Robert C. Sproul, en su libro titulado SIGUIENDO A CRISTO (Editorial Unilit; pp. 291) escribió al respecto lo siguiente: “La entrada al jardín fue prohibida por la presencia de un ángel con una flagímera espada. Aquí vemos el nombramiento de un agente administrador, a saber, el ángel equipado por Dios con un instrumento de restricción y que recibe el poder de la autoridad simbolizado por la flagímera espada”.

La espada encendida transmite una enseñanza espiritual. El retorno del hombre a Dios no se puede lograr por ningún camino independiente de la gracia y el perdón. Los querubines son los guardianes del trono de Dios de los cuales habla la Biblia, y son conocidos como “ángeles destructores” (Ezequiel 1:5-15; 10:15; Isaías 6:1-3). En el Tabernáculo de reunión estaban bordados en la cortina de entrada al Lugar Santísimo (Éxodo 26:31) cuyo significado era el mismo del paraíso: evitar el acceso al mismo.

Dave Hunt, en su libro MÁS ALLÁ DE LA SEDUCCIÓN (Editorial Portavoz; pp. 142) escribió que: “Fueron expulsados vergonzosamente de la presencia de Dios, del paraíso y del árbol de la vida, cuyo fruto, en caso contrario, los habría mantenido vivos para siempre. Dios no quería perpetuar al hombre en esta condición caída. Pero sí anunció que un día la simiente de la mujer (es decir, el Mesías nacido de una virgen) aplastaría la cabeza de la serpiente, con lo cual se daría un justo medio de perdón para los rebeldes

dispuestos a recibirle”.

También al respecto, Mario Cely Quinteto, en su libro EL “MITO” DE ADÁN Y EVA (pp. 172, aún sin publicar) citando al teólogo presbiteriano del siglo XIX Charles Hodge, escribe: “Cristo es la fuente de la vida espiritual y eterna para todo su pueblo, porque aquel árbol fue designado para ser la fuente de vida para los primeros padres de nuestra raza y para todos sus descendientes, si ellos no se hubieran revelado en contra de Dios. Nuestro Señor prometa dar de comer del árbol de la vida a aquellos que venzan, el cual está en medio del paraíso de Dios (Apocalipsis 2:7). Y, en el cielo está el árbol de la vida que produce doce frutos, cuyas hojas son para la sanidad de las naciones (Ap. 22:2)... El árbol de la vida habría asegurado la inmortalidad al Adán obediente en aquel paraíso terrestre, el cual es tipo de Él, quien era la fuente de la vida espiritual y eterna para su pueblo en el anterior paraíso” (Hodge, *Systematic Theology*, Vol. 2. Eerdmans pp. 124).

La espada “*se revolvía por todos lados*” (Génesis 3:24) puesto que si hubiera dejado algún camino sin guardar, Adán y Eva habrían regresado al Edén trazando su propio camino hacia el árbol de la vida, sin buscar el camino diseñado por el Creador. Dios es eternamente santo y se apartó de ellos, pero decretó un camino exclusivo para que el hombre pudiera llegar a Él. Sólo hay un camino de regreso y es el que ha abierto el Señor Jesucristo. La presencia del querubín indica también que aquellos que han sido arrojados también pueden regresar.

EL ARCA DE NOÉ (Génesis 6:9-8:19)

El propósito de Dios al pedirle a Noé que construyera un arca era acabar con la totalidad de la humanidad pecadora y renovar la raza humana mediante un remanente justo, del que únicamente escaparon de la muerte Noé y su familia, a saber, un total de ocho personas. Mediante el diluvio se cumplió el objetivo de Dios y se estableció un pacto, esta vez con Noé y su familia, cuya señal era el arco iris, que le aseguraba a los hombres que la humanidad no volvería a ser destruida por un diluvio universal. Noé y su descendencia recibieron el encargo de repoblar la tierra y poseerla.

La historia del diluvio está repleta de sugerencias y de verdades importantes. Entre ellas, la seguridad de los introducidos en el arca, parece una definida prefiguración de la seguridad de salvación de los que están en Jesucristo y le la

preservación de los santos. El día que comenzó el diluvio, cuando se salvó Noé junto con su familia y el resto de la humanidad murió, representa el juicio de Dios sobre los pecadores y la salvación de Su pueblo.

La madera de gofer que se empleó para la elaboración del arca, por su resistencia y firmeza, ha sido comparada simbólicamente con la seguridad de la salvación por el sacrificio de Cristo en la cruz del Calvario. Se utilizó brea para calafatear la madera del arca y de este modo quedó protegida contra las aguas del juicio. El término hebreo “*kapporeth*”, que significa brea (es decir, cubierta propiciatoria) procede del mismo vocablo que se traduce siempre por expiación.

Había una sola puerta (Génesis 6:16) y Dios la cerró exactamente al terminarse el tiempo de espera. Esto ha sido considerado por algunos teólogos como un símbolo de la única puerta que un día también se cerrará (Mateo 25:10) puesto que sólo aquellos que creyeron que habría un diluvio entraron al arca, ya que hasta ese entonces no se conocía la lluvia, pues un vapor regaba la faz de la tierra (Génesis 2:6). El arca verdadera de salvación es Cristo mismo, el Hijo de Dios, y es sólo cuando entramos en Cristo y somos encontrados en Él que somos genuinamente salvos y asegurados.

Puesto que el bautismo en agua es una identificación con Cristo y un reconocimiento público de confianza en Él, algunos han sugerido que los tres pisos del arca eran un simbolismo de la Trinidad, y que al permanecer Noé junto con su familia en el agua, pero dentro del arca, se representaba el bautismo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. La iglesia cristiana ha percibido en el arca de Noé una prefiguración del bautismo.

El arca, además de sugerir verdades acerca del sacrificio de Cristo, simboliza también la iglesia que formó el Hijo de Dios, puesto que en ella encontraron salvación, seguridad, refugio y un lugar de congregación para la familia de Dios. La historia del diluvio finaliza cuando Noé envió una paloma y ésta llevó de regreso en su pico una hoja de olivo, como noticia alegre en cuanto a que la tierra ya estaba a punto de secarse.

Génesis 8:11

“Y la paloma volvió a él a la hora de la tarde; y he aquí que traía una hoja de olivo en el pico; y entendió Noé que las aguas se habían retirado de sobre la tierra” .

La paloma ha sido generalmente el emblema de la paz y en la Biblia es un símbolo del Espíritu Santo, y una de las formas en que se ilustró de un modo hermoso fue en la historia del regreso de la paloma al arca de Noé con una ramita de olivo en su pico, como una prueba que el juicio ya había terminado y que Dios estaba dispuesto a reconciliarse con el hombre y concederle Su gracia. Después de la estadía de la familia de Noé en el arca, que tipifica al pueblo de Dios salvado por el Señor Jesús, apareció la paloma, como una tipología del Consolador, Quien llegó y ejerció Su ministerio luego del ascenso del Hijo de Dios a la diestra del Padre. Fue en forma de paloma que el Espíritu de Dios descendió sobre el Señor Jesús (Lucas 3:22) antes que Él iniciara Su ministerio terrenal, trayendo las buenas nuevas de salvación a la humanidad.

Noé y su familia permanecieron por poco más de un año encerrados en el arca, durante los cuarenta días del diluvio y mientras la tierra se secaba, para luego salir de la embarcación y habitar en un mudo nuevo. Estos dos acontecimientos tipifican, unidos, el primero la muerte de Cristo, y el segundo, Su resurrección de entre los muertos al tercer día.

Génesis 9:12

“Y dijo Dios: Esta es la señal del pacto que yo establezco entre mí y vosotros y todo ser viviente que está con vosotros, por siglos perpetuos: Mi arco he puesto en las nubes, el cual será por señal del pacto entre mí y la tierra” .

El arco iris significaba para Noé y su familia, y en ellos para toda la humanidad, protección, seguridad y confianza, además representaba la misericordia y la gracia de Dios, así como es a la vez un símbolo de la cruz de Cristo, Quien soportó todo el rigor que la justicia de Dios demandaba para librar a los Suyos de la esclavitud del pecado, del temor a la muerte y de la vida eterna.

LA OFRENDA DE ISAAC (Génesis 22:1-14)

En esta memorable experiencia, Abraham aparece como una tipología de Dios el Padre ofreciendo la vida de su “único” hijo en sacrificio. Sin duda alguna, Isaac tipifica al Hijo de Dios, quien se ofreció voluntariamente al sacrificio y fue obediente hasta la muerte. El carnero trabado en el zarzal es el tipo de un sustituto ofrecido en lugar de otro. (En el próximo capítulo se ampliará la tipología de Isaac).

JOSÉ EN LA CISTERNA (Génesis 37:2-50:26)

Aunque José como tipo de Cristo, nos ofrece un conjunto extremadamente rico en verdades importantes, solamente el hecho de haber sido arrojado en una cisterna para luego ser sacado de ella, es un cuadro profético de la muerte y resurrección del Señor Jesús. (También se ampliará, al igual que con Isaac, la tipología de José en el siguiente capítulo).

EL MANÁ EN EL DESIERTO (Éxodo 16:14-22)

El maná fue, en esencia, una provisión especial milagrosamente hecha por Dios en una cantidad suficiente para satisfacer la necesidad particular de un pueblo que aunque hambriento, desconocía como sería alimentado en medio del desierto. Cristo comparó el maná que nutría el cuerpo de los israelitas por un poco de tiempo, con el Pan de vida que descendió del cielo (Juan 6:31-35; 50-51) es decir, Él mismo, y que ofreció su carne y sangre como alimento y salvación eterna del creyente. En el desierto los israelitas tenían que buscar cada día el maná, como el creyente de hoy debe buscar al Señor diariamente. Por el uso que Cristo hizo del maná comparándolo consigo mismo, nadie puede dudar del sentido típico del alimento caído del cielo. De igual manera, Cristo como pan bajado del cielo, ha dado Su vida por el mundo.

LA ROCA GOLPEADA (Éxodo 17:5-7; Números 20:7-13)

Según 1 Corintios 10:4, Cristo es en un sentido espiritual, aquella Roca de Horeb que fue golpeada en el desierto y de la que brotó agua. Por Su muerte se abre vía libre al agua de vida, pero Él sólo puede ser golpeado una vez, es decir, que Su sacrificio expiatorio en la cruz ocurriría solamente en una ocasión. En una forma paralela y figurada, al haber golpeado Moisés una vez la peña, pero al hacerlo cuarenta años más tarde dos veces, cuando la orden que había recibido en aquella segunda ocasión era que le hablara a la piedra, fue tenido por Dios como un pecado tan grande que le impidió completar su tarea de introducir al pueblo de Israel a la Tierra Prometida.

El agua representa uno de los elementos más necesarios en el universo físico para la vida humana y se halla en la Escritura como uno de los símbolos más importantes de la necesidad espiritual (Salmo 42:1-2). La roca de Horeb era una

tipología de Jesucristo, la Roca de los siglos, y al ser golpeada, se estaba representando la muerte del Señor Jesús en la cruz, bajo el golpe del juicio divino, y el fluir del agua de ella, al ser golpeada, prefiguraba el derramamiento del Espíritu Santo sobre la iglesia como consecuencia de la muerte expiatoria de Cristo y sugiere el lavamiento, la influencia eficaz para vivir en santidad y el refrigerio del Consolador como consecuencia subsiguiente del sacrificio del Hijo de Dios.

En el segundo pasaje en referencia había transcurrido toda una generación desde que fue golpeada la roca por primera ocasión, y nuevamente el pueblo estaba hambriento y sediento. Una vez más, por orden de Dios, Moisés guió al pueblo a la roca, pero en esta oportunidad, ésta no debería ser golpeada, sino que se le hablaría, por cuanto en forma tipológica, ya había sido hendida y seguía abierta brotando agua y fluyendo, lo que tipifica nuestra relación presente con el Espíritu Santo. Hay un aspecto simbólico de este fluir sagrado a lo largo de la revelación divina, desde el río que salía del Edén (Génesis 2:10) pasando por las aguas salutíferas de la profecía (Ezequiel 47:1-12) hasta llegar al río de agua de vida que fluye del trono de Dios y del Cordero (Apocalipsis 22:1). El Señor Jesús dijo: *“Si alguno tiene sed, venga a mí y beba. El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva”* (Juan 7:37-38) refiriéndose con estas palabras a la vida en el Espíritu, Quien produce sed para que las personas puedan acercarse a Cristo, y Él mismo es la Fuente constante de agua. El hombre y el animal comen y beben, pero sólo el ser humano necesita bebida y comida espiritual, puesto que es una criatura adaptada para llevar la imagen de Dios, de lo contrario, significaría una muerte espiritual.

Moisés, airado por la murmuración del pueblo, golpeó dos veces la peña (Números 20:11) para que bebieran los israelitas. Dios no dejó de responder haciendo que fluyera agua en abundancia, sin embargo, fue contristado por la desobediencia y apresuramiento de Moisés, y en consecuencia, le impidió que entrara a la Tierra de promisión. Este incidente tipificaba la relación presente de la iglesia con el Espíritu Santo después del día de Pentecostés. El Consolador ha sido dado, según la promesa del Padre y del Hijo, para estar con los redimidos.

EL TABERNÁCULO (Éxodo 25:1-40:38)

En esta sola estructura y con cada uno de sus detalles, se presenta la más extensa tipología de la Escritura, y con ella existen muchas representaciones de la muerte del Señor Jesucristo. Albert B. Simpson, en su libro CRISTO EN EL

TABERNÁCULO (Editorial Clie; pp. 7) escribió de manera acertada que “el tabernáculo es el mayor de todos los tipos de Cristo que se hallan en el Antiguo Testamento”.

El tabernáculo mismo es una tipología de Cristo como el único camino hacia Dios. Al santuario se entraba desde el campamento de la tribu de Judá, sugiriendo que de ella descendería el Mesías. Los materiales con que estaba construido eran madera resistente y oro puro, representando la suprema divinidad y la perfecta humanidad del Señor Jesús. Los colores dominantes en las cortinas del tabernáculo eran: el blanco o lino fino, que representa la pureza de Cristo; el azul, que simboliza Su origen celestial; el rojo o carmesí, que tipifica Su sufrimiento, así como el derramamiento de Su sangre y de Su muerte en la cruz; y finalmente la púrpura representa Su origen real. Estos colores, a su vez, tienen que ver, el azul con el camino al cielo, la púrpura con la verdad, y el rojo con la vida (Juan 6:14).

El hecho que el tabernáculo fuera el lugar donde Dios se manifestaba al pueblo de Israel y que se reuniera allí con ellos, sería un recordatorio de Aquel que es la imagen y manifestación de Dios, y cuyo nombre Emanuel, significa “Dios con nosotros”. El tabernáculo constaba de tres cámaras interiores, lo que sugiere una vida más profunda con el Señor, y en la última de ellas se guardaban las tablas de la ley en el interior del arca, así como el Señor Jesús guardó las leyes por Su iglesia.

Los elementos que estaban dentro del tabernáculo eran tipos de Cristo. El pan de la proposición lo señalaba como el Pan de vida (Juan 6:35) ofrecido para el mundo, al tiempo que expresaba la satisfacción y provisión para las necesidades más profundas, por ello en Apocalipsis 3:20 dice: “*He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo*”. El candelero de oro tipificaba a Cristo como la Luz del mundo (Juan 8:12) era labrado en oro macizo, iba acompañado de otra figura, el aceite, que representa al Espíritu Santo, era una luz séptuple y el número siete, como es sabido, representa plenitud.

La cámara interior del tabernáculo era un cubo perfecto, y estaba separada del santuario externo por una cortina llamada el velo, que representa la carne de Cristo que fue rasgada en la cruz. Este velo quedó partido en dos y el lugar Santísimo quedó abierto y a la vista, para que pudieran entrar en él todos los que creen y confían en Cristo.

El arca de la alianza rociada con la sangre era el lugar de la propiciación, todas las referencias a la plata hablaban de la redención, el altar de bronce representaba los juicios contra el pecado que Cristo llevó sobre Sí mismo en Su muerte, el altar de oro tipificaba aquel aspecto de la muerte de Cristo que la hizo ser un suave perfume de incienso para Dios y la jofaina de bronce prefiguraba la purificación del creyente-sacerdote mediante la sangre de Cristo (1 Juan 1:7,9).

En el tabernáculo había dos altares: el de bronce delante del santuario donde se ofrecían las víctimas de los sacrificios, y el altar de oro, el de los perfumes, desde el que se elevaba cada día a la presencia del trono de la gracia el incienso, símbolo de la oración intercesora, siendo así tipo de la intercesión que nuestro gran Sumo Sacerdote ejerce en el cielo. De la misma manera que en el Antiguo Testamento la sangre de las víctimas era derramada primeramente en el altar del incienso, así también el recuerdo de la sangre del Señor Jesús vertida en el Calvario se perpetúa hasta el final de los tiempos. El Nuevo Testamento afirma claramente que los ritos levíticos eran todos ellos tipos de la muerte de Cristo.

La mesa con los doce panes de la proposición (Éxodo 25:23-30; Levítico 24:5-9) uno por cada tribu, hechos del trigo más fino y renovados cada día de reposo, simbolizaban a Cristo, el Pan de vida que nutre el alma. Los alimentos que comemos se digieren en el estómago, van al sistema circulatorio y se convierten en nuestra carne, es decir, forman parte de nosotros.

El número siete (7) simboliza la plenitud de Dios, y siete veces el Señor Jesús se identificó como “Yo Soy”, acompañado de una expresión que le describía con algún oficio Suyo, siendo a la vez cada una de ellas una tipología del tabernáculo, así:

Cita Bíblica	Metáfora	Tipología en el Tabernáculo
Juan 6:35	Yo soy el Pan de vida	Mesa para el pan
Juan 8:12	Yo soy la Luz del mundo	Candelabro
Juan 10:11	Yo soy el buen Pastor	Sumo sacerdote
Juan	Yo soy la Puerta	Una sola entrada

10:7		
Juan 11:25	Yo soy la Resurrección y la Vida	Sacrificio del sacerdote aceptado
Juan 14:6	Yo soy el camino, la verdad y la vida	Después de la puerta *
Juan 15:1	Yo soy la Vid verdadera	La pascua
* Los colores de las cortinas del tabernáculo: azul, púrpura y carmesí (Éxodo 26:1).		

Con respecto a la construcción del tabernáculo y al inmobiliario de éste, Dios mismo dio las especificaciones en forma detallada (Éxodo 25:9) y de esto se hallan dos relatos en la Escritura. En una primera sección (Éxodo 25-30) aparece la expresión: “*así se hará*”, tal como fue planeado y mostrado a Moisés. En la segunda sección (Éxodo 35-39) se repiten los detalles, pero la frase es cambiada por la forma: “*así se hizo*”, indicando que todo fue elaborado de acuerdo a la voluntad de Dios, que Moisés le había comunicado exactamente el mensaje al pueblo, que éste ofrendó de manera voluntaria los materiales que se requerían y que los dos hombres que Dios había escogido y dotado para este propósito ejecutaron una obra hábil de maestría. Por otra parte, en Éxodo 40 se relata que el tabernáculo fue levantado. Al respecto, el autor A. B. Simpson, en su libro CRISTO EN EL TABERNÁCULO (Editorial Clie; pp. 11-12) escribió lo siguiente: “Primero tenemos el Tabernáculo tal como fue planeado en el cielo y mostrado a Moisés en el monte, en un modelo (Éxodo caps. 25 al 31). Este es el tipo de Cristo designado desde la eternidad... Luego en Éxodo (caps. 32 y 33) hay un oscuro intervalo de dolor y rebelión, durante el cual el pueblo trasgredió el pacto en el cual acababan de entrar y demostró hasta la evidencia la necesidad de la salvación que Dios había estado preparando. Esto es el tipo de la caída del hombre y su fallo bajo la antigua dispensación. Cristo ya había sido provisto; pero el hombre tenía que sentir la necesidad de la salvación divina por la experiencia real del pecado. Es conmovedor saber que, durante todo este período en que el hombre se estaba rebelando contra su Dios, el remedio estaba esperando en este modelo de gracia”.

EL ARCA DE TESTIMONIO

Dentro del arca de testimonio se hallaban las dos tablas de la ley. Esto habla de Cristo, el Arca verdadera, Quien guardó y cumplió la ley (Véase capítulo 2).

LAS LEYES SOBRE LOS ESCLAVOS

Éxodo 21:1-2

“Estas son las leyes que les propondrás. Si comprares siervo hebreo, seis años servirá; mas al séptimo saldrá libre, de balde” .

Deuteronomio 15:17

“Entonces tomarás una lesna, y horadarás su oreja contra la puerta, y será tu siervo para siempre; así también harás a tu criada” .

Esta ley sobre los esclavos habla del amor de Dios hacia la humanidad y profetiza simbólicamente acerca de Su Hijo, Quién sería clavado en un madero y le perforarían Sus manos y pies a fin de redimir a Su novia (Efesios 5:25-27). El Rey del universo se humilló a Sí mismo convirtiéndose en esclavo por los pecados de Su iglesia.

LA SERPIENTE DE BRONCE (Números 21:4-9)

El pueblo pecó contra Dios en la frontera con Edom y como consecuencia, unas serpientes los mordieron y muchos de ellos murieron. La humanidad entera ha pecado (Romanos 3:23) y a todos los hombres nos ha correspondido la muerte como sanción (Romanos 5:12). Moisés intercedió por el pueblo, como Cristo, el gran Sumo Sacerdote ora ante el Padre (Hebreos 7:25). Moisés levantó una serpiente de bronce para sanidad de todos aquellos que la miraran, como una tipología del sacrificio cruento de Cristo en la cruz, a favor de quienes miren en Él la única fuente de salvación (Juan 3:14).

LAS CIUDADES DE REFUGIO

Números 35:6-7

“Y de las ciudades que daréis a los levitas, seis ciudades serán de refugio, las cuales daréis para que el homicida se refugie allá; y además de éstas daréis cuarenta y dos ciudades. Todas las ciudades que daréis a los levitas serán cuarenta y ocho ciudades con sus ejidos” .

Josué 20:7-8

“Entonces señalaron a Cades en Galilea, en el monte de Neftalí, Siquem en el monte de Efraín, y Quiriat - arba (que es Hebrón) en el monte de Judá. Y al otro

lado del Jordán al oriente de Jericó, señalaron a Beser en el desierto, en la llanura de la tribu de Rubén, Ramot en Galaad de la tribu de Gad, y Golán en Basán de la tribu de Manasés” .

De las cuarenta y ocho ciudades asignadas para los levitas, se señalaron seis como sitios o ciudades de refugio, tres al lado oriental del río Jordán y otras tres al occidente, donde un hombre podría ir, si había matado a alguien por accidente. Una vez dentro de esa ciudad, se sentía seguro y protegido de la venganza de los que buscaran su muerte. Esta es una figura del refugio y seguridad que ofrece Cristo Jesús a los creyentes.

Las ciudades de refugio asentadas sobre una colina, con sus puertas abiertas noche y día para aquellos que habían asesinado a un ser semejante por accidente, enseñaban simbólicamente que todo aquel que quiera puede acudir a Cristo como el único refugio provisto por Dios para el pecador. Seis de las ciudades levíticas fueron apartadas por mandamiento de Dios como, “ciudades de refugio”, hacia las cuales habrían de huir las personas acusadas de homicidio para ser liberadas de la ley, de los familiares de la persona asesinada y del vengador de la sangre.

El propósito de las ciudades de refugio era doble:

1. Preservar y proteger al inocente y no al culpable.
2. Preservar la justicia de Dios.

Las ciudades de refugio eran un testimonio de la justicia y misericordia de Dios, que no quiere destruir a Su pueblo, sino protegerlo, lo que apunta indudablemente al sacrificio de Cristo Jesús y al lugar de habitación eterno en la Ciudad final o escatológica de los Suyos.

Mahanaim (Génesis 32:2; Josué 21:38) por ejemplo, un lugar estratégico ubicado en los montes de Galaad en donde, antes de llegar a Peniel y de encontrarse con su hermano Esaú, a Jacob le salieron ángeles de Dios, como una maravillosa demostración del amor de Dios hacia él, al permitirle ver que no viajaba sólo (2 Reyes 6:17) y que descubriera que un ejército celestial acampaba alrededor del campamento que había instalado para que su familia reposara. Conforme a la costumbre de colocarle un nombre especial a los lugares en que tenía alguna experiencia que le conmoviera, a ese sitio en la ribera del río Jordán, Jacob le denominó Mahanaim, un vocablo castellano que se ha derivado

de la palabra hebrea “*mahanayim*” , que significa “dos campamentos” y que, según algunos comentaristas, se trataba de dos grupos de ángeles de Dios que formaban junto al camino dos cohortes para acompañarlo hasta su encuentro con Esaú, mientras otros opinan que se trataba de dos campamentos, un era el de Jacob y su familia, y el otro el de los ángeles. Con el tiempo Mahanaim se convirtió en el lugar de habitación colonizado por varias familias semitas, en época de la conquista de la Tierra Prometida bajo el mando de Josué, después de la peregrinación de los israelitas por cuarenta años en el desierto, estuvo destinada a ser una ciudad levítica de refugio, del territorio de la tribu de Gad (Josué 21:38; 1 Crónicas 6:80) hasta que finalmente llegó a ser una ciudad fortificada en la que reinó Is-boset, hijo de Saúl, después de la muerte de éste (2 Samuel 2:8) y que le sirvió de refugio a David cuando su rebelde hijo Absalón le perseguía (2 Samuel 17:24-27).

DIFERENCIAS ENTRE LOS RITOS DEL ANTIGUO TESTAMENTO Y EL ÚNICO DEL NUEVO TESTAMENTO

Los antiguos sacrificios eran tan sólo la sombra, una representación de aquel gran sacrificio que se llevaría en el futuro, pero no eran la sustancia. Implicaban la repetición cada día de la expiación, pero no remitían los pecados. Mantenían viva la realidad del pecado, lo que significaba darse cuenta que en verdad no habían sido perdonados. Los antiguos sacrificios traían a la memoria los pecados, pero no los quitaban. Por tanto, los sacrificios eran por naturaleza inadecuados por cuanto la muerte de los animales era involuntaria y material, no voluntaria y espiritual.

El estudio de los puntos anteriores nos lleva a la conclusión que los sacrificios del Antiguo Testamento sólo podían cubrir los pecados hasta que fuese la sangre de Jesucristo, el Cordero de Dios, la que efectuase la verdadera remisión, que aquellos sacrificios prefiguraban pero no efectuaban. Al respecto, al teólogo y autor Lewis Sperry Chafer, en su libro EL HOMBRE ESPIRITUAL (pp. 103; Editorial Portavoz) escribió lo siguiente: “Cuyo sacrificio (el de Cristo) había de dar mérito a todos los sacrificios de animales aceptables ante Él, y de reemplazar a cualquier sacrificio que se intentase ofrecer después”.

CAPÍTULO 7

PARALELO DE CRISTO CON PERSONAJES DEL ANTIGUO TESTAMENTO

El lenguaje humano no es en ocasiones un medio perfecto de comunicación de ideas, porque las palabras pueden diferir mucho en cuanto a su significado real, por lo tanto, debe fijársele el sentido teniendo en cuenta el contexto o el contenido general de la Escritura. Dado que la Biblia emplea con frecuencia un lenguaje simbólico hebreo, en ocasiones resulta difícil hacer una diferencia entre lo literal y lo simbólico.

Los escritos del antiguo Israel fueron leídos por el Señor Jesucristo, sus apóstoles y por la naciente comunidad cristiana, como un libro que narraba no solamente la historia del pueblo de Dios, sino como el anuncio profético de la venida a la tierra del Mesías, Quien aparecería después de una espera continuada y creciente.

El Señor Jesús fue reconocido como el Mesías prometido en el Antiguo Testamento por Simeón (Lucas 2:25) y Ana (Lucas 2:36-38) cuando fue llevado al templo a los pocos días de nacido, treinta años más tarde por los apóstoles (Mateo 16:16) aunque en ocasiones dudaron, y después de la resurrección Él mismo se descubrió con más luz (Lucas 24:44). Pedro, Esteban y Pablo anunciaron en sus discursos que Cristo era el Mesías esperado, demostrando sus palabras a los oyentes por medio de las Escrituras del Antiguo Testamento.

Dado que el Antiguo Testamento, como se observó en un capítulo anterior, no menciona directamente a Cristo con algún nombre propio, surge la pregunta, ¿Cómo es posible, que el Nuevo Testamento se refiera a Él tan directamente y

sea reconocido como el Mesías prometido y esperado por tanto tiempo? La respuesta sería que Cristo está, por decirlo de una manera, escondido no solamente en simbolismos y tipologías en el Antiguo Testamento, sino también en personajes que sus vidas son un paralelo del Hijo de Dios, con excepción del pecado.

El Señor Jesús afirmó implícita o explícitamente ser:

1. Mayor que Abraham (Juan 8:56-58) el padre de la fe.
2. Mayor que Moisés (Mateo 5:21-40) el dador de la ley de Dios.
3. Mayor que David (Mateo 22:41-46) el gran rey.
4. Mayor que Salomón (Mateo 12:42) el edificador del templo.
5. Mayor que Jonás (Mateo 12:39-41) el profeta.
6. Mayor que el templo (Mateo 12:6) el lugar de la presencia de Dios.
7. Mayor que el día de reposo (Mateo 12:8) y Su suprema autoridad quedó confirmada por sus repetidas afirmaciones de señorío sobre el día de reposo.

LA RAZÓN DE LOS PARALELOS

Como los tipos, sombras, símbolos y prefiguraciones tienen su importancia y a cada uno le corresponde su respectivo antitipo, existieron personas reales en la historia del Antiguo Testamento, que vivieron hechos reales tipificando eventos sucedidos en la vida terrenal de Cristo. Sus vidas, con excepción del pecado, fueron paralelas en muchos aspectos a la del Señor Jesús.

Existe una razón poderosa para los correspondientes paralelos. Se podría tener inicialmente la impresión que Dios trató de hacer un hombre perfecto cuando creó a Adán, pero que por el pecado de éste, el plan de Dios falló. Que trató de hacer de Israel una nación santa, que intentó establecer un pueblo bajo la ley en la Tierra Prometida, que quiso establecer un poderoso reino con Saúl, David y Salomón, pero que en cada uno de estos casos, al igual que con el primer hombre, también falló. Pero no fue así. Más bien Dios estaba poniendo de presente, una y otra vez, el estado de frustración del hombre y la incapacidad de éste para mantener el orden y la belleza en una creación en decadencia. Pero detrás de todo esto, mientras llegaba el día predeterminado, aparecería en escena su Hijo amado, el Señor Jesús, con el fin de establecer eternamente el reino inmovible e invencible de Dios en la tierra por medio de una nación santa de reyes y sacerdotes.

PARALELO ENTRE EL SEÑOR JESÚS Y ADÁN

De todos los personajes del Antiguo Testamento que tienen rasgos de una vida paralela a la del Señor Jesucristo cuando estuvo en la tierra, Adán es quien más se asemeja a Él, con excepción de su caída al ser tentado por Satanás.

SU APARICIÓN EN LA TIERRA

Son ellos los dos únicos personajes de la humanidad que han llegado al mundo sin que antes haya habido relación sexual, como es natural en cada nacimiento. La creación de Adán fue un milagro en el que Dios intervino directamente, sin que un hombre y una mujer hubieran tenido contacto físico con anterioridad. La encarnación del Señor Jesús se efectuó por medio de una concepción sobrenatural y un nacimiento virginal, por una operación del Espíritu Santo. Son ellos los únicos personajes de la humanidad que han nacido sin intervención del hombre. En cuanto al nacimiento del Señor Jesús, el autor Robert C. Sproul, en su libro titulado LA GLORIA DE CRISTO (Editorial Unilit; pp. 27-28) escribió lo siguiente: “La concepción de Jesús llama la atención a la gloria que rodea Su nacimiento. El nacimiento virginal no es explicado detalladamente por el Nuevo Testamento. Sencillamente se nos dice que el Espíritu Santo vendrá sobre María y «Su sombra» la cubrirá. Ese cubrir es algo no aclarado en términos de biología. Sin embargo, recuerda el poder divino y el método mismo de la creación. El acto de la creación divina demuestra el poder de sacar algo de la nada. La concepción de una criatura en el útero de María es un acto divino de creación *ex-nihilo*, de la nada. Es una obra que solamente Dios puede realizar. El proceso normal de unión de esperma y óvulo es soslayado. Este niño es concebido por el poder del Espíritu Santo... Aquí se nos evoca el relato de la creación... (Gen 1:2). Tal como el Espíritu Santo cubrió con Su sombra el abismo, y sacó un universo creado, así cubrió con Su sombra a una virgen para concebir al Hijo de Dios”.

SU SEMEJANZA AL PADRE

Génesis 1:26

“Entonces dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza; y señoree en los peces del mar, en las aves de los cielos, en las bestias, en toda la tierra, y en todo animal que se arrastra sobre la tierra” .

El concepto bíblico del hombre como imagen de Dios va más allá de la idea de una similitud y sugiere una reproducción exacta de la imagen moral. Esta tiene que ver con el uso de las facultades que Dios le ha dado y que lo capacita para vivir en santidad. Se podría decir que el hombre con su pecado “estropeó” la imagen de Dios en él, pero ésta fue recuperada en Cristo Jesús.

Dios hizo al hombre a Su imagen, pero luego éste escuchó la voz de Satanás y pecó, lo que estropeó esa semejanza moral con su Creador. De allí que toda la humanidad descendiente de Adán nace en pecado. La semejanza moral con Dios se ha esfumado, pero se vuelve a ella a través del Señor Jesús, Quien vino a la tierra como el Segundo Adán, en semejanza de hombre, excepto por el pecado. Como Dios-hombre, el Señor Jesucristo es la suprema revelación de Dios. Ha venido para que tengamos redención, perdón, santidad y la justicia de Dios.

Colosenses 1:15

“El es la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda creación” .

Cristo es la Imagen visible del Dios invisible. Es decir, Él es la representación visible de la Deidad invisible. Lo que recuerda Sus propias palabras: “... *El que me ha visto a mí, ha visto al Padre...*” (Juan 14:9) así como la declaración de Juan 1:18: “*A Dios nadie le vio jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer*” .

Cuando el hombre cayó en pecado, la imagen con que fue creado quedó corrupta y deformada, pero la redención del pecado tiene como propósito restaurar la imagen de Dios en la mayor de Sus criaturas, la corona de Su creación, a saber, el hombre. Por lo tanto, la vida de quien ha sido redimido se describe en Colosenses 3:10 como revestido de un nuevo hombre, conforme a la imagen de Aquel que lo creó, renovándose hasta el conocimiento pleno. Puesto que Cristo es la Imagen del Dios invisible, se puede describir el objetivo de la redención como hacer a cada creyente en conformidad con la imagen del Hijo de Dios y cambiarlo más y más a semejanza del Señor Jesucristo (2 Corintios 3:18).

SU NOMBRE

Adán es el nombre propio del primer hombre creado por Dios a su imagen y por lo general significa “hombre” o “ser humano” (Génesis 7:23; 9:5-6) o también se identifica con él a la primera pareja (Génesis 5:2). El término “Adán” bien puede designar a un individuo o a toda la raza humana. Uno de tantos nombres que la Sagrada Escritura le ha asignado a Cristo es “el Primer Adán” o “el Postrer Adán”. La razón de esto es, según lo que escribiera el reformador Juan Calvino en su libro titulado INSTITUCIÓN DE LA RELIGIÓN CRISTIANA, Tomo I, Libro II, capítulo XII (Editorial Felire) “porque el Padre lo sometió a la condición de los hombres, para levantar a los descendientes de Adán de la ruina y perdición en que se encontraban. Porque si el consejo de Dios de hacer a Cristo hombre procedió en orden a la creación, se le debía llamar primer Adán. Jesús apareció revestido de la persona de Adán, y asumiendo su nombre se puso en su lugar, para obedecer al Padre, y presentar su cuerpo ante Su justo juicio, quien como cabeza de la nueva humanidad, guardó perfectamente la ley, para así poner de relieve la obediencia de la nueva humanidad”.

Otro aspecto en cuanto a los nombres de Jesús y Adán, es que en ambos casos la situación es particular. Aun cuando la costumbre general ha sido que los padres sean los encargados de colocar el nombre de cada hijo suyo, el Señor Jesús al nacer no recibió Su nombre de José y María, sino que fue mandado por el ángel. A Adán se le dio dominio sobre la creación y un aspecto importante de esto fue la tarea de colocar nombre a todos los animales en el Edén. Al hacerlo ejercía autoridad sobre ellos. Cuando Jacob luchó con el Ángel, éste le exigió al patriarca que le revelara cuál era su nombre en señal de su sumisión al Enviado de Dios. En el caso del Señor Jesús, la elección de Su nombre no fue entregada a Sus padres terrenales. Dios se reservó el derecho de darle un nombre propio.

LA GENEALOGÍA DE LUCAS

Cada Evangelio destaca un aspecto diferente del Señor Jesucristo y Lucas lo muestra como el hombre perfecto e ideal. Su genealogía (Lucas 3:23-38) se traza desde Adán, el primer hombre, a diferencia de la de Mateo, que describe solamente los nombres desde Abraham hasta Jesús, para demostrar que, el Segundo Adán, siendo un hombre perfecto, procede de uno imperfecto, el primer Adán, pero que ha venido a empezar una nueva estirpe de seres semejantes a Él

mismo. En contraste con Mateo, que traza la genealogía sólo desde Abraham (Mateo 1:1) la prolongación por Lucas probablemente pretende revelar al Señor Jesús como el Último Adán. Si tanto los evangelistas Mateo como Lucas describen el árbol genealógico del Señor Jesús, en Génesis se revela el “libro de las generaciones de Adán” (Génesis 5:1).

SU SEÑORÍO

Adán tuvo el privilegio de ser “señor” de toda la tierra y señorear sobre ella y el resto de la creación (Génesis 1:26-28). Dios lo puso en el huerto “*para que lo labrara y lo guardara*” (Génesis 2:15) administrándolo como si fuera Dios mismo quien lo hiciera, pero su desobediencia demostró una mala mayordomía y la necesidad de un Postrer Adán que ejerciera la labor que le había sido asignada al primer Adán. No importa cuanto haya sido dotado el hombre de entendimiento y sabiduría, siempre seguirá dependiendo completamente del reinado y señorío del Segundo Adán en su vida para una correcta guía, dirección y cuidado de lo que se le ha dado.

SU REPRESENTACIÓN DE LA HUMANIDAD

Siendo la primera pareja la raíz de todas las generaciones y estando Adán en lugar de toda la humanidad, la culpa de su pecado fue imputada a su posteridad y la naturaleza corrompida se transmitió a sus descendientes. Adán desobedeció a Dios, y en él pecó la raza humana entera. A esto se le denomina “pecado representativo” y todo hombre es concebido en pecado, sujeto a la ira de Dios, dado a inexplicables miserias espirituales, a no ser que otra persona asuma el papel de representante de la humanidad y le libere.

El autor Loraine Boettner, en su libro LA PREDESTINACIÓN (Subcomisión de Literatura Cristiana; pp. 68) escribió lo siguiente: “Hay un perfecto paralelo entre la manera en que la culpa de Adán nos es imputada y la manera en que nos es imputada la justicia de Cristo, de modo que la una ilustra la otra. Fuimos malditos a través de Adán, y redimidos a través de Cristo aunque, por supuesto no somos personalmente más culpables del pecado de Adán de lo que somos personalmente de la justicia de Cristo”. Unas palabras semejantes a las anteriores son las del autor Samuel E. Waldron, quien en su libro EXPOSICIÓN DE LA CONFESIÓN BAUTISTA DE FE DE 1.689 (Ediciones Peregrino; pp. 107) escribiera que, “si no es justo que Adán se ponga en lugar de toda la humanidad, entonces no es justo que Cristo se ponga en nuestro lugar”. Y Mario Cely Quintero, en su libro EL “MITO” DE ADÁN Y EVA (aún sin editar, pp. 148) escribió así: “Adán, el progenitor de la raza humana vivió novecientos treinta años, y pudo controlar personalmente a través de varias generaciones los comienzos de la historia humana”.

El apóstol Pablo, Agustín de Hipona y el reformador Juan Calvino, tomaron el punto de partida en el que el hombre, de acuerdo al principio de representación, pecó en Adán (Romanos 5:12-19; 1 Corintios 15:21-22). No obstante y en razón del mismo principio, el Señor Jesucristo asumió el papel de Representante de la humanidad y se podría decir que entonces hay dos razas, cada una con su respectiva cabeza: Adán dio inicio a la humana y Cristo a la redimida. Todos hemos nacido de la raza de Adán y por herencia tenemos maldición y condenación, pero los que hemos nacido de nuevo en Cristo, el Segundo Adán, somos herederos de Su justicia, de Su gloria y tenemos vida eterna. Sólo esta nueva raza pertenece al reino de los cielos y morará por la eternidad con Cristo, la antigua en cambio, está condenada al castigo eterno y se

encuentra separada por siempre del Creador.

De la humanidad entera, existe un grupo que tiene a Adán como su representante frente a Dios y al final serán responsables de todo lo que su representante haya hecho. Lo que hizo Adán es como si ellos mismos lo hubiesen hecho e igualmente el destino de Adán, se convertirá también en el de ellos. El otro grupo, el de los redimidos, tiene al Postrer Adán, Cristo, como su Representante frente al Creador, están unidos a Él, Su obediencia se convierte en la del grupo, y su destino final es el mismo que el del Hijo de Dios. La apostasía de Adán fue la de todos los que están relacionados con él, como la obra de Cristo viene a ser la de los Suyos.

SU MATRIMONIO

Hay un paralelo entre la unión matrimonial de los primeros padres con las bodas del Cordero. Dios le dio a Adán una ayuda idónea por esposa (Génesis 2:18). La esposa de Cristo es la iglesia y al igual que a Adán, también se la dio el Padre (Juan 6: 37,39; 10:27-29). Del Edén, el lugar donde fue instalada la primera pareja, salía un río para regar el huerto (Génesis 2:10) y el lugar en donde el Señor Jesús dijo que el Padre busca adoradores en espíritu y verdad había un pozo de agua (Juan 4:7,23-24). En Adán se le dio a cada hombre la orden de dejar a padre y madre para unirse a su mujer (Génesis 2:24) y Cristo dejó el cielo para unirse a Su esposa y luego llevarla ante el Padre.

La costilla que tomó Dios para formar a la mujer estaba en Adán (Génesis 2:21-22) así como la iglesia estaba en Cristo desde antes de la fundación del mundo. Eva fue formada de una costilla tomada de Adán, por lo tanto era parte integrante de él, como la iglesia procede de Cristo. Tipológicamente, en la formación de Eva de una costilla del costado de Adán, y a la que se le dio por nombre “*Isha*”, se ve la imagen del surgimiento de la iglesia como fruto de los sufrimientos y de la muerte de Cristo, traspasado en su costado por una lanza, la cual le pertenece y es presentada a Él como Suya (Efesios 5:31-32). Es decir, que Dios creó al hombre como una figura de Cristo y a la mujer como una figura de la iglesia. Dios sacó a Eva del costado de Adán cuando éste estaba dormido para que fuese unida a él en matrimonio. Del costado herido del Hijo del Hombre, muerto en la cruz, brotó la sangre que limpia a la iglesia que será presentada pura y sin mancha, para ser una sola carne con Aquel que la compró (Efesios 5:22-27). El que ama a su mujer como Cristo a la iglesia, puede repetir las

palabras de Adán: *“Esto es ahora hueso de mis huesos, y carne de mi carne”* (Génesis 2:23). El pecado se introdujo en el mundo cuando Eva usurpó la autoridad de su marido, por eso la iglesia, la esposa del Cordero, debe estar sometida en todo a su Marido y en la autoridad de Cristo, puede resistir los ataques del enemigo.

La perfecta y mística unión entre la Cabeza y los miembros que conformamos el cuerpo de Cristo, es semejante a la de la Vid verdadera con los pámpanos. No se trata de una unidad por una relación funcional o institucional solamente, sino orgánica, en virtud del compromiso de un matrimonio eterno que se celebrará en las bodas del Cordero y que fue prefigurado en la creación de una esposa para Adán, quien al ver a Eva declaró: *“Esto es ahora hueso de mis huesos y carne de mi carne”*.

Albert Benjamin Simpson, en su libro CUANDO VINO EL CONSOLADOR (Editorial Clie; pp. 15) escribió lo siguiente: “Jesús no era hombre en el sentido estricto, varonil en contraposición a lo femenino, sino el Hijo del Hombre, una cabeza completa de la humanidad; en Su naturaleza se combinaban los rasgos distintivos del hombre y de la mujer, del mismo modo que en el primer Adán había dentro la mujer, antes de que fuera separado de su propio cuerpo”.

EL PACTO DE OBRAS Y EL DE GRACIA

El pacto de obras estaba sujeto a la eventualidad de la obediencia incierta de Adán, un hombre cambiante, en tanto que el pacto de gracia descansa sobre la obediencia absoluta y segura de Cristo como Mediador, Quien tomó el lugar del pecador para cargar con el castigo y cumplir con los mandamientos que la ley le exigía al pueblo. Para el Señor Jesús este era un pacto de obras que al cumplirlo satisfacía los requisitos del pacto original y a Su iglesia la fundamentaba bajo el pacto de la gracia.

SU VOLUNTAD PROPIA

La voluntad de Adán debía estar sujeta a la autoridad del Padre (Génesis 2:16-17) y si la obedecía tendría vida eterna. El Señor Jesús le obedeció en todo, hasta la muerte, y gracias a Su obediencia tenemos vida eterna. La naturaleza humana del Señor Jesús pedía: “*aparta de mí esta copa*” (Lucas 22:42) lo cual era un sinónimo de la expresión: “no quiero ir a la cruz”, pero en Su divinidad deseaba hacer la voluntad del Padre. Su voluntad era evitar la pasión, crucifixión y muerte, no obstante, ¿qué valor tendría entonces Su obediencia si hubiera deseado ir al Calvario? En realidad Cristo no quería ser crucificado, pero al obedecer la voluntad del Padre en lugar de la Suya, venció la desobediencia de Adán que fue la causa original de la naturaleza pecaminosa que afectó a toda la humanidad.

En el huerto del Edén Adán desobedeció a Dios y perdió el señorío que le había sido delegado. Satanás le ganó la batalla y comenzó a ejercer un dominio parcial sobre el primer hombre y el mundo. El Segundo Adán, obedeciendo las órdenes de Su Padre, se dispuso a conquistar lo que había perdido el primer Adán. La agonía del Señor Jesús en Getsemaní fue tan intensa que se manifestó físicamente cuando sudó sangre, y ésta fue vertida mientras el Hijo del Hombre decía: “*pero no se haga mi voluntad, sino la tuya*” (Lucas 22:42). El primer Adán le desobedeció a Dios en el Edén para hacer su voluntad personal, mientras el Señor Jesús se ofreció a Sí mismo como un sacrificio y sometía la Suya a la del Padre.

LA ASIGNACIÓN DE NOMBRES

A Adán se le asignó la misión de colocarle nombre a los animales (Génesis 2:19) por ser él quien señoreaba sobre la tierra, lo que puede sugerir una prefiguración en cuanto que en Cristo, cada convertido tiene un nuevo nombre (1 Pedro 2:9) por cuanto el Hijo de Dios es el Señor de la iglesia.

LA TENTACIÓN

El diablo se aprovechó en el desierto por cuanto el Señor Jesús tenía hambre, para sugerirle que si en verdad era el Hijo de Dios utilizara Su poder milagroso

para satisfacer Sus necesidades personales. La primera tentación del diablo a Cristo tuvo que ver con la alimentación, pero se encontró un contraste vigoroso y superior al del huerto del Edén, cuando Adán y Eva sucumbieron fácilmente ante su tentación. Convenía que el Postrer Adán, lleno del Espíritu Santo e incapaz de pecar, fuera tentado como la primera pareja y diera un ejemplo de cómo rechazar al demonio.

El triple ataque de Satanás al Señor Jesús en Mateo 4:1-9 se puede comparar con la tentación a Eva en Génesis 3:6. El incentivo a los deseos de la carne con las palabras “*dí que estas piedras se conviertan en pan*” son muy semejantes a la que le llegaron al pensamiento de la mujer cuando ella vio que el árbol “*era bueno para comer*”. El incentivo al deseo de los ojos con su frase “*todo esto te daré si postrado me adorares*” se asemeja a la insinuación que llevó a pensar a Eva que el fruto del árbol prohibido por Dios “*era agradable a los ojos*”. El estímulo para la ostentación vanidosa de “*échate abajo*” es semejante a la frase sutil que hizo que ella mirara y decidiera que aquel era un “*árbol codiciable para alcanzar sabiduría*”. Sólo cuando Eva había consentido en su corazón la tentación, fue cuando el árbol ejerció sobre ella todo su atractivo.

La triple tentación de Satanás se dio porque él sabía con certeza que había venido al mundo Uno que podía recuperar lo que el Primer Adán había perdido cuando su esposa escuchó la voz de la serpiente, y ella a su vez convenció a Adán de desobedecerle a Dios. No obstante, la ocasión en que tentó al Señor Jesús en el desierto, el sutil acercamiento para intentar conseguir la caída del Postrer Adán terminó en un total fracaso para los planes del maligno.

Robert C. Sproul, en su libro LA GLORIA DE CRISTO (Editorial Unilit; pp. 62-63) escribió lo siguiente: “... La naturaleza divina de Jesús no tiene la habilidad de pecar. Sin embargo, tocante al papel de Jesús como Nuevo Adán nos ocupamos de Su naturaleza humana. La naturaleza humana, igual que Adán antes de la caída, tenía la habilidad de pecar y la habilidad de no pecar. Tocante a Su naturaleza humana, era posible que Él pecara. Debemos instar que la naturaleza humana de Cristo tenía la habilidad de pecar, como la tuvo Adán. Sin embargo, también debemos recordar que esta naturaleza humana estaba en unión íntima con la naturaleza divina, unión que Adán no poseía”.

La tentación de Cristo ofrece un asombroso paralelo con la prueba de Adán en el Edén, y existen tanto similitudes como diferencias entre los dos casos. La tentación del Señor Jesús tuvo lugar en un sector desolado del desierto, mientras

la prueba de Adán ocurrió en un hermoso jardín. Adán contemplaba un paisaje floral, mientras el Hijo de Dios uno desolado. El Señor Jesús soportó la tentación en soledad, en cambio Adán fue probado mientras disfrutaba la compañía de una pareja creada por Dios exclusivamente para él. Adán se enfrentó a Satanás con su apetito saciado, sin embargo, sucumbió ante la tentación de probar un poco más de comida. El Señor Jesús, en cambio, fue tentado después de un ayuno de cuarenta días.

El punto de ataque fue el mismo, no obstante, en ninguno de los dos casos era la comida la causa de la caída o la comunión con Dios. La prueba se trataba de creerle a Dios y se centraba en la obediencia. Al final de la prueba del Señor Jesús aparecieron ángeles para atenderlo, mientras Adán vio un ángel que portaba una espada encendida que le impedía, luego de ser expulsado del Edén, volver a entrar.

Un contraste más entre Cristo y Adán en cuanto a la tentación, era la ausencia o presencia de pecado. Robert C. Sproul, en su libro *LA GLORIA DE CRISTO* (Editorial Unilit; pp. 63) escribió lo siguiente: “Cuando Adán y Eva fueron probados no había una atmósfera cultural de pecado. No había en absoluto pecado. El entorno cultural era de prístina pureza. Cuando Jesús encaró Su tentación, lo hizo en un mundo que estaba acostumbrado al pecado. Era un entorno en que se pensaba poco o nada sobre el ceder a la debilidad humana. Era una cultura que aceptaba un nivel de conducta muy distante de la perfección”.

LOS DOS ÁRBOLES

Si el pecado inició cuando Eva observó el árbol y luego procedió a comer de su fruto y compartirlo con su marido, la redención se hace efectiva cuando en un madero es crucificado el Hijo de Dios, ofreciendo perdón y vida eterna a todo aquel que mire Su sacrificio como el único medio de salvación. Con respecto a esto, Erwin Lutzer en su libro *ACERCÁNDOSE CADA VEZ MÁS A DIOS* (Centros de Literatura Cristiana; pp. 114) escribió lo siguiente: “Hay dos árboles importantes en la Biblia. El primero fue el del conocimiento del bien y del mal, en el huerto del Edén. Cuando Adán y Eva desobedecieron a Dios y comieron del fruto de ese árbol, toda la corriente histórica se volvió amarga... El segundo árbol es la cruz. Este es conocido por su bendición; es el árbol que invierte la maldición que el huerto del Edén produjo... Es el árbol que absorbió la maldición del pecado y purificó sus aguas”.

SU EXPULSIÓN

En aquel grito de la cruz: “*Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?*” (Mateo 27:46) que habría sido nuestro desesperado clamor sin respuesta por toda la eternidad, de no haber sido redimidos por Cristo, se pueden percibir las palabras que tal vez pronunciaron Adán y Eva al ser expulsados vergonzosamente del Edén, de la presencia de Dios (Génesis 3:23-24) del paraíso y del árbol de la vida, cuyo fruto los hubiera mantenido vivos para siempre. Desde ese entonces la condición de ellos y de la humanidad es estar apartados del Creador, y para evitar que volvieran al huerto fue colocado al oriente del Edén un querubín con una espada encendida. De esto se puede deducir que el primer hombre labraría la tierra en ese punto cardinal, así como luego su hijo Caín, después de matar a Abel, habitaría en la tierra de “*Nod, al oriente del Edén*” (Génesis 4:16).

CONTRASTES ENTRE EL SEÑOR JESÚS Y ADÁN

Resultan mayores las diferencias que las semejanzas al ser colocados el Señor Jesús y Adán en contraste. Éste es de la tierra y fue hecho un alma viviente por la voluntad de Dios, mientras Cristo es del cielo y es un espíritu vivificante (1 Corintios 15:45-47). Adán comenzó a vivir cuando Dios lo creó del polvo de la tierra y puso en él aliento de vida, puesto que antes del Edén no existía. Este proceso no fue necesario en el eterno Hijo de Dios, el Segundo Adán, quien vino directamente del cielo, mediante una virgen, sin embargo, Su vida no depende de otro, sino que Él mismo es el Autor de todo lo que existe en el universo.

Cada uno de ellos imparte a su progenie lo que le es propio. Adán comunica muerte y condenación, mientras el Señor Jesús imparte justicia y vida eterna. El primer hombre trajo maldición a la tierra por causa de su pecado (Génesis 3:17) mientras Cristo trae la redención a toda la creación (Romanos 8:22-23) cuyo resultado es una nueva raza santificada y una tierra redimida.

A diferencia del primer Adán, que recibió la creación de mano de Dios en perfectas condiciones y la arruinó por su desobediencia, el Postrer Adán la halló en total ruina, pero con Su sacrificio en la cruz del Calvario deshizo las obras del enemigo (1 Juan 3:8). En su naturaleza humana, el Señor Jesús se despojó de Su deidad (Filipenses 2:6-7) en cambio Adán, incitado por el diablo, quiso ser igual

a Dios.

1 Corintios 15:22

“Porque así como en Adán todos mueren, también en Cristo todos serán vivificados” .

Así como la humanidad estaba presente en Adán cuando éste por su pecado representativo arruinó su posteridad, la raza redimida también se encontraba en Cristo, cuando por Su sacrificio voluntario *“llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero”* (1 Pedro 2:24). Sus padecimientos fueron soportados a favor de todos los que participan de la naturaleza humana, pero en realidad no sirven para asegurar el perdón, sino a los que, por medio de la fe son vitalmente unidos con Él. Para entender mejor lo anterior, se podría tener en cuenta el ejemplo gráfico que ofreció Adoniram Judson Gordon, en su libro titulado EN CRISTO (Editorial Clie; pp. 26): *“Hay un círculo interior y otro exterior en la redención, si nos es permitido decirlo así; y los dos tienen un centro común en la cruz. El más grande describe los límites de una salvación posible y provisional; el más pequeño describe los de una salvación verdadera y realizada. Todo el mundo está abrazado al primero; solamente los que creen están incluidos en el segundo... La relación que tienen para con Cristo los que están en el círculo exterior, es la de miembros de la raza humana en su segunda Cabeza. La relación que tienen con Cristo los que están en el círculo interior, es la de miembros del cuerpo de Cristo en la Cabeza de la Iglesia”*.

De acuerdo con lo que está revelado en 1 Corintios 15:44-51, cada ser humano posee un cuerpo terrenal, anímico, corruptible, mortal, de debilidad y en deshonra, pero el creyente tendrá en la eternidad un cuerpo celestial, espiritual, incorruptible, inmortal, de poder y glorificado. La diferencia de estos dos está basada entre llevar corporalmente la imagen del primer o Postrer Adán. Genéticamente, la raza entera resultó involucrada en las consecuencias del pecado de Adán, y en todos sus descendientes la depravación heredada se hizo patente, así Caín, su primer hijo, era un hombre egoísta, orgulloso, odioso y obstinado que resultó asesinando a su propio hermano como producto de la maldad heredada de su padre.

Génesis 5:1-3

“Este es el libro de las generaciones de Adán. El día en que creó Dios al hombre, a semejanza de Dios lo hizo. Varón y hembra los creó; y los bendijo, y llamó el nombre de ellos Adán, el día en que fueron creados. Y vivió Adán ciento

treinta años, y engendró un hijo a su semejanza, conforme a su imagen, y llamó su nombre Set” .

Adán fue creado a la imagen y semejanza de Dios, pero su hijo Set nació siendo la imagen y semejanza de Adán. La imagen depravada del primer hombre, y no la de Dios, fue la que se reprodujo en Set. Adán, como cabeza de la raza humana, sirve como una impresionante ilustración de lo que Cristo ha hecho por la redención de la humanidad. Adán es la cabeza de la humanidad; Cristo también lo es, encabezando una nueva raza: los redimidos del Señor. La transgresión de Adán trajo condena y muerte; la justicia de Cristo trajo perdón, salvación y vida eterna. La desobediencia de Adán hizo pecadores a los hombres; la obediencia de Cristo ha hecho justos a los Suyos. La muerte es inevitable para todos los que pecan, pero la vida depende de la fe en Cristo. Los hombres son condenados por su descendencia de Adán, pero justificados por la fe en Cristo.

La vida futura eterna de los creyentes es mucho mejor que el paraíso en que vivieron los primeros padres, gracias a la obra redentora del Señor Jesucristo. Con respecto a esto, Dave Hunt, en su libro *MÁS ALLÁ DE LA SEDUCCIÓN* (Editorial Portavoz; pp. 151) lo describió así: “Pero el paraíso recuperado es mucho mejor que el paraíso que se perdió. No sería ninguna solución simplemente restaurar lo que Adán y Eva perdieron. Nosotros volveríamos a perder el paraíso, como les sucedió a ellos. Se precisaba de algo más. El nuevo paraíso tiene a un nuevo Adán encabezándolo: la «simiente de la mujer» nacido de una virgen, que es también el Hijo de Dios. Jesucristo es llamado el «último Adán», el «Segundo Adán» y también el «Segundo hombre» (1 Corintios 15:45,47). No ha habido ningún otro ser humano que haya andado esta tierra desde Adán que mereciera ser llamado «hombre» hasta que, así como el *primero* había sido formado de la tierra por la mano de Dios, el *segundo* fue formado en el vientre de una virgen. Aunque Él es el Segundo Adán, es llamado el *Último*, porque nunca habrá un *tercero* y mucho menos un *cuarto*. El paraíso restaurado nunca será perdido otra vez. El Nuevo Adán, el Segundo y Último, se cuidará personalmente de esto”.

CONTRASTE ENTRE LOS HUERTOS DEL EDÉN Y DE GETSEMANÍ

En el huerto del Edén, Adán desobedeció a Dios y perdió el señorío que se le había delegado. En el huerto de Getsemaní, el segundo Adán obedeció al Padre y conquistó lo que se había perdido. En su naturaleza humana, el Señor Jesús clamó al Padre diciendo: “... *Padre mío, si es posible, pase de mí esta copa; pero no sea como yo quiero, sino como tú*” (Mateo 26:39) y mientras clamaba en agonía, grandes gotas de sangre caían hasta la tierra (Lucas 22:44). En tres oportunidades fue repetida esta oración, lo que significa que no deseaba ir a la cruz, pero sometió Su voluntad a la de Dios ofreciéndose a Sí mismo en sacrificio.

La base del pecado del hombre es la desobediencia y ésta se inició en el huerto del Edén, sin embargo, el plan salvífico se originó en la mente de Dios desde antes de la fundación del mundo, pero la redención comenzó a ejecutarse y a hacerse efectiva en Getsemaní, cuando gotas de sangre testificaban que Quien las derramaba, se sometía en absoluta obediencia al plan de Dios a pesar de no desearlo. Si el pecado se originó en el paraíso cuando el primer Adán desobedeció a la voluntad divina trayendo maldición y esclavitud sobre sus descendientes, la redención se llevó a cabo cuando el Segundo Adán cedió Su voluntad para obedecer la del Padre, en un lugar semejante, otro huerto, ofreciendo con Su sacrificio libertad, perdón y bendición a los Suyos.

En Romanos 5:12-21 se encuentran los mayores contrastes entre Adán y el Señor Jesús. La muerte entró al mundo por el primero, pero la vida por el segundo. La causa inicial de la transgresión y de la gracia (v. 15) los efectos del pecado y del don de Dios (v. 16) el reinado de la muerte y de la vida (v. 17) la condenación y la justificación (v. 18) el camino de la desobediencia o la obediencia (v. 19) como sus reacciones en cadena (v. 20-21) están determinadas para cada individuo por uno sólo de ellos. Por Adán si voluntariamente la persona sigue su camino de perdición y pecado, o por Cristo si por la fe el individuo ha creído en Él como único y suficiente Señor y Salvador.

PARALELO ENTRE EL SEÑOR JESÚS Y ABEL

Hebreos 11:4

“Por la fe Abel ofreció a Dios más excelente sacrificio que Caín, por lo cual alcanzó testimonio de que era justo, dando Dios testimonio de sus ofrendas; y muerto, aún habla por ella” .

La vida de Abel se encuentra resumida en Génesis 4:2-10; Mateo 23:35 y Hebreos 11:4 y a pesar de la poca información que se tiene de él, lo que relata la Sagrada Escritura es suficiente para reconocerle como una persona más que, con su estilo de vida y los rasgos de ella, es una figura de Aquel que habría de venir.

Abel, el segundo hijo de Adán y Eva, era pastor de ovejas (Génesis 4:2) como tipo del Señor Jesús, el buen Pastor que dio su vida por las ovejas (Juan 10:11). Su ofrenda fue agradable delante de los ojos de Dios (Génesis 4:4) como lo fue el sacrificio de Cristo. Fue asesinado premeditadamente por su propio hermano Caín (Génesis 4:8) así como el Cordero de Dios fue rechazado por Su propio pueblo (Juan 1:11) y más tarde llevado a juicio y a la muerte por ellos mismos. La muerte de Abel tipifica la sangre inocente derramada (Mateo 23:35) y aún después de muerto su sacrificio sigue siendo testimonio (Hebreos 11:4) como un paralelo de la sangre del Cordero de Dios vertida en la cruz y el testimonio que la iglesia ofrece al mundo del sacrificio de Cristo.

LA SANGRE DEL SEÑOR JESÚS Y LA DE ABEL

Las primeras gotas de sangre humana que se derramaron en la historia por causa de un asesinato fueron las de Abel, a manos de su propio hermano Caín. La voz de esa sangre, que es una sombra de la de Cristo en la cruz, clamaba a Dios desde la tierra (Génesis 4:10) por justicia, para que el infractor fuera sentenciado como le correspondía, que todo el peso de la ley divina castigara al culpable y Dios mismo le preguntó a Caín: *“¿Qué has hecho?”* En cambio, la sangre del Señor Jesús clama por la redención, el perdón, la justificación y la glorificación de los Suyos.

PARALELO ENTRE EL SEÑOR JESÚS Y SET

Génesis 4:25

“Y conoció de nuevo Adán a su mujer, la cual dio a luz un hijo, y llamó su nombre Set: Porque Dios (dijo ella) me ha sustituido otro hijo en lugar de Abel, a quien mató Caín” .

Por este personaje desciende de Adán, humanamente, el Señor Jesús. El nombre “Set” significa “sustituto” o “puesto en lugar de”, y fue él quien sustituyó a Abel en la primera familia de la tierra, el hijo que fue asesinado por su propio hermano Caín, así como Cristo sustituyó ante el Padre, a un pueblo que se hallaba muerto en sus delitos y pecados (Efesios 2:1). Por Set y sus descendientes, Dios conservó un remanente fiel a Él en medio de una tierra poblada de pecadores que cada vez más aumentaban su maldad (Génesis 6:5).

PARALELO ENTRE EL SEÑOR JESÚS Y MELQUISEDEC

Génesis 14:17-20

“Cuando volvía de la derrota de Quedorlaomer y de los reyes que con él estaban, salió el rey de Sodoma a recibirlo al valle de Save, que es el Valle del Rey. Entonces Melquisedec, rey de Salem y sacerdote del Dios Altísimo, sacó pan y vino; y le bendijo, diciendo: Bendito sea Abram del Dios Altísimo, creador de los cielos y de la tierra; y bendito sea el Dios Altísimo, que entregó tus enemigos en tu mano. Y le dio Abram los diezmos de todo” .

Varios indicios muestran que Melquisedec era el rey de la ciudad que más tarde se llamaría Jerusalén, conforme a una ley cananea antigua y que fue general en toda la región, con respecto a que el rey de una ciudad era al mismo tiempo el sacerdote principal. El nombre “Salem” viene de la palabra hebrea “shalom” , que significa paz, y es también un sinónimo de Sión, lugar en donde está la habitación de Dios, el templo.

Melquisedec es un personaje misterioso de la Escritura que por su nombre, su oficio y otros rasgos de su personalidad, es otro de los tipos de Cristo. Existen dos teorías en cuanto a él, la primera, que era un hombre común y corriente, al tiempo que como una persona real era un cuadro profético del Señor Jesucristo. La segunda, que su aparición misteriosa fue una teofanía, es decir, una manifestación de Dios en forma visible y corpórea antes de la encarnación de Cristo. Algunos creen que haya sido un ángel muy poderoso, y esta hipótesis surgió en la era patrística con Orígenes. Una tradición hebrea de menor importancia dice que se trataba de Sem, el hijo de Noé sobreviviente del diluvio universal, que en esa época aún vivía y que por ser el hombre más anciano de la tierra oficiaba como sacerdote. Los comentaristas que niegan que fuera una aparición del Señor Jesús, se basan en que se trataría de una encarnación antes del cumplimiento del tiempo (Gálatas 4:4).

SU NOMBRE

El nombre Melquisedec significa “rey de justicia” (en hebreo el término “*sedec*” quiere decir “es mi rey”) y era el rey de Salem (probablemente de Jerusalén) cuyo significado es “paz”, puesto que el nombre “Salem” proviene de la palabra hebrea “*shalom*”, que significa “paz”, y es también un sinónimo de Sión, el lugar donde está la habitación de Dios, y que para tal efecto exigía una calma en medio de las batallas. Es decir, que el nombre de este personaje tipifica a Cristo como Rey de justicia y Príncipe de paz. El Señor Jesús trajo en primer lugar la justicia y por medio de ella la paz (Salmo 85:10).

El historiador judío Flabio Josefo escribió acerca de Melquisedec lo siguiente en su libro ANTIGÜEDADES DE LOS JUDÍOS, Tomo I (Editorial Clie; pp. 29): “El rey de Sodoma se encontró con él en un sitio llamado *Campo real*, donde lo recibió el rey de la ciudad de Solima, Melquisedec. Este nombre significa -rey justo-; y lo era, en opinión de todos. Por esa razón lo hicieron sacerdote de Dios. Y a Solima luego la llamaron Jerusalén”.

SU OFICIO SACERDOTAL

Cuando apareció Melquisedec delante de Abram (aún no le había cambiado Dios el nombre por el de Abraham) estaba ejerciendo el oficio que más adelante realizaría el sumo sacerdote descendiente de Aarón y de la tribu de Leví. Su

sacerdocio es mayor al levítico por cuanto es anterior a éste, además, los sacrificios ejecutados por los descendientes de Aarón no fueron perfectos, en cambio, del sacerdocio del Señor Jesús se dice que es para siempre según el orden de Melquisedec (Salmo 110:4). El sacerdocio de Melquisedec tipifica el eterno oficio sacerdotal de Jesucristo (Hebreos 7:20-22) y su amplitud universal, puesto que se extiende a todas las naciones, mientras el levítico era sólo para Israel.

De acuerdo a una ley cananea de ancestro, que fue general en todo el mundo antiguo, el rey era al mismo tiempo el sacerdote de la ciudad. Entonces Melquisedec, en su medio y alrededor del mismo, fue el representante de la revelación original (Génesis 1-11) y por tanto el sacerdote más alto de Dios (Génesis 14:18).

Melquisedec, además de ser sacerdote, también era rey, algo extraño en el Antiguo Testamento, por cuanto en aquella época, ambas funciones no estaban unidas en una sola persona debido a que algunos pueblos paganos, por ejemplo, en Egipto, la vida, la sociedad, el trabajo, la religión y toda otra actividad humana se hallaba bajo el control del rey-sacerdote, quien quedaba, pues, convertido en el punto focal entre el cielo y la tierra, desconociendo la población la trascendencia del verdadero Dios y atribuyéndole entonces a los reyes un carácter divino que no les correspondía.

SU EXISTENCIA

Era un hombre, según Hebreos 7:3, *“sin padre, sin madre, sin genealogía; que ni tiene principio de días, ni fin de vida, sino hecho semejante al Hijo de Dios, permanece sacerdote para siempre”*. Esta es una sombra de la eternidad de Cristo y su aparición súbitamente en Israel diciendo ser el Hijo de Dios, además de tipificar Su sacerdocio eterno sin depender de una herencia genealógica, sino de un nombramiento divino.

Los dos sacerdocios establecidos por Dios, el divino de Melquisedec y el humano de Aarón, eran necesarios debido a las dos naturalezas de Cristo. El autor M. R. DeHaan en su libro HEBREOS, REPOSO Y RESPONSABILIDAD DE LOS SANTOS (Centros de Literatura Cristiana; pp. 111) lo resumió de la siguiente manera: “Aarón fue un sumo sacerdote escogido de entre los hombres, y como tal fue tipo de Jesús, nuestro sumo sacerdote, en su humanidad. Pero nuestro Salvador fue tanto sumo sacerdote según el orden de Melquisedec, como

también según el tipo de Aarón. Era necesario que Jesús tuviera las dos naturalezas, la divina y la humana. Debía ser Dios para que tuviera acceso a la presencia de Dios por nosotros, y debía ser hombre para llegar a ser el representante del hombre”.

LA CENA DEL SEÑOR

Cuando salió a recibir a Abram que llegaba de la guerra, Melquisedec sacó pan y vino (Génesis 14:18) para ofrecérselos al patriarca después de la victoria, dos símbolos indispensables de una comunión perfecta. Estos son los elementos que se emplearon en la institución de la Cena del Señor y simbolizan el cuerpo y la sangre de Cristo, en el establecimiento de un nuevo pacto a través de Su sacrificio. En el encuentro de Abram con Melquisedec también se hallan, por lo menos, dos semejanzas con las bodas del Cordero, a saber, el pan y el vino como símbolos de la Cena del Señor, y el recibimiento después de la victoria.

LA RECEPCIÓN DEL DIEZMO

Al escuchar Abram que su sobrino Lot había sido capturado junto con los habitantes de Sodoma por el ejército de cuatro poderosos reyes, organizó un pequeño batallón con el que logró recobrar lo que quedaba en Sodoma y liberar a su sobrino junto con su familia (Génesis 14:1-16). De acuerdo con las reglas de las guerras antiguas, todo el despojo pertenecía al vencedor. Abram lo tomó y Melquisedec recibió los diezmos del botín de la guerra, los cuales únicamente deben ser llevados a la casa del Señor (Malaquías 3:10) y esta es la primera ocasión en que los diezmos son mencionados en la Escritura. Este es otro paralelo entre los oficios sacerdotales de Cristo y Melquisedec.

EL RECIBIMIENTO DESPUÉS DE LA VICTORIA

Abram obtuvo la victoria en la guerra contra los reyes babilónicos e inmediatamente fue recibido por el rey y sacerdote Melquisedec, lo que puede representar un cuadro profético del arrebatamiento, cuando el Señor Jesús recibirá a Su iglesia en las nubes (1 Tesalonicenses 4:17) luego que ésta haya resultado victoriosa de todas las asechanzas del maligno en la tierra y los enemigos del reino de Dios sean derrotados (Salmo 110:1).

Para resumir el paralelo entre el Señor Jesús y Melquisedec, se podría concluir con una frase del autor W. H. Griffith Thomas, quien en su libro EL

PROGRESO DEL CRISTIANO (Editorial Clie; pp. 86) escribió lo siguiente: “Melquisedec es presentado como un tipo de Cristo para que el judío pudiera ver en su propia Biblia la prueba de la superioridad de Cristo”.

PARALELO ENTRE EL SEÑOR JESÚS E ISAAC

El hijo que Dios le había prometido a Abraham y Sara, del cual descendería una multitud tan numerosa como la arena del mar o las estrellas del cielo, es por su nacimiento, sacrificio y matrimonio con Rebeca, otro de los personajes del Antiguo Testamento que tipifican al Señor Jesús. Además, a Cristo también se le llamó “Hijo de Abraham” (Mateo 1:1) por ser Simiente del patriarca. Por otra parte, el Señor Jesús fue llamado “Unigénito” (Juan 1:14,18; 3:16,18; 1 Juan 4:9) del Padre, mientras Isaac es llamado “unigénito” (Hebreos 11:17) de Abraham.

SU NACIMIENTO

En los dos nacimientos Dios intervino milagrosamente, por encima de los medios comunes. El de Cristo fue virginal, sin intervención humana alguna (Lucas 1:34-35) y la concepción de Isaac se logró cuando sus padres ya habían superado la edad ordinaria para tener hijos (Romanos 4:19-21) puesto que Abraham tenía noventa y nueve años y Sara ochenta y nueve cuando quedó embarazada de manera sobrenatural. Por otra parte, el nacimiento de Isaac fue profetizado (Génesis 18:10) e igualmente en el Antiguo Testamento hay varias profecías concernientes al nacimiento del Mesías, como son, que nacería en la pequeña ciudad de Belén (Miqueas 5:2) que sería homenajeado con regalos de la tierra de Oriente (Salmo 72:10,15; Isaías 60:6) que ocurriría una cruel matanza de niños inocentes en Su nacimiento (Jeremías 31:15) y la caravana de Oriente que llegarían a visitar el pesebre de Belén sería guiada por la aparición de una estrella singular (Números 24:17). Efectivamente el Señor Jesús nació en Belén de Judea (Mateo 2:5) y al verse burlado el rey Herodes por los visitantes de Oriente, ordenó que mataran a todos los niños menores de dos años que hubiera en aquella pequeña población (Mateo 2:16-18) dándose exacto cumplimiento a lo que había profetizado Jeremías. Asimismo, a los dos les colocó el nombre Dios mismo antes que nacieran: Isaac (Génesis 17:19) y Jesús (Mateo 1:21).

Con respecto a la estrella singular, en Génesis 49:10 el patriarca Jacob profetizó lo siguiente: “... *hasta que venga Siloh; y a él se congregarán los pueblos...*” . En Números 24:17 Balaam se ve forzado a profetizar que, en un futuro no cercano “... *saldrá Estrella de Jacob, y se levantará cetro de Israel...*” , que, comparado con Apocalipsis 22:16 y advirtiendo que en el Oriente antiguo la estrella era el signo de un dios pagano, pero luego pasó a ser el símbolo de un Rey divinizado, se puede entender que los visitantes de Oriente (Mateo 2:9-10) fueron a ofrecerle al niño Jesús cuando nació, presentes que correspondían a un Dios y a un Rey.

Hay dos ocasiones en la Escritura en las que se revela que nada es imposible o difícil para el Señor. La primera, cuando el Ángel de Jehová le preguntó a Abraham: “*¿Hay para Dios alguna cosa difícil?*” (Génesis 18:14) y la segunda, cuando el ángel Gabriel le dijo a María: “*porque nada hay imposible para Dios*” (Lucas 1:37) siendo que ella no había conocido varón. En ambas oportunidades se trata de un embarazo, la primera en una mujer estéril como Sara y la segunda en una virgen, no obstante, en los dos casos había un propósito, en el primero darle origen a la nación escogida, y en el segundo a la nación santa y redimida.

Dios le prometió a Abraham un hijo cuando el patriarca tenía setenta y cinco años de edad (Génesis 12:1-4) de manera que Isaac nació después que la pareja esperara cerca de veinticinco años. El Mesías prometido nació luego que los judíos le esperaran por un espacio muy largo de tiempo, de manera que ambos nacieron conforme a una promesa en el momento designado del cual Dios había hablado, el primero le fue prometido a Abraham y el Segundo a la humanidad escogida. Las dos madres, a saber, Sara y María, al anunciárseles que sus hijos no serían concebidos según el curso normal de la naturaleza, escucharon las consoladoras palabras en cuanto a que no hay nada imposible o difícil para Dios (Génesis 18:14; Lucas 1:37). Isaac nació “según el Espíritu” (Gálatas 5:19) y el Señor Jesús fue engendrado por obra del Espíritu Santo (Lucas 1:35).

La noticia del nacimiento de Isaac con un año de anterioridad estuvo acompañada de anuncios angelicales (Génesis 18:1-10) asimismo el nacimiento de Jesús en Belén de Judea también fue anunciado por un coro de ángeles (Lucas 2:8-15). El gozo de Sara por el acto sobrenatural de tener en su vejez sus pechos cargados de leche para amantar a su propio bebé, contemplarlo y cargarlo entre sus brazos, sugiere la promesa de un milagro aún mucho mayor, el del nacimiento virginal del Señor Jesús, el cual traería una alegría no solamente

familiar, sino universal. El verdadero Hijo de la promesa eterna, a saber, Cristo, como el Ángel de Jehová, visitó a Abraham para prometerle el nacimiento del hijo de una promesa terrenal.

EL SACRIFICIO DE ISAAC (Génesis 22:1-13)

En esta memorable experiencia, Abraham aparece como el tipo de Dios el Padre ofreciendo la vida de su hijo en sacrificio. Sin duda alguna, Isaac tipifica al Hijo de Dios, Quien se ofreció voluntariamente al sacrificio y que fue obediente hasta la muerte en la cruz del Calvario, sin embargo, el carnero trabado en el zarzal también era el tipo de un sustituto ofrecido en lugar de otro, que en el plan de la salvación es una sombra del Señor Jesús tomando el lugar de los redimidos. Por los archivos contemporáneos se conoce que Abraham provenía de un medio en el que era obligatorio sellar un contrato con el sacrificio de un animal, sin embargo, el pacto con Dios era trascendente y exigía algo mucho más significativo, su propio hijo Isaac, quien le pertenecía tanto al patriarca como a Dios, pero que al ser ofrecido simbolizaba que todo lo que Abraham poseía lo devolvía a su Creador. Esto nos enseña que lo que más se aprecia se le puede dar a Dios con la confianza que no se perderá, en virtud de Su justicia.

La costumbre de aquella época era que a los niños se les daba de mamar hasta el tiempo en que comenzaban a caminar, evento que fue celebrado por la familia con un banquete (Génesis 21:8) y el siguiente acontecimiento de la vida de Isaac que se revela en la narración bíblica fue el sacrificio que el Señor le ordenó a Abraham de su hijo, lo que sugiere un hermoso paralelo con la pasión, crucifixión, muerte y resurrección de Cristo, por cuanto todo esto ocurrió después de haber cenado con Sus discípulos en la celebración de la fiesta de la Pascua. El comienzo de la vida de Isaac estuvo marcado por un banquete seguido por la orden de su sacrificio en el monte Moriah, lo que hizo de él una persona cercana a la muerte, no obstante, los ciento ochenta años que vivió (Génesis 35:28) aun cuando en la más absoluta incertidumbre, siempre estuvieron marcados más por el fiel cumplimiento de la promesa de Dios que por el final de los días del hijo de Abraham en quien se perpetuaría el pueblo escogido.

A pesar de la existencia de Ismael, el hijo que Abraham tuvo con la egipcia Agar, y de los seis que Abraham tendría más adelante con Cetura después de haber enviudado (Génesis 25:1-2) Isaac era considerado como el único, por

supuesto con Sara, la esposa legítima, porque ella ya no podía tener más hijos, al igual que lo es el Señor Jesús de Dios el Padre, como lo comprueban las palabras “*toma ahora tu hijo, tu único, Isaac, a quien amas...*” (Génesis 22:2). La Biblia enseña explícitamente que el Mesías es el unigénito Hijo, el único (Juan 1:14,18) y el término Hijo de Dios se utiliza en el sentido trinitario para denotar la deidad esencial de Cristo, excluyendo la posibilidad que exista cualquier otra persona a quien se le pudiera atribuir dicho nombre. Por otra parte, la frase: “*a quien amas*” , resulta ser una figura del amor especial que tiene Dios por Su Hijo (Mateo 3:17; 17:5) y del que dio testimonio de manera audible en el bautismo y en la transfiguración.

Abraham debería llevar a su hijo amado Isaac a la tierra de Moriah, nombre que ha sido transliterado al castellano de la expresión hebrea “*eretz hammoriyya*’ y allí lo ofrecería en sacrificio en la cima de uno de los montes que se encontraba a tres días de camino y que más tarde sería el lugar en donde Salomón construiría el emblemático templo de Israel. Isaac tendría que morir y luego ser consumido por el fuego, siendo su padre su propio verdugo.

Ambos, siendo amados de su Padre, fueron sacados de la ciudad y llevados a un monte para ser sacrificados, Cristo al Calvario e Isaac a Moriah. Abraham enalbardó su asno para llevar a su hijo y al tercer día de camino vio el lugar del sacrificio (Génesis 22:3-4). El Señor Jesús llegó a Jerusalén montado en un asno y pasados algunos pocos días (menos de una semana) fue sacrificado. Según Flavio Josefo, historiador judío del primer siglo de la era cristiana, Isaac tenía cerca de veinticinco años cuando sería sacrificado, y no se resistió, a pesar de su edad, por respeto y obediencia a Dios y a su padre Abraham. La acción del Hijo de Dios está tipificada en Isaac al no resistirse a ser sacrificado por su propio progenitor, cualquiera que fuera la edad que tuviera, puesto que aún un niño ante semejante orden, o bien fuera adolescente o joven, estaría dispuesto a desobedecer para salvar su vida y correr para huir de su anciano padre. Los tres días de camino que había al separarse Abraham de sus criados hasta el monte, y que él les dijera así: “*regresaremos*” (Génesis 22:5) refiriéndose a que volverían luego del sacrificio, probablemente tipifican los tres días que permanecería el cuerpo del Señor Jesús en la tumba después del sacrificio.

La disposición de Abraham de sacrificar a su hijo y la de Isaac para ser sacrificado era evidente, ya que después de haber escuchado acerca del sacrificio que Dios le exigiera de su propio hijo, por quien esperó veinticinco años para que naciera, se levantó al día siguiente, “*muy de mañana*” (Génesis 22:3) para

comenzar su peregrinaje de fe, siendo esto un paralelo con la acción de Dios al entregar a la muerte a Su propio Hijo (Juan 3:16) por amor a la humanidad y la del Señor Jesucristo al obedecer a Su Padre hasta la muerte en la cruz.

Isaac cargó por algunos instantes la leña para su propio holocausto (Génesis 22:6) así como el Señor Jesús también llevó el madero en que sería crucificado. Comúnmente a los sentenciados a la crucifixión se les obligaba a cargar su cruz hasta el sitio donde serían crucificados, pero en el caso de Cristo, la cruz fue llevada sobre sus hombros hasta cuando los soldados romanos encontraron en el camino a Simón de Cirene y lo forzaron a cargar la cruz desde un lugar cerca de Jerusalén hasta la colina llamada Calvario. Lo libraron de su carga únicamente porque ya no era posible que diera con ella otro paso.

Cuando Isaac fue atado y colocado sobre la leña en la que sería sacrificado, tipificaba al Señor Jesús atado y luego clavado a la cruz. Al estar indefenso y en aquella condición en el lugar del sacrificio para luego salir vivo, cuando sobre él pesaba una sentencia de muerte, Isaac estaba representando un cuadro profético de la resurrección del Mesías. El autor Griffith Thomas en su libro EL PROGRESO DEL CRISTIANO (Editorial Clie; pp. 161-162) escribió en cuanto al padre de la fe cuando iba a sacrificar a su hijo que “de alguna forma, captó la maravillosa posibilidad del poder de Dios levantando a Isaac de los muertos. Abraham no parece haber tenido duda alguna sobre que se le requería dar muerte a su hijo, pero estaba seguro que Dios era poderoso para levantarlo... Es aún más impresionante notar esta convicción sobre la resurrección, porque hasta ese tiempo no había caso conocido”.

La pregunta que le hiciera Isaac a su padre Abraham: “*¿dónde está el cordero para el holocausto?*”, parece ser que fuera hecha por cuanto no sabría lo que planeaba hacer, y aun cuando conociera su intención, de igual manera se ofreció voluntariamente, o tal vez si no la ignoraba, tenía entonces la esperanza, basado en la promesa divina de una nación que descendería de él, que un cordero sería sacrificado el lugar suyo. La sabia respuesta de Abraham denota que él, como su hijo, tenían la misma fe en cuanto a que el Señor proveería un sustituto, si se tiene en cuenta que le había advertido a sus criados que volverían después de adorar a Jehová. El trato de Isaac a Abraham: “*padre mío*”, como el de éste a Isaac: “*hijo mío*”, indica una relación de pertenecía mutua, mayor que la de cualquier progenitor con su hijo. En la respuesta de Abraham a Isaac: “*Dios... proveerá*”, no solamente afirmaba la presciencia del Señor, sino que confirmaba que la providencia tendría un efecto. Al respecto, Juan Calvino en su obra

clásica INSTITUCIÓN DE LA RELIGIÓN CRISTIANA, Tomo I (Felire; pp. 39) escribió lo siguiente: “Abraham... no quería decir solamente que Dios sabía lo que había de acontecer, sino también ponía en sus manos el cuidado de la perplejidad en que se hallaba, pues oficio Suyo es hallar solución para las cosas confusas”.

Aquel carnero trabado en el zarzal (Génesis 22:13) es una sombra del hecho que Cristo sería un Sustituto ofrecido en sacrificio en lugar de los pecadores, como dice la Escritura: “*Mas Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros*” (Romanos 5:8). Dios sustituyó a Isaac, el hijo y descendiente de Abraham, por un animalito, y con aquel acto demostraba el principio de la expiación por sustitución. El Cordero de Dios fue ofrecido en sacrificio a cambio de la descendencia espiritual del patriarca de la fe. Para el sacrificio de Isaac hubo un carnero trabado en un zarzal que fue intercambiado, sin embargo, para el Hijo eterno de Dios no apareció ningún animal que le sustituyera, por cuanto Él mismo era el Cordero del sacrificio.

Isaac no murió en el monte Moriah, ni Abraham tuvo que sacrificar a su hijo, de manera que no tuvieron que beber la “copa de sufrimiento”, aun cuando en la mente de Abraham, su hijo Isaac estuvo muerto, pero en “*sentido figurado*” (Hebreos 11:19) para ser recibido después vivo, lo que simbolizaba la muerte y resurrección de Cristo. Pero aproximadamente dos mil años más tarde, en el huerto de Getsemaní, el cuadro fue bastante diferente y el Señor Jesús bebió la copa que no deseaba probar (Mateo 26:39). El que no tenía pecado estaba dispuesto a aceptar el castigo que Dios había impuesto al mundo culpable y al siguiente día murió en el monte Calvario.

SU MATRIMONIO (Génesis 24)

En este pasaje, Abraham es un tipo de Dios el Padre buscando que su hijo se despose con una joven que no fuera cananea; su criado, probablemente Eliezer, el más viejo de la casa y a quien se le encargó la misión de buscar una esposa para Isaac, tipificaba al Espíritu Santo; Rebeca, la doncella hermosa y virgen es un tipo de la iglesia, y al haber ocupado la tienda que en vida habitaba Sara (Génesis 24:67) representaba un cuadro profético de la iglesia del Señor ocupando el lugar que originalmente correspondía a Israel; los regalos que llevó el anciano mayordomo para embellecer a la futura esposa del hijo de su amo son un tipo perfecto de los dones que el Espíritu Santo otorga a la iglesia para su edificación; finalmente, el feliz encuentro de Isaac y Rebeca en un lugar

intermedio de donde cada uno procedía para encontrarse con su futuro cónyuge es una tipología del encuentro de Cristo con Su iglesia, en el aire, cuando ésta sea arrebatada (1 Tesalonicenses 4:17) para celebrar las Bodas del Cordero.

El siervo de Abraham fue enviado a concertar el desposorio, buscando una esposa para su amo, y encontró a Rebeca junto a un pozo. El cortejo del Cordero inició con su expresión: *“Mas la hora viene, y ahora es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad; porque también el Padre tales adoradores busca que le adoren”* (Juan 4:23) y fue precisamente junto a un pozo de agua en donde el Señor Jesús le dijo a la mujer samaritana que el Padre buscaba adoradores en *“espíritu y en verdad”*, es decir los que conforman la verdadera iglesia, y en esta ocasión, como una tipología de aquello, el encuentro del mayordomo de Abraham e Isaac, con la joven Rebeca, fue el primer paso de lo que culminaría en el matrimonio que traería la descendencia escogida del pueblo de Dios.

El encuentro de la pareja fue planeado por el criado de Abraham, como el de Cristo con la iglesia lo es por el Espíritu Santo. Antes de conocer a Isaac, Rebeca fue a buscar agua a un pozo, como un símbolo que nadie puede ser parte de la iglesia de Jesucristo a menos que tenga sed espiritual (Juan 7:37-39). La búsqueda de la esposa que se sentará como una reina al lado de su Rey Jesús (Salmo 45:9-17) es una bella historia de amor semejante a la de Isaac y Rebeca. El padre Abraham había ofrecido a su hijo en sacrificio, pero después de este evento Isaac desaparece por un tiempo. Entretanto, el mayordomo del padre busca y halla a Rebeca junto al pozo, obtiene su consentimiento de matrimonio con Isaac y es llevada al hogar de éste para que sea su esposa. ¡Qué cuadro del Calvario, la ascensión de Jesús al cielo para permanecer sentado a la diestra del Padre durante esta edad, mientras el Espíritu Santo prepara a la iglesia para su encuentro final en el aire con Cristo!

Cuando Isaac administraba sus ganados, cavó pozos en varias partes del desierto, los cuales fueron luego tapados por sus enemigos, como una tipología de aquellos hombres impíos que, en días posteriores a la resurrección de Cristo y a su mandato en cuanto a llevar el mensaje de la salvación hasta lo último de la tierra, intentarían obstruir la gracia y vociferarían en contra de los que predicaban la verdad. Los mártires y predicadores de todos los tiempos han hablado en el nombre de Cristo, llevando el mensaje de salvación a todas las naciones, así como Isaac resultó victorioso en los conflictos que tuvo por los pozos.

PARELELO ENTRE EL SEÑOR JESÚS E ISRAEL (como pueblo)

El nombre de Jacob fue cambiado por el de Israel en Génesis 32:28. Pero, ¿por qué Israel? El nuevo nombre del hijo de Isaac y nieto de Abraham significa “el que lucha con Dios” o “Dios lucha”. El Diccionario Hebreo Strong’s lo define como “él regirá como Dios”. Algunos estudiosos del idioma hebreo lo traducen como “príncipe de Dios”. Después de la muerte de Jacob, y con el correr del tiempo, el nombre de Israel se le dio al conjunto de los descendientes de Jacob y se utilizó frecuentemente en la peregrinación en el desierto (Éxodo 32:4; Deuteronomio 4:1; 27:9). Luego de la muerte de Salomón y la posterior división del reino, a las diez tribus del norte se les denominó Israel, y Judá a las dos del Sur.

En la conversación que sostuvo el Señor Jesucristo con Natanael (Juan 1:45-51) le declaró que Él, como el Mesías, es la Escalera de Jacob, es decir, el puente entre el cielo y la tierra, el que atraviesa el abismo entre el Dios santo y el hombre pecador. Los ángeles de Dios descendieron y ascendieron sobre Él.

En el Antiguo Testamento el centro del universo pareciera ser el pueblo de Israel, de manera que muchas profecías se referían a éste y a la de las naciones y poblaciones cuya historia se entrelazaba con la de Israel, mientras que el centro del Nuevo Testamento es el Señor Jesucristo, en Él se cumplió la profecía del Antiguo y el destino eterno de las personas se basa en la creencia que cada uno tenga con respecto al Hijo de Dios.

DE PALESTINA A EGIPTO Y EL REGRESO A PALESTINA

Abraham enfrentó un tiempo de hambre, por lo que descendió a Egipto para luego volver a Palestina. Una historia que curiosamente se repite en forma similar es la de los hijos de Jacob, quienes también viajaron a ese país en busca de alimentos y la segunda vez que lo hicieron se quedaron en Gosén, en donde se convirtieron en una nación, por cuatrocientos años fueron esclavos, pero al obtener la libertad regresaron a Canaán. Tanto Abraham como sus descendientes, los hijos de Jacob, enfrentaron un tiempo de dificultades por el hambre en

diferentes épocas, descendieron de Canaán a Egipto por alimento, y luego volvieron a la Tierra Prometida. En la época de Isaac hubo hambre también, no obstante, él no huyó a Egipto, sino a Gerar (Génesis 26:1). El Señor Jesús nació en la tierra de Palestina, huyeron sus padres y el recién nacido a Egipto de la furia de Herodes el Grande, y después que éste murió, volvieron a Palestina.

Mateo 2:15 nos dice que el bebé Jesús fue llevado a Egipto con el fin que Dios pudiera cumplir la Escritura del Antiguo Testamento, que dice: “*Cuando Israel era muchacho, yo lo amé, y de Egipto llamé a mi hijo*” (Oseas 11:1). Aquella frase fue dicha originalmente acerca de la nación israelita, pero también con el propósito de ser una profecía típica del Mesías, de manera que ambos, el Señor Jesús e Israel, son llamados “Hijo de Dios” e “hijo de Dios” respectivamente, y por tanto, uno de los muchos nombres que la Sagrada Escritura le ha asignado al Hijo de Dios es “Israel”. El éxodo de los descendientes de Abraham hacia la Tierra Prometida fue un acontecimiento de gran magnitud que tiene un marcado paralelo con la redención de los escogidos por la obra de Cristo en la cruz y la filiación de éstos con el Padre.

La huida hacia Egipto de José, María y el bebé Jesús, para luego regresar de allí a Palestina, específicamente a Galilea para que se cumpliera Oseas 11:1, es una referencia también a que Dios sacó de Egipto a Israel, su hijo, durante el éxodo, bajo la guía del legislador Moisés. El texto bíblico del profeta Oseas que fue citado por Mateo, con su descripción de Israel, nación considerada como un hijo de Dios, implicaba que el Señor no podía permitir que su hijo y heredero languidciera más tiempo en la esclavitud.

SU RELACIÓN FILIAL CON DIOS PADRE

Israel, como pueblo, es considerado hijo primogénito de Dios (Éxodo 4:22). En algunos pasajes se habla de Israel como “*hijo*” en singular, y otros en los que se hace referencia a los israelitas como “*hijos*” en plural. En estos últimos la idea es que Israel debe su existencia como nación a la creación de Dios. Otra razón es que Él les escogió para Sí mismo (Deuteronomio 7:6).

El Señor Jesús es llamado “Primogénito” en varias partes de la Escritura (Hebreos 1:6) haciendo notar que Dios le ha “*designado heredero de todas las cosas*” (Hebreos 1:2). Los nombres “Primogénito” y “Heredero” son poco más que maneras especiales honoríficas de decir “Hijo”. El Primogénito de Dios, como tal, ocupa un rango por encima de todos los demás seres existentes,

incluso todos los ángeles le reverencian, pero a la vez, es un Heredero cuya herencia abraza el universo, y cuya posesión o pertenencia se extiende por la eternidad. El término “primogénito” tiene más relación con la preeminencia que con la biología. Cuando se analizan los textos en donde se usa el lenguaje de Padre - hijo con relación a Dios e Israel, estos son considerados al nivel de pacto, y en él Dios elige a Israel como Su pueblo, el cual debe cumplir las exigencias del Creador.

LA EXPERIENCIA EN EL DESIERTO

El pueblo de Israel tuvo una experiencia de pruebas en el desierto durante cuarenta años, como un paralelo del período de cuarenta días que el Señor Jesús permanecería en el desierto antes de ser tentado por el diablo (Mateo 4:1-2) y de comenzar a ejercer Su ministerio terrenal.

PARALELO ENTRE EL SEÑOR JESÚS Y JOSÉ

El hijo de Jacob y Raquel es uno de los pocos personajes del Antiguo Testamento de los que la Escritura no menciona casi nada malo, siendo otra de las personas en las que se encuentra una hermosa tipología del Señor Jesucristo. La preservación y preparación de quienes iban a liberar del hambre a su pueblo, José física y Jesús espiritualmente, hace de estas vidas un precioso paralelo.

LA RELACIÓN CON SU FAMILIA (Génesis 37)

Mateo 3:17

“... Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia” .

Cuando fue bautizado en el río Jordán por Juan el Bautista, la propia voz audible del Padre le certificaba a los presentes que el Señor Jesús era Su amado, como Hijo eterno y Unigénito, de una manera especial. La túnica de diversos colores, de mangas largas y un diseño costoso que el patriarca Jacob elaboró para José, símbolo de su preferencia, confirmaba que a él era a quien más amaba de todos sus hijos, tal vez por haberle tenido en su vejez, aun cuando los demás también habían nacido en Padan-amar (Génesis 35:26) durante el transcurso de

los veinte años que Jacob estuvo ausente de Canaán, de manera que no había mucha diferencia entre las edades de un hijo y otro. Sin embargo, ambos fueron odiados y rechazados, el Hijo de Dios por los judíos (Juan 1:11) y José por sus propios hermanos.

Por el privilegio que tenía de ser el hijo a quien más amaba su padre y por sus sueños futuristas, José fue envidiado, rechazado y odiado por sus propios hermanos, a tal punto que cuando se les presentó la oportunidad, lo vendieron como esclavo por una suma de dinero de veinte piezas de plata (Génesis 37:28; Hechos 7:9). Los judíos rechazaron al Mesías (Juan 1:11) le demostraron odio, fue envidiado por el partido gobernante de Israel, rechazado por Sus hermanos de sangre (Juan 7:3-5) así como por Sus propios compatriotas (Mateo 27:18) y al igual que José, fue entregado por uno de Sus discípulos, Judas Iscariote, a cambio de una suma de dinero, por treinta piezas de plata (Mateo 26:15; Zacarías 11:12).

A los diecisiete años de edad José estuvo a punto de morir a mano de sus hermanos, pero Rubén, el mayor de ellos, intercedió por él ante los demás (Génesis 37:21-22). El Señor Jesús fue entregado por los judíos para que sentenciaran Su muerte en la cruz y como en el caso de José, unas pocas personas intercedieron por él sin lograr nada. A José le quitaron la túnica de colores (Génesis 37:23) un símbolo de autoridad y de su posición favorecida entre sus hermanos ante su padre. Al Señor Jesús, el Hijo amado del Padre y cuya voz del cielo lo testificó, le despojaron de Sus vestidos y echaron suertes sobre Su túnica (Mateo 27:35).

Los hermanos de José, en ausencia de Rubén, lo metieron en una cisterna en donde estuvo en peligro de muerte, pero luego lo sacaron para venderlo (Génesis 37:24,28) evento que hace alusión a la resurrección de Cristo. La experiencia de José en manos de sus hermanos y en la providencia de Dios, fueron sombras de las cosas que algunos siglos más tarde le sucederían al Mesías. Sus hermanos conspiraron contra él, le despojaron de su vestido, le echaron en una cisterna, un hoyo de fango, secreción y suciedad, pero luego lo sacaron y le vendieron y, como el Señor Jesús con el pueblo de Israel, sus hermanos, luego de salir de la tumba y ascender a la diestra del Padre, no sin antes ordenarle a Sus discípulos la evangelización a las todas naciones, José salió de la cisterna para persistir, hostigando la conciencia de sus hermanos y asumir el profetizado señorío sobre ellos. La noticia que le dieron los hijos de Jacob a su padre en cuanto a que José estaba vivo, en Egipto (Génesis 45:26) cuando aquél lo creía muerto, es un

paralelo con todas las veces que algunas personas vieron a Cristo resucitado y le avisaron a otros (Mateo 28:9-10; Marcos 16:9-11; Lucas 24:35-49; Juan 20:11-18; 19-25).

SU VIAJE A EGIPTO

Los ismaelitas que compraron a José lo vendieron a Potifar, un oficial de Faraón en Egipto, mientras sus hermanos daban muerte a un cabrito, es decir, que murió un animal inocente en su lugar. Cuando nació Jesús, Herodes el Grande ordenó dar muerte a todos los niños menores de dos años que había en Belén (Mateo 2:16) y mientras ocurría la matanza, la familia terrenal del rey de los judíos recién nacido huía a Egipto. Coinciden el Señor Jesús y José en que mientras ellos estaban en Egipto, era derramada una sangre inocente en lugar de la de ellos.

En el viaje de José hacia Egipto, los mercaderes llevaban mirra y otras especies aromáticas (Génesis 37:25) que eran utilizadas en aquel país para acompañar el sepelio de los muertos. José estaba descendiendo a Egipto con especies empleadas para algún entierro, porque él iba camino a su propio sufrimiento y muerte, fue librado de ésta y un día liberaría de la muerte por hambre a sus propios hermanos. En cierta forma, José murió en Egipto a sí mismo para que su vida pudiera salvar a otros, pero antes de ascender al trono de Egipto como gobernador, siendo superado en orden jerárquico solamente por Faraón, experimentó amargura y aflicción. El Señor Jesús también descendió a aquel país acompañado con mirra y fue librado de la muerte a manos del rey Herodes.

LA TENTACIÓN

La esposa de Potifar intentó seducir al joven José y éste resistió la terrible tentación demostrando su temor a Dios y al amo que le había comprado. El Señor Jesús resistió la tentación utilizando la Palabra de Dios para ahuyentar al enemigo (Mateo 4:1-11) y José declarando que no pecaría contra Dios (Génesis 39:9) demostrando ambos un carácter fuerte en la tentación.

SU OFICIO PROFÉTICO

Faraón tuvo dos sueños extraños que ninguno de su corte pudo interpretar, pero José fue llamado de la cárcel para revelar el sueño de Faraón (Génesis 41:1,5,25) el cual era una profecía de siete años de abundancia seguidos por siete de hambre en toda la tierra. A los treinta años de edad (Génesis 41:46) José recorrió la tierra como el gobernador de Egipto gracias a la interpretación de los sueños de Faraón y su aptitud para administrar con eficacia los bienes de la nación. Fue a esa edad cuando el Señor Jesús dio a conocer Su ministerio público, después de ser bautizado. Por otra parte, José profetizó acerca de la esclavitud de los hebreos en Egipto y la libertad que después tendrían para regresar a la Tierra Prometida (Génesis 50:24-25).

JOSÉ EN LA CÁRCEL Y LOS DOS CONDENADOS CON ÉL

José estuvo encarcelado junto con el jefe de los coperos y el jefe de los panaderos, y en conformidad con la correcta interpretación que Dios le dio del sueño de cada uno de ellos, precisamente tres días después, fecha que coincidía con el cumpleaños de Faraón y que generalmente para ser agasajado, él mismo realizaba un banquete al que asistían las personas distinguidas de la corte real y sus oficiales, aquéllos salieron de la cárcel, sin embargo, y por orden expresa de Faraón, el jefe de los coperos fue restituido al cargo que tenía antes de ser apresado y en aquella celebración le servía la bebida al rey, mientras el jefe de los panaderos fue ahorcado. Este hecho también se constituyó en un paralelo de la vida de José con la del Señor Jesús, puesto que de los dos siervos de Faraón, uno murió y el otro vivió luego del encuentro que tuvieron en la cárcel con José, y de igual manera, de los dos criminales que fueron condenados y crucificados al lado de Cristo, uno de ellos, al morir, fue recibido en el paraíso, en cambio el otro fue condenado (Lucas 23:39-43).

EL CARGO QUE OCUPA DESPUÉS DE UN SUEÑO

Luego de interpretar el sueño de Faraón, José fue nombrado gobernador de Egipto, segundo cargo en importancia jerárquica en ese país. La esposa de Poncio Pilato tuvo un sueño, el Señor Jesús conocía su significado e interpretación, pero no lo reveló. Murió en la cruz para luego resucitar al tercer día, permanecer en la tierra por cuarenta días, ascender a la diestra del Padre y ocupar por la eternidad el segundo cargo en importancia en el reino celestial.

SU MATRIMONIO

Estando en Egipto y separado de la casa de su padre, José se casó con una mujer gentil (Génesis 41:50) “... *Asenat, hija de Potifera sacerdote de On*” . El Señor Jesús dejó el cielo, la casa del Padre, y descendió a la tierra a buscar una esposa, la iglesia, que en su mayor parte está conformada por gentiles.

DE HUMILLADO A EXALTADO (Génesis 41:37-57; Filipenses 2:1-11)

Después de haber interpretado los sueños a Faraón y darle consejos prudentes, José fue designado inmediatamente como el gobernador de Egipto. Luego de trece años de humillación, fue exaltado y llegó a ocupar el segundo cargo en importancia en la nación más poderosa de aquella época, teniendo un proceso ascendente de la prisión al señorío del país. El Señor Jesús, luego de un estado de humillación en que siendo el eterno Hijo de Dios que vivía en la gloria del Padre, se encarnó para vivir como un siervo y morir en forma humillante, fue exaltado a lo sumo para estar sentado a la diestra del trono de Dios.

Uno de los siervos de Faraón murió y el otro vivió luego del encuentro que tuvieron en la cárcel con José (Génesis 40:21-22). Igualmente, de los dos criminales que fueron condenados y crucificados al lado del Señor Jesús, uno de ellos, al morir, fue recibido en el paraíso, en cambio el otro fue condenado (Lucas 23:39-43).

LA OFRENDA DE MIRRA

Desconociendo que José estaba vivo, su padre Jacob le envió desde Palestina, al oriente de Egipto, mirra (Génesis 43:11) un producto oriental que se utilizaba en los sacrificios religiosos por su aroma agradable, en un acto tipológico de esta esencia que recibiría el Señor Jesús al nacer en Belén por los magos orientales. Por otra parte, cuando José había sido vendido por sus hermanos a unos comerciantes madianitas (Génesis 37:25) éstos descendían a Egipto a vender especies aromáticas que eran usadas para la sepultura de los muertos, especialmente la mirra, de manera que, no solamente José fue conducido para ser vendido como esclavo, sino que se le llevó a Egipto como una mercancía más, acompañado de especies aromáticas utilizadas para los entierros, porque en cierto sentido, iba camino a su propio sufrimiento, lo que le permitiría un día liberar de la muerte a los mismos hermanos que lo habían vendido y entregado a la esclavitud. Simbólicamente en Egipto José moriría a sí mismo para que su vida pudiera salvar a otros.

EL ESPÍRITU PERDONADOR

José manifestó un hermoso espíritu de perdón cuando se encontró con aquellos que estuvieron a punto de asesinarlo e incluso, al morir su padre Jacob, les dijo: *“Vosotros pensasteis mal contra mí, mas Dios lo encaminó a bien, para hacer lo que vemos hoy, para mantener en vida a mucho pueblo”* (Génesis 50:20). El encuentro de José con sus hermanos, que se echaron los unos a los cuellos del otro, prefiguraba la segunda venida de Cristo a la tierra y Su encuentro glorioso con la iglesia. Además, José alimentó a sus hermanos en momentos de escasez con la provisión del rey e intercedió por ellos ante Faraón. De no haber sido por los años que estuvo en la cárcel, su familia habría muerto de hambre en Palestina. El Señor Jesús dio alimento espiritual a un pueblo necesitado que, de no ser por Su advenimiento a la tierra a morir en sacrificio en la cruz por muchos y en ella interceder ante el Padre por Sus enemigos, la condenación eterna hubiera sido universal y nadie sería salvo. Aquel que había sido rechazado por sus hermanos, en el momento apropiado favoreció a quienes le habían humillaron y fue causa de bendición para otros, tipificando la obra reconciliadora del Señor Jesucristo. La preservación y preparación de quienes iban a liberar del hambre a su pueblo, José física y Jesús espiritualmente, hace de estas vidas un precioso paralelo.

Además, José fue llamado “rama fructífera” (Génesis 49:22) por su padre Jacob, cuando éste profetizó acerca del futuro de cada uno de sus hijos y descendientes, lo que concuerda con los frutos de la vida de José, y el Señor Jesús se llamó a Sí mismo *“la vid verdadera”* (Juan 15:1). Ambos fueron fructíferos para los suyos, José para sus hermanos y el Señor Jesús para Su iglesia.

SU REGRESO A PALESTINA

Después de la muerte de José, el pueblo de Israel estuvo esclavizado en Egipto, pero luego de un período de cuatrocientos años de esclavitud y sufrimiento, salieron libres hacia Palestina bajo el liderazgo de Moisés, llevando con ellos hacia la Tierra Prometida los huesos de José (Éxodo 13:19) de acuerdo a la solicitud que él mismo les hiciera antes de morir (Génesis 50:25).

Oseas 11:1

“Cuando Israel era muchacho, yo lo amé, y de Egipto llamé a mi hijo” .

Al nacer Jesús fue perseguido y su familia le llevó a Egipto evitando el peligro de muerte que representaba la orden de Herodes el Grande, pero al morir éste y siendo José, su padre terrenal y esposo de María, avisado en sueños por el ángel del Señor (Mateo 2:19) regresaron a Palestina, a Galilea de los gentiles.

OTROS CARGOS

José era pastor de ovejas en su adolescencia (Génesis 37:2) como muchos de los descendientes de Abraham, reflejando la labor de Cristo como el buen Pastor (Salmo 23; Juan 10:11) no obstante, Dios tenía planes para él, pues también habría de reinar en Egipto, y en un caso determinado sería profeta, al predecir, primero los siete años de abundancia y prosperidad, y otro período de tiempo igual de hambre y castigo sobre la tierra. José fue reconocido como “señor de la tierra” en Egipto (Génesis 42:6,10,30,33; 45:8,26) título que le es asignado al Hijo de Dios.

Lucas 3:23 dice: “*Jesús mismo al comenzar su ministerio era como de treinta años...*”. Esta era la edad que tenía José cuando fue presentado delante de Faraón (Génesis 41:46) y la de los sacerdotes y levitas cuando comenzaban su servicio en el templo. En el tiempo de José, aún no había sido escogida la tribu de Leví para ministrar a Dios en representación del pueblo, pero ya existía el oficio sacerdotal.

EL PARALELO ESCATOLÓGICO

José reinó en la tierra de Faraón y administró los bienes de éste, como un paralelo del reinado eterno de Cristo Jesús. Sus hermanos recibieron alimento en el palacio real en tiempo de hambre, así como la iglesia del Señor participará en las “Bodas del Cordero” luego de un tiempo de angustia. Aquellos que un día rechazaron y vendieron a José, se vieron años más tarde bendecidos por la misericordia de aquel que, por señorear sobre la tierra, podría condenarlos a prisión. El Señor Jesucristo tiene una bendición eterna para un pueblo que en un tiempo le rechazó al vivir en el pecado. Igualmente la personalidad de José fue, obviamente, una tipología del Mesías, puesto que suministró alimento a los hambrientos egipcios y a su propia familia como lo hizo el Señor Jesús cuando en dos ocasiones multiplicó de los panes.

PARALELO ENTRE EL SEÑOR JESÚS Y BENJAMÍN

SU NACIMIENTO Y SU NOMBRE

El término castellano “hijo” ha sido transliterado del vocablo hebreo “*ben*”, y cuando nació Benjamín (Génesis 35:16-19) separadamente sus padres le colocaron cada uno un nombre diferente, así: Raquel le llamó “*Benoni*”, que significa “hijo de mi tristeza” o “hijo de mi aflicción”, sin embargo, después de la dolorosa muerte de su madre al darlo a luz en la ruta hacia Efrata, antiguo nombre de la ciudad de Belén, Jacob le llamó “*Benjamín*”, que quiere decir “hijo de mi diestra” o “hijo de mi mano derecha”, con el que hacía alusión a que sería muy amado de su padre, especialmente después de la partida de su hermano José, debido a que lo había tenido en su vejez, pero a la vez, aún después de su gran pérdida, se podía consolar en su hijo menor. El nombre “hijo de mi derecha”, tal vez era una profecía en cuanto a que el Señor Jesús, el Hijo amado de Dios, después de su gloriosa resurrección ascendería a la diestra del Padre para estar con Quien le ama eternamente y se complace en él (Mateo 3:17; 17:5).

Cuando nació el hijo menor de Jacob, alguien murió por él, su propia madre. Cuando Raquel expiró comenzó a existir Benjamín y esto ocurrió muy cerca del lugar exacto donde cerca de dos siglos más tarde nacería el Señor Jesús, Quien murió para que sus redimidos tuvieran vida. El hijo menor de Jacob nació cerca de Belén, cuyo nombre tiene el significado de “casa de pan”, y de Bet-el, que quiere decir “casa de Dios”, como una profecía de lo que Dios haría cuando desde Su hogar celestial descendería a la tierra el Señor Jesús, el Pan de vida (Juan 6:35).

Raquel llegó a ser un símbolo de todas las madres israelitas que temían por sus hijos (Jeremías 31:15; Mateo 2:18) desde el anuncio en el Edén del nacimiento de la Simiente de la mujer (Génesis 3:15) la primera profecía mesiánica. El sufrimiento que Raquel tuvo con el alumbramiento su hijo Benjamín está relacionado con todo el pasaje bíblico de Jeremías 30:20-33:26, en el que su núcleo es Jeremías 31:17, en donde aparece el término “*Rama*”, cuyo vocablo tiene el significado hebreo de “altura”, entendiéndose por “*Raquel*”, todo el pueblo de Israel que quería ser consolado por la muerte de sus hijos que habían perdido, aun cuando sólo por una muerte temporal, simbolizado

en la dispersión y el exterminio de Israel. Por otra parte, el pasaje en mención también está relacionado estrechamente con la orden de Herodes el Grande de matar a todos los niños menores de dos años en Belén después del nacimiento de Cristo.

EL PARALELO DE SU MUERTE

Cuando nació Benjamín, su propia madre, Raquel, murió por él, y esto sucedió en un lugar muy cercano a Belén, en donde nacería el Señor Jesús, Quien moriría en la cruz por Sus redimidos, lo que pudiera constituirse en un paralelo del principio de la expiación por sustitución, así como el Cordero de Dios sería ofrecido en sacrificio a cambio del pueblo de Dios, sin embargo, en este caso, la tipología no sería con Benjamín, sino con Raquel.

LA PROFECÍA ACERCA DE BENJAMÍN

Génesis 49:27

“Benjamín es lobo arrebatador; a la mañana comerá la presa, y a la tarde repartirá los despojos” .

La tribu de Benjamín tuvo un territorio muy pequeño en Israel y estuvo a punto de ser exterminada como resultado de la sangrienta guerra civil al haber protegido a los habitantes de Gabaa, quienes habían cometido un execrable crimen (Jueces 20-21) quedando solamente seiscientos hombres después de la matanza de veinticinco mil benjamitas (Jueces 20:46-47). El primer rey de Israel, Saúl, pertenecía a esta tribu (1 Samuel 9:1-2) y después de la muerte de él, cuando asumió David el cargo y ocupara el trono real, los benjamitas expresaron su descontento (2 Samuel 20:1-22) pero después del reinado de Salomón una gran parte permaneció fiel a la casa de David, cuando encabezados por Jeroboam, las otras diez tribus se separaron de Judá (1 Reyes 12:21) y se apartaron del lugar de reunión para escuchar la Palabra de Dios, no obstante, la tribu de Benjamín se unió a ésta para conformar el reino del sur, siendo su capital Jerusalén, en donde por el deseo de David que fue aprobado por el Señor, su hijo Salmón construiría el templo que se constituiría en el centro de adoración de los judíos, ubicada esta ciudad en los montes del territorio asignado en la conquista para Benjamín.

En la profecía de Jacob a su hijo Benjamín le comparó con la imagen siniestra de un *“lobo arrebatador”* que en la mañana se comería la presa y

después repartiría los despojos, con lo que hacía referencia a la guerra civil que se desataría en Israel por causa del terrible suceso del desenfreno moral de esta tribu que como consecuencia se llamó a las armas a los hombres de guerra de todo Israel. El poder bélico de éste con cuatrocientos mil hombres (Jueces 20:2) frente al pequeño ejército benjamita de tan sólo veintiséis mil hombres (Jueces 20:15) se constituía en una desventaja, sin embargo, el regimiento más reducido contaba con setecientos guerreros zurdos, expertos en tirar una piedra con una honda a un cabello sin fallar (Jueces 20:16) y a pesar de la desigualdad de la lucha, los veintiséis mil setecientos soldados benjamitas inicialmente lograron vencer, causándole a sus opositores veintidós mil muertos (Jueces 20:21) en el primer día de batalla y dieciocho mil en el segundo (Jueces 20:24-25) no obstante, durante la tercera batalla el “*lobo arrebatador*” fue ajusticiado. En las dos primeras no murió ninguno benjamita, pero entonces les sobrevino un juicio sin piedad en el que murieron veinticinco mil guerreros y huyeron seiscientos al desierto (Jueces 20:15) por lo que la tribu estuvo a punto de ser aniquilada por completo, no obstante, por decisión de los ancianos de Israel, a los sobrevivientes de Benjamín se les dio cuatrocientas doncellas de Jabes-galaad (Jueces 21:12-14) para evitar que una de sus tribus fuera cortada y de ésta surgió el primer rey de Israel, Saúl (1 Samuel 9:1-2) quien actuó con humildad antes de ser ungido como rey por Samuel, sin embargo, con el tiempo volvió a aparecer el “*lobo arrebatador*” de Benjamín y Saúl intentó matar en dos oportunidades a David, un descendiente de la tribu de Judá y quien sería su sucesor en el cetro de Israel.

Toda la lucha entre la casa de Saúl y la de David, o la tribu de Benjamín y la de Judá, se disolvió con en el cumplimiento del pacto de amistad entre David y Jonatán, el hijo de Saúl, y las dos tribus finalmente se unieron después de la muerte de Salomón, bajo el reinado de su hijo Roboam, para conformar la nación del sur que permanecería firme, gobernada por monarcas descendientes de Judá, hasta el cautiverio en Babilonia (Salmo 68:27). El enaltecimiento de Benjamín consistió en que, siendo una tribu pequeña, no sólo en territorio, sino en la cantidad de varones que tenía después de la guerra civil, se alió con Judá, la verdadera tribu real y de la que descendería el Mesías, aun cuando bajo el gobierno del orgulloso Saúl eso pareciera imposible. El apóstol Pablo pertenecía a la tribu de Benjamín (Filipenses 3:5) pero antes de su conversión era, como Saúl, un “*lobo arrebatador*” que perseguía a los cristianos para asesinarlos. El estado de la tribu de Benjamín a lo largo de la historia hebrea resulta ser un paralelo y una maravillosa analogía con el pueblo de Dios que, de la más cruenta posible aniquilación, surgió a una maravillosa dignidad de realeza (Apocalipsis

1:6). Jerusalén y el monte Moriah están ubicados en la región que originalmente se le otorgó a la tribu de Benjamín, así como el primer rey de Israel y el apóstol a los gentiles fueron benjamitas.

PARALELO ENTRE EL SEÑOR JESÚS Y MOISÉS

Adán como representante de la humanidad y en su estado de inocencia antes de la caída, es el personaje del Antiguo Testamento que más se asemeja al Señor Jesús. Abel e Isaac por sus sacrificios, Melquisedec por su sacerdocio y José por su vida ejemplar, son algunos de los paralelos perfectos de Cristo, sin embargo, el nacimiento, el llamado al ministerio, la vida y la muerte de Moisés, hacen de él la persona de la Escritura que más rasgos y características posee del Mesías prometido y esperado por el pueblo de Israel. El autor italiano Cesar Cantú (1.807-1.895) en su COMPENDIO DE LA HISTORIA UNIVERSAL (Librería de Garnier Hermanos, París, 1.888; pp. 4) escribió de él lo siguiente: “Moisés ha sido el hombre más grande que la historia recuerda, grande como profeta, poeta, historiador, legislador, libertador y ordenador”.

La más grande revelación de Dios en los tiempos del Antiguo Testamento vino por medio de Moisés y ésta fue sobrepasada solamente por la venida de Cristo, quien no solamente reveló el mensaje divino, sino ofreció la salvación por medio de Su muerte expiatoria. La obra de Moisés acabó cuando este libertador y legislador murió, en cambio la de Cristo continuó.

SU NACIMIENTO

Cuando Moisés nació de una raza oprimida en Egipto, este país ejercía el dominio sobre todo el mar Mediterráneo y Faraón, observando que el pueblo de Israel aumentaba y se fortalecía cada día (Éxodo 1:7) ordenó dar muerte a todo varón que naciera de los hebreos. El Señor Jesús nació en Belén de Judea, provincia perteneciente al imperio romano y gobernada por Herodes el Grande, quien ordenó una matanza de todo niño menor de dos años nacido en aquella ciudad. Hubo persecución por parte del rey en el nacimiento de ambos, pero los dos fueron protegidos en Egipto. Moisés recibió el cuidado en la propia casa de Faraón por la hija de éste (Éxodo 2:1-10; Hechos 7:21) y Jesús fue llevado a ese

país en donde su familia se refugió durante un tiempo de la ira del rey Herodes. Moisés regresó de Madían a Egipto, a la edad de cuarenta años, cuando los que procuraban su muerte ya habían fallecido (Éxodo 4:19-20) mientras el Señor Jesús, a los dos años de edad, regresó con sus padres terrenales de Egipto a Palestina, cuando el rey Herodes había muerto.

SU CRECIMIENTO EN SABIDURÍA

Lucas 2:40,52

“Y el niño crecía y se fortalecía, y se llenaba de sabiduría; y la gracia de Dios era sobre él”... “Y Jesús crecía en sabiduría y en estatura, y en gracia para con Dios y los hombres” .

La Biblia guarda absoluto silencio en cuanto a la vida privada del Señor Jesús desde los doce hasta los treinta años de edad, pero no hay duda que ese fue un tiempo especial de preparación. Dios guardó del peligro a Moisés, permitiendo que la propia hija de Faraón lo llevara a su hogar, lo criara y educara como al futuro rey de Egipto (Hechos 7:22). En el palacio y en la misma presencia de Faraón fue criado, educado y fortalecido quien sería el gran libertador del pueblo al que el rey egipcio oprimía. El autor Griffith Thomas en su libro titulado EL PROGRESO DEL CRISTIANO (Editorial Clie; pp. 163) escribió lo siguiente: “A pesar de las magníficas oportunidades que tenía Moisés por ser hijo adoptivo de la hija del rey, de modo deliberado rehusó ser considerado hijo, basando su rechazo en la estimación de la gloria de Egipto y la posición del pueblo de Dios. Notemos el significado de la afirmación «hecho ya grande» implicando que la decisión la hizo cuando ya estaba en plena madurez de la edad adulta”.

EL INICIO DE SU MINISTERIO

Moisés pasó un tiempo de preparación de cuarenta años en el desierto después de haber sido expulsado del país por haber asesinado a un egipcio (Éxodo 2:11-15) un lugar tradicional de los encuentros de Dios con Sus profetas, antes de ir a liberar a su pueblo y, al ejecutar su misión, luego de cuarenta días de ayuno, recibió en el monte Sinaí las tablas de la ley (Éxodo 24:18; 34:28). El Señor Jesús también permaneció cuarenta días en el desierto, en ayuno, para luego iniciar Su ministerio con el discurso denominado el “Sermón del Monte”. Es decir, el mismo número de días y noches permanecieron delante de Dios, Moisés antes de la promulgación de la ley y el Señor Jesús antes de anunciar el Evangelio.

Una persona puede sobrevivir sin comer durante algunos días, pero nadie puede vivir sin tomar agua por más de tres o cuatro días, de manera que si Moisés no tomó líquido alguno durante ese tiempo, se puede hablar de un maravilloso milagro más del Señor durante el peregrinaje de los Suyos hacia la Tierra Prometida. Con respecto al ayuno del Moisés, el reformador Juan Calvino, en su libro INSTITUCIÓN DE LA RELIGIÓN CRISTIANA, Tomo II (Felire; pp. 982-983) escribió lo siguiente: “Pues habiendo Dios mostrado aquel milagro en Moisés para confirmación de la autoridad de la ley, era razonable que el mismo milagro se hiciera en Jesucristo, para que no pareciera que el Evangelio era inferior a la ley. Ciertamente, desde aquel tiempo a ninguno le vino al pensamiento suscitar en el pueblo de Israel una forma semejante de ayuno so pretexto de imitar a Moisés”.

Ambos son hombres de oración, ayuno y búsqueda de Dios en los montes para los eventos trascendentales. El autor Erwin Lutzer en su libro ACERCÁNDOSE CADA VEZ MÁS A DIOS (Centros de Literatura Cristiana; pp. 161-163) escribió lo siguiente al respecto: “Hay dos montes: El Sinaí y el Calvario. En Sinaí fue dada la ley, la cual declara a los hombres culpables. En el Calvario, Cristo tomó nuestro lugar para que podamos ser libres de las exigencias del Sinaí... Nos acercamos a Dios llegando primero al Sinaí, pero del Sinaí debemos pasar al Calvario. La ley nos apabulla, pero la gracia nos levanta”.

Los cuarenta días de la tentación del Señor Jesús recuerdan los años del exilio de Moisés (Éxodo 34:28) el peregrinaje de Israel (Números 14:33; 32:13) y los días de ayuno de Elías (1 Reyes 19:8). Todos estos acontecimientos ocurrieron en el desierto. La cifra, sean días o años, simboliza un período de prueba, generalmente de preparación antes de enfrentar al maligno.

EL ENFRENTAMIENTO AL ENEMIGO

Después del período de Moisés en el desierto, los capítulos 4 al 11 del libro de Éxodo relatan un serio enfrentamiento entre Faraón, como un príncipe del imperio opresor, y Moisés como príncipe de Dios. En Mateo 4:1-11 se narra el enfrentamiento cara a cara entre el Señor como Príncipe del reino de Dios y Satanás como príncipe de este mundo. Moisés venció los poderes demoníacos que operaban a través de los magos y astrólogos egipcios, y el Señor Jesús derrotó a Satanás, primero al ser tentado por éste después de haber ayunado, y luego al morir en la cruz para resucitar victorioso al tercer día.

Otra manera de vencer al enemigo, fue cuando el becerro de oro que había fabricado Israel fue quemado en el fuego, reducido a polvo, esparcido en las aguas y luego bebido por los que lo habían adorado (Éxodo 32:20) a lo que hizo referencia Jesucristo cuando dijo que lo que entra en la boca del hombre va primero al vientre y luego a la letrina (Mateo 15:17).

SU RELACIÓN CON EL PADRE

La Biblia dice de Moisés que “*vio las espaldas de Dios*” (Éxodo 33:23) y Jesús dijo de él mismo: “*No que alguno haya visto al Padre, sino aquel que vino de Dios; éste ha visto al Padre*” (Juan 6:46). Los dos hablaron cara a cara con Dios (Éxodo 34:29-30; 2 Corintios 3:7) para luego reflejar en sus rostros a otros la imagen de Dios. Sólo Moisés podía entrar en cualquier momento y sin sacrificio alguno a la presencia de Dios, como tipo de Cristo, el Mediador entre Dios y los hombres (1 Timoteo 2:5).

Al final de su ministerio, Dios le negó a Moisés la petición de entrar a la Tierra Prometida (Deuteronomio 3: 23-26) y a Jesús su solicitud en el huerto de Getsemaní en cuanto a no tener que beber de la copa. La solicitud negada del primero tipifica la negación a la oración de Cristo, sin embargo, Moisés habló de la Tierra Prometida y animó al pueblo israelita para que entrara en ella, como Cristo predicó acerca del cielo y aseguró un lugar en él para cada creyente (Juan 14:2). Moisés sufrió al no poder entrar a Canaán, pero pudo verla desde la cima de un monte y su pueblo tuvo la bendición de poseer aquella tierra después de conquistarla bajo la dirección de Josué. Aquello fue una tipología del padecimiento que el Señor Jesucristo tuvo que sufrir, que le llevó a una muerte humillante y dolorosa en extremo, para que los redimidos por la sangre del Cordero tengamos una bendición tan hermosa como ningún otro pueblo en la tierra.

SU MANSEDUMBRE

El Señor Jesús dijo en una oportunidad “*aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón*” (Mateo 11:29) y la Biblia se expresa de Moisés como el varón más manso de todos los hombres de la tierra (Números 12:3).

SU MINISTERIO PROFÉTICO

En una oportunidad Moisés se dirigió al pueblo hebreo para hablarles acerca del Profeta que habría de venir, con las siguientes palabras:

Deuteronomio 18:15

“Profeta de en medio de ti, de tus hermanos, como yo, te levantará Jehová tu Dios; a él oiréis” .

Deuteronomio 18:18

“Profeta les levantaré de en medio de sus hermanos, como tú; y pondré mis palabras en su boca, y él les hablará todo lo que yo le mandare” .

Dios enviaría un profeta que hablaría en Su nombre al pueblo como lo hizo Moisés. Ese “Profeta” parece significar una sucesión de profetas que seguirían a Moisés y que tendrían su culminación definitiva en el Mesías (Juan 1:21,25, 43-45; 6:14; 7:40; Hechos 3:22-23; 7:37). Aunque se desconoce el lugar de la tumba de Moisés y no se erigió ningún memorial en reconocimiento suyo, profeta tras profeta recordaban a los israelitas que Dios había hablado por medio de Moisés y el Señor Jesús mismo también lo hizo. De acuerdo con el testimonio del historiador judío Flavio Josefo, en su libro ANTIGÜEDADES DE LOS JUDÍOS, Tomo I (Editorial Clie; pp. 207) Moisés “fue un profeta como no se conoció ningún otro, hasta el punto de que cualquier cosa que decía era la voz de Dios mismo la que hablaba”.

La ley de Dios se le reveló a Moisés por medio de los Diez Mandamientos, de los cuales los cuatro primeros tienen que ver con la relación del hombre con Dios y los seis últimos su relación con el prójimo. El Decálogo fue resumido en dos mandamientos por Cristo, sin necesidad de abrogar la ley, y observando el propósito de amar a Dios por sobre todas las cosas y al prójimo como a sí mismo (Mateo 22:35-40). Moisés fue reconocido como “profeta” (Oseas 12:13) sin embargo, también ejerció el ministerio sacerdotal al intentar, como mediador, aplacar la ira de Dios en varias oportunidades, y asimismo ejerció el oficio real al juzgar al pueblo.

OTROS CARGOS U OFICIOS

Moisés cuidaba las ovejas de su suegro Jetro (Éxodo 3:1) y aun cuando no eran suyas, mientras las apacentaba las llevaba a la presencia de Dios, tipificando la labor del Señor Jesús como el buen Pastor (Salmo 23; Juan 10:11)

enseñando a Su pueblo una relación íntima con Dios el Padre. El símil “*como ovejas sin pastor*” se encuentra por primera vez en la Escritura en Números 27:17 y es repetido en Mateo 9:36, como una referencia a la compasión que sentía Cristo por el pueblo.

El pueblo de Israel fue rescatado por Moisés después de cuatrocientos años de estar esclavos en Egipto. El Hijo de Dios se encarnó después de un lapso de tiempo de unos cuatrocientos años desde la última profecía revelada en el Antiguo Testamento hasta Su nacimiento en Belén, período denominado como “los cuatrocientos años de silencio” y que se caracterizó por la espera del Mesías por parte del pueblo de Israel. Una de las historias mencionadas con mayor frecuencia a través de la Escritura, especialmente en el Antiguo Testamento, es la liberación del pueblo de Israel. Constantemente en el Nuevo Testamento se menciona el sacrificio de Cristo en la cruz que dio libertad al pecador.

Israel necesitó la guía de Moisés a través del desierto y él estuvo con ellos hasta el momento de su muerte, pocos días antes que el pueblo cruzara el río Jordán para llegar a la Tierra Prometida bajo la guía de Josué, como la iglesia necesitó la guía del Señor Jesús quien prometió permanecer con ella hasta el fin del mundo (Mateo 28:20). Cristo estuvo físicamente en la tierra hasta pocos días antes del Pentecostés, cuando descendió el Espíritu Santo para estar con la iglesia recién nacida.

Ambos fueron Mediadores de un pacto, Moisés del antiguo y el Señor Jesús del nuevo (Deuteronomio 29:1; Hebreos 7:22-25) e intercedían ante Dios por el pueblo que representaban. Israel tenía sólo a un hombre, Moisés, que mediaba por ellos, así como en la actualidad Cristo está sentado a la diestra de Dios intercediendo y abogando por la iglesia que redimió con Su propia sangre, sin embargo, se debe tener en cuenta que el Hijo de Dios ha sido Mediador desde la eternidad, de manera que también rogaba por la liberación y el cuidado de los hebreos, no obstante, ellos sólo eran testigos del clamor de Moisés, a quien veían. En una oportunidad, mientras el pueblo de Israel libraba una batalla contra los amalecitas, Moisés mantenía sus brazos en alto en señal de intercesión (Éxodo 17:8-13) tipificando la labor intercesora de Cristo por Su pueblo mientras es atacado en la tierra por las fuerzas del maligno.

En la intercesión siempre hay una identificación con el asunto que es objeto de la oración. El intercesor está dispuesto a tomar el lugar de las personas por quienes clama, a dejar que las necesidades de aquellos sean las suyas y que el

sufrimiento ajeno se convierta en la angustia de su propio corazón. Esto fue lo que hizo el Señor Jesús al orar por los pecadores y ser contado entre ellos (Isaías 53:5,12). Se identificó con los impíos para asegurar el perdón de Su pueblo pagando vicariamente por las deudas de éste. La persona que más se acercó a esta clase de intercesión en el Antiguo Testamento fue Moisés, cuando ofreció tomar el lugar de los israelitas rebeldes y dejar que el juicio de Dios cayera sobre él (Éxodo 32:32) e incluso, sus manos levantadas en la guerra de los israelitas cuando los amalecitas se interpusieron en su peregrinaje hacia la Tierra Prometida (Éxodo 17:11) parece ser un anticipo de la obra intercesora de Cristo, con sus brazos estirados hacia los lados y sus manos clavadas a la cruz.

En los oficios de profeta, sacerdote, rey, pastor, libertador, guía, mediador e intercesor, también Moisés es una sombra que tipifica al Señor Jesús, haciendo de su vida un paralelo con el Rey de reyes.

ALGUNOS OTROS NOMBRES

Moisés fue llamado “siervo de Jehová” (Josué 18:7) “siervo de Dios” (1 Crónicas 6:49) y “varón de Dios” (1 Crónicas 23:14) nombres o títulos que la Sagrada Escritura le asigna a Cristo en algunas ocasiones. Por otra parte, el evangelista Lucas declaró que Moisés era “*poderoso en sus palabras y obras*” (Hechos 7:22) y él mismo llamó al Señor Jesús “Poderoso en obra y en palabra” (Lucas 24:19) expresión que resumía Su ministerio terrenal y que concordaba correctamente con el reconocimiento que la gente hiciera del Señor Jesucristo una vez concluido el sermón del Monte (Mateo 7:28-29).

LA LIBERACIÓN DE LA ESCLAVITUD Y EL CÁNTICO POR LA MISMA

La liberación de la esclavitud que sufrió el pueblo de Israel bajo el liderazgo y mando de Moisés tipifica la libertad para el pueblo de Dios por medio del sacrificio expiatorio de Cristo. Una vez los israelitas atravesaron milagrosamente el mar Rojo en seco, Moisés y su hermana María levantaron un cántico de alabanza y agradecimiento al Señor (Éxodo 15:1-18). De igual manera la iglesia victoriosa de Cristo cantará el “cántico de Moisés” y el “cántico del Cordero” (Apocalipsis 15:3) cuando se vea libre de la opresión diabólica de los tiempos finales y llegue al hogar celestial para disfrutar por la eternidad.

Los descendientes del patriarca Abraham eran extranjeros en Egipto, se

hallaban en una tierra extraña en la que no podían rendir culto a Dios con libertad, no tenían un día de reposo para descansar y adorar al Creador, y se hallaban rodeados de los ídolos de la mitología egipcia. Asimismo la iglesia del Señor en la tierra se encuentra como extranjera y advenediza, esperando el glorioso momento del segundo advenimiento de Cristo. Este acontecimiento llevará al pueblo de Dios a elevar un cántico como el de los israelitas al cruzar el mar Rojo.

MILAGROS, SEÑALES Y PRODIGIOS

El primer hombre que realizó milagros, de acuerdo a la narración de la Escritura, es Moisés, los cuales acreditaban que él era el profeta enviado por Dios al pueblo con un mensaje divinamente revelado. En el Nuevo Testamento, los milagros tienen el mismo propósito y el Señor Jesús hizo muchos milagros para probar que Él era el Profeta prometido en el Antiguo Testamento. No hubo nadie que igualara a Moisés en milagros, señales y prodigios en el Antiguo Testamento, pero en el Nuevo, Cristo incluso lo superó. Asimismo, la alimentación de todo el pueblo luego de pedir carne (Números 11:21-22) bien podría ser una sombra de la multiplicación de los panes (Mateo 14:13-21; Marcos 6:30-44; Lucas 9:10-17; Juan 6:1-15) que se registra en los cuatro evangelios por su importancia.

Los milagros son una prueba de la misión divina, sin embargo, no son la única evidencia de ésta, puesto que deben estar acompañados de la sana doctrina que se enseña. El filósofo cristiano francés Blaise Pascal (1.623-1.662) afirmó que “los milagros testifican la doctrina, y la doctrina certifica los milagros”. Tal vez basado en este enunciado, el teólogo Charles Hodge, en su *SYSTEMATIC THEOLOGY*, Tomo I (Hendrickson Publisher; pp. 636) escribió lo siguiente: “Cuando un hombre se presenta a sí mismo como un mensajero de Dios, si éste es recibido como tal o no, depende, primero, de la doctrina que enseña, y segundo, por las obras que ejecuta. Si él no sólo enseña la doctrina conforme a la naturaleza de Dios y consistente con Su ley, sino que también ejecuta obras que evidencian el divino poder, entonces sabemos no sólo que la doctrina es verdadera, sino también que él es un maestro enviado por Dios”. Los milagros que el Señor hizo por medio de Moisés, a la vez que enseñaban la doctrina de la redención, conducían al pueblo hebreo a ser leales y fieles al único Dios, en cambio las señales de los magos egipcios inculcaban y promovían la idolatría. No sólo eran señales mentirosas en sí mismas, sino que provenían del reino de las tinieblas, siendo falsas en esencia y designio. El reino de Satanás tiene sus

propios milagros, los cuales realmente envuelven la intervención de una agencia espiritual y sobrenatural que procede de las tinieblas. Por otra parte, las personas convocadas por Faraón acudían al poder de los dioses de Egipto para oponerse a la omnipotencia de Jehová, el Dios de los hebreos.

SU FORMA DE GOBIERNO

La promulgación de la ley y la división del pueblo israelita en doce tribus, fue la manera en que Dios estableció Su gobierno a través de Moisés. El Señor Jesús emitió un discurso basado en la correcta interpretación de la ley, el sermón del Monte, y al escoger los doce apóstoles de entre Sus seguidores, anunció que el reino de Dios había llegado a la tierra. De acuerdo a la hermenéutica y a la numerología bíblica, el número doce (12) representa administración y gobierno de parte de Dios. Otro número significativo en el régimen celestial es el setenta (70) como los ancianos de Israel (Éxodo 24:1) que ayudaban a Moisés y los discípulos que envió el Señor Jesús de dos en dos delante de Él (Lucas 10:1) para ministrar al pueblo.

SU RELACIÓN CON EL PUEBLO

En su primer intento de ayudar a sus hermanos, Moisés no fue comprendido y fue rechazado por ellos, teniendo que huir a Madián, donde permaneció exiliado durante un tiempo (Éxodo 2:11-15; Hechos 7:23-25) para rescatar a Israel cuarenta años más tarde. De una manera similar, el Señor Jesús fue rechazado por la gente de Su propia nación (Juan 1:11) y luego crucificado, para levantarse de la muerte, regresar al cielo de donde procedía, y volver a la tierra por segunda vez a rescatar a los Suyos de las garras del enemigo.

El pueblo israelita constantemente se quejaba contra Moisés y murmuraban contra él en el peregrinaje por el desierto. Se quejaron de la comida (Números 11:1-6) del agua (Números 20:2-5) de la autoridad de Moisés (Números 14:3-4) e incluso hubo un brote de rebeldía (Números 16:1-3) y luego un falso testimonio (Número 16:41) a tal punto que cuando se quejaron del maná considerándolo un pan liviano, siendo la comida que Dios les había provisto mientras estaban en el desierto (Números 21:4-5) Moisés levantó una serpiente de bronce (v. 6-9) tipificando que Cristo, de quien también el pueblo murmuró, sería levantado para la salvación de quienes volvieran sus ojos hacia Él en arrepentimiento. A pesar del comportamiento del pueblo contra aquel que les había dado la libertad, Moisés al igual que el Señor Jesús, intercedía ante Dios

por los que le rechazaban debido a la compasión que sentía hacia ellos.

Tanto el Señor Jesús como Moisés tuvieron compasión por el pueblo de Dios al verle como “*ovejas sin pastor*” (Números 26:16-17; Marcos 6:34) y oraron para que hubiera alguien que le guiara. A ambos les costó ruegos, súplicas, clamor, lágrimas, y en el caso del Señor Jesucristo, aún Su propia vida por la liberación de Su pueblo. Los dos sufrieron como verdaderos intermediarios entre Dios y el pueblo.

LA DELEGACIÓN DE RESPONSABILIDAD

Los espías eran príncipes, hombres reconocidos que iban cada uno en representación de una de las doce tribus de Israel a inspeccionar el territorio que Dios les había prometido. El Señor Jesús envió en una ocasión a doce discípulos (Lucas 9:1-6) y en otra a setenta (Lucas 10:1-12) en representación Suya, para anunciar que se había acercado el reino de Dios, de acuerdo a las promesas del Antiguo Testamento. En el caso de los espías de la Tierra Prometida, sólo dos de ellos dieron un mensaje alentador y los otros diez desanimaron al pueblo. Los que habían sido enviados por Cristo, al contrario, dieron un informe de victoria.

Josué sintió celos por cuanto Eldad y Medad profetizaban sin haber ido al tabernáculo y le pidió a Moisés que se los impidiera (Números 11:28-29). Juan, el discípulo, le prohibió a uno que echaba fuera demonios en el nombre de Jesús, pero que no seguía al Maestro (Marcos 9:38-40; Lucas 9:49-50). Sin embargo, tanto Cristo como Moisés aceptaron, respectivamente, a quienes echaban fuera demonios y a los que profetizaban, alabando sus hechos.

EL BAUTISMO DEL PUEBLO DE ISRAEL AL CRUZAR EL MAR ROJO

Este trascendental acontecimiento es frecuentemente mencionado en las Escrituras por su valioso aporte en la redención, por cuanto con él Dios le estaba proclamando a toda la descendencia de Abraham que, al apartarlos de la cautividad en Egipto y guiarlos fuera de allí, por el desierto, todo esto formaba una parte esencial del proceso de redención. Hallamos que en los libros históricos de la Biblia, así como los salmistas y los profetas, al enumerar las cosas que el Señor había hecho por Israel, generalmente subrayaban el paso del mar Rojo, además de ser uno de los principales temas en muchos de los Salmos. Por otra parte, este evento fue ampliamente conocido en las naciones vecinas, como por ejemplo, cuando cuarenta años más tarde los habitantes de Jericó

sabían que Dios había secado sus aguas (Josué 2:10). En su discurso de despedida, Josué le mencionó a los hebreos este acontecimiento (Josué 24:7); en su confesión por los pecados del pueblo, Esdras también relató este crucial suceso (Nehemías 9:10-11) que también es recordado en Isaías 50:2; 51:10; 63:11-12 y en Hechos 7:36. La división del mar Rojo es proclamada en Salmo 66:6; 74:13; 77:19; 78:13; 106:7-9; 114:3,5; 136:14 y que el Señor haya hundido a los egipcios en el mar, es anunciado en Salmo 78:53-54; 136:15. Este espectacular milagro de Dios realizado después de la salida del pueblo de Israel de la servidumbre en Egipto es un tema reiterativo en el Antiguo Testamento, por cuanto este hecho pone de relieve la extraordinaria importancia que los israelitas le adjudicaban a aquel episodio que demostró el poder, el amor y la fidelidad de Dios hacia ellos, como la manifestación máxima de la intervención de la gracia de Dios para salvarles, redimirles y darles la categoría de pueblo Suyo. También en el Nuevo Testamento se destaca el acontecimiento importante del paso del mar Rojo, y específicamente en 1 Corintios 10:1 se le relaciona con el bautismo cristiano, no en el sentido en que hubieran estado inmersos en el océano, puesto que lo cruzaron en seco, sino en el efecto producido en aquellos que siguieron a Moisés, a saber, todo el pueblo, constituyéndose esto en una analogía del creyente siguiendo al Señor Jesucristo. El autor y teólogo presbiteriano del siglo diecinueve Charles Hodge en su COMENTARIO DE 1 CORINTIO (El Estandarte de la Verdad; pp. 158-159) escribió al respecto lo siguiente: “La nube y el mar hicieron por ellos, con referencia a Moisés, lo que el bautismo hace por nosotros con referencia a Cristo. Su paso por el mar y la experiencia de ser dirigidos por medio de la nube, fueron su bautismo”.

Israel fue bautizado en el desierto por Moisés para una vida nueva y prometedora (1 Corintios 10:2) y la expresión “*en Moisés*” implicaba que se hacían discípulos suyos y estaban en la obligación de reconocer su misión divina y someterse a su autoridad. La iglesia es bautizada “*en Cristo*” (Romanos 6:1-4) para una vida en santidad conforme a la del Señor Jesús.

SU MATRIMONIO

Moisés había sido criado como un príncipe y era reconocido en Egipto por donde anduviera, pero las circunstancias lo obligaron a que se apartara al desierto, no obstante, al ser invitado a la casa de Reuel (quien también es llamado Jetro) fue acogido en ella y contrajo matrimonio con Séfora, una de las siete hijas del sacerdote madianita. Madián era el nombre de un hijo de Abraham y Cetura (Génesis 25:2) quien tal vez llegó a ese lugar para establecerse con la

tribu descendiente de él y que conforme a la costumbre antigua, en cuanto a que el colonizador de un pueblo daba a éste su propio nombre, ese fue el título con que llamó a aquella ciudad ubicada al norte del desierto de Arabia, cerca del golfo. De ser así, el sacerdote de Madián debió haber retenido algunas de las tradiciones del Dios de Abraham. Tanto los madianitas como los ismaelitas, dos pueblos distintos, igual que los israelitas, descendían de Abraham, pero aquéllos eran habitantes del desierto y parece que concertaban matrimonios mixtos con los ismaelitas o con otras tribus nómadas, por lo que entonces eran considerados gentiles.

El hecho que Moisés tomara como esposa a una mujer gentil (Éxodo 2:15-21) a la madianita Séfora, cuando estaba fuera de la casa de sus padres, se constituía entonces en un paralelo de lo que siglos más tarde haría el Señor Jesús, que mientras estuvo fuera de la casa del Padre, en la tierra, tomó a la iglesia para hacerla Su esposa, la cual es en su mayoría gentil (Hechos 13:46-48). El autor Erwin Lutzer en su libro ACERCÁNDOSE CADA VEZ MÁS A DIOS (Centros de Literatura Cristiana; pp. 19) escribió que “el hombre que era reconocido instantáneamente en Egipto se había apartado para vivir en la oscuridad y la humillación. Fue invitado a la casa de Reuel y contrajo matrimonio con Séfora, una de las hijas del sacerdote y de ahí en adelante fue pastor”.

Éxodo 4:24-26

“Y aconteció en el camino, que en una posada Jehová le salió al encuentro, y quiso matarlo. Entonces Séfora tomó un pedernal afilado y cortó el prepucio de su hijo, y lo echó a sus pies, diciendo: A la verdad tú me eres un esposo de sangre. Así le dejó luego ir. Y ella dijo: Esposo de sangre, a causa de la circuncisión” .

Séfora, la esposa de Moisés, se refirió a éste como un “esposo de sangre”. Cristo descendió del cielo y en Su humillación se hizo humano, participó de carne y sangre, cortejó a Su iglesia, la conquistó, la ganó para Sí mismo con Su propia sangre, la presentará en el futuro al Padre santa, sin arruga y sin mancha, y por eso Sus redimidos podemos, como la esposa del Cordero, decir que tenemos un “esposo de sangre”. El Hijo de Dios dejó el cielo para descender a la tierra y cortejar en ella a la que sería su novia, la iglesia. Moisés dejó la gloria que le esperaba en Egipto como el hijo de la hija de Faraón y el más posible sucesor de éste (Hebreos 11:24) y en el desierto encontró a Séfora, quien sería su esposa.

Moisés con su familia, esposa e hijos, emprendieron un viaje hacia Egipto, pero antes de empezar el conflicto con Faraón, al pasar la noche en una posada, la vida de Moisés estuvo en peligro. Había un decreto divino de muerte sobre todos los primogénitos, a menos que pintaran con la sangre de un cordero los dinteles de las puertas de sus casas, lo que implicaba una creencia en el Dios que había dado esa señal como prueba de una fe en Él, no obstante, el rito de la circuncisión era también una prueba de pertenencia al Señor, lo que motivó a Séfora a que ella misma tomara un pedernal afiliado para cortar el prepucio de Gersón, el hijo primogénito de Moisés, quien estaba a punto de morir por cuanto hasta ese entonces había evitado la marca que debía ser impresa sobre el miembro viril de cada uno de los varones de Israel, no obstante, la acción de Séfora evitó la muerte de Moisés, lo que se puede constituir en un paralelo de la resurrección del Señor Jesús, al pasar de muerte a vida.

DE HUMILLADO A EXALTADO

Moisés renunció a la corte real (Hebreos 11:24-27) como Cristo, que siendo el eterno Hijo de Dios, se despojó de esa condición (Filipenses 2:5-8). Ambos casos por amor al pueblo del Señor. Cuando Moisés huyó de Egipto pasó de las riquezas a la miseria. El estado de humillación de Cristo se da en dos etapas: 1) siendo Dios se hizo hombre, y 2) como hombre se hizo siervo hasta la muerte. Después de cuarenta años de soledad en el desierto y luego otros cuarenta años soportando las humillaciones, murmuraciones y rebeliones de parte de Israel en su contra, Moisés murió sin pisar la Tierra Prometida, pero es reconocido como el personaje más destacado del Antiguo Testamento. Después de la humillación, Cristo pasó al estado de la exaltación al resucitar, ascender al cielo y esperar Su regreso a la tierra sentado a la diestra de Dios el Padre.

SU ÚLTIMO DISCURSO

El libro de Deuteronomio es el último discurso de Moisés, pronunciado un mes antes de la entrada victoriosa a la tierra de promisión de una nueva generación de israelitas, puesto que aquellos que salieron de Egipto murieron en el desierto y sólo sobrevivieron Josué y Caleb. Los capítulos 2 y 3 de Apocalipsis constituyen el último discurso del Señor Jesucristo dado a una nueva generación de cristianos y el único de Sus discípulos que aún estaba vivo era Juan el hijo de Zebedeo.

El mensaje a las siete iglesias de Apocalipsis puede compararse con el

discurso final de Moisés a Israel, por su insistencia en cuanto al amor a Dios como la primera obligación del hombre, en paralelo con la acusación del Señor Jesús a la iglesia de Éfeso por haber perdido su primer amor y su llamado al arrepentimiento (Apocalipsis 2:4-5). Moisés requirió la conquista de la Tierra Prometida en repetidas ocasiones en el quinto libro del Pentateuco, y el Señor Jesucristo hizo una séptuple llamada para vencer al enemigo, prometiendo en cada una de ellas una recompensa. Moisés advirtió contra la incredulidad, el espiritismo, la idolatría y la imitación de las costumbres, prácticas y cultos paganos (Deuteronomio 18:9-14) y el Señor Jesús advirtió en contra de ciertos errores doctrinales que se habían introducido en la iglesia. La conclusión del último discurso de Moisés al pueblo de Israel (Deuteronomio 30: 14-20) es muy semejante a las palabras con las que el Señor Jesús concluyera “el sermón del Monte”, puesto que en ambos hay una advertencia a la obediencia.

SU SUCESOR

Moisés dejó como sucesor a Josué, quien se encargaría de guiar y liderar a Israel en la conquista de la Tierra Prometida después de su partida (Deuteronomio 31:1-23). El Señor Jesús prometió a Sus discípulos que cuando Él se fuera no quedarían solos porque enviaría un Consolador, el Espíritu Santo (Juan 14:16; 16:7-11).

SU MUERTE Y ASCENSIÓN

El Señor Jesucristo le rogó al Padre en el huerto de Getsemaní para que pasara, de ser posible, la copa que tenía que beber, pero así como a Moisés no se le permitió pisar la tierra de promisión, al Señor Jesús se le negó también Su petición. El Hijo de Dios sufrió la ira santa del Padre por los pecados de los hombres, así como Moisés la padeció por los israelitas, negándosele el ingreso a la tierra de Canaán, pero así como éste pudo observar desde un monte el terreno que iba desde Galaad hasta Dan (Deuteronomio 34:1) el Señor Jesucristo pudo contemplar desde el monte Calvario el cumplimiento de la promesa de la salvación de Su iglesia.

Moisés desapareció de la vista del pueblo, ascendió al Monte Nebo en donde murió y nadie sabe en dónde está su tumba, ni aún la arqueología ha descubierto el sitio donde yace su cuerpo, lo que representa que el Señor Jesús, aunque murió y fue sepultado, la tumba donde le colocaron está vacía. Jesucristo murió crucificado en el monte Calvario, resucitó, permaneció cuarenta días con Sus

discípulos para luego desaparecer de la vista de ellos y ascender al cielo.

SU REGRESO A LA TIERRA

En el monte de la Transfiguración, Moisés quien había muerto hacía mil quinientos años, regresó a la tierra, acompañado de Elías, aquel personaje del Antiguo Testamento que no sufrió la muerte (2 Reyes 2:11) lo que simboliza la segunda venida de Cristo a la tierra, acompañado de huestes celestiales. En cuanto a esta figura profética, el autor W. T. Wolston escribió lo siguiente en su libro titulado SIMÓN PEDRO (Editorial Clie; pp. 71): “Este cuadro puede ser considerado como una representación en miniatura del reino venidero del Señor Jesús. Su aspecto celestial está representado por la persona de Moisés, el que había muerto y que había de ser resucitado; Elías prefigura a aquellos que serán redimidos sin la necesidad de morir. De estas dos clases se compondrá la compañía de los que formen el cuerpo de Cristo, algunos resucitados y otros arrebatados al cielo en la segunda venida de Él”.

En cuanto al regreso de Moisés a la tierra, Robert C. Sproul, en su libro LA GLORIA DE CRISTO (Editorial Unilit; pp. 104) se refirió así: “Moisés no cruzó la Tierra Prometida. Finalmente, llegó hasta allí, pero, no obstante, por otra ruta. No atravesó el río Jordán durante su vida terrenal. No cruzó para entrar en Israel sino que bajó desde el cielo a Israel. Después de muchos siglos estuvo, por fin, en la Tierra Prometida mientras hablaba cara a cara con el Prometido”.

PARALELO ENTRE EL SEÑOR JESÚS Y LA PASCUA

Los israelitas que entendieron el significado de la Pascua y la simbología que se encuentra en ella, pudieron reconocer al Mesías profetizado y prometido en el Antiguo Testamento (Ver Capítulo 6 del presente libro en la sección Los Sacrificios Prescritos en La Ley).

1 Corintios 5:7

“Limpiaos, pues, de la vieja levadura, para que seáis nueva masa, sin levadura como sois; porque nuestra pascua, que es Cristo, ya fue sacrificada por nosotros” .

La primera Pascua fue celebrada por el pueblo de Israel exactamente un día antes del paso del mar Rojo. Igualmente la primera Cena del Señor se efectuó el día anterior al sacrificio de Cristo en el Calvario. Así como el pueblo de Israel escapó de la ira del Destructor porque sus puertas estaban marcadas con la sangre de los corderos que se habían sacrificado, de acuerdo a las indicaciones dadas a Moisés, en la actualidad es la preciosa sangre del Cordero de Dios la que ha marcado a los que escapamos de la ira del Creador. El nuevo pacto no parece desligado del antiguo, por el contrario, surge de aquel y lo completa. Con respecto a la celebración de la Pascua en Egipto y a la obediencia de los israelitas, lo que evitó la muerte de los primogénitos, el escritor Stanley M. Horton, en su libro *EL ESPÍRITU SANTO REVELADO EN LA BIBLIA* (Editorial Vida; pp. 113) escribió lo siguiente: “Solamente la primera Pascua fue un sacrificio eficaz en el sentido en que protegió de la muerte. En manera similar, el sacrificio de Cristo sobre la cruz fue la ofrenda hecha una vez y para siempre, de su cuerpo y de su sangre, en nuestro favor (Hebreos 10:12)”. En cuanto a la comparación entre el Señor Jesús y la Pascua, Charles Hodge, en su *COMENTARIO A PRIMERA DE CORINTIOS* (Estandarte de la Verdad; pp. 81) escribió lo siguiente: “Cristo es nuestra pascua, no porque haya sido sacrificado el día en que el cordero pascual era ofrecido, sino porque hace por nosotros lo que el cordero pascual hacía por los hebreos. De la manera que la sangre de aquel cordero puesta sobre los postes y en el dintel de las casa garantizaba a Israel la exención del golpe del ángel destructor, así también la sangre de Cristo garantiza a los cristianos el ser eximidos de la acción de la espada de la justicia divina. Cristo fue muerto por nosotros en el mismo sentido en que la pascua fue muerta por los hebreos. Fue una muerte vicaria”.

CONTRASTE ENTRE EL SEÑOR JESÚS Y MOISÉS

Si por un sólo momento hubiera vacilado Cristo frente a las tentaciones de Satanás, nuestro linaje se hubiera perdido para siempre y el plan de la redención habría resultado un irreparable fracaso. Moisés falló una vez y esto le cerró la entrada a la tierra de promisión. En el libro de Hebreos, Cristo es comparado con Moisés en dos formas: Primero le vemos como superior en gloria y honra (Hebreos 3:3) como lo es un constructor de la casa, de ésta misma, y luego, la superioridad de Su privilegiada posición de Hijo eterno de Dios.

PARALELO ENTRE EL SEÑOR JESÚS Y JOSUÉ

SU NOMBRE

El nombre personal de Jesús, es la forma latinizada que se deriva del griego “Iesous”, transcripción del hebreo Jeshua, forma tardía de Jehoshua o Joshua, es decir, Josué, que significa “Jehová es salvación”. Al principio, el nombre de Josué era Oseas, del hebreo “*Hoshea*”, que significa “salvado” o “salvación”, pero le fue cambiado por Moisés cuando fue escogido como uno de los espías que inspeccionarían la tierra de promisión (Números 13:8,16).

Francisco Lacueva, en su libro *LA PERSONA Y LA OBRA DE JESUCRISTO* (Editorial Clie; pp. 70) dice al respecto basándose en la opinión de un rabino, que “dicho nombre proviene del verbo hoshia (forma hiphi) de yashah = ayudar, liberar, salvar)... Moisés había cambiado el nombre Hosheah = él ayudó, en Yehoshua = él ayudará, con lo que al nombre anterior se le añadía como prefijo la letra Y, con la que comienza el más típico nombre de Dios (Yahveh) y se daba a entender que el mismo Dios que hasta entonces había ayudado a Su pueblo, le había de salvar también en el futuro”.

Los espías israelitas le dieron a Rahab una señal, la cual consistía en atar un cordón de grana a la ventana, y ésta la distinguiría, junto con su familia, de los demás habitantes de Jericó (Josué 2:18). Josué salvó la vida de Rahab y la de sus familiares (Josué 6:17, 25) en respuesta a la señal de la mujer, prefigurando que todos los que creyeran y esperaran en Dios tendrían liberación por la sangre del Señor.

LA GUÍA Y ESTABLECIMIENTO DEL PUEBLO

Josué dirigió al pueblo de Dios hasta la tierra de promisión y el hecho de suceder a Moisés en esta labor, así como el Evangelio sucede a la ley (Hechos 13:19) hace de este caudillo militar un tipo de Cristo. La ley fue dada por Dios en el monte Sinaí, pero era en la tierra de promisión en donde ésta se cumpliría cuando el pueblo judío conquistara Canaán. Esto era un tipo de lo que sucedería con el primer advenimiento del Señor Jesucristo a la tierra, Quien expondría en

un monte su plan de gobierno (capítulos 5, 6 y 7 de Mateo) para que Sus discípulos lo manifestaran luego de Su ascenso al cielo.

Fue Josué quien introdujo al pueblo de Israel a la tierra de Canaán, como una sombra del reposo y la victoria espiritual que el Señor Jesús ofrece a Su pueblo. Así como Josué asignó a las tribus el territorio correspondiente a su herencia, e incluso las ciudades de refugio (capítulos 13-21 del libro de Josué) en el Señor Jesucristo tenemos una heredad asegurada (Efesios 1:3-14; Colosenses 1:12). Dios siempre se ha relacionado con los Suyos a través de un sólo individuo que representa a Su pueblo, de manera que al haber escogido a Josué, proveía para Israel un pastor y mediador como Moisés, dos oficios que apuntaban a la labor del Señor Jesús, y asimismo fue llenó del “*espíritu de sabiduría*” (Deuteronomio 34:9) como lo sería el Mesías (Isaías 11:2).

PARALELO DE LAS PIEDRAS DEL TESTIMONIO (Josué 22)

Los rubenitas, los gaditas y la media tribu de Manasés, después de haber ayudado al resto del pueblo de Israel a conquistar la Tierra Prometida y ser despedidos por Josué para ocupar la región que habían visto al oriente del río Jordán, edificaron un altar (v. 11) no para ofrecer holocaustos ni sacrificios, sino para dar un testimonio perdurable en cuanto a que las doce tribus eran una sola nación (v. 24-25). Asimismo aquel altar construido de piedras junto al río Jordán era un testimonio de la libertad de la esclavitud en Egipto y de la conquista de la Tierra Prometida para las generaciones futuras, como la cruz en la que Cristo murió sería un testigo de la redención de la humanidad para la vida eterna.

SU FAMA

Josué 6:27

“Estaba, pues, Jehová con Josué, y su nombre se divulgó por toda la tierra” .

La conquista de la Tierra Prometida y especialmente la toma de Jericó, se divulgaron por gran parte del territorio al occidente del río Jordán, de manera que Josué fue reconocido por los cananeos, así como la fama del Señor Jesús se difundiría por Siria (Mateo 4:24) al iniciar Su ministerio terrenal y luego por toda Palestina (Mateo 9:26) siglos más adelante.

PARALELO ENTRE EL SEÑOR JESÚS Y LOS JUECES

La época de los jueces se caracterizó por ser un tiempo en que Israel se movía en un círculo vicioso de pecado y apostasía (Jueces 17:6; 21:25) y como consecuencia eran castigados por medio de la opresión de los pueblos vecinos, pero clamaban a Dios en su aflicción, Él levantaba un juez que les liberaba de los opresores, para años más tarde volver a caer en el pecado y la apostasía.

Durante tres siglos aproximadamente, el destino de Israel apareció bajo la dirección de catorce jueces (doce son nombrados en el libro de Jueces y dos de ellos, Elí y Samuel, en 1 Samuel) que surgían para liberar al pueblo de los enemigos opresores. Estos hombres juzgaban a Israel ejerciendo un reinado local bajo la dirección de Dios, sin embargo, no eran gobernantes nacionales que se sucedían en el poder como ocurriría en la época de la monarquía, puesto que normalmente dirigían sólo a una tribu, a la que pertenecían. La estrecha relación entre Jehová y el juez se evidencia por la siguiente declaración: *“Y cuando Jehová les levantaba jueces, Jehová estaba con el juez, y los libraba de mano de los enemigos todo el tiempo de aquel juez; porque Jehová era movido a misericordia por sus gemidos a causa de los que los oprimían y afligían”* (Jueces 2:18).

Durante el período de los jueces existió mucha desunión en Israel debido a las luchas internas y externas, lo que conllevó a la deslealtad del pueblo hacia el único y verdadero Dios, pero durante ese tiempo aparecieron ministerios y victorias por medio de figuras llamadas “jueces” que culminaron con Samuel. La dirección que Dios ejercía sobre ellos para que gobernaran como Sus representantes, la libertad momentánea que le ofrecían al pueblo por un corto tiempo y la derrota a los opresores, hacían de la labor de los jueces un paralelo con el sacrificio de Cristo en la cruz para darle libertad eterna a un pueblo que se había apartado de Dios. Sin ellos el pueblo estaba perdido y sin un representante delante Dios. Algo que caracterizaba a los jueces o libertadores era que el Espíritu de Jehová venía sobre algunos de ellos, como Otoniel (Jueces 3:10) Gedeón (Jueces 6:34) Jefté (Jueces 11:29) y Sansón (Jueces 14:6,19; 15:14) como estuvo con Cristo (Mateo 3:16; Lucas 3:22) y aquéllos apacentaban al pueblo de Dios (1 Crónicas 17:6).

En la época de los jueces hubo un levita de la tribu de Judá, nacido en Belén (Jueces 17:7-12) que, sin ser descendiente de la tribu de Leví, la encargada de ministrar los asuntos referentes a los oficios sagrados, ejerció el sacerdocio. El Señor Jesús, en la carne, igualmente nació en Belén, y siendo de la tribu de Judá (Apocalipsis 5:5) mas no de la de Leví, ejerció el oficio de sacerdote.

PARALELO ENTRE EL SEÑOR JESÚS Y BOOZ

En el Antiguo Testamento se encuentran varios términos para definir la palabra “redención”. Uno de ellos es el verbo hebreo “*ga'al*”, que significa rescatar para devolver a su legítimo dueño algunos de sus bienes, casas o personas. Su participio “*go'el*”, indica al pariente más cercano para efectuar el rescate o para vengar la sangre de su familiar, expresando la idea que el pariente más próximo tenía la obligación de responder por un miembro de la familia que estuviera pasando por dificultades, bien fuera por la pérdida de sus bienes o de su libertad. Un ejemplo bíblico del rescate de un pariente cercano es el que realizó Booz con la moabita Rut, la bisabuela del rey David (Rut 4:4-6) tipificando la redención que el Hijo de Dios realizó, Quien al hacerse hombre, pariente nuestro (Hebreos 2:11-14) cumplió las cuatro condiciones que la ley imponía a quien efectuara el rescate.

Las cuatro condiciones eran:

- 1) Debería ser pariente.
- 2) Debía tener capacidad para pagar el precio.
- 3) Debería estar libre de acusación alguna quien iba a rescatar.
- 4) Debía desear realizar el rescate.

Booz cumplía con los cuatro requisitos, puesto que era pariente del difunto Elimelec, como dueño de una hacienda tenía la capacidad de pagar el precio el rescate, estaba libre de culpa alguna y por su amor a Rut deseaba redimirla. La tarea del pariente redentor en el sistema levítico consistía en liberar de la pobreza, restaurar la tierra a su propietario original y asegurar la justicia para el pariente oprimido. Lo que Booz hizo con Rut fue un anticipo de lo que un poco más de mil años después haría Cristo por la iglesia, Su esposa. El Señor Jesús,

nuestro Pariente más cercano, nos introdujo en la familia de Dios, como hizo Booz con Rut, pagando el precio de nuestros pecados cuando fue a la cruz del Calvario en lugar nuestro.

La moabita Rut trabajó en los sembrados de Booz como extranjera, sin embargo, por la redención de éste, de ser una sierva se transformó en la esposa del dueño. El Señor Jesucristo nos ha redimido, cambiando nuestra condición de pecadores y esclavos por la de herederos del reino al ser coherederos Suyos. En concordancia con el concepto paulino de Efesios 5:22 en cuanto a que el esposo es la cabeza de la mujer, se debe tener en cuenta que Rut, como viuda, carecía de una cabeza familiar que la representara, protegiera, cuidara y proveyera para sus necesidades, una labor que voluntariamente asumió Booz, constituyéndose esto en una figura de como Cristo llegaría a ser la Cabeza representativa y natural en el pacto de obras que Dios concertó con el hombre mediante la primera pareja al comienzo de la creación (Génesis 2:6-17) pero que Adán, al desobedecer, trajo como consecuencia la muerte para toda la humanidad.

LA CIUDAD DE BELÉN

Elimelec, su esposa e hijos, eran de Belén (Rut 1:1) y al volver Noemí de nuevo a su ciudad natal siendo viuda, hace suponer que Booz, el pariente de su esposo, también era oriundo de Belén, o que por lo menos vivía allí, en la población en donde nacieran el rey David y el Señor Jesús.

LA LEY COMO EL “AYO” DE LA GRACIA

Rut 4:16

“Y tomando Noemí el hijo, lo puso en su regazo, y fue su aya” .

Así como Noemí fue la nodriza de Obed, el hijo de Booz y Rut, la ley, la cual le fue dada a Israel, lo fue de la gracia (Gálatas 3:24) que le fue otorgada a la iglesia, la esposa del Cordero de Dios.

SU MATRIMONIO

Las nupcias de Booz y Rut luego de la misericordia que aquél mostrara hacia la moabita, se suma a la de los casos de los matrimonios de José y Moisés con mujeres gentiles, los cuales son una hermosa prefiguración de las bodas del Cordero, un evento que se llevará a cabo luego de la misericordia que mostrara

Cristo para con Su esposa, la iglesia, conformada en su mayoría por gentiles. Antes del matrimonio, Rut trabajó en los campos de Booz como sierva y extranjera, pero con la redención efectuada por él, la convirtió en la esposa del dueño de la hacienda, es decir, que de viuda, sierva y advenediza, cambió su condición y pasó a ser ama, dueña, esposa y heredera, así como cada miembro de la iglesia del Señor ha pasado de ser esclavo del pecado a coheredero con Cristo (Romanos 8:17).

EL PAPEL DE CONSOLADOR

Booz consoló a Rut aún antes de contraer matrimonio con ella (Rut 2:13) y el Señor Jesús es el Consolador de la iglesia, por cuanto dijo: *“Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre”* (Juan 14:16) y al emplear la palabra “otro”, implicaba que había Uno que reemplazaría en Su oficio a Aquel que estaba por partir, y se refería al Espíritu Santo.

PARALELO ENTRE EL SEÑOR JESÚS Y DAVID

De todos los tipos de Cristo en el Antiguo Testamento uno de los personajes más notables y extraordinarios es David, quien se destacó en la música y en la poesía. Nacido en Belén como Jesús, era un simple pastor de ovejas que prefiguraba al Mesías como el gran Pastor, y también era un desterrado y afligido que tipificaba a Cristo como el Varón experimentado en dolores. Luego de ser perseguido al fin llegó a ser rey, simbolizando el oficio real del Hijo de Dios. David es un cuadro profético del Rey eterno rechazado en los siglos del Antiguo Testamento cuando el pueblo de Israel solicitó ser gobernado por un rey visible como las demás naciones, pero que conquistó la corona para llevarla por todas las edades.

El escritor Pablo Hoff, en su libro titulado LOS LIBROS HISTÓRICOS (Editorial Vida; pp. 141-142) describe así al rey de Israel: “David es uno de los personajes más brillantes de la historia hebrea. Tenía una personalidad de extraordinaria complejidad y versatilidad. Como genio militar, no tuvo rival; como gobernador capaz y justo, no tuvo igual; como poeta fue sin par. Se

destacan los grandes rasgos de su carácter: su valentía, su suprema confianza en Dios, su lealtad, su generosidad y su espíritu dispuesto a perdonar... David fue el más grande de los reyes de Israel”.

Siete veces en el Evangelio de Mateo, el Señor Jesús es llamado el Hijo de David (Mateo 1:1; 9:27; 12:23; 15:22; 20:31,32; 21:9-15 y 22:42) y la genealogía lo representa como descendiente suyo, pero ese título no era una descripción completa del Mesías, puesto que recalcaba simplemente el árbol genealógico de un hombre, como en el caso de muchos judíos. De los nombres humanos del Señor Jesucristo, el primero y el último mencionados en el Nuevo Testamento (Mateo 1:1; Apocalipsis 22:16) tienen que ver con su descendencia de David.

SU NOMBRE

Isaías 11:1

“Saldrá una vara del tronco de Isaí, y un vástago retoñará de sus raíces” .

El término hebreo “*tsemach*” proviene de una raíz que significa “brotar” y ha sido transliterado al idioma castellano como “vástago”. La idea que aquí se presenta es que la familia de Isaí, el padre de David, había de ir con el tiempo a la decadencia, como un tallo podrido, pero de esta misma ruina vendría Aquel que heredaría el trono para siempre. Del tronco de Isaí nacería un “Vástago”, un retoño que de todos los reyes que menciona la Biblia que gobernaron sobre el pueblo de Dios, sería el mejor. Este fue David, el hijo menor de Isaí, y sobre quien solamente tendría supremacía el reinado del Mesías, un Descendiente suyo en la carne, por lo tanto, el Señor Jesús también es un descendiente de Isaí, y Él es el “Vástago” o el “Brote” de una raza arruinada, a la que se propuso redimir. La humanidad había caído en ruinas cuando de sus podridas raíces brotó esta nueva y celestial Rama que había de “florecer y echar renuevos”.

El profeta Isaías miró retrospectivamente en el tiempo a David y prospectivamente observó al Señor Jesús, para llamarlos a ambos “Vástago” o “Vara del tronco de Isaí”. Algunos registros bíblicos como Hechos 2:29-30 y 13:22-23 indican que Cristo, según la carne, era descendiente del rey David y del linaje de Isaí. Otro paralelo al respecto, incluye las promesas de parte de Dios de engrandecer el nombre de David y mantener una relación de bendición con él y sus descendientes (2 Samuel 7:13-16).

El apóstol Juan confirmó que el pasaje de Isaías 11:1-2 hace referencia al Señor Jesús específicamente, por cuanto “los siete Espíritus” es decir, el séptuplo ministerio de Dios, presentado como las siete operaciones del Espíritu Santo en relación con Cristo, reposan sobre el Descendiente del rey David (Apocalipsis 5:5; 22:16). Por otra parte, el nombre “David” en hebreo significa “amado” y Dios el Padre dijo del Señor Jesús en dos oportunidades: “*Este es mi Hijo amado en quien tengo complacencia*” (Mateo 3:17; 17:5). David también es llamado por Dios, “*David mi siervo*” (2 Reyes 19:34; 20:6; Salmo 89:3,20) como también se le denominaría algunos años más tarde de manera profética al Hijo de Dios (Isaías 42:1).

OTROS NOMBRES

David fue llamado “ángel de Dios” (1 Samuel 29:9; 2 Samuel 14:17,20; 19:27); “hijo de Isai” (1 Samuel 20:30,31; 22:8,13; 25:10; 2 Samuel 20:1; 23:1; 1 Reyes 12:16; 1 Crónicas 10:14; 12:18; 29:26; 2 Crónicas 10:16); “ungido de Dios (2 Samuel 23:1); “varón de Dios” (2 Crónicas 8:14); “rey de Israel” (2 Crónicas 35:4); “mi siervo” y “mi escogido” (Salmo 89:3,19-20) y “príncipe” (2 Samuel 5:2; 1 Crónicas 17:7) nombres que la Escritura le ha asignado al Señor Jesús. Igualmente, el rey David fue llamado “lámpara de Israel” (2 Samuel 21:17) y el Señor Jesús declaró que Él es “la Luz del mundo” (Juan 8:12). Del mismo modo Jerusalén es llamada la “ciudad de David” (2 Samuel 5:7,9) o “ciudad del gran Rey” (Salmo 48:2) en la primera haciendo referencia a David, quien la conquistó, y en la segunda a Cristo, Quien la creó.

SU NACIMIENTO

Los dos, el Señor Jesús y David, son descendientes de la tribu de Judá y nacieron en la misma ciudad, la pequeña Belén de Judea, en circunstancias similares, cuando la lámpara de Dios había llegado a oscurecerse en el templo, y Su Palabra escaseaba en aquellos días, haciéndose necesaria la presencia de un profeta. En el caso de David, años antes de su nacimiento Dios levantó a Samuel y en el de Jesús, al último de los profetas, a Juan el Bautista, para que ellos anunciaran al futuro rey de Israel.

LAS GENEALOGÍAS DEL SEÑOR JESUCRISTO

La genealogía de Mateo registra el árbol genealógico paterno del Señor Jesús y la de Lucas su ancestro familiar materno. Los autores Josh McDowell y Don

Stewart, en su libro RESPUESTAS A PREGUNTAS DIFÍCILES DE LA BIBLIA (Editorial Vida; pp. 72) escribieron que: “El propósito de las dos genealogías es demostrar que, en sentido estricto, era descendiente de David. A través de su padre legal, José, Él heredó «por ley» el linaje real, mientras que por su madre era descendiente directo del rey David. Así que Jesús tenía pleno derecho al trono de David”.

SU FAMILIA

David era el menor de los ocho hijos de Isaí (1 Samuel 16:10-11; 1 Crónicas 2:13-15 y tenía dos hermanas (1 Crónicas 2:16) siendo en su orden, Eliab, Abinadab y Sama, los tres hermanos mayores (1 Samuel 16:6-9; 17:13). El Señor Jesús era el mayor de los cinco hermanos varones nacidos en el hogar de José y María (Mateo 13:55; Marcos 6:3) y de la expresión “*todas sus hermanas*” (Mateo 13:56) se deduce que por lo menos tenía dos hermanas.

En cuanto al número que ocupaba David entre sus hermanos, y comparándolo con Cristo, el autor Wim Malgo, en su libro EL CONTROL TOTAL (Editorial Llamada de Medianoche; pp. 42) escribió así al respecto: “Cristo no ha sido solamente un hombre perfecto, pues entonces tendría el número 777. Él es mucho más. Él es la vida y la resurrección: 888. El número de la resurrección y de la vida nueva es el 8. Cristo resucitó el primer día de la semana; el primer día también es el octavo día de la semana. Noé y su familia pasaron sanos y salvos por el juicio del diluvio. Eran 8 personas (2 Pedro 2:5) y llegaron a ser los fundadores de una nueva generación. David que representaba al Mesías, era el octavo hijo de Isaí (1 Samuel 16:10-13)”. Y el mismo autor también escribió así (Idem pp. 78): “Cada uno de sus ocho nombres, como son usados en el Nuevo Testamento (Señor, Jesús, Cristo, Señor Jesús, Jesucristo, Cristo Jesús, Cristo el Señor, Señor Jesucristo) tiene un valor numéricos que es múltiplo de ocho”.

Cuando el profeta Samuel llegó a la casa de Isaí para ungir al futuro rey de Israel, hizo desfilar a todos sus hijos varones, con excepción de David, quien apareció después de la insistencia del profeta (1 Samuel 16:5-11). Este acontecimiento y el que ocurrió en la guerra entre Israel y los filisteos (1 Samuel 17:17-18, 26-28) da a entender que David era rechazado, despreciado y menospreciado por su familia y no creían en él, sin embargo, después de un tiempo creyeron en su labor (1 Samuel 22:1). Igualmente los hermanos del Señor Jesús le rechazaron y no creían en Él (Juan 7:1-5) no obstante, poco tiempo después se unieron a la iglesia e incluso las cartas de Santiago y Judas, sus

hermanos maternos, fueron registradas en el canon del Nuevo Testamento. Algunos primos del rey David, los hijos de Sarvia, le seguían (2 Samuel 2:18) y Juan el Bautista era familiar cercano del Señor Jesús (Lucas 1:36) debido al parentesco de María y Elizabet.

David fue enviado por su padre a suplir las necesidades de sus hermanos en la guerra (1 Samuel 17:20) como el Señor Jesús fue enviado por Su Padre a la tierra con el propósito de ser para la iglesia el Pan de vida (Juan 6:35). En una oportunidad David encomendó a sus padres al cuidado de alguien que podía hacerlo en lugar de él (1 Samuel 22:3) así como el Señor Jesús lo hizo antes de morir, al encomendar a su madre al cuidado de Juan, el discípulo amado (Juan 19:26-27).

SU RELACIÓN CON DIOS PADRE

David reconoció la ley de Moisés como la Palabra de Dios (1 Reyes 2:3) y motivó a su hijo Salomón para que él también lo hiciera. En los labios del Señor Jesús estaban constantemente las palabras de la ley, y Él enseñó a Sus discípulos a observarla. En momentos de angustia, David clamó a Dios con las mismas palabras que mil años más tarde dijera el Señor Jesús estando en la cruz (Salmo 22:1; Mateo 27:46). Por su vida ejemplar David fue levantado en alto (2 Samuel 23:1) como el Señor Jesús después de una perfecta obediencia hasta la muerte, Su humillación se cambió en exaltación para estar sentado a la diestra del Padre.

A pesar de los pecados que pudieron estropear su imagen y su vida personal, David es considerado un hombre perfecto, y es llamado en la Biblia *“un varón conforme al corazón de Dios”* (1 Samuel 13:14) puesto que su propósito supremo era obedecer la voluntad de Dios. La prioridad de Cristo era hacer la voluntad del Padre (Juan 4:34). El deseo de David era permanecer en el templo, en la presencia de Dios (Salmo 26:8, 27:4) y el del Señor Jesús era volver a la gloria, junto a Dios el Padre (Juan 17:5). David le aconsejó a su hijo Salomón que guardara la ley de Moisés y que fuera obediente a ella (1 Reyes 2:3) como el Mesías lo haría con Sus discípulos (Mateo 23:2-3).

SU EXPERIENCIA EN LA ADOLESCENCIA

Siendo adolescente y mientras cuidaba las ovejas de su padre se enfrentó a un león y a un oso, de acuerdo a lo que le relató a Saúl antes de vencer al gigante Goliat con una piedra y derribarlo a tierra (1 Samuel 17:34-36,49). El profeta

Daniel interpretó el sueño que tuvo el rey Nabucodonosor con una imagen muy grande (Daniel 2:28-45) que representaba los cuatro imperios mundiales. El sueño concluye con la imagen derribada en el suelo por una piedra (Daniel 2:34-35) profetizando la victoria de Cristo, la Roca eterna de los siglos, sobre el reinado satánico del anticristo. Aquellos cuatro imperios fueron representados también por cuatro bestias (Daniel 7:1-7) la primera es un león y la segunda un oso. Lo que hizo David con los animales que atacaban su rebaño y la derrota de Goliat herido en la cabeza (Génesis 3:15) con una piedra, son un cuadro profético de la victoria de Cristo sobre el enemigo, a Quien en ocasiones la Sagrada Escritura le describe como una Roca. La bestia escatológica es semejante a un leopardo con pies de oso y boca de león (Apocalipsis 13:2) y también será derrotada por el Hijo de Dios.

El cayado o la vara y las cinco piedras escogidas del arroyo con que se armó David para enfrentar al gigante Goliat (1 Samuel 17:40) bien podrían, en forma tipológica, representar la armadura del cristiano en su lucha diaria contra Satanás, así: el cayado simboliza la Sagrada Escritura, las cinco piedras lisas del arroyo (1 Samuel 17:40) los cinco ministerios con que Cristo edifica a Su iglesia (Efesios 4:11-13) y el río, por el fluir de sus aguas, representa el poder del Espíritu Santo. David le anunció a Goliat que al derrotarlo, los cuerpos de los filisteos serían dados a las aves de los cielos después de la guerra (1 Samuel 17:46) como luego de la batalla final, los enemigos del Señor serán entregados como alimento para los pájaros que vuelan en medio del cielo (Apocalipsis 19:17-18) o más precisamente, a las aves de rapiña.

El pequeño guerrero que derrotó al gigante Goliat que los soldados experimentados y diestros en batalla no pudieron enfrentar sorprendió enormemente al rey Saúl, pero éste perseguiría más tarde a David con el objetivo de matarlo. Siendo un adolescente de tan sólo doce años, Jesús sorprendió en el templo a los doctores de la ley (Lucas 2:41-47) que años más tarde le perseguirían y le darían muerte. La derrota a Goliat y las demás victorias temporales de David, fueron consideradas como figuras del triunfo espiritual y final del Hijo de Dios sobre Su adversario, el diablo.

OTRA EXPERIENCIA ANTES DE LLEGAR AL TRONO

En la época de los días finales del reinado de Saúl, algunos amalecitas invadieron, asolaron y quemaron Siclag (1 Samuel 30:1-26) una ciudad ubicada en el extremo sur de Judá (Josué 15:31) que perteneció a los filisteos, pero que

Aquis, el rey de Gat, se la había dado a David (1 Samuel 27:5-6) quien en ese entonces era vasallo suyo mientras huía de Saúl. A pesar del daño físico que causaron los amalecitas, además de secuestrar a las mujeres y a los niños que había en ella, David los persiguió hasta derrotarlos y recuperar tanto el botín como a los rehenes de aquella invasión. Después de rescatar las pertenencias que le correspondían a los integrantes del ejército de David, éste tomó de los amalecitas su ganado, el cual fue repartido entre todos sus siervos, bien le hubieran acompañado o no a la guerra, a pesar de la queja de quienes habían arriesgado sus vidas al ir a combatir a los enemigos por causa de quienes se habían quedado en el camino y no les acompañaron a la batalla. Aquella actitud de David es muy semejante al relato del Señor Jesús en la parábola de los obreros de la viña (Mateo 20:1-16) en la que todos los labradores recibieron el mismo pago del jornal, tanto aquellos que durante todo el día trabajaron y soportaron “*la carga y el calor del día*”, como aquellos que nada más laboraron una sola hora.

EL INICIO DE SU MINISTERIO

Antes de subir al trono de Israel y cuando era perseguido por Saúl, David estuvo en varias ocasiones en el desierto (1 Samuel 23:14-15,19,24; 24:1; 25:1,14; 26:1-2) como igualmente estuviera Cristo antes de iniciar Su ministerio terrenal (Mateo 4:1). Lucas 3:23 dice: “*Jesús mismo al comenzar su ministerio era como de treinta años...*”. Esta era la edad que tenía David cuando fue proclamado rey (2 Samuel 5:4) y los sacerdotes y levitas cuando comenzaban su servicio en el templo. El trono de David fue primero ocupado por un rey usurpador y desobediente a Dios, Saúl, tipo del diablo pretendiendo en su rebeldía ocupar el lugar que eternamente le corresponde al Hijo de Dios.

David fue ungido por el profeta Samuel antes de ser proclamado rey de Israel, como el Señor Jesús fue bautizado por su precursor, Juan el Bautista, para iniciar una nueva dispensación, en la que la nueva vida de la iglesia de Cristo reemplazaría la falsa religión practicada por los sacerdotes de Israel, como Saúl fue destituido del reino por ser desobediente y fue sustituido por un rey conforme al corazón de Dios.

LA TRIPLE CORONACIÓN DE DAVID

David fue coronado tres veces como el rey de Israel. La primera cuando Samuel lo ungió, derramando aceite sobre su cabeza en la casa de Isaí, su padre (1 Samuel 16:12-13) la segunda cuando pasó a ser rey sobre la casa de Judá, para reinar por siete años y medio (2 Samuel 2:4,11) y la tercera, cuando se convirtió en el rey de todo Israel, gobernando durante treinta y tres años (2 Samuel 5:3-5) las tres en épocas diferentes. En forma paralela, al Señor Jesús le colocaron una corona de espinas que le horadó Su cráneo (Juan 19:2) sin embargo, ya no para humillarlo sino reconociéndolo como Rey, será coronado en una segunda ocasión por los creyentes (Apocalipsis 4:9-11) y regresará a la tierra triunfante, conforme a la escuela escatológica dispensacionalista después de siete años, y se le coronará como Rey de reyes (Apocalipsis 19:16).

Los reyes de Israel eran ungidos antes de iniciar su gobierno y el Espíritu de Jehová sin excepción estuvo sobre David (1 Samuel 16:13; 2 Samuel 23:2) como también estuvo sobre el Señor Jesús (Mateo 3:16; Lucas 3:22). Por otra parte, Dios declaró que David apacentaría a Israel (1 Crónicas 11:2) e igualmente Cristo apacentaría al pueblo del Señor (Mateo 2:6).

SU REINADO

2 Samuel 5:4

“Era David de treinta años cuando comenzó a reinar, y reinó cuarenta años” .

David fue el primero gobernante que consiguió para Israel la posesión de todo el territorio prometido a Abraham, luego de capturar la ciudad de Jerusalén y convertirla en su capital, reinando desde allí sobre todas las tribus de Israel, habiéndolo hecho con anterioridad durante siete años sólo sobre la de Judá, en Hebrón. Se convirtió en el rey más carismático y popular que jamás tuviera Israel, de tal modo que durante un milenio, después de su muerte, los judíos recordaban su reinado como una edad de oro.

Hay algunos Salmos que celebran diversas características del reinado davídico y de su base en Sión (Salmo 2:8; 72:8-11; 110:6). La idea fundamental de estos Salmos reales es que David y su descendiente en el trono, es decir el Señor Jesús, gobernarían sobre todas las naciones de la tierra. Los salmistas tenían en mente algo más allá de las estadísticas del trono de David. Más bien veían que detrás de éste se encontraba la silla real del propio Hijo de Dios.

Ninguna institución fue más visible en la historia y en la tradición del pueblo

de Israel como el oficio real y es David quien representa la máxima expresión de ese cargo. No hubo en Israel otro rey que gobernara como él, y todos aquellos que le sucedieron ocupando el trono eran comparados con David. De Ezequías, por ejemplo, que también fue un excelente monarca, la Escritura dice: “*E hizo lo recto ante los ojos de Jehová, conforme a todas las cosas que había hecho David su padre*” (2 Crónicas 29:2).

Con respecto al reinado de David y su descendencia real, el autor Robert C. Sproul, en su libro titulado SIGUIENDO A CRISTO (Editorial Unilit; pp. 26-27) escribió lo siguiente: “Recordemos que el reino veterotestamentario del rey David había sido la Edad de Oro de Israel. David se destacó como héroe militar y como monarca. Sus hazañas militares extendieron las fronteras de la nación desde Dan hasta Beerseba. Durante el gobierno de David, Israel emergió como una de las grandes potencias mundiales y disfrutó de gran fuerza militar y prosperidad. La Edad de Oro empezó a empañarse con los proyectos de construcción de Salomón y acabó por extinguirse cuando la nación se dividió bajo Jeroboam y Roboam. Los recuerdos de los grandes días siguieron, no obstante, vivos en la historia del pueblo. La nostalgia llegó a su punto máximo bajo la opresión del gobierno romano, en momentos en que el pueblo de la tierra miraba a Dios en busca de un nuevo David que restaurara la anterior gloria a Israel”.

Aún después que el reinado en Israel dejara de ser una realidad política, los judíos añoraban y esperaban a alguien como David y, precisamente de su línea genealógica nacería el Mesías que retomaría el cetro de la realeza. El rey David fue el verdadero fundador del reino, cuya genialidad, en lo que respecta a organización y visión para el futuro, hicieron mucho para asegurar la estabilidad de la nación bajo el reinado de Salomón. David consolidó su victoria política por la captura de Jerusalén a los jebuseos en el séptimo año de su reinado, dando así a su reino una capital, pero “la ciudad del gran Rey” se constituyó en mucho más que un centro político, pues se convirtió en el núcleo religioso de Israel con el establecimiento de un santuario central. En conformidad con la escuela escatológica premilenialista pre-tribulacionista, el Señor Jesús descenderá victorioso después de los siete años de la denominada “gran tribulación” y el primer lugar que pisará será el monte de los olivos, ubicado al este de Jerusalén, sitio en el que estuvo David cuando se sublevó su hijo Absalón (2 Samuel 15:30) y esto es comparado en forma paralela con la conquista de la ciudad luego de los siete años que reinara en Hebrón.

Su reinado era recordado por sus descendientes con nostalgia y apuntaba hacia la monarquía eterna del Hijo de David (Mateo 1:1) teniendo sus raíces en las profecías que garantizaban que el sueño israelita sería una realidad futura. Los Salmos y los escritos de los profetas manifiestan que Uno como David iba a ser ungido Rey por el mismo Dios (Salmo 89:34-36; 132:11; Amós 9:11). En el Nuevo Testamento se ve claramente el cumplimiento en la persona del Señor Jesús de la esperanza veterotestamentaria de un Mesías-Rey.

SUS OTROS OFICIOS

David cuidaba las ovejas de su padre con excelencia (1 Samuel 17:34) arriesgando en ocasiones su propia vida, reflejando la labor de Cristo como el buen Pastor (Salmo 23; Juan 10:11) no obstante, Dios tenía planes para él, pues habría de ser el mejor rey de Israel, y en determinados casos sería profeta (Hechos 2:30) y sacerdote (1 Samuel 21:1-6; Mateo 12:3-4) además de su maravillosa labor en cuanto a que apacentaría al pueblo de Israel (1 Crónicas 11:2) como lo haría el Señor Jesús con el pueblo de Dios (Mateo 2:6). Los tres oficios de Cristo fueron realizados en el Antiguo Testamento, con excepción de José y Moisés, únicamente por David, no obstante, en el tiempo de José aún no había sido escogida la tribu de Leví para ministrar en el tabernáculo a Dios en representación del pueblo, pero ya existía el oficio sacerdotal.

Sus profecías supondrían la señal más clara del sufrimiento del Mesías en la cruz (Salmo 22) y siendo descendiente de la tribu de Judá, realizó actos que correspondían exclusivamente a los levitas. Nadie había podido entrar jamás dentro del tabernáculo, salvo el sumo sacerdote, sin embargo, David lo hizo sin morir por ello y esto fue citado por el Señor Jesús como algo loable (Mateo 12:3-4). Además, comió del pan de la proposición, utilizó las armas sacerdotales (1 Samuel 21:6-9) aquellas con que venció a Goliat y que habían sido guardadas en la casa de Dios y utilizó vestiduras sagradas al danzar con un efod de lino (2 Samuel 6:14). Por otra parte, cuando Israel estaba en peligro de muerte, David clamó con el lenguaje de un intercesor al percibir que la vara de Dios estaba lista para castigar al pueblo (2 Samuel 24:17). En su reinado juzgó a su pueblo con justicia, administraba con equidad (1 Crónicas 18:14) y a la vez apacentó al pueblo de Dios (2 Samuel 5:2).

SUS SEGUIDORES

No hay otra amistad registrada en la Sagrada Escritura como la de David y

Jonatán (1 Samuel 18:1) que reflejara la que Cristo ofrecía a Sus discípulos (Juan 15:14-15). Antes de llegar a ser rey, le seguían aquellos a quienes despreciaba la sociedad, hombres que tenían deudas o problemas serios (1 Samuel 22:1-2) acudían a David, a la cueva de Adulam y se alistaban en su ejército. Cristo escogió como amigos y colaboradores Suyos a pecadores afligidos y desconsolados (Mateo 11:28) dispuestos a seguirle por cuanto confiaban en Él sin reservas. David dio alimento al pueblo (2 Samuel 6:18-19) como lo hiciera Jesucristo con los que le seguían (Juan 6:1-12). David y sus guerreros, en una oportunidad que tenían hambre, comieron los panes sagrados de la proposición (1 Samuel 21:1-6). Igualmente, los discípulos del Señor Jesús arrancaron espigas y comieron de ellas en un día de reposo al tener hambre (Mateo 12:1-4). Al respecto, el autor Pablo Hoff en su libro LOS LIBROS HISTÓRICOS (Editorial Vida; pp. 114) escribió lo siguiente: “La historia señala que David y sus hombres comieron el pan ofrecido a Dios. Jesús se refirió a este incidente para demostrar que una necesidad humana tiene prioridad sobre una ley ritual”.

Como se explicó con anterioridad, cuando los amalecitas llevaron cautivas a las mujeres, hijos e hijas de la gente de David y al ir éstos al rescate de los suyos, lograron localizar al enemigo, lo vencieron, recuperaron lo perdido y volvieron además con un gran botín, sin embargo algunos se quedaron a mitad de camino por el cansancio (1 Samuel 30:1-31). Cuando regresaron al torrente de Besor, los hombres fuertes que sí habían podido ir a rescatar a los cautivos no querían repartir los despojos con los doscientos que se habían quedado, no obstante, David hizo una declaración acerca de la fidelidad que es aleccionadora para todos: “*Conforme a la parte del que desciende a la batalla, así ha de ser la parte del que queda con el bagaje...*” (1 Samuel 30:24) es decir, que la recompensa fue igual para todos. El Señor Jesús propuso que el salario fuera igual para los obreros de la viña que comenzaron a trabajar desde la primera hora del día como para aquellos que iniciaron sólo hasta la última (Mateo 20:1-16). Después de la victoria, el saludo de David a los que se habían quedado en Besor fue con la palabra hebrea “*shalom*”, que significa “paz”, no en el sentido con que se conoce en Occidente, sino como un bienestar general en todas las áreas de la vida, reconociendo que la gracia y la verdadera paz proceden de Dios. En esa misma forma saludó el Señor Jesús, después del triunfo de la resurrección, a Sus discípulos que le habían abandonado en los momentos de la crucifixión (Juan 21:19-21).

Los seguidores de David tenían un buen concepto de él, tanto que lo

comparaban con un ángel de Dios (1 Samuel 29:9; 2 Samuel 14:20; 19:27) lo valoraban como a diez mil hombres de guerra (2 Samuel 18:3) le consideraron como la luz de Israel (2 Samuel 21:17) y tenían miedo de perderlo. El Señor Jesús dijo de él mismo: *“Yo soy la luz del mundo”* (Juan 8:12) y los discípulos se sentían impotentes cuando Él no estaba al lado de ellos.

Jonatán fue capaz de reconocer que David sería quién ocuparía el trono y no él, como hijo del rey Saúl, y los dos hicieron un pacto especial de amistad (1 Samuel 18:1-4) en el que hubo entrega de pertenencias por parte de aquél al hijo de Isaí (v. 3) lo que era un intercambio de lugares, en el que el hijo del rey transfería su ropa a otro, y aun cuando la vida paralela con Cristo es la de David, en este caso lo que hizo Jonatán es un principio de sustitución, como el Hijo de Dios que, en Su calidad de Rey, fue desnudado para que Su pueblo fuera vestido por la eternidad con ropas blancas (Apocalipsis 7:9). Al Señor Jesús se le dio el título de “amigo” (Mateo 11:19; Lucas 7:34) pero lo era de una manera muy especial con Sus discípulos, a quienes Él mismo llamó “amigos” en lugar de decirles siervos (Juan 15:14-15). La amistad con el Maestro constituía para ellos en ese entonces y hoy para la iglesia, una absoluta seguridad, identificación, dependencia y gratitud. Por otra parte el amor de los creyentes por Cristo es mucho menor que el del Salvador por Sus redimidos, como el de Jonatán, aunque sincero y leal, no superaba al de David por él (1 Samuel 20:41) quien *“lloró más”* cuando se despidieron.

SU FAMA

1 Samuel 18:30

“Y salieron a campaña los príncipes de los filisteos; y cada vez que salían, David tenía más éxito que todos los siervos de Saúl, por lo cual se hizo de mucha estima su nombre” .

La fama y el éxito de David se extendió por un gran territorio, aún antes que fuera coronado como el rey de Israel, así como la fama del Señor Jesús se difundió por Siria (Mateo 4:24) al iniciar Su ministerio terrenal y por toda Palestina (Mateo 9:26) y ésta llegó hasta el palacio real de Herodes el tetrarca (Mateo 14:1).

LA PERSECUCIÓN EN SU CONTRA

Dominado por la envidia y los celos, Saúl estaba empeñado en atrapar a David para matarlo e igual que los niños inocentes que murieron por el edicto de Herodes el Grande, el rey de Judea cuando nació Jesús, y por orden de otro monarca, Saúl, también hubo una matanza de infantes en la ciudad de Nob (1 Samuel 22:19) en una persecución contra David. De acuerdo al relato histórico de Flavio Josefo en su libro ANTIGÜEDADES DE LOS JUDÍOS, Tomo I (Editorial Clie; pp. 306-307) “Saúl envió emisarios a la ciudad de los sacerdotes, con orden de matar a todos los que se encontraran en ella, sin perdonar mujeres ni niños, de ninguna edad, y de incendiar la ciudad. En principio mataron trescientas ochenta y cinco personas, entre ellas al sacerdote Ahimelec y a sus familiares. Luego hubo una segunda matanza de trescientos sacerdotes y profetas”.

LA MALDICIÓN DE SIMEI EN CONTRA DE DAVID

2 Samuel 16:5-13

“Y vino el rey David hasta Bahurim; y he aquí salía uno de la familia de la casa de Saúl, el cual se llamaba Simei hijo de Gera; y salía maldiciendo, y arrojando piedras contra David, y contra todos los siervos del rey David; y todo el pueblo y todos los hombres valientes estaban a su derecha y a su izquierda. Y decía Simei, maldiciéndole: ¡Fuera, fuera, hombre sanguinario y perverso! Jehová te ha dado el pago de toda la sangre de la casa de Saúl, en lugar del cual tú has reinado, y Jehová ha entregado el reino en mano de tu hijo Absalón; y hete aquí sorprendido en tu maldad, porque eres hombre sanguinario. Entonces Abisai hijo de Sarvia dijo al rey: ¿Por qué maldice este perro muerto a mi señor el rey? Te ruego que me dejes pasar, y le quitaré la cabeza. Y el rey respondió: ¿Qué tengo yo con vosotros, hijos de Sarvia? Si él así maldice, es porque Jehová le ha dicho que maldiga a David. ¿Quién, pues, le dirá: ¿Por qué lo haces así? Y dijo David a Abisai y a todos sus siervos: He aquí, mi hijo que ha salido de mis entrañas, acecha mi vida; ¿cuánto más ahora un hijo de Benjamín? Dejadle que maldiga, pues Jehová se lo ha dicho. Quizá mirará Jehová mi aflicción, y me dará Jehová bien por sus maldiciones de hoy. Y mientras David y los suyos iban por el camino, Simei iba por el lado del monte delante de él, andando y maldiciendo, y arrojando piedras delante de él, y esparciendo polvo” .

Este es uno de los pasajes bíblicos en los que se puede apreciar cómo Dios utiliza las acciones pecaminosas de los hombres malvados. La reacción y la

respuesta de David: “*Si él así maldice, es porque Jehová le ha dicho que maldiga a David*” , era un reconocimiento en cuanto a que él merecía una maldición por haber llevado a la muerte a Urías heteo, movido por la lujuria, pero desde luego que no la que le lanzaba Simei, no obstante, su pecado había sido perdonado. En contraposición a las palabras que tuvo que escuchar David cuando huía de su hijo Ábsalón, el Señor Jesús, clavado en una cruz, sin merecerlo, soportó las burlas, el escarnecimiento y las maldiciones que sus detractores le decían.

REACCIÓN ANTE SUS ENEMIGOS

Santiago 4:4

“¡Oh almas adúlteras! ¿No sabéis que la amistad del mundo es enemistad contra Dios? Cualquiera, pues, que quiera ser amigo del mundo, se constituye enemigo de Dios” .

Lo que el rey David hizo con Mefi-boset, el nieto de Saúl, su perseguidor (2 Samuel 9:13) al restaurar su vida y dignidad, es lo que ha hecho el Señor Jesús con Sus redimidos. El hecho de ser lisiado de los pies y tener que ser conducido ante el rey por un siervo, representa nuestra incapacidad para llegar a Cristo por ser Sus enemigos, y tener que ser convencidos de pecado y conducidos hasta Él por el Espíritu Santo. Mefi-boset comenzó a morar en Jerusalén y a comer para siempre en la mesa de David, en una forma semejante a la manera como la iglesia ha sido declarada ciudadana de la Jerusalén celestial y disfrutará por la eternidad del Pan de vida. Los manteles de la mesa del palacio real cubrían sus pies lisiados, como nuestro pecado es cubierto por el sacrificio de Cristo.

David tubo dos oportunidades de matar a Saúl, quien lo perseguía (1 Samuel 24:3-7; 26:3-11) pero no fue capaz de hacerlo ni permitió que sus soldados lo hicieran. El Señor Jesús enseñó a amar a los enemigos (Mateo 5:44) y reprendió a Pedro cuando el discípulo hirió a Malco (Juan 18:10-11) uno de los siervos del sumo sacerdote que llegó a Getsemaní para atrapar a Cristo.

El propio hijo de David, Absalón, se hizo enemigo de su padre y se presentó en Israel una guerra civil por su causa, pero al morir en batalla, David quiso tomar su lugar y declaró: “... *¡Hijo mío Absalón, hijo mío, hijo mío Absalón! ¡Quién me diera que muriera yo en lugar de ti, Absalón, hijo mío, hijo mío!*” (2 Samuel 18:33). El deseo de David de morir en lugar de su enemigo es semejante a la reacción de Cristo al ofrecerse en sacrificio a la muerte en la cruz por la iglesia.

LA TRAICIÓN

Así como Judas, uno de los doce discípulos de Cristo, Ahitofel, el llamado “Judas del Antiguo Testamento”, traicionó a David y ambos murieron en circunstancias idénticas. Ahitofel ejercía el cargo de consejero del rey David (2 Samuel 15:12; 1 Crónicas 27:33) y en algún momento, por conveniencia propia, se apartó de él y consultó a favor de su enemigo, como Judas cuando lo hizo con el Sanedrín para entregar a su Maestro, pero al ver que no se siguió su consejo, él mismo se ahorcó (2 Samuel 17:23; Mateo 27:5). De igual manera, David lloró en la cuesta del monte de los Olivos, antes de ser traicionado por su propio hijo Absalón (2 Samuel 15:30) y en circunstancias semejantes, antes de ser entregado a los sacerdotes judíos por Judas, el Hijo de Dios se lamentó por la ciudad de Jerusalén (Mateo 23:37-39).

ANTES DE SU MUERTE

Poco tiempo antes de morir, cuando ya no salía a la guerra, David tuvo sed y anheló beber agua de un estanque especial de Belén (2 Samuel 23:15) para lo cual envió a tres criados suyos que le consiguieran una tinaja con agua, pero cuando se la llevaron él no quiso beber. Antes de morir, el Señor Jesús dijo: “*Tengo sed*” (Juan 19:28) sin embargo, no quiso tomar el líquido que le dieron (Mateo 27:34) probó la bebida, mas no tomó de ella, es decir, la saboreó con sus labios pero no la consumió. Este era un líquido que empleaban los romanos para darle a beber a los que era condenados a la crucifixión, con el fin de anestesiarnos a efectos de revolver su sangre para que entregaran más pronto su espíritu, porque esta clase de muerte era en sí suficientemente cruel, de modo que necesitaban ayuda para sobrellevarla y que el tormento no resultara tan fuerte. Por su sabor amargo aumentaba la sed, pero apresuraba la muerte y hacía menos tormentosos los dolores.

DESPUÉS DE SU MUERTE

Siendo joven, David estuvo tres días escondido durante la fiesta judía de la nueva luna (1 Samuel 20:18-19) por cuanto Saúl deseaba matarle, y este era un evento que probablemente hacía alusión al tiempo en que, durante la fiesta de la Pascua, el cuerpo del Señor Jesucristo estuvo en la tumba.

Cuando ya era rey, David tuvo el deseo de levantar un templo en donde se

adorara a Dios, pero la obra comenzó después de su muerte bajo el reinado de su hijo Salomón; la iglesia del Señor Jesucristo se inició formalmente en el día de Pentecostés, luego de la muerte, resurrección y ascensión de Cristo. Por otra parte, David preparó los materiales para el templo, a saber: oro, plata, bronce, hierro, madera y pedrería de toda clase y colores (1 Crónicas 29:2-5) y la iglesia del Señor está compuesta por “*piedras vivas*” (1 Pedro 2:5). Hubo varios intentos de división en Israel, pero David logró mantener unidas las doce tribus, las cuales se dividieron después de la muerte de Salomón; en el primer advenimiento del Señor Jesús a la tierra, el pueblo de Dios estaba dividido entre judíos y samaritanos, pero el Hijo de Dios logró unirlos nuevamente con el hermoso mensaje de la salvación (Hechos 1:8). Uno de los mayores logros de David fue la conquista de Jerusalén y establecerla como la capital del reino, tipificando a la Jerusalén celestial que descenderá del cielo.

El escritor W. T. Purkiser, en su libro CONOZCA SU ANTIGUO TESTAMENTO (Casa Nazarena de Publicaciones; pp. 97-98) escribió que: “David había reunido cantidades fabulosas de mercancía, dinero, oro, plata, y piedras preciosas, y, la ganancia de muchas empresas comerciales de éxito que Salomón llevó a cabo, aumentaron mucho más su riqueza”. Esto bien podría ser un paralelo de las “*piedras vivas*” (1 Pedro 2:5) es decir, las piedras preciosas que somos las ovejas del Señor, y que hemos sido añadidas al fundamento de Su edificio, pulidas por la acción eficaz del Espíritu Santo. No obstante, el principal punto de diferencia entre el Señor Jesús y David, se halla después de la muerte, puesto que, mientras el cuerpo de Cristo en la sepultura no pasó por el proceso de descomposición, el de David “*vio corrupción*” (Hechos 13:35-37).

LA NARRACIÓN DE SUS HECHOS

El profeta Natán ocupó un lugar preferente entre los consejeros de David y fue varias veces comisionado para comunicarle al rey los mensajes de parte de Dios (2 Samuel 7:2-17; 12:1-13) asimismo Gad (2 Samuel 24:11,13). Estos dos siervos del monarca estuvieron con David y escribieron inspirados por el Espíritu Santo acerca de la vida del rey, sus obras, conquistas, y aún sus pecados (1 Crónicas 29:29) así como los discípulos Mateo y Juan estuvieron con el Señor Jesús y escribieron por inspiración divina acerca de la vida de su Maestro.

PARALELO ENTRE EL SEÑOR JESÚS Y SALOMÓN

Independientemente de la grandeza, el carácter, las funciones reales y la sabiduría de Salomón, su vida fue el retrato de Alguien más grande: el Rey y Edificador del templo celestial que vendría a la tierra. Cada parte del templo de Jerusalén, como el tabernáculo del desierto, son un manuscrito y una imagen del Señor Jesús (Mateo 12:42). Salomón fracasó en su conducta espiritual con un errado proceder personal, sin embargo, es un prototipo de Cristo en su oficio real.

EL NOMBRE

Su nombre original era Jedidías (2 Samuel 12:24-25) que significa “amado de Jehová”, como una prenda especial que Dios volvía a mirar con favor a David una vez arrepentido después de la muerte del primer hijo que tuvo con Betsabé, sin embargo se le cambió por el de “Salomón”, que literalmente significa “pacífico” y en una ocasión se le mencionó como “varón de paz” (1 Crónicas 22:9) en lo que hay una alusión al futuro reinado del Hijo de Dios, el Príncipe de paz (Isaías 9:6). Era hijo de David y el Señor Jesús es llamado en la genealogía “el hijo de David” (Mateo 1:1) y de igual manera a Salomón se le llamó “rey de Israel” (2 Crónicas 35:3) o “gran rey de Israel” (Esdras 5:11) como uno de los tantos nombres de Cristo el Señor.

SU REINADO

Dios hizo un pacto con David en el que se comprometía a que después de su muerte, a su hijo le daría un reino eterno (1 Crónicas 17:11-15). Aunque Adonías usurpó el trono de Israel (1 Reyes 1:5-11) como había pretendido Satanás hacer en el cielo, Salomón efectivamente sucedió a su padre cuando éste murió, pero su reinado es más bien, así como la construcción del templo, una tipología del reino eterno de justicia y paz que será establecido en la tierra en la segunda venida de Cristo. Por las grandes obras que emprendió Salomón y que serían recordadas por el pueblo judío, fue llamado “el gran rey” (Esdras 5:11). El reinado de Salomón y el de su padre David, fueron tipologías del futuro reino mesiánico, y al respecto, el autor Pablo Hoff, en su obra titulada LIBROS

HISTÓRICOS (Editorial Vida; pp. 152) escribió que: “Israel llegó al apogeo de su gloria material en el reinado de Salomón. Las características de su reinado fueron: justicia, paz, prosperidad y prestigio internacional. Así su gobierno se asemeja al cuadro del reino milenarismo pintado por los profetas (ver Isaías 2:2-4)”.

LA SABIDURÍA

La grandeza del reinado de Salomón se caracterizó por la justicia, paz, prosperidad y prestigio internacional que llevaron a Israel al apogeo de su gloria, y asimismo su sabiduría, mayor que la de los orientales y reconocida en las naciones vecinas (1 Reyes 4:30-31) hizo que la reina de Sabá le visitara desde lejos para escucharle (1 Reyes 10:1-2). Su carácter y el templo que construyó en Jerusalén, hicieron de su vida el retrato de Alguien infinitamente más grande que él, a saber, el Señor Jesús, aun cuando en otros aspectos Salomón nada tuviera en común con Cristo, como su idolatría y el yugo pesado con que oprimió con servidumbre al pueblo (1 Reyes 12:4) entre otras cosas.

La reina de Sabá honró al rey Salomón cuando fue a visitarle llevándole oro (1 Reyes 10:1-2) como fue homenajeado Jesús al momento de nacer por los visitantes del Oriente (Mateo 2:11). Las afirmaciones que hiciera en sus discursos acerca de los árboles y los animales (1 Reyes 4:33) probablemente se refieran al hecho que hacía mención de éstos en sus proverbios más bien que a estudios de botánica y zoología, aunque también es cierto que se requería cierta capacidad de observación para estar en condiciones de referirse a ellos.

Los primeros nueve capítulos del libro de Proverbios proveen la sabiduría encarnada en Cristo. En el libro atribuido a Salomón como el autor secundario de por lo menos veintinueve capítulos, la sabiduría personifica al Señor Jesús. Proverbios 8:22 dice así: “*Jehová me poseía en el principio, ya de antiguo, antes de sus obras*” y éstas palabras son semejantes a las de Juan 1:1, que dice: “*En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios*” . Pero la esperanza mesiánica se basaba en un ideal más allá de lo que lograra Salomón.

LA CONSTRUCCIÓN DEL TEMPLO

La obra de construcción de la edificación del templo por parte de Salomón, una de las maravillas del mundo antiguo que atraía visitantes de reinos cercanos y lejanos, es comparable a la de la iglesia del Señor Jesucristo. Se emplearon

distintas personas para los diversos trabajos, cada obrero cumplía con una labor específica y las piedras fueron cuidadosamente cortadas y cuadradas en las canteras. Así, cada una de las “piedras vivas” (1 Pedro 2:5) de la iglesia del Señor ha sido cortada, sacada del mundo, pulida y preparada para ser colocada en el templo espiritual con un ministerio específico. El deseo de David era construir el templo, pero Dios le reservó ese privilegio a Salomón, su hijo, lo que se constituyó en una tipología del Mesías que edificaría el Templo eterno, el cuerpo de creyentes, luego de Su partida al cielo, por intermedio del Espíritu Santo. Con respecto a la construcción del templo en Jerusalén, los israelitas a cargo del rey Salomón trabajaron acompañados de artesanos fenicios y el rey de Tiro, Hiram, suministró para la construcción madera de cedro (2 Crónicas 2:1-3) lo que puede ser una tipología de la conformación y ministerios de la iglesia del Señor unificada con los judíos convertidos y los gentiles, e incluso el rey David, antes de morir, ordenó que algunos extranjeros oficiaran como canteros que labraran piedras para la casa de Dios (1 Crónicas 22:2).

Por otra parte, después de las conquistas del rey David y en su propuesta en cuanto a la construcción de una casa de adoración para que en ella habitara el Señor, la palabra “*casa*” (2 Samuel 7:1-19) y de acuerdo al lenguaje hebreo en el contexto bíblico, fue empleada tanto para la habitación o el palacio real de David (v. 1-2) como para el templo que sería construido por Salomón (v. 5-6) e igualmente para la descendencia de David (v. 11-12;16;18-19). El rey David quería construir una casa física para Dios, un templo, sin embargo, el Señor levantaría una casa diferente para David, una espiritual, a saber, aquella que se refería a una dinastía real, desde Salomón hasta el Señor Jesús.

SU FAMA

1 Reyes 10:1

“Oyendo la reina de Sabá la fama que Salomón había alcanzado por el nombre de Jehová, vino a probarle con preguntas difíciles” .

La fama del rey Salomón fue tan conocida e importante que de otros pueblos lejanos acudían a escuchar sus conferencias (1 Reyes 4:33-34; 10:24). El historiador Josefo, en su libro ANTIGÜEDADES DE LOS JUDÍOS, Tomo II (Editorial Clie; pp. 94) afirmó lo siguiente con respecto a la fama de Salomón: “Por todos los países vecinos se difundió una fama tan grande de las virtudes y sabiduría de Salomón, que todos los reyes, que no podían dar crédito a tan excesivos elogios, ansiaban verlo personalmente y demostrarle sus respetos

enviándole magníficos presentes. Le mandaron vasos de oro y plata, vestimentas de púrpura, numerosas clases de perfumes, caballos, carros y mulas de carga apropiada para regocijar la vista del rey por su robustez y belleza”.

SU MATRIMONIO

Salomón contrajo nupcias con la hija de Faraón (1 Reyes 3:1) lo que se constituyó en un paralelo del tercer rey de Israel con el Señor Jesús, Quien tomó a la iglesia para hacerla su esposa, la cual, en su mayoría es gentil, además, fue un evento extraño por cuanto los reyes de Egipto casi nunca casaban a sus hijas con príncipes extranjeros, en especial, con aquellos a los que consideraban cabecillas o hijos de éstos, de las tribus de las montañas, recién ascendidos al trono, como David, sin que le antecediera un linaje real, pero su matrimonio fue un indicador significativo de su prestigio internacional. No obstante, a diferencia del Hijo de Dios, el rey Salomón desobedeció las instrucciones divinas y tuvo un harén de mil mujeres (1 Reyes 11:1-3) muchas de ellas eran princesas extranjeras idólatras, entregadas como prendas de pactos políticos o comerciales, que hicieron que erigiera diversos santuarios para los ídolos.

En la forma idílica y la descripción alegórica como en el libro Cantar de los Cantares los novios utilizan un lenguaje de enamorados mostrando un cuadro de devoción mutua y perfecto amor en una hermosa expresión del amor humano, se tipifica el romance de Cristo y Su iglesia. La ausencia de Salomón es un paralelo de la espera de la iglesia por la segunda venida de Cristo.

Cantar de los Cantares 4:9

“Prendiste mi corazón, hermana, esposa mía; Has apresado mi corazón con uno de tus ojos, con una gargantilla de tu cuello” .

Es la primera vez en el libro de Cantares que el rey se dirige a su amada como a su “hermana” , lo que vuelve a repetirse posteriormente (Cantares 4:12; 5:1) y esto porque la relación entre ellos era de carácter familiar, no obstante, en Cantares 5:2; 6:9, en lugar de “esposa” se refiere a ella como “perfecta mía” , un alusión a la “ayuda idónea” (Génesis 2:18) hablando en términos mucho más afectuosos. Abraham se casó con su hermana, Isaac con una mujer de su misma familia y Jacob contrajo matrimonio con las hijas del hermano de su madre, en cambio Esaú tomo por esposas a mujeres paganas.

SUS COLABORADORES

1 Reyes 4:7

“Tenía Salomón doce gobernadores sobre todo Israel, los cuales mantenían al rey y a su casa. Cada uno de ellos estaba obligado a abastecerlo por un mes en el año” .

Salomón fue el primer rey dinástico de Israel, puesto que Saúl y David fueron elegidos por Dios. En su administración tenía doce gobernantes sobre todo Israel (1 Reyes 4:7) como la cantidad de discípulos que acompañaban al Señor Jesús en Su ministerio terrenal. De acuerdo a la hermenéutica y la numerología bíblica, el número doce (12) representa la administración y el gobierno de acuerdo al plan divino.

LA NARRACIÓN DE SUS HECHOS

Los profetas Natán, Ahías e Iddo, escribieron siendo inspirados por el Espíritu Santo acerca de la vida de Salomón, sus obras y aún sus pecados (1 Crónicas 9:29) así como los discípulos Mateo y Juan, quienes estuvieron personalmente acompañando al Señor Jesús durante Su ministerio terrenal, escribieron por inspiración divina acerca de Su vida.

PARALELO ENTRE EL SEÑOR JESÚS Y ELISEO

El Señor Jesús se comparó a Sí mismo con los profetas Elías y Eliseo, los cuales ministraban a paganos, pues sus propios ciudadanos eran indignos. Así, señaló que un profeta era rechazado en su región (Lucas 4:24-27). El autor Albert B. Simpson, en su libro titulado LOS NOMBRES DE CRISTO (Editorial Clie; pp. 75) escribió así: “La vida profética más hermosa del Antiguo Testamento es la de Eliseo, el cual es el tipo perfecto de Jesucristo, nuestro Profeta. Elías representa la ley; Eliseo el Evangelio; Elías la disciplina y el juicio; Eliseo, la salvación por gracia. Elías era el torbellino y el rayo; Eliseo el sol cálido y la luz”.

SU NOMBRE

Del nombre hebreo “*Yehoshua*” , que literalmente significa “Yave salva”, surgieron varios nombres bíblicos como Josué, Isaías, Eliseo y Jesús, entre otros, los cuales quieren decir “Dios es mi salvación” o “Dios es mi salud”. Además, el profeta también fue llamado “varón de Dios” (2 Reyes 13:19) como denominó la esposa de Manoa al Ángel de Jehová (Jueces 13:6,8).

SU HERALDO

Las vidas de Juan el Bautista y Jesús de Nazaret están ligadas ministerialmente como estuvieron las de Elías y Eliseo. Éstos sintieron la inquietud de preparar profetas que fueran utilizados por Dios en la transmisión de mensajes divinos y se les llamó “los *hijos de los profetas*” (2 Reyes 2:3-5) quienes reconocieron que Eliseo era el sucesor que Dios designó para Elías, puesto que con su partida, de no haber un discípulo suyo, pensarían que quedarían sin profeta. Eliseo fue reconocido como el sucesor de Elías por los “hijos de los profetas”, jóvenes de la escuela de los profetas en Jericó. De igual forma al Señor Jesús lo siguieron algunos que anteriormente habían sido discípulos de Juan Bautista.

Juan el Bautista, el heraldo del Señor Jesús, tenía mucha semejanza con Elías, el profeta antecesor de Eliseo, por su forma de vestir (2 Reyes 1:8) de vivir apartado en la “*cumbre del monte*” (2 Reyes 1:19) de alimentarse y sobre todo, e su enfrentamiento valiente personalmente con el rey pecador que ocupaba el trono, el uno con Herodes Antipas y el otro con Acab, para declararles su impiedad. En cuanto al vestuario y a la comida de Elías y de Juan el Bautista, eran típicas de los beduinos del desierto. Por otra parte, cada uno inició su ministerio cerca al río Jordán (1 Reyes 17:5; Juan 1:28). Tanto a Elías como a Juan el Bautista, las multitudes les reconocían como hombres de ayuno, en cambio del Señor Jesús, al compararle con Su sucesor, quienes le conocían, decían de Él que comía y bebía (Mateo 11:18-19).

Lucas 1:13-17

“E irá delante de él con el espíritu y el poder de Elías, para hacer volver los corazones de los padres a los hijos, y de los rebeldes a la prudencia de los justos, para preparar al Señor un pueblo bien dispuesto” .

El ángel declaró que Juan el Bautista vendría en “*con el poder y el espíritu de Elías*” , representando la restitución del oficio profético que había cesado en Israel. Juan ocupa una posición que jamás tuvo algún profeta anterior a él, y los

escritores del Antiguo Testamento declararon que el Mesías vendría en el futuro, precedido por un heraldo o precursor. Se habla que el ministerio de Elías había de ser restablecido “*antes que venga el día de Jehová, grande y terrible*” (Malaquías 4:5-6). Se trata de un tema popular en la “*Mishna*” judía y era un tópico común de discusión durante el ministerio público de Cristo (Marcos 8:28). El Señor Jesús indicó que la profecía de Malaquías se refería al ministerio de Juan el Bautista (Mateo 11:14; 17:11-12). No obstante, hay quienes tienen la opinión, especialmente entre los creyentes del pensamiento dispensacionalista, que la expresión “*grande y terrible*”, se refiere a los cuarenta y dos meses de la llamada “gran tribulación”, en la que aparecerá Elías, quien no ha muerto y fue arrebatado al cielo, aparecerá como uno de los dos testigos (Apocalipsis 11:3-4) junto con Enoc, el otro personaje del Antiguo Testamento que también fue levantado al cielo, y que los dos profetizarán durante esa época escatológica.

EL LLAMADO A LOS SEGUIDORES

Al llamar Elías a Eliseo, éste le respondió: “*Te ruego que me dejes besar a mi padre y a mi madre, y luego te seguiré*” (1 Reyes 19:20). Al llamar personalmente el Señor Jesús a uno de Sus discípulos, éste le contestó: “*Señor, permíteme que vaya primero y entierre a mi padre*” (Mateo 8:21) sin embargo, el Hijo de Dios le respondió: “*Sígueme, deja que los muertos entierren a sus muertos*” (Mateo 8:22). El modelo del llamado al ministerio de Eliseo por medio de Elías es un paralelo con el de los discípulos de Cristo por su Maestro, no obstante, mientras Eliseo volvió a las yuntas de bueyes de su padre para luego seguir a Elías, los discípulos del Señor Jesús debían seguirle inmediatamente, con lo que demostrarían el rompimiento con toda relación humana y con sus familiares, sin excusa alguna, para servirle al Mesías, un vínculo en el que el Salvador debe ocupar el primer lugar siempre. La sepultura de los muertos era para los hombres de la antigüedad una obligación humana y con el correr del tiempo se constituyó en una cultura religiosa, que el propio hijo era quien debía enterrar a su padre, sin embargo, el vínculo de los discípulos con Cristo se elevaba sobre cualquier relación terrenal, puesto que en ella hay una razón objetiva, en la que la privación de todo incluye una confianza en Aquel a Quien se sigue.

LOS MILAGROS

Tanto el profeta Elías (1 Reyes 17:7-16) como su sucesor para el cargo (2 Reyes 4:1-7,42-44) reprodujeron alimentos milagrosamente durante un escaso

abastecimiento de víveres, como lo hiciera el Señor Jesús con los panes y los peces. Eliseo sanó al sirio Naamán de su lepra, ordenándole que se lavara siete veces en las aguas del río Jordán (2 Reyes 5:1-19) como un paralelo a lo que el Hijo de Dios haría, cuando sanó a un ciego al ordenarle que se lavara en el estanque de Siloé (Juan 9:1-7).

El ministerio de Eliseo fue superior al de Elías en señales, prodigios y milagros, como el del Señor Jesucristo, que inició después de Juan el Bautista, pero superándolo ampliamente. Los milagros de Eliseo semejantes a los de Cristo fueron: Resucitar al hijo de la sunamita (2 Reyes 4:18-37) multiplicar los panes para una multitud (2 Reyes 4:42-44) sanar de la lepra a Naamán (2 Reyes 5:1-19) profetizar años de hambre (2 Reyes 8:1) y aún después de su muerte hubo una resurrección, la de un moabita (2 Reyes 13:21). El rey de Israel estuvo interesado en saber acerca de los milagros de Eliseo y le pidió a Giezi, el siervo del profeta, que le contara “*todas las maravillas*” que Dios había hecho por medio de aquél (2 Reyes 8:4) como un paralelo del interés del rey Herodes Antipas, cuando interrogó al Hijo de Dios (Lucas 23:6-11) acerca de los milagros que había hecho, sin embargo, el Señor nada le respondió (Lucas 23:9).

El autor Juan Taylor, en su libro UNA VISIÓN PANORÁMICA DE LA BIBLIA (Editorial Luz, Bucaramanga - Colombia; pp. 83) escribió acerca de los milagros de Eliseo con respecto al poder sobre la muerte, de la siguiente manera: “Vemos en una serie de milagros hechos por Eliseo símbolos del poder de la resurrección sobre la muerte. (1) Aguas saladas que causaron la muerte (2 Reyes 2:19-22) vuelven a ser de vida. (2) Salvó los ejércitos de la muerte al producir aguas (2 Reyes 3; compare con Juan 7:37-39). (3) Resucitó al hijo de la sunamita (2 Reyes 4). (4) Quitó la muerte de la olla para los profetas (2 Reyes 4:40-41) y poco tiempo después los panes fueron multiplicados. (5) Siguió la curación de Naamán en las aguas del Jordán (lugar de la muerte) símbolo del bautismo y de nuestra muerte con Cristo y resurrección con Él (Romanos 6:4-5). (6) El hacha flotó en contra de las leyes de la naturaleza (1 Corintios 15:55-57). (7) Cuando un muerto tocó los huesos de Eliseo, volvió a vivir (2 Reyes 13:21); de la muerte de Cristo ha resultado vida para los muertos”.

Además de los anteriores milagros, Eliseo le declaró a una mujer sunamita, que era estéril y cuyo marido tenía una edad avanzada, que en un año tendría un hijo. Ella pensó al principio que el profeta se estaba burlando, pero finalmente engendró un varón, el cual, pasado un tiempo y siendo joven, murió, pero luego resucitó por la intervención de Eliseo (2 Reyes 4:16-37) lo que se constituye en

un paralelo del anuncio que el Señor le hiciera siglos atrás a Abraham en cuanto al nacimiento de Isaac, el sacrificio de éste y su vida después que la voz del cielo evitara que su padre lo inmolará.

El rey de Israel, Joram, le pidió a Giezi, el siervo de Eliseo, que le contara acerca de todas las maravillas que había hecho el profeta (2 Reyes 8:4). Esto pudiera ser un paralelo de la curiosidad y alegría que sintiera el rey Herodes Antipas, hijo de Herodes “el Grande”, al estar frente al Señor Jesús, por cuanto había escuchado muchas cosas acerca de Él y deseaba observar que hiciera alguna señal (Lucas 23:6-11) sin embargo, después de interrogar a Cristo y no recibir respuesta alguna, le despreció.

EL INICIO DEL MINISTERIO Y SU EXTENSIÓN

El ministerio de Eliseo inició en el río Jordán, cuando terminó el de Elías al ser raptado (2 Reyes 2:9-14) y el del Señor Jesús comenzó con Su bautizo en el río Jordán y poco tiempo después Juan el Bautista fue encarcelado, desapareciendo del panorama y creciendo el ministerio de Cristo (Juan 3:30). La misión del Hijo de Dios traspasó las fronteras de Israel y, en este sentido, citó a Elías cuando fue enviado a la viuda de Sidón, y a Eliseo cuando sanó al leproso Naamán, el sirio (Lucas 4:25-27).

La sunamita preparó para el profeta Eliseo, además de una cama, una mesa, una silla y un candelero (2 Reyes 4:10) elementos esenciales del tabernáculo que apuntaban con un significado muy especial hacia el ministerio terrenal de Cristo. Luego el profeta le anunció que, exactamente dentro de un año, ella daría a luz un hijo (2 Reyes 4:16) como el Señor se lo prometiera a Abraham y a Sara (Génesis 18:9-15). Isaac estuvo muerto en un “*sentido figurado*” (Hebreos 11:19) y vivió, tipificando la muerte expiatoria del Hijo de Dios en la cruz, y el hijo que anunciara Eliseo que la sunamita tendría, murió y luego resucitó (2 Reyes 4:20,35).

EL BAUTISMO

Aun cuando explícitamente la ceremonia del bautismo no era algo muy frecuente en el Antiguo Testamento, siendo tal vez una celebración adaptada de la tradición judía de los baños rituales en la *mikvah*, la orden que el profeta Eliseo le dio al general Naamán en cuanto a que se sumergiera siete veces en el río Jordán (2 Reyes 5:9-11) para que fuera sanado de la lepra que padecía, era

probablemente, además de un hermoso paralelo de la justificación de Dios para los gentiles, un acto profético que anunciaba de manera anticipada la constitución de la ceremonia de bautismo, la cual uniría en un sólo pueblo, de creyentes en Cristo, tanto a judíos como a gentiles. Al respecto, empleando el término “*bautizar*” en lugar de “*lavar*” y citando los pasajes bíblicos de Marcos 7:4 y Lucas 11:38; el autor presbiteriano Charles Hodge, en su libro titulado DE LA INSIGNIA CRISTIANA (Estandarte de la Verdad; pp. 10-12) escribió lo siguiente: “El bautismo, en cuanto acto, no fue una novedad introducida por el Señor, los apóstoles o Juan el Bautista, sino una ceremonia común y ya conocida por los judíos. Probablemente esto difiere de la idea más extendida entre muchos cristianos, en especial entre quienes insisten en que la inmersión es el único modo... Además, independientemente de lo que *bautizar* y *bautismo* implicaran o expresasen, era algo que ellos (los judíos) practicaban en sí mismos y en diversas cosas, siendo esta costumbre muy anterior a la venida de Cristo”.

PARALELO ENTRE EL SEÑOR JESÚS Y ELIÚ

(Job, capítulos 32 al 37).

SU NOMBRE Y SU CARÁCTER

El nombre propio Eliú (Job 32:2) significa “Dios es Jehová” o “Dios es Él”. En su nombre y en el carácter de este mensajero entre Dios y Job, se prefigura al Señor Jesucristo (Job 33:23-26). Eliú se encontraba presente desde el comienzo del discurso público de Job y sus amigos y basó su confrontación, no en las máximas de la sabiduría, sino sobre su comisión especial de parte de Dios, obrando imparcialmente entre Dios y Job como lo hiciera el Señor Jesús con Sus redimidos.

LA TEMÁTICA DEL LIBRO

La temática del libro de Job es el relato de su sufrimiento y el debate con sus amigos acerca de las causas de su padecimiento. En los últimos capítulos apareció Eliú, quien combatió con los tres amigos de Job sobre las bases teológicas que ellos exponían en cuanto al dolor, justificando los designios de

Dios, pero sin añadir nada nuevo a lo que los otros ya habían dicho. Eliú esperó un tiempo prudente para poder intervenir en la conversación, por cuanto era más joven que los amigos de Job (Job 32:4). Esa fue la actitud del Señor Jesús, que esperó hasta la edad de los treinta años para enfrentar a los ancianos de Israel, a los fariseos y a los doctores de la ley.

Los sacerdotes judíos interpretaban la ley a su manera y por ser ellos los personajes más notables, el pueblo se apoyaba en sus enseñanzas haciendo de éstas una tradición, hasta el momento en que apareció Cristo interpretando correctamente la Sagrada Escritura y desacreditando la religión farisaica. De igual manera los amigos de Job, interpretando erróneamente la teología, argumentaban que el sufrimiento del patriarca era causado por su pecado. Como hizo el Señor Jesucristo con los sacerdotes judíos, Eliú esperó un tiempo prudente escuchando a los amigos de Job, hasta cuando decidió intervenir para debatir sus planteamientos y hablar conforme al pensamiento de Dios. Por otra parte, Eliú estuvo siempre presente, al lado de Job, como se puede apreciar al inicio de su intervención en la conversación (Job 32:1-2) sin embargo, se abstuvo de hablar, como si estuviera ausente, lo que pudiera ser un paralelo en cuanto que el Hijo de Dios prometió que acompañaría a los creyentes hasta Su regreso a la tierra (Mateo 28:20) no obstante, hay ocasiones en las que, por causa de las aflicciones del mundo, pareciera que estuviera ausente. E incluso, el mismo Job, con su sufrimiento, para luego interceder por sus amigos insensatos, se constituye en un paralelo del padecimiento del Hijo de Dios por los pecadores.

PARALELO ENTRE EL SEÑOR JESÚS Y ESTER

El rey Asuero, ofreciendo un exclusivo permiso de entrada al patio interior de su palacio solamente a quien él llamara (Ester 4:11) tipifica a Dios el Padre permitiendo la entrada al lugar santísimo del tabernáculo una sola vez al año al sumo sacerdote. El príncipe Amán, deseando ocupar la silla del rey, vestir con ropas reales y cabalgar sobre el caballo del monarca para ser adorado (Ester 6:7-9) sus planes crueles para destruir a los judíos y su derrota final, indudablemente tipifica al diablo en su deseo de recibir la gloria y el lugar de un trono que le pertenece exclusivamente a Dios, así como en sus planes maléficos en contra de

los hombres. Ester en su intercesión por su pueblo arriesgando su propia vida al entrar al patio interior (Ester 4:1-17) es un tipo perfecto del Señor Jesús ofreciéndose en sacrificio por la iglesia y entrando al lugar santísimo, siendo de la tribu de Judá y no de la de Leví. Mardoqueo, quien tomó por hija a Ester (Ester 2:15) y la guiaba en cada paso, tipifica al Espíritu Santo en su intervención cuando el Verbo se encarnó naciendo de una virgen y en Su relación íntima con Cristo que en su naturaleza humana, necesitó la guía, dirección y presencia constante del Consolador. El pueblo judío que estaba en peligro de ser destruido por el decreto real, pero que fue salvado por la eficiente intervención de Ester, se asemeja a los hombres salvados de la condenación eterna gracias al sacrificio expiatorio del Hijo de Dios.

PARALELO ENTRE EL SEÑOR JESÚS Y OSEAS

Oseas 3:1-3

“Me dijo otra vez Jehová: Ve, ama a una mujer amada de su compañero, aunque adúltera, como el amor de Jehová para con los hijos de Israel, los cuales miran a dioses ajenos, y aman tortas de pasas. La compré entonces para mí por quince siclos de plata y un homer y medio de cebada. Y le dije: Tú serás mía durante muchos días; no fornicarás, ni tomarás otro varón; lo mismo haré yo contigo” .

Lo que Oseas hizo en obediencia a Dios al tomar una mujer adúltera, comprarla para hacerla suya, desposarla, tener hijos con ella, y que cambiara su estilo de vida licencioso, es una figura de Cristo entregándose en sacrificio para redimir con Su sangre a un pueblo que adoraba dioses ajenos, hacerlo suyo y cambiarle su forma pecaminosa de vivir por una nueva vida en Él (2 Corintios 5:17).

SU MATRIMONIO

Oseas se casó con una prostituta para mostrarle a su pueblo que el Esposo celestial estaba dispuesto a recibir a Su esposa adúltera. El amor del marido por su cónyuge, con todo lo que esto implica, y la obediencia de ésta a su esposo, es una figura sublime de las relaciones íntimas del amor entre Cristo y Su iglesia. Las palabras de Efesios 5:30 son casi una repetición exacta de las palabras de

Adán referentes a Eva (Génesis 2:23) cuya expresión es una realidad acerca de la iglesia de Cristo. El pecado se introdujo en el mundo cuando Eva usurpó la autoridad de su marido (1 Timoteo 2:14) y la iglesia, la esposa de Cristo, el Segundo Adán, ha de estar sometida a la autoridad de su Esposo. Esta es la única forma en que puede resistir al tentador.

PARALELO ENTRE EL SEÑOR JESÚS Y JONÁS

Cuando los escribas y los fariseos le pidieron al Señor Jesús una señal que pudiera certificar Su mesianidad, Él rehusó dar otra que la de Su resurrección, haciendo una referencia a Jonás y a los tres días y las tres noches de permanencia en el vientre del gran pez (Mateo 12:39-40) teniendo en cuenta que los judíos contaban un fragmento de día como si fuera entero. Comisionado para predicar el arrepentimiento a la metrópolis gentil de Nínive, Jonás huyó de esa responsabilidad y de Dios en un barco, sin embargo, en su viaje se encontraba dormido en la nave marítima mientras se desataba una gran tormenta que producía temor en los navegantes. El Señor Jesús se encontraba en la misma condición, dormido, e igualmente Sus discípulos estaban temerosos en la barca. Ambos fueron despertados y seguidamente vino la calma.

Jonás fue prácticamente sentenciado a muerte cuando los marineros le expulsaron de la barca arrojándole al mar (Jonás 1:15) como Cristo lo fue cuando el pueblo pidió la libertad para Barrabás y la crucifixión para el Hijo de Dios. Un cadáver no puede estar consciente del lugar en donde su cuerpo es sepultado. Dios preparó un gran pez que se tragara a Jonás (Jonás 1:17) y que por tres días y tres noches lo mantuviera dentro de su vientre, pero seguramente el profeta no estaba consciente del lugar en donde se encontraba y posiblemente llegaría a pensar que se hallaba en lo profundo del mar, inmovilizado por las algas marinas. El vientre del pez que envolvió a Jonás era un sitio de oscuridad en que faltaba la ventilación y resultaba imposible movilización alguna, lo que simboliza la sepultura del Señor Jesús.

Al respecto de la experiencia de Jonás en el vientre del gran pez, Flavio Josefo, en su libro ANTIGÜEDADES DE LOS JUDÍOS, Tomo II (Editorial Clie; pp. 164) escribió lo siguiente: “En cuanto a Jonás, se dice que lo engulló un

monstruo marino y que después de tres días y otras tantas noches fue arrojado en el Puente Euxino, vivo y sin la menor lesión en el cuerpo. Después de pedir perdón por sus pecados, marchó a la ciudad de Nínive, donde, buscando un lugar adecuado desde el cual pudiera ser oído, proclamó que dentro de poco tiempo perdería el imperio de Asia. Una vez cumplida su misión, regresó”.

En el libro UN PROFETA EN IRAQ (Editorial Vida; pp. 37) la autora María Cristina Kunsch de Sokoluk, escribió al respecto: “El hecho de aproximarse el pez a una playa, indica enfermedad o un obstáculo en su digestión o respiración; esto parece sugerir que Jonás se haya detenido en un punto de ingreso del aire aspirado. Siendo así, el pez saldría a menudo a la superficie por no poder aspirar con facilidad la cantidad necesaria de oxígeno, lo cual beneficiaría a Jonás. También lo impulsaría a vomitar al intruso, como normalmente lo hace cualquier mamífero”. Lo expuesto anteriormente es muy razonable, pero en los dos casos, el Señor Jesús volviendo a la vida y Jonás a la tierra, lo que se percibe es la mano poderosa de Dios. La resurrección es un milagro, así como el hecho que el gran pez se acercara a la playa y vomitara a Jonás (Jonás 2:10).

Después de su experiencia en el vientre del pez, el pueblo gentil de Nínive recibió el mensaje que Dios deseaba que fuera escuchado, lo que produjo que los ninivitas se arrepintieran, fueran perdonados y no cayera sobre ellos una catástrofe. Esto era una invitación para llevar un mensaje de salvación a los extranjeros y conquistar prosélitos en el mundo gentil. Luego de la gloriosa resurrección de Cristo, el Espíritu Santo vigorizó la predicación de los discípulos y el mensaje de salvación que era en un principio exclusivo de la iglesia primitiva, se extendió hasta llegar a los gentiles.

Los tres días y noches que Jonás estuvo en el vientre del gran pez, fue la señal de los ninivitas por la cual, convencidos, le dieron crédito a la predicación del profeta y se convirtieron a Dios. Ese mismo tiempo permaneció el Señor Jesús en la sepultura como una señal eficaz para convencer a los hombres a creer en el testimonio de Cristo, ser reconciliados con Dios y justificados delante de Él. Las personas que no se hubieran convencido en Nínive con aquel primer prodigio y en el tiempo de Cristo con el segundo milagro, no se convencerían con ninguna otra señal vista ni en el cielo ni en la tierra, por la dureza de sus corazones.

El mensaje de Jonás era: “... *De aquí a cuarenta días Nínive será destruida*” (Jonás 3:4) y fue muy semejante a la profecía del Señor Jesús con respecto a la ciudad de Jerusalén: “*De cierto os digo, que no pasará esta generación hasta*

que todo esto acontezca” (Mateo 24:34). Cuando la Biblia habla proféticamente de “una generación”, generalmente se refiere a un tiempo de cuarenta años. Por otra parte, el mensaje que Dios pedía de Jonás para Nínive era que se arrepintieran y la predicación del Señor Jesús al iniciar su ministerio terrenal era el siguiente: “... *Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado*” (Mateo 4:18) en concordancia con el de su antecesor Juan el Bautista (Mateo 3:2).

CONCLUSIÓN

Adán, Set, Melquisedec, Isaac, José, Moisés, Booz, David, Eliú, Oseas y los demás personajes estudiados en este libro tenían rasgos en sus vidas semejantes a los de Cristo, con excepción de sus pecados, pero también un límite que puede enseñarnos que, sólo el Señor Jesús es el unigénito y eterno Hijo de Dios. Nadie más puede llegar a ocupar Su lugar, ni recibir la gloria, honra y el honor que solamente Él merece. A pesar de todas las semejanzas, Cristo se eleva muy por encima de todos los eventos, personajes y paralelos del Antiguo Testamento.

El señorío de Adán, la libertad de Israel bajo el mando de Moisés, la llegada a la Tierra Prometida bajo la guía de Josué, la realeza de David y de Salomón, fueron sólo una sombra distante del Señor Jesús y fácilmente se borran en el pensamiento. Todas las glorias pasadas se reunirán y resplandecerán en el reino eterno del Hijo de Dios. Al igual que aquéllos, cada miembro de la iglesia de Cristo tiene el deber, como un hijo de Dios redimido por la sangre del Cordero, de hacer de su vida, ayudado por el Espíritu Santo, un paralelo con la del Señor Jesús, reflejando la santidad que se espera de todo aquel que tiene el privilegio de llamarse cristiano.

Dios creó al hombre “*a imagen y semejanza suya*”, una imagen que se perdió cuando Adán pecó, pero que fue restaurada en la cruz del Calvario con el sacrificio de Cristo. En estos tiempos cuando la apostasía está creciendo, día a día se hace más urgente, en la mente y en el corazón de cada creyente, las palabras del Señor Jesús a Sus discípulos en el sermón del Monte: “*Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto*” (Mateo 5:48).

BIBLIOGRAFÍA

Para la realización del presente trabajo, además de los libros y autores mencionados en páginas anteriores, se consultó la siguiente bibliografía:

CLAVES DE INTERPRETACIÓN BÍBLICA, por Tomás de la Fuente (Casa Bautista de Publicaciones).

COMPENDIO MANUAL DE LA BIBLIA, por Henry H. Halley (Portavoz Evangélico).

CONOCIENDO A JESÚS A TRAVÉS DEL ANTIGUO TESTAMENTO, por Christopher J. H. Wright (Publicaciones Andamio).

EL ANTIGUO TESTAMENTO EN EL NUEVO, por A. W. Robertson (Ediciones Nueva Creación).

EL SEGUNDO ÉXODO, por LeRoy Gager (Libros Clie).

EL SERMÓN DEL MONTE (Tomos I y II) por Martin Lloyd-Jones (Estandarte de la Verdad).

HERMENEÚTICA BÍBLICA, por José M. Martínez (Libros Clie).

NUEVO AUXILIAR BÍBLICO, por G. T. Manley (Editorial Caribe).

NUEVO DICCIONARIO BÍBLICO ILUSTRADO, por Samuel Vila y Santiago Escuin (Libros Clie).

PROFECÍA E HISTORIA EN RELACIÓN CON EL MESÍAS, por Alfred Edersheim (Libros Clie).

SEÑALES DE LOS APÓSTOLES, por Walter J. Chantry (Estandarte de la Verdad).

SU NOMBRE ES JESÚS, por Yacob Rambsel (Whitaker House).

TEOLOGÍA SISTEMÁTICA, por Lewis Sperry Chafer (Publicaciones Españolas).

TEOLOGÍA SISTEMÁTICA, por Louis Berkhoff (T.E.L.L.).

TEOLOGÍA SISTEMÁTICA (Tomo I) por Charles Hodge (Libros Clie).